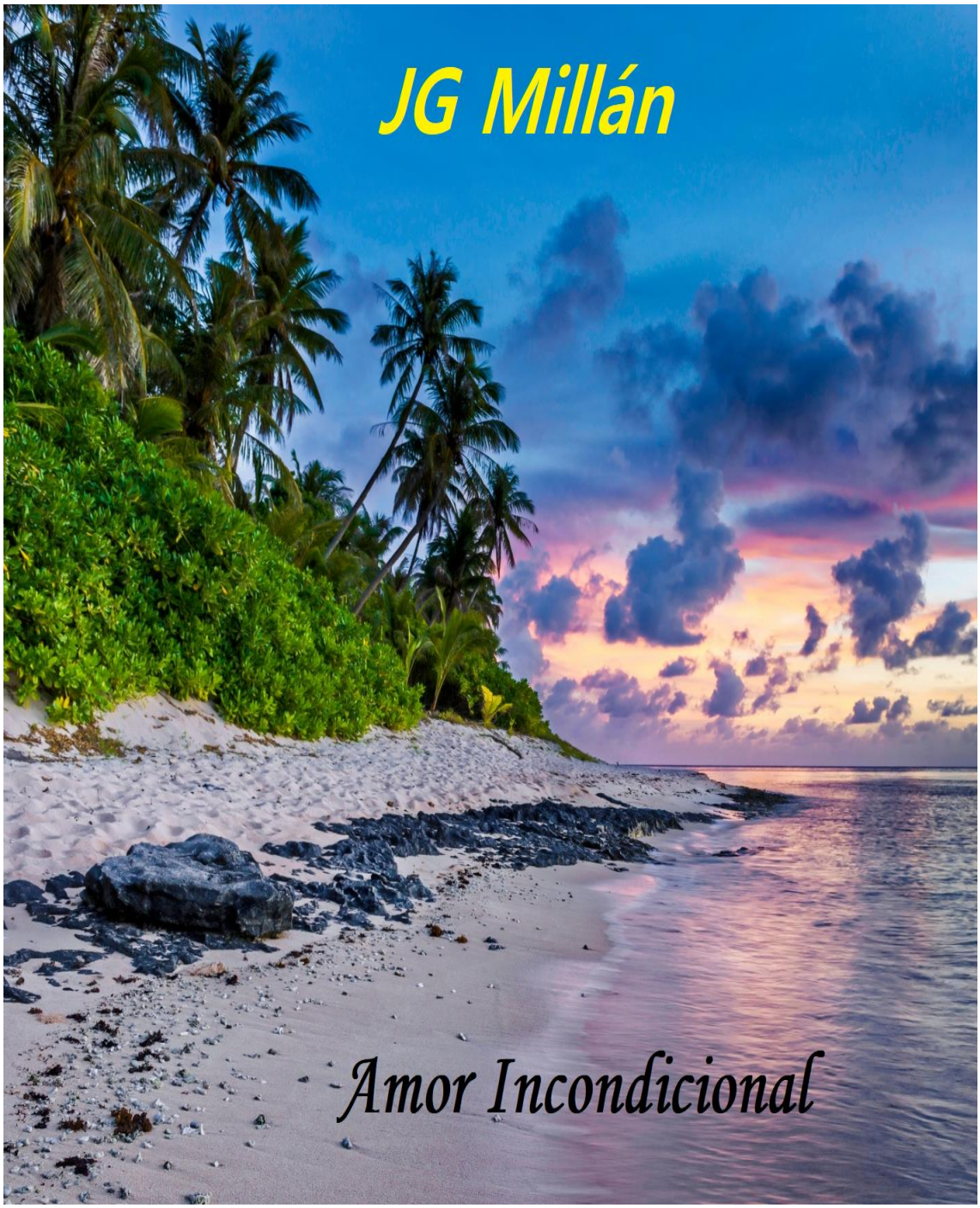


JG Millán – Amor Incondicional

(4ª Edición)

Índice

JG Millán – Amor Incondicional 1

PRIMERA PARTE 6

El museo de la Marina 7

El café Janis 9

La ceremonia de hermanamiento 12

El paseo marítimo de Algés 14

Una fiesta en Carcavelos 16

Un bolígrafo que no escribe 18

Vuelta a la realidad 19

Camino de Oporto 20

Vacaciones en Lisboa 23

Un viaje al fin del mundo 25

Unas islas paradisíacas 31

Una mansión imponente 33

Flavia 35

Reencuentro con Filipe 37

Un muchacho con posibilidades 39

Un incendio en una fábrica 43

São Paulo 44

Boda en Londres 45

Paola 47

Luna llena sobre la playa 50

Estupor 51

Una estrategia arriesgada 53

Un mensaje comprometido 59

Jugando al póker 60

El desenlace 62

La huida 64

SEGUNDA PARTE 65

La llamada del mánager 66

Algo grande 69
Hotel Sampaio 71
El edificio Gherkin 75
Siete voces 78
El viejo zorro 81
Los ensayos 83
Una apuesta arriesgada 85
La prueba 90
Una jornada agridulce 94
Puesta en marcha 99
La tienda de Hunter 100
Un problema de ronquidos 101
Amor a primera vista 103
Louise 106
El reclutamiento 109
Una decisión ya tomada 113
Un tándem fantástico 115
Encerrona en Venecia 116
Una cena familiar 121
Ladrões 125
Solo buenos amigos 127
Una casaca de la talla XL 129
California Jam 132
Una trágica noticia 135
Amargo dulce bombón 138
Accidente en Nueva York 140
Visita a la Acrópolis 141
Batallas espaciales 144
Una casa en Southfields 146
Un paseo por el Thames Path 151
El líder del grupo 153

El bloqueo 157
Tienes que elegir entre él y yo 159
Resultó ser demasiado bueno 161
Entradas para el teatro 163
Derechos de autor 165
Rumores de separación 168
Por el bien del grupo 169
Falta de confianza 170
Desesperación 171
TERCERA PARTE 176
Reencuentro 177
Carcavelos 180
Iria Da Silva 184
Chicago 188
Puro nervio 190
Falta de costumbre 192
Apuntan maneras 195
La musa nocturna 197
El tétrico valle 201
Entrada con el pie izquierdo 208
Una cena en Madrid 212
Planes de futuro 214
Un disco fantástico 218
Un caballo de carreras 221
Puntillismo 223
Ofertas rechazadas 224
Apocalypse 227
La gira 229
Sharon 232
Un par de locos 239
Torniscones 245

Muy exigente 249
Amor no correspondido 252
Acabaron exhaustos 254
La fiesta de disfraces 256
Afán protector 260
En la nube 264
Zapatos de charol 267
El tiempo perdido 268
El ying y el yang 272
Las islas paradisíacas 274
Solo diez personas 276
Introversión 281
Padre 282
Poesías líricas 285
EPÍLOGO 286
Aniversario 287

PRIMERA PARTE

El museo de la Marina

Cecilia miró a su marido con cara de desconfianza. No le gustaba nada la idea de viajar a aquellas islas perdidas, por muy paradisíacas que fueran.

Cuando João le sugirió pasar la luna de miel en Bali, a ella le entusiasmó la idea. Un amigo común había estado allí y les había contado maravillas de aquel lugar. Sus frondosas montañas volcánicas, sus icónicos arrozales, las costas y los arrecifes de coral… y por supuesto, las exquisitas playas de arena blanca y sus aguas tranquilas de color turquesa.

Su amigo no se equivocó y Cecilia disfrutó mucho de aquel viaje. Siempre recordaría la excursión a las cascadas de Nung Nung, la visita al templo de Bedugul, los acantilados de Uluwatu, los palacios flotantes de Tirta Gangga… Pero ya llevaban allí más de un mes, y ella quería regresar a casa. Demasiadas aventuras para una sencilla chica de ciudad. Porque, a decir verdad, nunca habían estado más de unos pocos días en el mismo sitio, ni en la misma isla.

João era un hombre de carácter; un hombre de impulsos y hasta cierto punto también amante del riesgo. Un seductor que la conquistó de inmediato cuando ella visitó Portugal en el viaje de fin de carrera, allá por 1981.

Cecilia solo tenía 23 años y apenas había salido de Vigo, su ciudad natal. En Lisboa conoció a mucha gente de diversas procedencias, pues a pesar de tener una motivación lúdica, aquel viaje era también una visita cultural patrocinada por la Xunta de Galicia. Un viaje de «hermanamiento» como se solía decir.

Le conoció mientras hacía cola con sus amigas para entrar en el museo de la Marina.

João pasaba por allí y se quedó fascinado cuando ella le miró casualmente, con sus grandes ojos verdes que le tapaban casi toda la cara. Una cara blanca que, sin embargo, estaba algo deslucida. Pero él se enamoró de inmediato, y tras presentarse, comenzó a piropearla y agasajarla con toda clase de cumplidos.

Cecilia se ruborizó e intentó hacer como si nada pasara, intentando hablar con sus amigas. Pero ellas también le miraban a él, y no quisieron, o no pudieron seguirle el juego.

Ante su insistencia, ella le dijo que no le entendía. Que era española y que no sabía portugués. Pero él se dio cuenta de que aquellas chicas eran gallegas y no la creyó.

Aquel tipo parecía un camarero, salido de algún café de los alrededores. Pero había algo en su porte, en sus ropas, en su prestancia… algo había que le delataba como algo más que un simple empleado de restaurante, a pesar de llevar una camisa blanca remangada y un pantalón oscuro. Debía pasar por allí hacia algún sitio, pues iba deprisa. Pero, cuando la vio a ella, se frenó en seco. Las miradas de ambos se cruzaron, y a él no le pasaron desapercibidos aquellos grandes ojos. El calor de Lisboa en aquella mañana de agosto le hacía exhibir una frente perlada de sudor y un pecho no menos sudoroso que se entreveía entre la camisa a medio abrochar. Era un hombre mayor que ella, pasando de los treinta con toda seguridad.

Después de intentar sacarle a Cecilia su número de teléfono, sin éxito, al final le dijo que esa tarde estaría en el café Janis con unos amigos. Allí la esperaría, si le apetecía ir.

Cecilia tenía muchas ganas de ver el museo de la Marina. Como apasionada de la Historia, le apetecía mucho contemplar las reliquias que allí se guardaban y que eran la viva historia del pasado descubridor de Portugal. Los portugueses fueron una potencia marítima, que en

los siglos XV y XVI llegaron a ser, junto a los españoles, los primeros europeos en visitar enormes extensiones de América, África y Asia Oriental.

Pero aquella visita se vio trastocada por la inesperada aparición de João. No podía concentrarse en lo que estaba viendo, pues no podía quitárselo de la cabeza.

Ella no era una chica guapa en el sentido cabal de la palabra. Algo rellenita y ciertamente bajita, solo sus grandes ojos verdes y su cabello color miel le daban un cierto atractivo. Un relativo encanto que su natural timidez echaba a perder en cuanto algún despistado se acercaba a ella.

Nunca había tenido pretendientes de importancia y por esa razón se preguntaba si aquella irrupción de João en su vida no sería sino una broma. Entre sus amigas había otras más guapas y con mejor tipo. Flavia, sin ir más lejos. Era su mejor amiga y estaba justo a su lado cuando apareció João. Imposible que él no la hubiera visto. Flavia era siempre quien se llevaba a los chicos de la clase; a quien todos miraban e intentaban seducir. También estaba Mariña, con quien hizo su trabajo de fin de carrera: una chica rubia y esbelta que había roto muchos corazones en la Facultad de Historia de la Universidad de Vigo, de donde todas procedían.

Cuando salieron del museo, todos los asistentes comentaron lo que habían visto, pero Cecilia no parecía hacerles demasiado caso.

—¿Qué astrolabios?

—Vamos, Ceci, no te hagas la interesante. La colección de astrolabios, te vimos muy interesada —insistió Flavia.

—¡Ah, sí!, los astrolabios, claro. Sí, muy bonitos.

Flavia y Mariña se echaron a reír. —Me parece que el único astrolabio que vio Ceci se llama João —dijo otra chica del grupo, con una pizca de picardía.

—Oye, podríamos ir esta tarde al café Janis, a ver si es verdad que ese tío se pasa por allí —comentó Flavia.

Cecilia permanecía callada.

—Yo no voy —dijo Mariña—. Seguro que ni se presenta. Y si lo hace es para vernos desde lejos, con sus amigotes. Para reírse de nosotras. Yo prefiero salir con los camareros del hotel… ¿no era esta noche la fiesta esa a la que nos invitaron?

—Sí, la fiesta es esta noche. Pero por la tarde no tenemos nada que hacer. ¿Es que tú no quieres ir, Ceci? —preguntó Flavia—. Al fin y al cabo, tú eres la estrella invitada…

—¿Eh? —Cecilia solo tenía en su cabeza la imagen de João. Su alta estatura, su pelo negro ondulado sobre una tez morena… Se le imaginaba surcando los mares del sur en una «nao» portuguesa del siglo XV, descubriendo nuevas tierras para su rey Enrique el Navegante.

El café Janis

El café Janis estaba en un lugar muy céntrico de la capital portuguesa. Con un ambiente muy agradable, se podía tomar un buen desayuno o merienda mientras se veía el deambular de los lisboetas por la Rua Dom Luís I y por los bonitos jardines de la «Praça» del mismo nombre.

Las tres amigas llegaron un poco más tarde de la hora fijada para la cita, ya que no querían dar la impresión de estar ansiosas por ese encuentro. Y el caso es que, como temía Cecilia, allí no había ni rastro de su «pretendiente» portugués.

—¿Nos vamos? —Preguntó Mariña, tras comprobar que ninguno de los clientes del local en ese momento era el chico que habían visto por la mañana.

—¿Irnos? De ninguna manera. Este sitio mola mucho. Nos podríamos quedar a tomar algo —dijo Flavia.

—Pero está lleno… No hay sitio. Yo creo que sería mejor irnos —Mariña no parecía sentirse cómoda.

—¡Mira! En esa mesa se levantan cuatro personas. Si nos damos prisa podemos ocuparla antes de que nos la quiten.

Flavia tomó la delantera y sus dos amigas la siguieron algo reticentes. Tras sentarse, un camarero acudió a limpiar la mesa y a tomarles nota.

—Yo quiero un café y uno de esos bollos de nata —dijo Flavia, señalando a unos suculentos manjares que había en el mostrador, al lado de la barra.

—*¿Pastéis de Belém?* —preguntó el camarero.

—Sí, eso.

—Otro para mí. Con un té, por favor —dijo Mariña.

El camarero miró hacia Cecilia, quien tras suspirar pidió un café y un zumo de naranja.

—¿No quieres uno de esos bollos?

—No, Flavia, vosotras os lo podéis permitir, pero yo…

—Vamos Ceci, un día es un día.

—Es que…

—*Garçom, por favor, trae outro bollo*.

—*De acordo* —repuso el camarero.

—*Obrigado* —Flavia miró a Cecilia y le pellizcó un poco en la mano—. Pruébalo por lo menos. No puedes estar siempre con el dichoso régimen. Si no te gusta, me lo como yo.

—No, no, si gustarme… seguro que me va a gustar, pero…

En ese momento entraron tres chicos en el café, y se las quedaron mirando. Ellas los miraron igualmente. Pero ninguno era João. Al no haber sitio libre, se fueron hacia la barra y pidieron algo.

—Jo, tía, mira que si estos nos entran… tendríamos que pasar de ellos. Imagínate que luego viene João con sus amigos… —Cecilia estaba inquieta.

—Pues, que hubieran venido antes. Ese del pelo rizado te mira mucho a ti, Flavia —dijo Mariña.

—Sí. Y el de al lado también.

—Pues, yo creo que no os miran a ninguna de las dos —les informó Cecilia, tras constatar que estaban mirando a un grupo de cuatro chicas que justo detrás de ellas estaban cruzando la calle para entrar en la cafetería. Y efectivamente las jóvenes se reunieron con los de la barra, y ellos dejaron de «mirarlas».

El tiempo fue pasando y terminaron de merendar. João no aparecía y Cecilia sentía una mezcla de alivio y también de desilusión. Aquello era totalmente nuevo para ella, y aunque se había hecho ilusiones, su sentido común le indicaba que no podía ser. Nunca le había pasado nada semejante y lo de aquella mañana había sido un espejismo.

Pidieron la cuenta y se levantaron dispuestas a irse hacia el hotel. La hora de la cena estaba próxima, y aunque no tenían hambre, no querían ausentarse del resto de sus compañeros.

Pero en ese momento entraron dos chicos y las abordaron directamente.

—*Olá, meu nome é Filipe, e este é meu amigo Mateus.*

Flavia los miró y sin pensar ni dudar un instante se presentó:

—Hola, yo soy Flavia, y esta es mi amiga Mariña y mi amiga Cecilia.

—Mucho gusto —dijo Filipe, cambiando de idioma. Es curioso cómo la mayoría de los portugueses entienden y hablan el español, cuando eso no ocurre de forma contraria. Salvo con los gallegos y gallegas, naturalmente, por ser su idioma más similar al portugués que el español.

—¿Sois amigos de João? —Preguntó Mariña.

—¿João? Oh, sí, sí, es amigo nuestro. No ha podido venir. Bueno, ¿cómo estáis? ¿Lleváis mucho tiempo en Portugal?

—Llevamos casi dos semanas. Dentro de poco nos volvemos a Vigo.

—¡Ah! ¿Que sois de Vigo? —dijo Filipe—. Yo he estado allí varias veces… También en Santiago. Bonita tierra. Se parece a Portugal.

—¿Vais alguna parte? ¿Podemos acompañar? —preguntó Mateus, que estaba ansioso por iniciar el cortejo.

—Nos volvíamos al hotel. Es casi ya la hora de la cena —respondió Cecilia.

—Ceci, eres una aguafiestas —dijo Flavia en bajito. Y añadió, en alto—: volvíamos al hotel, sí, pero nos podéis acompañar dando un paseo.

El nombre de João no se volvió a pronunciar y Cecilia ardía en deseos de preguntar por qué no había podido venir. Pero, por la forma como habló de él Filipe, todo parecía indicar que era una excusa. João es un nombre muy común en Portugal y quizás esos dos chicos no conocían al seductor que había cautivado a Cecilia aquella mañana. Estaba casi segura de que simplemente respondieron a esa pregunta para seguir la conversación e iniciar la relación.

Empezó a pensar que no serviría de nada insistir, ya que probablemente aquellos dos se inventarían algo. Además, no había ocasión de decir nada. Flavia estaba muy contenta con Filipe y no paraba de reírse con él. Y lo mismo pasaba con Mariña y Mateus.

Cecilia, como siempre, se sintió desplazada. Y esta vez, además, burlada. Tras terminar el paseo y llegar al hotel, aquellos dos convencieron a sus amigas de no pararse a cenar, sino por el contrario ir a directamente a una discoteca a bailar.

—Vente, Ceci, ¿qué vas a hacer en el hotel? Te vas a aburrir…

—De verdad que no, Flavia. No pinto nada con vosotras. No me apetece ir. Id vosotras y divertíos.

Cecilia apenas cenó y tras conversar con otras amigas sobre el museo y sobre *lo bien que lo estaban pasando* en Portugal, subió a su habitación e intentó dormir. Aquel había sido un día intenso y tenía intención de olvidarlo pronto.

Pero le fue imposible conciliar el sueño. No paraba de dar vueltas en la cama, además de por el calor. El verano lisboeta es caluroso, pero no es un calor insoportable gracias a la bajada de temperaturas favorecida por lo cerca que está el Océano Atlántico y sus brisas nocturnas. Pero aquel día no cumplía la norma, y además su habitación no daba al oeste, que es por donde vienen los vientos. Abrir la ventana, por tanto, no solucionaba mucho.

Pensó levantarse e ir a dar un paseo cerca del mar, cuando oyó que alguien golpeaba su puerta. Era la una de la mañana, y en Portugal eso no es normal.

—Abre, Ceci, tengo que pedirte un favor —oyó decir, tras unos instantes.

Cecilia se levantó y se encontró a Flavia delante de ella.

—Verás, estamos aquí con Filipe y Mateus. Les hemos dicho que esperen abajo, en Recepción. Es que… bueno, ya sabes que Mariña y yo compartimos habitación… El caso es que…

—Ya. Queréis que yo os deje la mía para que podáis estar cada pareja a solas.

—Si hicieras el favor… —dijo Flavia, algo avergonzada y mirando al suelo.

—No te preocupes. De hecho, iba a salir a tomar el fresco. No puedo dormir.

—¡Muchas gracias, Ceci! ¡Sabía que lo comprenderías!

La ceremonia de hermanamiento

A la mañana siguiente tenían la recepción en el Ayuntamiento. Era el último día de su estancia en Portugal y esta era la parte más importante de aquel viaje. Allí se produciría la ceremonia de «hermanamiento» entre las dos ciudades, que habían estado ensayando mucho antes del viaje. Además, Cecilia formaba parte del protocolo de la celebración.

Pero ella no estaba para muchas ceremonias, pues había pasado toda la noche sin dormir. Por si fuera poco, el salón del Ayuntamiento donde se celebraba el evento no tenía aire acondicionado, y solo estaba abierta una de las ventanas. Precisamente la que estaba más alejada de ella.

A pesar de todo, conservó una más que razonable dignidad, y aunque su cara no salió muy favorecida en las fotos que se tomaron, al final todo se desarrolló como más o menos estaba establecido.

Tras la comida, que también fue en un salón anexo al Ayuntamiento —esta vez, menos mal, al aire libre—, se le acercaron Flavia y Mariña:

—Oye Ceci, Filipe y Mateus nos han invitado a una fiesta esta tarde. Nos gustaría que vinieras con nosotras.

—Ah, eso sí que no. Estoy agotada.

—Venga, también nosotras hemos dormido poco. Pero hoy es nuestro último día, y tenemos que aprovechar. Anda, vente, *porfa*.

—De verdad que no, Flavia, la ceremonia me ha terminado de rematar. Ha sido un poco extenuante para mí, y quisiera echarme un poco.

—Bueno, como quieras, pero cuando te contemos lo bien que nos lo hemos pasado te vas a arrepentir... Tú verás.

—Si os lo pasáis bien, me alegraré por vosotras. De verdad.

Llegaron al hotel y las otras se fueron a su habitación a prepararse. Cecilia llegó a la suya y se dejó caer sobre la cama directamente sin quitarse la ropa. Tan solo se quitó aquellos zapatos de tacón que le estaban tan estrechos y que habían destrozado sus pies regordetes.

Cuatro horas después se despertó con un sobresalto. Había dormido profundamente y estaba desorientada. Cuando se desperezó un poco, pasó a ducharse y después se puso ropas más cómodas.

Fue entonces cuando lo vio. Encima de la mesita que había en el recibidor, justo detrás de la puerta de su habitación, había un magnífico ramo de flores como nunca había visto otro igual.

No tenía mucha experiencia en esas cosas —por no decir ninguna—, pero aquel ramo de exquisitas flores tenía pinta de ser muy, muy caro. Entonces cayó en la cuenta. Alguien entró en su habitación y lo depositó allí. Por eso se despertó.

Entonces se dio cuenta de que en uno de los laterales había un cordelito del que colgaba una nota. Comenzó a sentirse muy, muy nerviosa. Entonces tomó en sus manos el díptico y lo leyó: «mira por la ventana».

Los nervios fueron *in crescendo*, y sin dudarlo un instante se asomó a ver qué es lo que pasaba al otro lado de la calle. Su habitación estaba en un segundo piso y desde allí se veía toda la zona contigua al hotel. Y entonces le vio.

Allí estaba João, perfectamente vestido y peinado, saludándola con la mano e invitándola a bajar. El corazón empezó a latirle tan fuerte que parecía que se le iba a salir por la boca.

Intentó serenarse un poco y respiró hondo varias veces. Nada cambió. Estaba tan nerviosa como un flan y tenía que tomar una decisión, ya. Aquel hombre debía estar esperándola desde hacía al menos una hora, el tiempo que había tardado en desperezarse, levantarse, ducharse y vestirse.

No lo pensó más y decidió bajar inmediatamente. Tan solo se detuvo para cambiarse las bambas que llevaba puestas y ponerse de nuevo los zapatos torturadores. Profirió un grito al ponerse el del pie derecho, y bajó.

El paseo marítimo de Algés

—Hola, Cecilia. Te llamas Cecilia, ¿verdad?

—Sí. Cecilia Roa —seguía tan nerviosa que no añadió «señor» de milagro.

—Jajá, bueno, no necesito saber tu apellido… de momento. Quiero pedirte perdón por lo de ayer. Tenía una reunión con un cliente. Era muy importante, no la podía dejar pasar.

—Bueno, no pasa nada. El caso es que ahora ya estás aquí.

—Sí, claro. ¿Te apetece dar una vuelta? Podríamos ir por el paseo marítimo de Algés. Está muy cerca de aquí. Después, si quieres, nos podemos sentar en una terraza y tomar algo.

—Como quieras —repuso con timidez. Cecilia ni se acordaba de que tenía una llaga en el pie derecho y que un paseo la iba a destrozar. Sin embargo, ella andaba como si nada, mientras él le contaba cosas de las zonas por las que pasaban. Fue su guía turístico lisboeta durante aquella tarde.

Por fin, se sentaron en una acogedora terraza y Cecilia alivió sus pies. Pidieron un *gin-tonic* y la conversación se volvió más distendida.

—Hablas muy bien español —le dijo, tras recibir la bebida.

—A los portugueses se nos dan bien los idiomas. Ya te habrás dado cuenta de que no doblamos las películas, sino que las vemos en versión original. Y estando tan cerca de vosotros…

—Bueno, sí, pero, por ejemplo, Filipe y Mateus lo hablan mucho peor que tú.

—Jajá, es que ellos no tratan casi con españoles. Pero yo sí. Tengo muchos clientes de Madrid, de Barcelona y de países de Iberoamérica.

—¿Tienes una empresa?

—Sí. Fabricamos instrumentos musicales. Amplificadores, guitarras eléctricas, sintetizadores…. Mi socio es Filipe. No sé si te lo dijo…

—No nos dijo nada. Ayer no hablamos de ti —Cecilia pensó por un momento—. Pero, ¿por qué no fue él contigo a ver a ese cliente?

—Él es músico. De la parte comercial me encargo yo, aunque tampoco es mi profesión. Yo soy ingeniero. Lo mío es la electrónica, las máquinas… lo que vendemos, ya sabes.

—Mis padres también son músicos. Por eso yo me llamo Cecilia. Es la patrona de los músicos.

—Vaya, ¡qué casualidad! O sea, que somos del mismo gremio...

—No, no, yo no tengo nada que ver —dijo Cecilia—. Eso es cosa de mis padres. Ellos intentaron con todas sus fuerzas que yo aprendiera música, pero fue en vano. No tengo oído. Pasé años aprendiendo piano y violín, pero solo llegué a saber lo mínimo. Al final desistieron, muy a su pesar.

—No has heredado su genética…

—Se ve que no. Debo de salir a alguno de mis tíos, o a algún abuelo. A mí me gusta más la Historia. O el Arte.

—¡Ah! Eso también es muy bonito.

—También la música es bonita, no lo niego. Pero a mí me gusta más escucharla que tocarla.

Se hizo un silencio y ella para romperlo preguntó:

—Así que fabricáis instrumentos… ¿Tenéis marcar propia?

—Oh, sí, quizás la conozcas, nuestra marca, CDS. Es por Costa y Da Silva. Mi apellido y el de Filipe. No muy original, ya lo ves.

—No me suena.

—Vaya…

—A ver, ten en cuenta que mis padres son músicos clásicos. Tocan en orquestas. En la Filarmónica de Vigo. Rara vez he visto por mi casa un aparato electrónico de esos que fabricáis.

—Claro, eso es —João hizo un inciso y luego dijo—: Bueno, yo creo que es hora de unirnos a la fiesta con Filipe y tus amigas. ¿Te parece?

—¿La fiesta? ¿Tú sabes algo de esa fiesta?

—Claro que sí. ¡La fiesta es en mi casa!

—¿En tu casa?

—Sí, está en Carcavelos, muy cerca de aquí. Vienes conmigo, ¿verdad?

Cecilia no estaba en condiciones de negarse a nada, y aceptó enseguida.

—De acuerdo, pero antes necesito pasar por el hotel. Para cambiarme de ropa.

Una fiesta en Carcavelos

Tomaron un taxi y se fueron al hotel. João la esperó en Recepción mientras ella se cambiaba. Otra vez el dilema de los zapatos. La famosa llaga estaba sangrando, y la noche se avecinaba larga. No sabía qué hacer: si ponerse ropa deportiva y llevar las bambas, o bien ir elegante con los temidos zapatos. Es lo que tienen los viajes de fin de curso, no caben muchas cosas en la maleta.

Al final se resignó y se propuso pedir una tirita en Recepción. No era momento de demostrarle a João que en realidad ella medía varios centímetros menos. Además, Flavia y Mariña estarían allí, y tampoco era plan desentonar tanto con respecto a ellas, que seguramente irían muy, muy elegantes.

—Estás muy guapa, Cecilia... De verdad que me gustas mucho —dijo él, tras acercarse ella. Había bajado las escaleras con algo de prisa, y todavía estaba algo sofocada. Tras unos segundos para tomar aliento, le contestó:

—Gracias João, eres un adulador. Y la verdad, no sé si creerte del todo. ¡Seguro que eso se lo dices a todas!

João soltó una carcajada y la agarró de la mano para salir del hotel. Tomaron otro taxi y en unos minutos ya estaban en Carcavelos. El coche les dejó enfrente de un gran caserón a lado del mar.

La sorpresa fue mayúscula cuando João sacó unas llaves del bolsillo y abrió la puerta de aquella mansión. Enseguida comenzó a oírse la música, que provenía del jardín.

—¿En serio que esta es tu casa? O sea, que ¡eres rico!

—Jajá, rico, rico no, que tengo muchas deudas. ¡No sabes lo que es mantener una fábrica y sostener unas ventas!

En la casa había por lo menos sesenta o cien personas. Todas muy elegantes. Menos mal que optó por la vestimenta adecuada.

João la llevó a una barra de bar improvisada que había en el jardín y allí pidieron otro *gin-tonic*.

Después llevó a Cecilia a la pista de baile y comenzaron a bailar. Los zapatos ya no le molestaban…

Al cabo de un rato aparecieron Flavia y Mariña con Filipe y Mateus, y las tres parejas siguieron bailando y coreando las canciones hasta bien entrada la noche. Ya de madrugada, fue cuando la gente comenzó a marcharse. Primero poco a poco, pero según fue pasando el tiempo, al final se quedaron solos. Mariña y Flavia desaparecieron hacia la planta de arriba siguiendo a sus «novios», mientras que João y Cecilia se quedaron en el amplio salón de la casa. La noche estaba bien entrada, y el viento del Atlántico comenzaba a ser un poco frío. Por eso pasaron dentro.

—Ven, te quiero enseñar una cosa —João la condujo hacia la planta de arriba y le mostró una habitación llena de instrumentos musicales clásicos y modernos. También había sintetizadores, teclados, amplificadores, altavoces… y un montón de máquinas que ella no era capaz de reconocer. Toda una colección de cachivaches que habrían hecho las delicias de sus padres, sin lugar a duda.

Tras contarle a Cecilia la historia de alguno de los instrumentos más antiguos, la invitó a pasar a una habitación contigua que resultó ser… su habitación.

Entraron en aquella amplia estancia, y ella se descubrió de nuevo temblando como una hoja.

João comenzó a besarla y a acariciarla mientras ella de momento se dejaba hacer. Estaba como en una nube, sin ser capaz de reaccionar ante nada. Sin tardar mucho comenzó a quitarla la ropa, y entonces…

—Espera, espera —Cecilia por fin reaccionó.

—¿Te ocurre algo?

Ella estaba muy confundida y tremendamente incómoda.

—No, es que verás… es que yo nunca… es que… Es que vas muy deprisa —dijo por fin.

—Ah comprendo. No pasa nada. Perdona si te he incomodado. —João le dio un beso en la mejilla y comenzó a subirle los tirantes del vestido.

—¿Te apetece salir a pasear por la playa? Creo que hay luna llena, y aquí abajo hay una calita preciosa.

—Bueno, yo… creo que es un poco tarde… mañana… mejor dicho, ya hoy, tenemos que salir hacia Vigo, y creo que tendríamos que ir al hotel a preparar el equipaje y…

—Claro, no me había dado cuenta de la hora que es.

En ese momento se oyeron las voces de Flavia y Mariña por el corredor. También ellas se iban.

Entonces Cecilia se levantó y atravesó la habitación hacia la puerta y les dijo:

—¡Eh, chicas!

—¡Ceci! —Pensábamos que te habías ido…

—No, estaba aquí, con João.

—Aaah, ya veo —dijo Flavia con picardía.

—¿Volvéis al hotel?

—Sí, claro, es muy tarde. ¿Te vienes?

—Yo os llevaré —dijo el anfitrión, que salía también hacia el corredor.

Un bolígrafo que no escribe

João las condujo hacia el garaje de la casa. Allí había todo tipo de vehículos antiguos y modernos, algunas motos y también un barco fueraborda.

—Está en reparación —dijo el *novio* de Cecilia—. Tengo otro en el puerto. Cuando volváis por aquí os daré un paseo para que podáis ver Lisboa… desde el mar.

Se montaron en un coche cuya marca Cecilia no era capaz de identificar. Pero desde luego era muy lujoso. Ella se montó delante con él, y sus dos amigas detrás.

Al llegar al hotel, Flavia y Mariña se despidieron de João y subieron a la habitación que compartían. Cecilia se quedó un momento con él.

—Me lo he pasado muy bien, João. Me ha gustado mucho. De verdad.

—¿Te volveré a ver? —preguntó, mientras la agarraba de la cintura.

—¡Claro que sí! Llámame, por favor. —Cecilia echó mano del bolso y sacó una libreta para apuntarle su teléfono, pero el bolígrafo no escribía. Se volvió para ir a Recepción a solicitar uno, pero él la detuvo.

—No hace falta. Dímelo y lo recordaré.

—Venga, venga, ¿Cómo te vas a acordar?

—Me acordaré, seguro. Soy ingeniero… ¡los números se me dan muy bien!

Los dos se rieron, se abrazaron y se besaron con mucha pasión durante un buen rato. Finalmente, se separaron y ella se encaminó hacia la puerta del hotel, sin dejar de mirarle a él. Entonces se tropezó con el escalón que daba acceso a la puerta del establecimiento y en ese momento la llaga causada por el zapato la devolvió a la realidad. Se sintió algo ridícula y volvió a mirar hacia João. Afortunadamente, él ya se estaba metiendo en el coche y no vio el desafortunado incidente. Finalmente arrancó el vehículo y le hizo un último saludo con la mano para perderse a continuación al doblar la esquina.

Vuelta a la realidad

El verano terminó y Cecilia volvió a su casa, a la realidad. Había vivido un sueño y temía que solo fuera eso, un sueño. Todos los días y todas las noches pensaba en João.

Estaba siempre pendiente del teléfono, y cuando sonaba se apresuraba a descolgar el auricular con celeridad.

Pero él no llamaba…

—¿Te ha llamado Filipe? —preguntaba a Flavia, quien también había dado su teléfono al socio de João.

—No.

—Hace ya un mes que volvimos de Portugal y no sabemos nada…

—No te preocupes, Ceci, los hombres son así. Olvídate de él. Probablemente nunca más sepamos de ellos. Deberías buscarte un novio de por aquí. Precisamente el otro día conocí a unos chicos que…

—Ya, Flavia, lo de siempre. No quiero llevarme más chascos. Al menos necesito saber por qué no me llama —la pobre chica se acababa de llevar otra decepción, e intentaba consolarse—. ¿Sabes qué? —continuó—. He pensado muchas veces en llamarle yo, pero claro, no sé su teléfono… ¡Tenía que habérselo pedido! No sabes cómo me arrepiento…

—Claro, no puedes hacer nada. No hay manera de saber su número.

—He pensado mucho en ello, Flavia. Y creo que podría conseguirlo. Podría ir a Valença, en la frontera con Portugal, y allí buscar una guía de teléfonos de Lisboa.

—¡Ja! ¿Qué vas a conseguir con eso? ¿Sabes cuántos João puede haber en Lisboa?

—También sé su apellido. Se llama João Costa.

—Tampoco es que sea muy original… digo yo. Seguro que hay cientos de João Costa.

—Sí, seguro, pero es que también me dijo el nombre de su empresa. La marca de los instrumentos que venden. Eran las iniciales de su apellido y el de Filipe. A ti no te lo dijo él, ¿verdad?

—Pues, no. Pero no veo a dónde quieres llegar.

—Pues, a llamar a su empresa y preguntar por João. Si tuviera unas guías telefónicas, o unas *páginas amarillas*, podría buscar por fábricas de instrumentos musicales. No debe de haber muchas. Estoy segura de que en cuanto la viera, la reconocería. Era C.S.D. o C.B.S., o algo así.

—Pues, hazlo, y sales de dudas.

—Ya, pero es que no sé si quiero hacerlo, Flavia. Menudo ridículo. No quiero ni pensar que se ponga una persona y le pida que le dé el recado y nunca lo haga. O que se lo dé y no me llame. O Imagínate que consigo hablar con él y me da evasivas…

—Mira Ceci. Insisto. No pienses más en él. Con el tiempo te olvidarás de João. Hazme caso. Tienes que tener tu mente en otra cosa y así le olvidarás.

Camino de Oporto

Al llegar octubre, Cecilia comenzó a buscar trabajo. Ya era licenciada en Geografía e Historia, y podría acceder a una profesión relacionada con lo suyo. Pero se topó con la cruda realidad: no era una carrera con muchas salidas profesionales, y las que existían estaban muy demandadas. Había poca oferta y mucha demanda.

Así que se apuntó a una academia de oposiciones para prepararse para ser maestra. Tenía mucha memoria y sabía que en un período no muy largo conseguiría alguna plaza como profesora de instituto.

En esas estaba cuando un día, al regresar a su casa tras las clases de la tarde, alguien se le acercó por detrás y le tapó los ojos con las manos.

—¿Quién soy?

Ella enseguida reconoció la voz: —¡¡João!!

Se volvió y le abrazó, y él la empezó a besar. Se besaron apasionadamente. Estaba loca de alegría y de la impresión que se llevó se le cayeron los libros. Casi comenzó a llorar.

—Pero... ¿Qué haces aquí? —le preguntó, todavía muy alterada—. Y… ¡Oye! ¿Por qué no me has llamado en todo este tiempo? Empezó a darle puñetazos en el pecho, no sabía si de rabia o de alegría.

—Vale, vale, ¡Qué genio tienes! Tranquila mujer… —João le paró las manos y recogió los libros.

—Bueno, me tranquilizo, pero ya me puedes empezar a explicar por qué no me has llamado.

João suspiró y comenzó a excusarse:

—Bueno, pues por lo de siempre. Mucho trabajo. Hemos ampliado la fábrica porque hemos recibido muchos pedidos. Hemos tenido que reorganizar algunas líneas de producción y…

—Excusas, João, excusas. No me puedo creer que no hayas tenido ni cinco minutos para llamarme y decirme que me quieres. Porque me quieres, ¿verdad?

—Te quiero mucho, Cecilia. Yo también he pensado mucho en ti, pero es lo que te digo. De verdad que no he podido…

—Vale, vale, pero... ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Jajá —se rio—, es que vengo de ver a un cliente en Santiago. Y ahora voy de camino a Oporto donde esta noche tengo una cena con otros clientes… bueno, ya ves que es verdad… no paro. Y al pasar por Vigo, pensé: «no puedo pasar por aquí y no ver a Cecilia». Entonces te llamé y me contestó una señora muy amable…

—Mi madre.

—Sí, al parecer ya me conocía. Le has debido hablar mucho de mí…

—Bueno, no le he dicho demasiado, pero claro, estoy todo el día hablando de ti con mis amigas, y claro ella lo escucha… soy hija única y entonces…

—Sí, es eso. Bueno, el caso es que me ha dicho que me pasara por tu casa. Ya ves, me dio la dirección y estaba llegando cuando te he visto…

—Vivo en ese piso —dijo, apuntando a una terraza en el bloque de viviendas contiguo—. El primero. Precisamente ahora se acaban de asomar mis padres… ¡Ya nos han visto!

—Ah, pues entonces tendré que pasar a saludarles.

—No, espera, nos están haciendo una seña… Parece que van a bajar ellos. ¡Uf! Vaya corte João, ¡vaya corte! Espero que no nos hayan visto besarnos… no me he dado ni cuenta de que estaba ya aquí, en mi barrio, y…

—No pasa nada, mujer. No hemos hecho nada malo —la consoló, mientras soltaba una pequeña carcajada. Unos segundos después aparecieron sus padres:

—Hola João, porque te llamas João, ¿verdad?

—Sí, señor. Me llamo João Costa —dijo, y a continuación, se estrecharon la mano.

—Tanto gusto. Me llamo Marcelino, y esta es mi mujer, Celia.

—Tanto gusto. Encantado de conocerle, señor, y a usted también, señora.

—Bueno, creo que mi hija lo está pasando un poco mal, João —dijo el padre, mirando hacia Cecilia, que estaba totalmente ruborizada—. No os queremos molestar demasiado. Vamos a hacer un recado y ahora volvemos. ¿Vas a estar mucho por aquí?

—Me temo que no, señor. Voy camino a Portugal y no puedo entretenerme mucho.

—Bueno, pues me alegro de conocerte. Y si nos vemos otra vez… en fin, ¡aquí tienes tu casa!

—Muchas gracias, señor —contestó, y en ese momento el matrimonio se dio la vuelta y siguieron su camino. Fu entonces cuando Cecilia comenzó a hablar.

—Jo, João, esto no se hace. ¡Esto no se hace! Me tenías que haber avisado antes… Habríamos quedado en otro sitio y…

Entonces él la sujetó, la apartó un poco de la acera donde estaban, y situándose en un recodo de la calle, en un instante comenzó a besarla de nuevo. Ella se dejó, pero a los pocos segundos le apartó:

—Nos van a ver… mis vecinos… ¿por qué no vamos a una cafetería y hablamos?

—No puedo entretenerme mucho, Cecilia. Dentro de unas horas tengo que estar en Oporto. Solo he pasado a saludarte.

—Pero… ¿nos volveremos a ver?

—¡Pues claro! ¿Por qué no te vienes conmigo ahora? Después de la cena podrías estar unos días en mi casa, en Lisboa.

—¡Oh! João, no puedo hacer eso —contestó, casi sin pensarlo. Otra vez las proposiciones «atrevidas».

—Es muy precipitado…

—No, no es eso. Mis padres son muy tradicionales y yo…

—Pero tú ya no eres una niña. No entiendo…

—Lo verían muy mal, João, no puedo hacerles eso. Yo…

—Está bien, pues entonces que se vengan ellos también. Mi casa es grande, ya lo sabes. Podéis pasar unos días conmigo.

—¡Eso es otra cosa!… pero… ¿lo dices en serio? ¿Cómo sé que no me vas a dejar plantada? ¿Cómo sé que no vas a olvidarme y que todo se queda en una broma... João, has estado mucho tiempo sin llamarme y yo…

—Toma mi tarjeta. Aquí tienes mi teléfono. Y mi dirección, por si no te acuerdas. Yo quiero ir en serio, Cecilia. De verdad. Venid unos días a mi casa y así te conoceré mejor.

—¡Oh! João...—Cecilia le abrazó, sin darse de cuenta que de nuevo estaban en mitad de la calle. Después comenzó a pensar y tras unos segundos dijo—: pues es que yo estoy ahora en una academia, porque estoy preparando unas oposiciones, pero bueno…, no pasa nada porque no vaya en unos días, y mis padres… bueno, pues, verás…, ellos están a punto de terminar una temporada de conciertos con la filarmónica… pero luego van a tener mucho tiempo libre. Sí, creo que ya no vuelven a tener compromisos hasta Navidad. Sí… Se lo puedo comentar. Lo del viaje, me refiero. No creo que se opongan… si voy con ellos.

—Me tengo que ir, Cecilia. Llámame, por favor, y hablamos más despacio.

Vacaciones en Lisboa

Lo que en un principio iban a ser dos o tres días, se transformó en casi medio mes. Marcelino y Celia se hubieran querido ir mucho antes, pero, por no contrariar a João, que no paraba de agasajarlos, fueron demorando su marcha hasta que al final decidieron que ya iba siendo hora de volver a Vigo.

João se comportó como todo un anfitrión. Los llevó en su barco por la desembocadura del Tajo, visitaron Sintra, con sus palacios, la Quinta de Regaleira con sus túneles ocultos bajo los jardines y su castillo árabe, Cascais con su fortaleza, la Villa Guimarães, el Cabo da Roca, la ciudad amurallada de Óbidos…

Pero lo que más les gustó fue haberse encontrado con Filipe, un músico profesional como ellos, que, aunque sus preferencias musicales eran más modernas que las suyas, compartían profesión y pasaron muchas tardes agradables tocando los tres juntos.

Y por supuesto, el amor de Cecilia hacia João que ya era grande, se transformó en infinito.

El día anterior al que habían fijado como el de su vuelta a Vigo, estaban los dos juntos en la playa de Sesimbre. Era un día soleado de principios de noviembre. No hacía mucho frío y daba gusto estar tumbados al sol sobre las esteras. Almorzaron solos en un restaurante con vistas al mar y por la tarde, antes de que se fuera el sol, volvieron a la playa. Comenzaron a correr el uno tras el otro, a lanzarse arena, a salpicarse con agua… no paraban de reír y de correr. Cecilia estaba pasando los días más felices de su vida.

Cuando estuvieron cansados, se volvieron a tumbar en las esteras y se abrazaron y besaron como dos parejas de tortolitos.

—¿Has estado con muchas chicas, João?

—Pero, Cecilia, ¡qué más da eso!

—A mí me interesa…

João sonrió, pero no dijo nada.

—Ya sabes que yo no he estado con nadie —siguió ella—, y claro, tú no eres igual que yo. La forma como me abordaste cuando me viste por primera vez… no eres nada tímido y estoy segura de que…

—Bueno, sí. He estado con otras, antes que tú.

—¿Con cuántas?

—Unas cuantas. Pero con ninguna desde que te conocí a ti.

—¿Quiénes eran? ¿Las sigues tratando de alguna manera?

Él no contestó. Se levantó y comenzó a recoger su estera.

—Se va haciendo tarde. Creo que deberíamos regresar. Tus padres estarán preocupados.

—Oh, no lo creo. Hoy iban a casa de Filipe a tocar unas piezas, y con eso ya tienen bastante. Además, todavía es de día…

—Cuando anochezca comenzará a levantarse viento. Yo creo que deberíamos regresar.

—Ya, pillín, no cambies de tema. Tú lo que no quieres es decirme lo de tus otros amoríos.

João se la acercó, la agarró fuerte de la cintura y mirándola a los ojos le dijo:

—No vamos a hablar del pasado, Cecilia. Tú estás aquí conmigo, ahora y eso es todo lo que importa.

—Ya… pero yo quisiera saber…

—No insistas más, por favor. No es bueno para nuestra relación. Yo te quiero mucho, Cecilia, nunca he querido a nadie como te quiero a ti. He tenido a otras, sí, ¡a muchas! Pero ahora es diferente, porque yo quiero tener un hijo, ¿sabes? Soy algo mayor que tú y ya va siendo hora. Y no lo quiero tener con cualquiera. Desde luego no lo quiero tener con ninguna de las mujeres que he conocido hasta ahora. Muchas se han acercado a mí por mi dinero y eso no me gusta. Tú no eres como ellas, y por eso quiero que sea un hijo tuyo… y mío. ¿Me entiendes, Cecilia?

Ella se quedó paralizada, totalmente anonadada. Desde su pequeña estatura miraba hacia los oscuros ojos de João allá arriba, que se clavaban en sus grandes ojos verdes oliváceos. Se calló y dejó de hacer preguntas y se besaron apasionadamente. Al final, él la separó de sí y le dijo:

—¿Te quieres casar conmigo, Cecilia?

Un viaje al fin del mundo

Cuando se enamoró de João, ella estaba dispuesta a irse con él hasta el fin del mundo. Y eso era precisamente lo que estaba haciendo en aquellas remotas islas de Indonesia.

En Bali propiamente dicho solo habían estado una semana, para después pasar a Borneo. Allí visitaron la selva de Kalimantan, donde se podía ver a los orangutanes en libertad. Y en la romántica ciudad de Banjarmasin, navegaron en barcazas e hicieron un recorrido por los famosos canales.

Desde Borneo pasaron a Célebes, que era una antigua colonia portuguesa descubierta por unos navegantes de esa nacionalidad en 1512. Una isla llena de historia en la que Cecilia hubiera querido quedarse más tiempo, si no fuera porque João le apremió a pasarse a Java para ver los impresionantes templos budistas de Prambanan. Desde allí fueron a Surabaya, con la intención después de volver a Bali y por fin regresar a Lisboa.

Pero en Surabaya, lo que pensaban iba a ser un respetable hotel para turistas, se presentó ante ellos como un conjunto de pequeñas de chozas al sur de la ciudad y en medio de un manglar. El «hotel» estaba lleno —o eso les dijeron—y se vieron de noche en la calle con todo el equipaje.

—¡Es que esto no es serio, señor! ¡Esto no es serio! —João estaba discutiendo con el encargado de Recepción, un señor de mediana edad con el pelo gris y bigote, y que lucía una especie de vestido de lino abotonado hasta el cuello.

—¡Teníamos la reserva confirmada desde hace más de un mes! No nos pueden dejar en la calle, así como así… ¡Quiero hablar con el director del hotel! Si es que esto se puede llamar hotel…

El recepcionista chapurreaba un inglés muy tosco, pero João consiguió hacerse entender. Por lo que le dijo aquel, creyó captar que a esas horas de la noche el director ya no estaba y que el único responsable era él.

—Pues, nos vamos al centro. Al hotel Marriot. *¡Puxa vida!* —se quejó el portugués volviéndose hacia su esposa—. Teníamos que haber reservado allí en lugar de venir a este antro…

—Pero João, tú mismo dijiste que estos *bungalows* estaban muy bien, que Mateus te los había recomendado especialmente... —Cecilia intentaba contentar de alguna manera a su marido, que estaba muy, muy enfadado.

—Empiezo a dudar si él se refería a estos o a los otros que vimos en Bali. En mi guía de viajes parecían los dos iguales y por eso elegí estos. Pero ahora veo que no —João miró a las fotografías que aparecían en su guía y efectivamente no eran los mismos—. Esos otros son pequeños palafitos sobre el agua, y donde estamos ahora son simples chozas en la orilla de un lago, o playa, o lo que sea esto… *¡Puxa vida!* Pues nada, nos vamos al centro.

—Yo no me iría al centro, a estas horas —dijo alguien detrás de ellos, en perfecto castellano.

—Pero quién…

—Perdón que me meta donde no me llaman. Habíamos venido a solicitar otra mosquitera y os hemos escuchado.

Detrás de la pareja se encontraba un joven de unos 25 años con el pelo largo y barba de varios días. Llevaba un pantalón vaquero corto y una camiseta negra con el logotipo de la

banda *heavy* «Leño». Le acompañaba una chica morena de ojos azules que vestía un pantalón corto y una camiseta de tirantes, y que calzaba unas curiosas botitas de tela de color rosa.

—El taxi tardará en llegar a estas horas, y cuando lo haga no será momento de excursiones nocturnas —les dijo el chico que había hablado—. La carretera que lleva desde aquí a Surabaya no está bien asfaltada, como supongo que habréis notado cuando llegasteis aquí desde el aeropuerto, y además es peligrosa, por otros motivos. Yo me quedaría aquí esta noche.

—Pero ¡dónde nos vamos a quedar! —exclamó Cecilia—. El hotel está lleno y no tenemos habitación…

Al oír eso, el chico se dio cuenta de que el problema no era la calidad de las chozas, sino que no tenían una.

—¡Ah! Yo pensaba que os quejabais del mal estado de la vuestra… Entonces la cosa cambia, desde luego…

En ese momento la chica que le acompañaba le susurró algo al oído y el joven les dijo:

—Perdonad, no nos hemos presentado. Yo me llamo Francis y ella es mi novia, Sara —les informó. A continuación, se dieron la mano y los otros se presentaron igualmente.

—Me estaba diciendo Sara que os podíais quedar con nosotros, en nuestra habitación —terminó de decir el chico.

—Muchas gracias, pero no podemos aceptarlo —les dijo Cecilia, sin casi pensarlo.

—¿Por qué no? Nuestra habitación es doble y nos podemos quedar cada pareja en una cama. Porque supongo que vosotros sois pareja, claro…

—Sí, somos recién casados —confirmó João.

—Venga, no se hable más. Veníos con nosotros. Comprendo que no es una situación muy agradable, pero si a Sara no le importa, a mí menos. Y creo que no tenéis alternativa.

Cecilia miró a su marido esperando que este tomara una decisión que no fuera la de pasar la noche con esos dos desconocidos. Pero João no lo tenía nada claro. Paseó hacia la entrada del local y se asomó a la calle. Había comenzado a llover, y además lo hacía de forma intensa. La lluvia formaba una cortina de agua tan grande que sumada a la oscuridad de la noche hacía que apenas se distinguieran las chozas contiguas que hacían de habitaciones. Entonces se volvió y le dijo a su mujer que se quedaban. Ella miró hacia la calle y tras ver el panorama exterior asintió resignada. Los otros habían terminado de recoger una mosquitera nueva y sin decir nada más, tomaron las maletas y les acompañaron hacia su *choza.*

—Sois gallegos, ¿verdad? —preguntó el chico.

—No, yo soy portugués. Ella sí que es gallega.

—Sí, soy de Vigo —añadió Cecilia—. Mi marido intenta hablar conmigo en español, pero le salen palabras portuguesas de vez en cuando, y quizá por eso parezca gallego. Supongo que con eso y con mi acento…

—Claro, eso es —dijo Francis—. Nosotros somos de Madrid.

Entonces llegó el momento de salir a la intemperie de verdad, pues hasta ese momento habían deambulado por la cubierta que rodeaba el local que hacía de Recepción.

—¡Corred! Nuestra choza no está lejos, pero me temo que ¡nos vamos a mojar!

Los cuatro corrieron cuanto pudieron, pero eso no impidió que llegaran totalmente empapados ante la puerta de la habitación. Francis tardó en encontrar la llave y eso hizo que se mojaran todavía más. Cuando por fin pudieron entrar, contemplaron la estancia donde iban a pasar la noche. La habitación era un pequeño habitáculo de unos diez o doce metros cuadrados, con dos camas juntas que estaban algo desechas. Dos mesitas de noche a cada lado, un armario no muy grande y un pequeño escritorio completaban el mobiliario.

—Bueno, nos tendremos que cambiar de ropa… Si os parece, vosotros podéis pasar al baño a cambiaros mientras nosotros lo hacemos aquí.

—Me parece bien —dijo João—, mientas se dirigían hacia la pequeña puerta que les indicó el madrileño.

El *baño* resultó ser un cubículo de no más de dos metros cuadrados que se juntaba con una pequeña ducha a la que seguía una letrina que tan solo era un agujero en el suelo. Un lavabo medio roto completaba «la decoración». Cecilia comenzó a arrepentirse de la decisión tomada, pero solo de ver el aguacero que caía en el exterior y que se colaba por la ventana del servicio, le hizo resignarse de nuevo.

Cuando salieron comprobaron que sus anfitriones habían separado las camas y habían colocado las dos mesitas en medio de estas, de tal manera que ahora cada una estaba pegada a la pared de cañas que constituía la estructura de la choza.

—Os hemos puesto unas sábanas limpias que nos han dejado esta mañana —informó Sara—. Si quieres me ayudas a terminar de hacer la cama mientras los chicos ponen la mosquitera —le dijo a Cecilia—. Nos ha costado bastante trabajo quitar la vieja, pero era necesario porque tenía agujeros. Mira cómo me han dejado las piernas en esta siesta…

La chica le enseñó las picaduras y fue en ese momento cuando Cecilia comprendió el favor que les estaban haciendo.

—De verdad Sara, os agradecemos mucho que nos hayáis dejado pasar la noche con vosotros. Debo admitir que tenía mis reticencias, pero me estoy dando cuenta de que no sé qué hubiéramos hecho de tener que salir a la calle ahora con la que está cayendo. Llegar a Surabaya, comenzar a buscar otro hotel… de verdad, muchas gracias.

—De nada, mujer, para eso estamos. Supongo que vosotros hubierais hecho lo mismo por nosotros, ¿no?

Cecilia asintió, aunque no estaba segura de si ella hubiera echo eso por ellos.

—Siento no poder ofreceros de beber gran cosa —dijo el anfitrión—. Solo tengo una garrafa de agua destilada y unas cervezas calientes. Bueno, del tiempo... o sea calientes. Aquí no hay nevera y aunque la hubiera no serviría de nada. La electricidad se va constantemente, de manera que estamos más tiempo sin ella que con ella. Eso sí, no se os ocurra beber agua del grifo en ninguna circunstancia, ni aceptar que os echen hielo en ninguna bebida.

—Gracias, Francis, eso ya lo sabemos —dijo el portugués—. Llevamos casi un mes por aquí y hemos tenido algún susto. Espera —continuó—. Déjame que te ayude con ese gancho…

João le ayudó a colocar la mosquitera que habían solicitado en Recepción y a ubicar la otra en su nuevo lugar colgando del techo. Una vez estuvieron puestas y las camas terminadas, se sentaron en el borde de las mismas, y comenzaron a charlar. Hablaron de sus visitas a

Bali, a Borneo, a Java, comentaron la calidad de los hoteles, la simpatía de los lugareños, lo mala que era la comida en algunos sitios…. Les dijeron que ellos habían llegado a Bali por indicación de Mateus, el amigo de João, quién había estado allí hacía algunos años.

—Sí, por lo que veo, estáis haciendo la típica ruta turística —apuntó Francis—. Nosotros hicimos un *tour* parecido hace dos años, pero esta vez llevamos otro rollo.

—Ahora vamos más a la aventura —observó Sara—. No nos gustan las masificaciones, la verdad. Es que es un poco agobiante estar en las típicas playas de Sulawesi, Bali o Lombok y ver cómo los hombres de por aquí te desnudan con la mirada —dijo la chica, mirando hacia Cecilia, quien asintió—. Es mejor alejarse un poco de la zona donde están los hoteles y buscar alguna cala más recogidita, ya me entiendes.

—Preferimos ir a sitios vírgenes, más salvajes —añadió su compañero—. La verdad es que por aquí hay algunas islas que son un verdadero paraíso. Pero paraíso de verdad, ¡eh!

—¿Como cuál? —João estaba escuchando con mucha atención.

—Pues, mira —siguió Francis—, ahora mismo venimos de pasar una semana en las islas Kai. ¿Las conocéis?

—No las había oído nunca… a ver un segundo… —João tomó su guía de viajes y buscó el nombre en el glosario—. ¿Cómo dices que se llaman? ¿Kai, como suena? A ver…

—No creo que las encuentres. No son un destino turístico al uso. Tan solo Tual, que es la ciudad principal, puede ser algo parecido a lo que hay por aquí, pero poco más.

—Pues, no, no están citadas en mi guía…

—Nosotros las conocimos por casualidad. Estuvimos en Ambón, al sur de las Molucas, y allí vimos un folleto con la indicación. Las promocionaban como si fueran las islas de Robinson Crusoe, y ¡vaya si lo fueron!

—Ha sido toda una aventura —añadió Sara—. Para empezar, el avión que tomamos. ¡Parecía de juguete! El aparato debía tener más años que Matusalén, y hacía un ruido con las hélices que parecía que iban a pararse de un momento a otro. De hecho, yo creo que se pararon en algún momento durante el vuelo.

—Jajá, no se pararon Sara, lo que pasa es que cuando van muy deprisa se produce un efecto óptico que parece que están quietas.

—Ya, tú dirás lo que quieras, pero acuérdate de que varias veces se paró el motor y…

—¿Que se paró el motor? —preguntó Cecilia, asustada.

—Lo hacen para no sobrecargarlos —apuntó João—. Cuando están a cierta altura se dejan llevar por las corrientes de aire y ponen el motor a funcionar a pocas revoluciones.

—Pues, será eso… Pero lo que sí que os digo es que el viaje mereció la pena. Y vaya si la mereció —terminó Sara, mirando a su compañero.

—Nos quedamos en Kai Kecil, la isla principal —dijo Francis—. Pero me hubiera gustado recorrer el archipiélago con un barco. En Tual se alquilaban pequeñas lanchas fueraborda, pero el tema náutico es algo que yo desconozco por completo y nos conformamos con un par de bicicletas.

João estaba muy interesado en lo que estaba contando el madrileño, y fue a intervenir, pero se le adelantó Sara:

—Vosotros ya vais para Bali, ¿verdad? Quiero decir, para regresar a Europa ¿no es así?

—Sí, dentro de dos días tenemos el vuelo de regreso —repuso Cecilia.

—Nosotros también. Nos quedaremos por aquí dos o tres días más y luego volveremos a la rutina. Pero desde luego, si tenemos que volver, vendremos directamente a las islas Kai. Mirad que maravilla —la chica sacó las fotos que había tomado con una *Polaroid*, y a pesar de la poca calidad que presentaban, se distinguían perfectamente las inmensas y desiertas playas de arena blanca que se extendían hasta el infinito con las hojas de las palmeras besando la orilla.

—Y, ¿cómo se llega desde aquí… hasta allí? —preguntó finalmente João, que estaba ya imaginándose a borde de uno de esos barcos explorando aquellas islas desiertas—. Podríamos quedarnos unos días más… ¿verdad, Cecilia? —su mujer le miró con cara de circunstancia.

—Hay que hacer varios trasbordos —le informó Francis—. Primero hay que ir a Sulawesi, y después a Ambón —el chico hizo una pausa y se acercó a su mochila, que estaba en un rincón. De allí sacó un papelote arrugado que tenía en uno de los bolsillos de la misma, y se lo mostró al portugués—. Mira, aquí tienes todo explicado. Los horarios de los aviones, los teléfonos de las compañías, y también los hoteles por los que pasamos —le extendió el papel a João y se lo ofreció—: quédatelo. Yo ya no lo necesito. Si os animáis a ir, te aseguro que no os arrepentiréis.

En ese momento se fue la luz, y el ventilador que tenían en el techo dejó de funcionar. El madrileño encendió su mechero y dijo: —no os preocupéis, ya volverá. Ayer pasó lo mismo, y además varias veces. Aunque con este calor, me parece a mí que no vamos a poder estar mucho tiempo sin quitarnos la ropa. Así que, si os parece, nos vamos a dormir.

—A mí me parece bien —dijo Cecilia, que estaba ya bastante cansada—. ¿Dónde está el interruptor?

—¿El interruptor? —preguntó Francis, extrañado.

—Sí, claro, para apagar la luz, me refiero. Para que cuando venga, no nos veamos desnu… quiero decir, que no nos despierte.

—¡Ah! Sí, claro, está en la entrada, junto a la puerta. Espera, ya me acerco yo con el mechero y lo desconecto.

En el exterior de la choza no paraba de llover y el calor dentro de la misma era asfixiante. Un calor húmedo típico de las zonas tropicales que les impidió pegar ojo en toda la noche, a pesar de que las dos ventanas de la choza estaban abiertas de par en par. El ventilador solo se accionó en contadas ocasiones y eso les permitió descansar un poco, pero no lo suficiente.

—Oye João —susurró Cecilia a su marido—. Esos ruidos que hacen estos dos…

—Sí, Cecilia, están haciendo el amor—. El portugués y su mujer estaban pegados el uno junto al otro, compartiendo la estrecha cama, y pudieron oírlos ahora que el furor de la tormenta había disminuido un poco. Al rato le dijo: —si te parece podemos hacerlo nosotros también… —y a continuación le puso una mano sobre el muslo y se intentó colocar encima de ella.

—Sí, claro, lo que nos faltaba —le dijo, retirando la mano—. Si ya tenemos poco calor, encima quieres tú…

—Ya, seguro que es por el calor. Por eso no te has quitado el pijama.

—Pues, sí, João, sí. Me da vergüenza. Si a estos dos no les da, pues allá ellos —dijo levantando un poco la voz mientras intentaba salir de la cama. Pero en el momento de poner el pie en el suelo, pisó algo que le hizo gritar.

—¡Cecilia! ¡Qué te pasa! —preguntó alarmado su marido.

—¿Eh? ¿Qué ocurre? —exclamó Francis.

—Creo que he pisado un bicho… Una serpiente o algo así.

El madrileño palpó la mesita de noche buscando su mechero y cuando lo encontró lo encendió.

—Es raro que sea una serpiente. Me he asegurado de que la puerta esté bien cerrada, pues ya me lo avisaron en Recepción. A ver… —Francis pasó su mechero por donde Cecilia tenía los pies, pero no vio nada.

—¡Ahí! —Cecilia apuntó con su dedo índice a una especie de lagartija que había sobre la pared.

—¡Ah! Es un *gekko*... No te preocupes mujer, estos animales son inofensivos. Habrá entrado por la ventana. ¿Ves? —El chico intentó atrapar al animal, pero este se le escapó por el mismo sitio por donde había entrado.

—Bueno, me parece que ya no vamos a dormir mucho más —dijo João mientras se ponía una camiseta—. Dentro de poco amanecerá, y como ha dejado de llover, voy a salir un poco afuera. A ver si por ahí corre algo de aire.

—Pues, yo te acompaño, si no te importa —dijo Francis—. ¿Os quedáis aquí, chicas? No iremos muy lejos…

—Descuida, aquí estaremos. No tenemos otro sitio donde ir… ¿no Cecilia?

Unas islas paradisíacas

—Venga mujer, solo van a ser dos o tres días. Ya llevamos aquí casi un mes, ¿qué más da una semana más?

—Pero cariño, pasado mañana tenemos el vuelo de regreso, y si lo cancelamos, además de cobrarnos una buena cantidad por gastos, es muy posible que no tengamos el próximo hasta dentro de mucho tiempo. Y tu trabajo…

—Oh, vamos Cecilia, para eso hemos contratado a Joaquim, él es ahora el jefe de ventas de la CDS. Se sabrá manejar.

Efectivamente, aquel viaje no hubiera sido posible si João no hubiera encontrado un sustituto. Delegó en Filipe el control de la fábrica y le dio instrucciones básicas para solventar cualquier incidente que se pudiera producir en la cadena de producción de electrónica, que era la que él dominaba. Y para su labor comercial, que era la que le llevaba más tiempo, contrataron a un jefe de ventas. Estuvo casi un mes con él antes de la boda y le llevó a conocer a los principales clientes. Joaquim era un excelente comercial y pareció congeniar bien con ellos. El plan de João de cara al futuro era centrarse en la producción de un nuevo modelo de sintetizador cuya patente acababan de comprar, y eso absorbería todo su tiempo en detrimento de las labores comerciales. Por eso necesitaba traspasar esas funciones a alguien con solvencia y por eso contrató a Joaquim Pereira. Todavía tardarían en llegar desde Japón los primeros componentes para la fabricación del Zyxu, como así se llamaba el nuevo sintetizador, y por tanto tenían tiempo de sobra para estar en Indonesia algunos días más.

Pero llegar a las islas Kai no era nada sencillo. No había ningún vuelo directo, y había que recurrir a escalas entre islas, pasando por pequeños aeropuertos y volar en pequeños aviones o incluso hidroaviones. Para colmo, al no ser enclaves turísticos al uso, era muy difícil comunicarse con la gente pues casi nadie sabía inglés o francés. Aun así, João parecía tener una especial habilidad para los idiomas, que quizá era fruto de su trato con gentes de diversos países; así que conseguía entenderse y hacerse entender.

Desde Surabaya tomaron un vuelo que los llevó a la ciudad de Makassar en Sulawesi. Volaron de noche y llegaron a primera hora del día. Después tuvieron que darse prisa para llegar a un pequeño aeropuerto que a media mañana los tendría que llevar a Ambon, una pequeña isla al norte de su destino. Después de pagar una buena propina a un taxista para que se diera prisa, consiguieron llegar a tiempo y arribaron allí. En Ambón tuvieron que hacer noche a la fuerza, y esperar a un vuelo que al día siguiente los tendría que llevar a las islas Kai.

Cecilia estaba totalmente agotada y exhausta. Las noches sin dormir o durmiendo poco, las carreras para llegar a los aeropuertos, la mala comida… Ella no estaba hecha para las aventuras y esa noche cayó enferma.

Alojados en un hotel de tercera clase —como eran todos los de esa isla—, esperaron a la mañana siguiente para intentar volver a Java y desde allí acudir a un médico. Pero afortunadamente, cuando llegó la mañana se sintió mejor. Estuvieron un día más en Ambon, y al día siguiente estaba casi bien.

João dudaba si continuar o no, pero ella le animó a seguir. Total, después de llegar hasta allí, ya no tenía sentido regresar cuando solo les quedaba un vuelo de unas horas para llegar a las ansiadas islas Kai. Todo lo hacía por él, pues desde aquella noche con los madrileños, João no pensaba en otra cosa. Ella tenía sus reticencias, y más al pensar que tenían que tomar un avión de *juguete* para llegar hasta allí.

Pero finalmente lo tomaron y el avión resultó ser más sólido que el que tomaron aquellos mochileros madrileños solo unas semanas antes. Llegaron sin contratiempos a Tual, la capital de la isla principal, donde ya les esperaban para llevarlos a un pequeño hostal al lado del mar. Allí descansaron esa noche y al día siguiente se dispusieron a recorrer el pequeño archipiélago en un barco de alquiler. Gracias a los conocimientos náuticos de João, consiguieron evitar el primer barco que les ofrecieron y que no estaba en muy buenas condiciones, y escogieron otro al gusto de él.

Y efectivamente, ahí se inició una de las más gratificantes experiencias en la vida de aquella pareja. Exploraron las playas casi deshabitadas, las pequeñas calas, los atolones paradisíacos… y pasearon por la arena blanca como el azúcar de Kai Kecil con sus palmeras inclinadas sobre sus cabezas y que se movían al suave ritmo del viento cálido de la tarde mientras aves con plumajes multicolores trinaban en el cielo.

Al oeste de Pulau Ur encontraron una isla virgen deshabitada, y allí se quedaron el resto del tiempo. Como si fueran Christopher Atkins y Brooke Shields en *El Lago Azul*, desayunaban guayabas y mangos silvestres, bebían agua de coco y comían los peces que pescaban desde el barco y que asaban en una hoguera. Después de comer se echaban la siesta en una hamaca compartida, mientras las olas cristalinas bañaban las estrellas de mar y los cocos salpicaban la orilla. Por la tarde se bañaban desnudos en el mar, hasta que un sol con tonalidades purpúreas se escondía bajo la misma línea del horizonte marino, y el día dejaba paso a la noche. Entonces contemplaban la luna y las estrellas hasta que les entraba sueño, para despertarse cuando el mismo astro que habían visto ponerse horas atrás les saludaba de nuevo en un amanecer sublime y cálido.

Así dejaron pasar los días, sin reloj ni calendario, en aquel paraíso, en aquella exuberante e idílica porción de utopía serena y virgen, en medio de la paz y la tranquilidad más absolutas.

Una mansión imponente

Casi dos meses después de haber salido de Lisboa, la pareja llegó por fin a la casa de João en Carcavelos. Les costó un esfuerzo titánico despertarse de aquel ensueño en el que habían vivido durante tantos días.

A diferencia del modesto piso donde Cecilia vivía en Vigo, aquella casa le pareció toda una mansión imponente, y es que realmente lo era.

João le explicó que sus padres habían tenido importantes negocios en la colonia portuguesa de Mozambique, y en esa época adquirieron varios inmuebles como inversión. Pero en la dictadura de Salazar, su padre cayó en desgracia con el gobierno y perdieron gran parte de lo ganado. Este murió poco tiempo después y los hermanos se repartieron la herencia, siendo João el más perjudicado. Él era el más joven de todos, y los negocios los manejaban sus hermanos mayores, los cuales se fueron a Brasil para poner a salvo el dinero. João se quedó con su madre en Portugal mientras invertía su parte de la herencia en la fábrica. Su idea era montar una factoría de herramientas electrónicas de precisión, que era su especialidad, pero su amigo Filipe le convenció de que era más lucrativo el negocio de los instrumentos musicales, pues su padre había sido lutier y lo sabía bien. Eso sí, como él no entendía de música, le dio una participación en el negocio. Cuando su madre también murió, los hermanos intentaron reparar de alguna manera lo que le hicieron con la herencia, y le cedieron la casa de Carcavelos a João. Un hecho que, sin embargo, no consiguió el efecto esperado, pues él siguió enemistado con ellos.

La fábrica marchó muy bien desde el primer momento: João aportó el capital necesario para su funcionamiento y el conocimiento de las máquinas que construían los instrumentos. Filipe colaboró con su experiencia en la industria musical, aunque el otro se hizo enseguida con ese saber y se volcó en la parte técnica. Especialmente en la relativa a la fabricación de los sintetizadores, que era la principal línea de producción.

Al principio compartían las labores comerciales, pues los clientes les preguntaban tanto por la parte electrónica como por la parte musical propiamente dicha. Pero de nuevo João no tardó en hacerse también con esa faceta y, aunque no era músico, era capaz de contestar a todas y cada una de las preguntas que los clientes les hacían, y que siempre versaban sobre aspectos técnicos del sonido.

Con el tiempo, Filipe se fue volcando más en su faceta de músico profesional, y João asumió en exclusiva las labores clientelares. Su don de gentes, su pericia disuasoria y su encanto personal le hicieron ser un comercial de primera clase, por mucho que a él le gustaran más las funciones del taller. Por eso, en cuanto que pudo, intentó contratar a un jefe de ventas para que realizara esa labor. Así logró irse tranquilo a su viaje de novios, y por eso se permitió el lujo de ausentarse del trabajo durante tanto tiempo.

Y respecto a aquel viaje, Cecilia llegó embarazada de Indonesia y tuvieron un hijo al que llamaron Kai, en recuerdo de la maravillosa experiencia que disfrutaron en su luna de miel.

João se las prometía muy felices con su nuevo hijo, que es lo que siempre había deseado, y vislumbraba una vida dedicada a su familia y a la supervisión de la fábrica.

El problema vino un poco después, cuando muy a su pesar tuvo que volver a las labores comerciales de la empresa. El jefe de ventas —Joaquim—, que en un principio parecía muy dispuesto, se reveló como un incompetente que estaba empezando a dañar seriamente la reputación de la marca.

En Oporto, donde la compañía tenía un importante cliente que representaba a un grupo de tiendas cuya sede se ubicaba allí, João se entrevistó con el dueño y este se quejó amargamente de que Joaquim no era capaz de cumplir los compromisos firmados. Con tal de cerrar un contrato, ofrecía plazos de entrega imposibles de satisfacer y a unos precios que no cubrían ni siquiera los costes. Por si fuera poco, era un comercial en sentido estricto, es decir, ignoraba todos los detalles técnicos de la mercancía que vendía y eso le hacía perder mucha credibilidad. Las ventas empezaron a disminuir y tuvieron que tomar una decisión drástica.

Joaquim fue despedido y João tuvo que retomar las labores comerciales que le separaron de la fábrica, de la cadena de producción, y también de Cecilia, pues volvieron los viajes interminables que a veces duraban varios días. Sobre todo, los viajes a Iberoamérica, donde la empresa comenzó a ganar cierto peso tras la incorporación del sintetizador Zyxu que allí tuvo muy buena acogida.

Cecilia se sintió bastante sola en aquella casa. Con su marido casi siempre de viaje y en un país extranjero, tan solo las visitas ocasionales de sus padres le acompañaban y le distraían. Ella esperaba tener una vida social más intensa, pues se imaginaba que entablaría amistad con alguna de las personas que asistieron a la fiesta que su marido daba el día en que le conoció. Pensó que fiestas así se harían con frecuencia, pero al parecer, aquella había sido una excepción. A pesar del ambiente informal y distendido en el que se desarrolló, resultó ser básicamente un evento para clientes escogidos, con quien João se quería congraciar, y que no se llegó prácticamente a repetir.

Flavia

—Hola, Cecilia, ¿qué tal estás?

—¡Flavia! ¡Qué alegría! ¡Cuánto tiempo sin hablar contigo!

—¡Chica! Es que desde que te has casado ya no te acuerdas de tus amigas… Parece que te has olvidado de mi número de teléfono, así que, como ves, yo no me he olvidado del tuyo.

—Ya, Flavia, es que estoy muy liada con el niño. Apenas tengo ayuda, y se me hace todo muy cuesta arriba. João casi nunca está en casa y…

—¿No tienes ayuda? Pensaba que tenías una criada o algo así.

—Sí, menos mal, porque la casa es muy grande, pero Kai solo quiere estar conmigo. Está muy enmadrado, y yo no puedo, o no sé, separarme de él…

—¡Ah! Ya veo, tienes el típico problema de las madres primerizas…

—Pues, no lo sé, chica, si es por eso, o qué es. Pero el caso es que no tengo tiempo para nada. Este niño me tiene totalmente absorbida.

—Pero… ¿No venían tus padres a verte de vez en cuando? Creo recordar que estaban contigo la última vez que te llamé.

—Mis padres vienen… cuando pueden. Pero ahora están en plena temporada de conciertos y ya no tienen ni un día libre. Pero bueno, ¡qué le vamos a hacer! Supongo que en cuanto que el niño sea un poco mayor, las cosas cambiarán.

Cecilia calló por un momento y luego siguió:

—Y…, oye, ¿tú qué tal? ¿Has encontrado algún trabajo?

—Nada, Ceci, nada de nada. ¡Cómo me arrepiento de haber estudiado Historia! Hay muy poca oferta de lo nuestro, y la que hay, o es de funcionario o ya te puedes olvidar.

—Pues, estudia oposiciones, Flavia. Como hice yo. Bueno, como intenté hacer. Porque ya sabes el poco tiempo que estuve en la academia…

—Jajá, Ceci, ¡tú aprobaste una buena oposición al pescar a João!

Las dos amigas se rieron y Cecilia siguió:

—No, en serio, aquella academia no estaba nada mal. Iban al grano y te contaban muchas de las cosas que podrían caer en el examen. Deberías intentarlo.

—No, Ceci. Yo no estoy hecha para oposiciones. No tengo mucha memoria y eso es esencial.

—Venga, Flavia, no me digas que no tienes memoria, pues hemos hecho una carrera de Letras…

—Ya tía, pero la Historia no es lo mismo. Es como un cuento. Te aprendes los acontecimientos, una cosa lleva a la otra, en fin, es más sencillo. ¡No compares!

—Sí, tienes razón. Pero no solo hay trabajo para funcionarios. Antes de casarme creo recordar que en el puerto de Vigo había ofertas de trabajo para guías turísticos o algo así. Con nuestra carrera podría ser fácil que te contraten.

—¡Ja! Esos puestos están también muy demandados. Y además pagan una miseria. Pero ya me he pasado por allí. Me hicieron una entrevista y me dijeron que ya me llamarían, si eso…

—Sí, lo de siempre.

—Pues eso, y la verdad, no me apetece nada haber hecho una carrera para al final acabar de dependienta en una tienda de ropa. Para eso no hubiera hecho nada.

—Te comprendo perfectamente —Cecilia pensó por un momento y luego dijo:

—Oye, Flavia, ¿por qué no te vienes a Lisboa? Yo creo que aquí hay más oportunidades. Es una ciudad más cosmopolita, y quizás te salga algo. Podrías quedarte en mi casa… ¡Sí! —exclamó—. Me haría mucha ilusión, y además me harías compañía. Anda, vente. ¿Qué tienes que perder?

—¡Ay, Ceci!, no sé… ¿Tú crees que a João le gustaría?

—¿A João? Estará encantado. Además, casi nunca está en casa… Tú vente y ves el ambiente. Pasas por aquí una temporada y buscas algo. Si no te interesa nada, pues te vuelves. ¡Anda, vente! ¡Porfa! ¡Porfa!

Reencuentro con Filipe

Cecilia estuvo encantada de acoger en su casa a su amiga Flavia, aunque, a decir verdad, el mismo día en que se lo propuso se arrepintió de haberlo hecho. En primer lugar, porque lo había propuesto sin contar con su marido, aunque estaba casi segura de que no se opondría. Y también porque la mera presencia de una mujer como Flavia, tan esbelta y atractiva, podría originar que João se sintiese atraído por ella. Se consoló no obstante pensando que a pesar de que él siempre había reconocido su atractivo, también sabía que no era el tipo de mujer que le atraía. A él le gustaban las mujeres más «contundentes», como solía decir. De no haber sido así, João hubiese abordado a Flavia aquel día en el museo de la Marina, pues estaba a escasos centímetros de Cecilia el día que la conoció.

A diferencia de su marido, quien siempre estaba por allí era Filipe, y la llegada de Flavia a la casa de Carcavelos resucitó su antiguo amor.

Por allí apareció el músico, un día que sabía que Cecilia no estaba en casa. Conocía de su llegada, pero aún no había tenido ocasión de verla. Así que se presentó allí con la excusa de buscar a João. Ella le abrió la puerta y le dejó entrar. Lo primero que él le dijo es que la había echado de menos:

—*Olá Flavia, senti sua falta…*

—*Claro, por iso non me chamaches nin unha soa vez. Non o creo* —le recriminó Flavia, hablando en gallego.

—*Tive muito trabalho* —se excusó Filipe.

—*¿Por qué os portugueses sempre culpan ao traballo da súa preguiza?* —dijo ella con ironía.

Pero él no contestó. Simplemente sonrió y se le acercó. Se la quedó mirando fijamente mientras ella le aguantaba la mirada. Finalmente la agarró de la cintura y la besó. Ella se unió a aquel beso y sin mediar palabra la condujo hacia la parte de arriba de aquella casa que él conocía bien, y entraron en la misma habitación donde habían estado en aquella fiesta dos años atrás. Una estancia que ahora se había convertido en la habitación de Flavia, precisamente.

Aquel fue el primero de una serie de encuentros que desembocaron, tras un intenso noviazgo, en otra boda.

Una boda que, como no podía ser de otra manera, tuvo a Indonesia como destino de luna de miel. Pero no pudieron visitar las islas Kai a pesar de tener todos los billetes de avión comprados y la agenda perfectamente planificada. Llegaron en plena temporada de monzones y un ciclón tropical se lo impidió.

Cecilia encontró en Flavia a una compañera como no la había tenido antes en Vigo. Eran amigas, sí, pero tenían caracteres distintos y no compartían muchas aficiones aparte de las propias de su carrera. Pero ahora todo era distinto. Mientras Filipe estaba en la fábrica, ella se desplazaba a la casa de Cecilia y llegó a considerarla como su segunda casa. Con el tiempo vendieron el piso céntrico en el que vivían en Lisboa y se compraron una casa al lado de la de su amiga en Carcavelos.

Filipe llevaba tiempo acariciando la idea de montar una academia de música, y cuando João le avisó de que su vecino vendía su chalé, encontró la ocasión propicia. En la planta de arriba vivirían ellos y dedicarían la planta de abajo a la enseñanza.

Como había predicho Cecilia, Flavia encontró trabajo como guía turística en Lisboa, antes de casarse con Filipe. Cuando lo hizo, ya no le era tan necesario el empleo, pues su marido, como socio de João, estaba muy bien posicionado. La CDS iba viento en popa, y las dos familias llegaron a amasar mucho dinero. Pero era una manera de sentirse útil y con el tiempo llegó a adorar el trabajo. Un empleo que compaginaba con el de la academia, pues se ocupaba de todos los asuntos administrativos y de la organización de las clases.

Aquella fue también una época muy feliz para Cecilia. Además de Flavia y Filipe, Mateus se había casado con una chica lisboeta y todos los sábados se reunían las tres parejas a comer en la casa de João o en la de Filipe. Cuando hacía buen tiempo bajaban a la playa y pasaban el día allí, y si no, hacían barbacoas en el jardín y después cantaban y bailaban hasta bien entrada la noche.

Según pasó el tiempo, Kai se fue haciendo mayor y comenzó a ser más independiente. Eso proporcionó a su madre mucho más tiempo libre que antes, y cuando empezó a ir al colegio, Cecilia acabó entrando a trabajar en la agencia de Flavia. La prosperidad de finales de los años 80 y comienzos de los 90 hizo que aquella agencia de viajes se expandiera y comenzaron a tener clientes de empresas que les contrataban para organizar eventos, congresos, reuniones y viajes vacacionales para empleados.

Mientras tanto, la CDS también creció bastante gracias a las magníficas ventas que tuvo el sintetizador Zyxu, principalmente en Brasil. Pero la importación de los aparatos desde Portugal suponía unos costes que comenzaron a ser inasumibles. Fue entonces cuando decidieron construir una fábrica en São Paulo, desde donde iniciar la producción a gran escala para ese país y para el resto del continente.

Como no podía ser de otra manera, eso supuso que João prácticamente viviese allí durante todo el año y apenas visitase Lisboa. Pero Cecilia no lo pasó tan mal esta vez gracias a su trabajo y la compañía de Flavia. No llegó a sentirse sola, aunque lógicamente le echaba mucho de menos.

Un muchacho con posibilidades

La infancia de Kai fue algo diferente a la de cualquier otro chico de su edad. No tenía especial habilidad para las relaciones sociales y se mostraba introspectivo y solitario. Una introversión que se vio agravada ante la falta de hermanos o primos con los que poder compartir su infancia.

Cecilia y João habían tenido la llamada «incompatibilidad del RH», y eso les impidió tener más hijos, ya que aún no se había extendido el uso de inyecciones de inmunoglobulina.

El muchacho estaba muy unido a su madre y compartía con ella muchas facetas de su personalidad. También había heredado sus ojos verdes, aunque el color castaño de los de su padre se hacía notar en un círculo alrededor de las pupilas. Se podría decir que eran pardos; unos grandes y profundos ojos pardos que no guardaban relación con los de João. Pero por lo demás, era la viva imagen de su padre. De hecho, tenían una fotografía de este con cuatro años y de Kai con la misma edad, y, salvo que una era en color y otra en blanco y negro, se podría decir que eran la misma persona. Quizás el chico era un poco más blanco de piel, fruto de la mezcla con Cecilia, pero poco más.

Debido a su carácter, cuando venía de la escuela no se paraba a jugar con los amigos, sino que se pasaba las tardes en la fábrica de su padre. Le fascinaban todas las máquinas que allí había, y le gustaba tocar los teclados y ensayar sonidos. También se atrevía con las guitarras que fabricaban y se entretenía intentando arrancarles alguna melodía. Filipe solía estar por allí casi siempre, ensayando y probando guitarras y bajos eléctricos.

A pesar de ser un socio minoritario, el marido de Flavia desempeñaba un papel vital en la CDS. Era el alma de la sociedad, igual que João era el cuerpo. Su especial sensibilidad musical resultaba imprescindible para juzgar la precisión y la musicalidad de cada instrumento, y para aprobar o rechazar los sonidos que cada sintetizador estaba dispuesto a producir. "Este *vibrato* tiene poco alcance". O bien, "este *flanger* distorsiona demasiado", o bien "hay que subir la frecuencia de este *phaser".* Sus deseos eran órdenes y los técnicos de la fábrica modulaban los chips, las bobinas y los condensadores para que aquellas máquinas produjesen los sonidos deseados.

Filipe y Flavia no tuvieron hijos y eso hizo que este ejerciera de padre de Kai mucho más que el siempre ausente João.

Desde muy pequeño, ya demostró una inclinación natural hacia la música. De hecho, los padres de Cecilia le aconsejaron que ingresara al chico en un conservatorio «cuanto antes», para no desperdiciar el talento que apreciaban en Kai: creían estar en presencia de un nuevo Mozart, nada menos. Pero ella se negaba. Cecilia no tenía facilidad ni facultades para la música y no guardaba buenos recuerdos de su paso por allí. Por mucho que sus padres le insistían en que el caso de Kai era diferente y que él sí que tenía capacidad musical, ella se limitaba a decir que esa «inclinación» del chico no era sino el fruto de la influencia que Filipe ejercía sobre él. Una influencia a la que ella no se oponía en absoluto, claro está, pero aducía a eso la razón. El tiempo, sin embargo, le hizo ver que estaba equivocada.

Pero, en cualquier caso, no hizo falta que Kai ingresara en ningún conservatorio. Cuando no estaba en la fábrica viendo trabajar a los técnicos o enredando con los prototipos, asistía a las clases que su «tío» Filipe impartía en «A *escola de musica Da Silva*».

Al estar al lado de su casa, el muchacho acudía allí como quien acude a una sala de juegos recreativos. Su facilidad para tocar cualquier instrumento le servía a su «tío» para tomarle

como ejemplo para los demás alumnos. En esos años aprendió solfeo, armonía, estructura musical, ritmo y sonido, composición, análisis musical… Para él las palabras «pentagrama», «arpegio», «bemol» o «perífrasis» eran tan comunes como para los demás chicos cualquier palabra relacionada con el fútbol.

Ya en la adolescencia, estando en la fábrica con Filipe, Kai se puso a tocar un modelo de guitarra Gibson Flying que le gustaba particularmente. No se le daba nada mal, pero a los ojos de *su tío*, mejor dicho, a sus oídos, el chico no lo estaba haciendo bien. La peculiar forma de aquel instrumento requería una especial habilidad para tomarlo, y en opinión de Filipe, la manera como lo estaba haciendo no era la óptima. Le dijo que lo dejara de inmediato pues, en su opinión, «iba a reventar el instrumento».

Tras apercibirlo, se sentó a su lado y le dijo:

—Verás Kai, a la guitarra hay que tratarla como a una mujer. Con suavidad, pero con determinación. Con firmeza, pero también con amor y ternura. Y así te dará todo lo que quieras de ella. En los instrumentos pasa lo mismo.

Y a continuación le enseñó magistralmente a usar la púa, a tomarla con firmeza y fijarla bien a los dedos, a tocar las cuerdas con amor y ternura. O bien sin púa, usando los dedos. Cada instrumento requería su forma de hacerlo, y el intérprete debía elegir la que mejor se adaptara al sonido que se pretendía extraer de él.

—Vamos, como en el caso de una mujer, para que me entiendas. No puedes esperar que una mujer se adapte a ti, sino más bien, eres tú el que se tiene que adaptar a la mujer. Igual con la guitarra, el bajo, el piano… en fin, lo que sea.

El muchacho estaba tan dispuesto que por aquella época volvió a resurgir el asunto del conservatorio, ante la insistencia de Marcelino y Celia.

—Pero, papá, Kai ya lleva cuatro años de retraso… De haber entrado tendría que haber sido mucho antes. Yo creo que ya es demasiado tarde.

—Te equivocas, Cecilia —aseveró su padre—. A su edad se hace un cambio de ciclo y pueden entrar alumnos nuevos.

—Ya, pero le tendrán que hacer una prueba de acceso y…

—¡Ja! ¿Y qué? ¡La superará sin problemas! Yo no he visto a nadie con este talento tan precoz… ¡en mi vida! Y créeme que sé de lo que hablo.

—Sí, supongo que sí, pero, la verdad, creo que es meterle mucha presión al chico. Ahora va a empezar el instituto, tendrá que estudiar más, y claro, que se pase luego la tarde en el conservatorio… No me parece apropiado.

—Lo que ocurre es que tú no quieres que esté todo el día fuera de casa, ¿verdad? —intervino Celia.

—Pues, no, mamá, esa es una de las razones. Le iba a echar mucho de menos —respondió— João casi siempre está fuera, y ahora con la crisis solo trabajo por las mañanas, y no todos los días. Pero no solo es eso. Sigo guardando malos recuerdos de mi paso por ese sitio, ya lo sabes. Son estudios muy absorbentes, te meten mucha presión y al final acabas odiando la música. Como me pasó a mí.

—Pero, Cecilia, eso fue porque tú no tenías facultades —siguió el padre—. Nosotros nos empeñamos, sí, pero cometimos un error. Ya te hemos pedido perdón muchas veces por eso, y no quiero volver a repetirlo, pero…

—Papá, ya sé que el caso de Kai es diferente, pero no me negarás que hay muchas asignaturas que son un verdadero rollo. Además, a Kai le gusta más el rock, y no la música clásica. Estoy segura de que se aburrirá muchísimo en las asignaturas de *coro*, dirección orquestal, historia de la música… Eso no es para él. Ya sabe tocar los teclados, la guitarra, el bajo… y no necesita recibir más clases. Al menos clases "regladas". Él aprende por su cuenta, y con lo que le enseña Filipe, ya tiene suficiente.

—No, Cecilia, no compares. En el conservatorio le enseñarán muchas otras cosas, y además, solo con una titulación oficial puede participar en una orquesta, por ejemplo. Es una oportunidad que no debes dejar pasar. Yo creo que este chico podría llegar muy, pero que muy lejos.

—Yo no estoy dejando pasar ninguna oportunidad. Él dedica muchas horas de su tiempo a la música, ya lo sabes. Casi todo su tiempo libre lo pasa en la fábrica o tocando instrumentos. Llegará donde tenga que llegar, si es que quiere ir por esa vía, independientemente de que vaya al conservatorio o no.

Sus padres seguían insistiendo, pero ella estaba determinada a lo contrario.

Todo había comenzado años atrás, cuando Kai era pequeño. A pesar de que él mostraba más predilección por los teclados, pues era la forma que adquirían los sintetizadores que se manejaban en la fábrica de su padre, sus abuelos le regalaron una guitarra infantil de *palo santo* en el día de su cumpleaños.

Cuando algunos meses después les visitaron por Navidad, contemplaron una escena bastante curiosa.

Marcelino había compuesto una pieza de instrumentación para violín y flauta, y en Nochebuena la estuvo tocando junto con Filipe después de cenar. Aquella noche se habían reunido las dos familias, pues João se había tenido que quedar en Brasil durante esas fechas, y no querían dejarles solos.

El caso es que Filipe le había comprado al chico la que fue su primera guitarra eléctrica, una *Fender Squier Mini Strat* que el *Pai Natal* le había dejado el día de Navidad. A Kai le hizo mucha ilusión aquel regalo y lo primero que hizo tras conectarla y afinarla fue interpretar la canción que su abuelo había tocado la noche antes.

Todos se maravillaron y se preguntaron cómo era posible que el chico supiera tocar "al vuelo" una pieza que acaba de oír por primera vez el día anterior. Y más teniendo en cuenta que tan solo llevaba unos meses tocando aquella guitarra de palo santo, la primera que tuvo.

Marcelino le volvió a recordar esa escena a Cecilia el día en que retomaron el asunto del conservatorio.

—Pero Cecilia, ¿tú sabes cuánto tiempo tardé yo en interpretar "de oído" una pieza musical? ¡Años, Cecilia! ¡Años! Y Kai solo llevaba unos pocos meses practicando con mi guitarra de cumpleaños… Sinceramente yo creo que estamos desaprovechando un gran talento. Te lo digo de verdad, hija.

—Papá, a Kai le gusta la música como *hobby*. Se entretiene con los instrumentos, pero nada más. Cuando viene de la escuela llega cansado y se pone con los teclados o con la guitarra

para pasar el rato. Es su manera de desconectar del colegio, pues ya sabes que apenas tiene amigos y por tanto no sale a jugar con nadie. Si yo le obligara a pasar cuatro horas después de clase en un conservatorio, me temo que sería contraproducente. Te lo digo de verdad, padre —esto último lo pronunció con franca ironía.

—¿Tú se lo has preguntado, Cecilia? —volvió a intervenir su madre.

—Mamá, Kai siempre hace lo que yo le digo, o lo que le sugiero. Siempre ha sido así. Y más si es algo relacionado con la música. Pero yo conozco a mi hijo mejor que nadie, y sé lo que estoy diciendo. Además, él tiene otras aspiraciones para cuando sea mayor.

—¿Ah sí? ¿Y cuáles son? Si puede saberse… —preguntó Marcelino.

—Pues, ya sabes que él adora a su padre. Quiere dedicarse a la electrónica, a los sintetizadores, a la construcción de aparatos, ya sabes. Y João está deseando que él se vaya introduciendo poco a poco en eso asuntos, para que un día puede heredar la empresa.

—Claro, hija, es una aspiración natural —contestó Celia—. *Marce*, me parece que no tuvimos suerte con la hija, ni creo que la vayamos a tener con el nieto.

Un incendio en una fábrica

Cecilia nunca conoció a la familia de su marido. Además de que estaban en Brasil, las disputas por la herencia le habían enemistado con todos ellos, excepto con una sobrina con la que tenía un trato especial, la hija de su hermana mayor. Al parecer, la muchacha se había quedado embarazada de su novio y sus padres la repudiaron. Para colmo, el padre desapareció y solo la hospitalidad de João la salvó de quedarse en la calle.

Eran los tiempos de la construcción de la fábrica de São Paulo, y João la recogió junto a su hija en el piso donde él vivía cuando visitaba esa ciudad. Naturalmente, le buscó un empleo en la fábrica y después la chica se mudó a vivir a otro lugar.

Cecilia solo la conocía por las fotografías que João le mostraba y tenía muchas ganas de conocerla en persona. Pero era difícil compaginar las fechas. Por su trabajo en la agencia, ella solo tenía vacaciones en temporada baja, es decir, en noviembre o febrero, y en esa época João solía estar en Lisboa dedicándose a los clientes locales.

Pero uno de esos meses se produjo un incendio en la fábrica de Brasil y João tuvo que planificar un viaje urgentemente. Afortunadamente, los daños no fueron cuantiosos, pero naturalmente fue necesaria su presencia en São Paulo.

—Déjame que te acompañe, João, así podré conocer a María… Y también ver la fábrica. Me has hablado mucho de todo aquello, pero nunca he estado.

Lo de la fábrica era una mera excusa. A ella no le interesaba demasiado, y de hecho, a la de Lisboa apenas había ido un par de veces.

—Te aburrirás allí, Cecilia, no creo que te guste mucho la ciudad. Yo no podré estar mucho tiempo contigo, y además, no me gustaría que Kai dejara de ir al colegio.

—Oh, pero serán solo unos días, João. El niño podría quedarse en casa de Flavia y así no interrumpiría sus clases.

—No me gustaría pedirles el favor…

—¡Pero qué favor! Si él prácticamente vive allí… Cuando no está en el colegio está en la fábrica con Filipe, y si no en su academia. Estoy segura de que aceptarán encantados. Es el momento idóneo. Dentro de poco tengo que volver a trabajar, y… además, en la agencia trabajamos mucho con Brasil, tenemos muchos clientes de empresa que viajan allí por negocios… como tú, y así lo conoceré y me servirá para el trabajo.

—Está bien, está bien. Tienes razón. Sacaré un billete extra para ti, y me acompañarás. Total, solo van a ser un par de días.

São Paulo

João tenía razón y a Cecilia no le gustó São Paulo. Aunque ella conocía esa ciudad por las referencias que había tenido que dar a los clientes que solicitaban viajes a la populosa urbe brasileña, lo cierto es que tenía alguna esperanza de fascinación. Al menos pretendía disfrutar algo al caminar entre los rascacielos y sentirse inmersa en el vibrante pulso de la vida cosmopolita.

Sin embargo, encontró lo que ya sabía: una ciudad sobrepoblada, sucia, con mucha contaminación y altos grados de delincuencia.

El piso donde vivía João estaba en una de las últimas plantas de un rascacielos enorme desde el que se divisaba toda la ciudad. Al menos fue interesante contemplarla a través del ascensor de cristal que subía por uno de los costados del edificio.

El piso era amplio y luminoso, y estaba bien amueblado. De nuevo, Cecilia también lo conocía por las fotografías que João le había traído y que ella le solicitó al poco tiempo de comprarlo.

Ese mismo día conoció a la sobrina de su marido.

María resultó ser una mujer que tendría más o menos su edad. Quizás algo menos. La imaginaba mucho más joven, aunque pensándolo bien, si era la hija de la hermana mayor de João y él le sacaba a Cecilia algunos años, tenía lógica que tuviera esa edad.

Era más alta que ella y mucho más morena. En eso sí que se parecía a João. Pelo negro largo y rizado, caderas marcadas, escasa cintura, ojos grandes y una mirada huidiza.

María se mostró fría y distante durante toda la estancia en Brasil, y su hija, una niña que tendría unos seis o siete años, era como la madre, pero en pequeño. Una chiquilla tímida que no pronunció ni una palabra y que no se separaba de la madre ni cuando esta se iba al baño.

Cuando visitaron la fábrica, Cecilia no se impresionó demasiado. El incendio había sido pequeño, pero había destruido una parte importante del almacén, donde se guardaban los chips más preciados. Gracias a que estaban asegurados, las pérdidas no fueron muy cuantiosas. Supuso, eso sí, un retraso en la entrega de varios pedidos que se derivó en algunas cancelaciones.

Allí también conoció a Mauricio Velarde, el nuevo gerente de la sucursal. João tenía muchas esperanzas puestas en él y no le estaba defraudando. Se mostró una persona capaz y comenzó a asumir las funciones de su jefe sin demasiados problemas. Incluso las funciones comerciales, que eran las más delicadas.

Gracias a eso, João tuvo las manos libres para confiar la gestión de la fábrica de São Paulo a Velarde, y comenzó a frecuentar Copacabana en Río de Janeiro. Allí la empresa tenía un importante grupo de clientes con muchas perspectivas de crecer.

Boda en Londres

Corría el año 2002 y Kai ya tenía casi 20 años. Cuando terminó el bachillerato comenzó a estudiar la carrera para ser ingeniero de sonido. Su padre hubiera deseado que estudiara ingeniería electrónica, como hizo él, pero aceptó de buen grado esos otros estudios. También le serían muy útiles para los planes que tenía para el muchacho.

Unos planes que pasaban lógicamente por comenzar a enseñarle de forma más profunda todos los entresijos de una fábrica de instrumentos musicales modernos. Con el fin, claro está, de que algún día el muchacho heredara la fábrica y comenzara la expansión que tenían proyectada por Europa. Un mercado en el que todavía tenían muy poca presencia.

El chico se había mostrado muy sólido en los conocimientos del taller, y muchas veces ayudaba y colaboraba con los operarios del mismo en las reparaciones y en el montaje de los instrumentos.

Se le veía un gran potencial, principalmente por sus grandes dotes de creatividad. Había llegado a construir un sintetizador muy original con piezas escogidas en el taller, y que producía un sonido muy especial que le gustaba emplear en las grabaciones musicales con las que se entretenía los fines de semana, o cuando venía de la universidad. Intentó convencer a Filipe para que lo comercializasen, pero este no se mostró muy convencido.

Y respecto a lo personal, el muchacho se había vuelto un poco más sociable tras la pubertad, y ahora tenía algunos amigos y sobre todo muchas amigas. La verdad es que era todo un don Juan. Al igual que su padre, Kai era muy alto, casi metro noventa. Sus ojos pardos y su pelo largo y ondulado hacían de él un apuesto jovencito que se traía de calle a las chicas del barrio. Especialmente cuando se llevaba la guitarra a la playa y las deleitaba con suaves acordes.

Toda su vida era la música, sus estudios y las chicas, y por eso cuando sus padres le pidieron que los acompañara a Londres, no quiso ir. No quería separarse de sus aficiones perdiendo unos días que podría aprovechar para ellas. Pero a pesar de todo, aunque en un principio se negó, finalmente accedió a irse con ellos.

Resultó que Mariña, la amiga común de Flavia y Cecilia, se casó con un inglés al que encontró en Ibiza en una fiesta discotequera. El galán resultó ser un ejecutivo de la *city* Londinense, del que se enamoró perdidamente, y al final se casaron en la ciudad del Támesis en aquella primavera.

Tanto Cecilia como Flavia lo pasaron muy bien en aquella boda. Fue la oportunidad para volverse a encontrar con su amiga de la universidad, que se había quedado algo descolgada de las otras dos desde hacía unos años.

Como suele ocurrir en esos casos, se intercambiaron invitaciones mutuas para visitarse con más calma. Cecilia y Flavia les instaron a venir a Carcavelos y Mariña les dijo que tenían que venir a pasar unos días con ellos a su casa de Notting Hill. Una casa grande, propiedad de su marido.

—Sí, Ceci, tienes que venir a estar unos días con nosotros. Este barrio es uno de los más famosos de Londres, y ahora tenemos la planta de abajo sin alquilar.

Pero tanto Cecilia como Flavia estaban muy ocupadas por aquella época y respondió:

—Ya me gustaría, Mariña, pero a partir de ahora entramos en temporada alta y creo que no tendré vacaciones hasta octubre o noviembre.

—Bueno, pues tienes que venir antes de que acabe el año. Hasta enero no entran los nuevos inquilinos y me gustaría mucho pasar unos días aquí contigo. Ir de compras, ir al teatro, a los conciertos... ¡Tú no sabes lo que es Londres!

Paola

Kai ya la conocía por las fotos que había traído su padre de Brasil. Pero eran fotografías antiguas y Paola solo era una niña. Posaba junto a María, su madre, en la terraza del piso de São Paulo, mientras que João les hacía las fotos.

Como Cecilia no tenía hermanos y João estaba enemistado con los suyos, María era la única prima a la que Kai podría haber conocido. Una prima que, por otra parte, tenía poco menos que la edad de su madre.

—*Mamá, ¿es Paola mi prima?* —le preguntó Kai cuando vio aquellas fotos por primera vez. —*No, hijo, tu prima es María. Paola es solo tu prima segunda. Aunque en España se dice que eres su tío segundo y ella sería tu sobrina segunda.*

—*Pero mamá, ¿cómo voy a ser yo su tío, si solo tengo dos años más que ella?*

—*Bueno, es que tampoco eres su tío. En realidad, no tenéis mucho parentesco. Su bisabuelo es tu abuelo. Nada más.*

Kai no entendía muy bien todo aquello que le decía su madre sobre bisabuelos, primos segundos o tíos segundos. Solo sabía que aquella muchacha de pelo rizado que parecía mirarle tan fijamente desde aquellas fotos, ejercía una fuerte atracción sobre él. Una fascinación que sin embargo pareció abandonarle según se fue haciendo mayor, hasta que casi la olvidó.

Pero en aquella época sí que le hubiera gustado mucho conocerla en persona, igual que pasaba con la fábrica de Brasil.

Al contrario que Cecilia, él tenía mucha curiosidad por ver la factoría de São Paulo, y le insistió mucho a su padre para que alguna vez le llevara en alguno de los muchos viajes que hacía allí. Ya conocía muy bien la de Lisboa y quería saber más de la otra. Pero su padre siempre se negaba: "*es igual que esta fábrica, Kai. No tiene nada de particular".*

De haber ido alguna vez a São Paulo, Kai podría haber conocido a María y a Paola en persona. Pero solo su madre las había visto en el viaje que hicieron a Brasil como consecuencia de aquel incendio. Y de eso, hacía ya muchos años.

Por eso, cuando aquella mañana Paola se presentó en su casa, Cecilia casi no la reconoció. Estaba preparada para irse a trabajar, a falta solo de agarrar el bolso. Los años de la crisis ya habían pasado y ahora tenía bastante faena en la agencia de viajes donde trabajaba. Sonó el timbre de la puerta, y se pensó que sería el cartero, por la hora que era. Cuando abrió, se llevó una sorpresa mayúscula.

—¡Hola, Cecilia!

Tardó unos instantes en reconocerla, pero los ojos y su pelo eran inconfundibles.

—¡Paola! ¿Qué haces aquí? ¡Cómo no nos has avisado! —la mujer no salía de su asombro— ¡Tenías que habernos llamado al menos! Nos pillas en casa de milagro. Yo iba a salir ahora, y solo está Kai… ¡Kai! ¡Kai! ¡Mira quien ha venido! ¡Es Paola!

En el umbral de su casa de Carcavelos se encontraba una jovencita sonriente, con el pelo rizado y una tez morena que brillaba haciendo destellos al sol de la mañana. Traía un ajustado pantalón de cuero negro y una blusa blanca que parecía de raso o de seda.

—Estoy en una excursión de fin de curso con el instituto. Y ya que estoy aquí, pues me decidí a visitaros.

—¡Pues vaya sorpresa, Paola! De verdad… ¡Estoy que no salgo de mi asombro! ¡Chica! Pero… déjame que te vea… —Cecilia se separó un poco de ella para contemplarla mejor—. ¡Si estás hecha toda una mujer! ¡Hija! ¡Cómo han pasado los años desde que te vi en São Paulo!

Cecilia no sabía qué hacer, pues le esperaban el trabajo, pero finalmente continuó:

—Bueno, pues pasa, pasa Paola, no te quedes en la puerta, pasa. Ponte cómoda… —le dijo mientras le tomaba una mochila que llevaba y le abría más la puerta para que pudiera pasar—. Bueno, cuéntame, cuéntame, ¿qué tal está tu madre? ¿Eh?

—Pues, bien, bien, está bien, como siempre, vamos. Sigue con sus cosas… en casa.

—Bueno, pues nada, te puedes quedar aquí el tiempo que desees. Como si quieres dormir en casa en lugar de ir al hotel. ¿Cuándo regresáis a São Paulo?

—¿A São Paulo? Pues, pues… la semana que viene.

—¡Kai! ¡Kai! —gritó Cecilia—. Este chico es que no me oye, ¡es que no me oye! Tiene la música a todo volumen y como no suba a su habitación no se entera de nada. ¡Kai! —le llamó, intentado que su hijo le oyera.

Pero eso era algo imposible. Desde el piso de arriba salía un atronador sonido de batería y bajo eléctrico que el joven había grabado previamente, mientras él tocaba «en directo» y a toda velocidad una guitarra eléctrica amplificada. Pareciera que los mismísimos *Metallica* estaban en su casa aquella mañana dando un concierto. —¡Kai! —insistió.

Cecilia finalmente desistió y se volvió hacia Paola.

—Bueno, no te preocupes, ahora bajará. Pero… no te queremos interrumpir ni quitarte de estar con tus amigos, ¿eh, Paola? No te quedes aquí por compromiso más de la cuenta. Nos alegra mucho que nos hayas hecho una visita… En fin, lo que te decía, me encantaría hablar contigo más despacio, pero me están esperando en el trabajo. Te puedes quedar aquí con Kai.

Cecilia se marchó, no sin antes hacer que su hijo bajara y conociera a la muchacha. Cuando lo hizo, se quedó totalmente pasmado.

Paola era una chica espectacular. Toda una morenaza brasileña de dieciocho años, con el pelo tan largo que le llegaba hasta la cintura. Mientras Cecilia estuvo fuera, pasaron toda la tarde en la habitación de Kai, y él muy complacido le comenzó a enseñar sus grabaciones, sus guitarras, sus bajos, sus teclados, y cómo no, se puso a hacerle toda una exhibición de sus habilidades instrumentales. La fascinación que aquella chica le causaba a Kai cuando era niño, resurgió en todo su esplendor y se enamoró perdidamente de ella, a pesar de que solo la conocía desde hacía unas horas.

Por la tarde llegó su madre y se fueron a cenar al *Cafe Martinho Da Arcada*. Se contaron muchas cosas, se rieron y lo pasaron muy bien. Paola se quedó con ellos aquella noche y al llegar a casa tras la cena, Cecilia llamó a João. A esas horas ya estaría almorzando y estaría libre para poder hablar con ella. Pero saltó el buzón de voz del teléfono móvil y no quiso darle al contestador la noticia de que había llegado la hija de su sobrina. «Mañana le llamaré otra vez», se dijo.

Al día siguiente, Kai llevó a Paola a mostrarle lo mejor de Lisboa en su flamante Porsche. Su padre se lo había regalado dos años atrás cuando terminó el instituto, como premio por las buenas notas. Hicieron el *tour* habitual que solía hacer su madre con los turistas, pero con mejor compañía.

Por la tarde estuvieron en la playa y jugaron al voleibol, a lanzarse arena, a salpicarse agua… Kai estaba totalmente prendado con aquella chica.

—¿De verdad que puedes quedarte? No tienes ninguna obligación, Paola si quieres… —Cecilia estaba algo intranquila por si echaban de menos a la muchacha en aquella excursión.

—De verdad que no, muchas gracias. No me están esperando para ninguna cosa. Les he llamado esta tarde y les he dicho dónde estoy. Los sitios que estoy conociendo con Kai son los mismos que haría con ellos, y francamente, prefiero vuestra compañía.

Así que Cecilia estaba encantada con ella. Una chica educada, inteligente, simpática… aunque eso sí, algo reservada.

Esa noche, volvió a llamar a João para darle la noticia. Tampoco le contestó al teléfono, y ella volvió a dudar sobre si dejarle un mensaje o no. Pero al final no lo hizo.

A los pocos minutos fue él quien le devolvió la llamada.

—Hola, Cecilia, ¿ocurre algo?

—No, nada, no te preocupes. Solo quería decirte… bueno, ¿a que no sabes quién está aquí?

—¿Quién?

—Paola.

—¿Paola? Mi… ¿Paola? ¿En serio?

—Sí, João. Vino ayer por la mañana. Lo estamos pasando muy bien con ella. Es una chica encantadora y…

—Voy para allá ahora mismo.

—No, João, no hace falta que vengas. Tú termina lo que estés haciendo.

—Voy a mirar cuando sale el primer avión y voy para allá.

—Pero João, a lo mejor cuando quieras llegar ya no está aquí… Ha venido con una excursión del instituto, y solo está por aquí de visita….

—Es igual. Te llamaré para decirte a qué hora llego.

Luna llena sobre la playa

Al día siguiente, Kai planificó hacer un recorrido por la costa para llegar a Coímbra. Allí le enseñaría a Paola las fortificaciones árabes, los edificios góticos, la iglesia de Santa Cruz, el edificio de la universidad…

Kai estaba encantado conduciendo su descapotable amarillo con sus gafas de sol y su codo izquierdo asomando por la ventanilla. Se le iluminaba la cara cuando adelantaba a otros coches y le veían llevando a aquella morenaza despampanante.

Tras enseñarle «los otros monumentos» de la ciudad, comieron en el restaurante Ze Neto y después volvieron por la carretera de la costa hacia Lisboa. Llegaron casi al anochecer y Cecilia no estaba en casa. Así que se prepararon unos bocadillos. Después el muchacho agarró una guitarra, y se bajaron a la playa.

Kai la llevó a un recodo que él conocía tras unas rocas que estaba cerca de su casa. A esas horas probablemente no habría nadie.

La noche estaba espléndida y una luna casi llena iluminaba aquel pequeño rincón de la playa. Allí dispusieron un pequeño mantel sobre la arena y se dispusieron a cenar.

Ella no hablaba mucho, pero no hacía falta, pues Kai acaparaba toda la conversación. Le habló de los tiempos en los que visitaba la academia de Filipe, de cómo aprendió los secretos de la música, de la carrera que estaba estudiando, de sus planes de futuro, que pasaban por ser productor musical o quizá seguir los pasos de su padre…

Ella solo le dijo que, aunque le gustaba la música, no estaba muy interesada en los entresijos de la industria de la instrumentación. Que le gustaba más el mundo de la moda, los desfiles de modelos, y que le gustaría ser diseñadora, algún día.

Él le comentó que siempre le había parecido una chica muy guapa. Que cuando era pequeño se pasaba horas contemplando aquel puñado de fotos que su padre le había traído, y que siempre había deseado conocerla en persona.

Entonces, después de cenar, Kai comenzó a entonar algunas baladas acústicas que parecieron hacer las delicias de su acompañante. Y poco después, por fin se lanzó: la atrajo hacia sí y comenzó a besarla en el cuello… hasta que ella se separó con algo de brusquedad, cortando todas sus aspiraciones.

—Pero... ¿qué ocurre? Quizás yo te he…

—No podemos, Kai —dijo ella con una expresión de total seriedad.

—No… podemos…

—No podemos ser novios, ni tener una relación, ni nada que se le parezca.

—Pero, ¿por qué no?

—Porque soy tu hermana.

Estupor

—¿Mi hermana? ¿Pero qué estás diciendo? ¡Yo no tengo hermanas!

—Sí, Kai. Tu padre es también el mío —la expresión de Paola mostraba una absoluta seguridad.

El muchacho se quedó pasmado, sin saber qué decir. ¿Sería una broma? No daba crédito a lo que estaba oyendo. Se la quedó mirando, esperando que de un momento a otro le dijera que todo era una broma. Pero su semblante no cambiaba. Le siguió mirando con la misma seriedad y contundencia, como cuando le soltó aquella bomba.

—¿Mi hermana?

—Sí, Kai.

La cara de solemnidad de Paola no ofrecía ninguna duda de que aquello era cierto. O de que al menos ella creía que era cierto. Quería, deseaba que no lo fuera. Se resistía a creerlo… aunque algo había en su interior que le decía que era verdad. Él hizo un último intento:

—Pero… ¿estás segura? Quiero decir… ¿Tienes pruebas? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo sabes que…?

Ella soltó un pequeño suspiro y dijo a continuación:

—Sí, Kai, estoy segura. No sigas por ahí. Comprendo que estés un poco… aturdido, pero esa es la realidad.

Ella le miró fijamente, y él observó aquellos ojos. Esa mirada… esa expresión… esa forma de observarle… era algo que le resultaba tan familiar… Había algo en aquellos ojos, en aquellas facciones… Algo que antes no había podido identificar, pero que ahora veía claramente. El parentesco con João era indiscutible, y no podía ser por algo tan lejano como que Paola fuera simplemente su sobrina nieta.

—Entonces… tú eres hija de mi padre… —admitió, al final.

—Que yo soy su hija, es seguro. Pero que tú fueras su hijo era una de las cosas de las que yo me quería asegurar en este viaje. Y eso salta más que a la vista, pues eres idéntico a él. Salvo en el color de los ojos, que en eso te pareces más a tu madre, por lo demás sois iguales. Hasta tenéis el mismo tono de voz.

—Pero entonces mi padre... y tu madre…

—Mi madre no es su sobrina, por si te sirve de consuelo.

—¿No es María?

—Sí, María es mi madre, pero ella no es su sobrina. No tiene ningún parentesco con él.

Se hizo un silencio en el que el chico intentó poner en orden sus ideas, mientras miraba hacia la arena de la playa y comenzaba a removerla con un dedo.

—De verdad, Paola… es que no sé qué… no entiendo… quiero decir… —miles de preguntas se agolpaban en su cabeza, y solo consiguió articular una de ellas: —Pero entonces, ¿a qué has venido?

—Pues, a conocer al resto de mi familia. ¿Te parece mal? —respondió ella, con resolución.

De nuevo otro silencio, esta vez un poco más largo. Él estaba comenzando a darse cuenta de todo, aunque no terminaba de salir de su estupor.

—Pero, ¿tu madre siempre ha sabido que…?

—Mi madre siempre ha sabido que era compartida con otra, sí, pero a mí me lo ocultó. De hecho, ella conoció a la tuya cuando vino a São Paulo hace unos años —se detuvo un momento y siguió. —El amor que tenía hacia nuestro padre le hacía transigir con cualquier cosa. Él la tenía totalmente dominada y ella lo aceptaba con gusto. Supongo que él se inventó lo de la sobrina por si tu madre o alguien lo descubría. Así tendría alguna excusa, pues no es extraño que un tío visite a su sobrina cuando está de viaje de negocios. Pero para mí siempre ha sido mi padre, igual que lo es para ti, supongo.

—Te lo ocultó…

—Sí, me ocultaron que existíais Cecilia y tú… hasta que até algunos cabos y empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando. Entonces se lo pregunté a mi madre, y, aunque seguía con las mentiras de siempre, al final no tuvo más remedio que confirmármelo. Eso sí, me pidió que no se lo dijera. Que guardara el secreto y que siguiera actuando como si nada. Vamos, lo mismo que hace ella.

—Y... ¿cómo se ha tomado que vengas a vernos?

—Ella no sabe que estoy aquí. Piensa que estoy en una excursión de fin de curso.

—Pero, ¿cómo no te dabas cuenta? Quiero decir… antes de que te lo dijera tu madre —Kai no paraba de darle vueltas a todo—. ¿No te preguntabas dónde estaba él cuando no estaba en casa? —El aluvión de noticias le estaba desbordando.

—Para mí, él hacía viajes de negocios a Portugal, igual que para ti él hacía viajes de negocios a Brasil. Vivíamos en São Paulo con él, igual que tú vives en Lisboa, también con él.

—Espera, espera, ¿vosotras vivís con mi padre en su piso de São Paulo?

—Claro. Supongo que él os diría que vivíamos en otro lugar o en otro piso... Pero no. Vivíamos en el mismo sitio. No había un segundo piso.

—¿Vivíamos?

—Sí… bueno, nosotras seguimos viviendo allí. Pero él nos abandonó hace tres años. Creemos que ahora está con otra, en Copacabana.

Kai se quedó con la boca abierta, literalmente. Ella siguió:

—No nos falta de nada, eso es cierto. De hecho, él sigue apareciendo por casa de vez en cuando, y mi madre, la muy tonta, le sigue queriendo. Total, lleva toda la vida compartiéndole...

Kai no quiso seguir oyendo nada más. Se levantó, y sin decir palabra ni recoger nada, se volvió y se puso a correr sin rumbo fijo saliendo de la playa. Finalmente, tomó la dirección de su casa, y hacia allí se dirigió a grandes zancadas.

Una estrategia arriesgada

A decir verdad, João nunca se sintió cómodo con aquella situación. No era para menos. De hecho, intentó terminarla de alguna manera, pero nunca supo cómo. Lo que en un principio era una simple infidelidad con visos de terminarse pronto, se fue alargando cuando María se quedó embarazada. João se sintió culpable y la recogió en su casa, inventándose la historia de la sobrina para no despertar suspicacias entre la gente de la fábrica. Así, si alguien llamaba por teléfono y se ponía ella, no levantaría sospechas. Aun así, siempre procuraba ser él quien llamaba a Cecilia, y con el tiempo, según Paola se fue haciendo mayor, le informó de otro teléfono cuya línea estaba conectada a un contestador automático silenciado, y que mantenía bajo llave en su despacho. Lo último que deseaba era que su mujer le llamara y descolgase su hija el auricular diciendo que su padre no estaba en casa.

De todas formas, y gracias a la diferencia horaria, él le tenía dicho que solo estaba libre por las tardes, precisamente cuando era de madrugada en Portugal.

Era verdad que María comenzó a trabajar en la fábrica, tal y como le había dicho a Cecilia. Pero cuando nació Paola, lo dejó, y se dedicó a su crianza para no volver a trabajar jamás.

En un principio pensó en llevar una doble vida totalmente disociada la una de la otra, manteniendo engañadas a las dos partes. Pero pronto comprendió que María nunca le traicionaría, pues le profesaba un amor incondicional que no esperaba encontrar en aquella chica humilde y sencilla. Aunque quizás fuera por eso precisamente. La pobre se conformaba con vivir tranquilamente en su piso con su hija y aceptaba resignada que João tuviese una amante, aunque la amante en realidad fuera ella. Era un caso más de adulterio como tantos otros, solo que en esta ocasión ella no le preguntaba *¿cuándo vas a dejar a tu mujer de una vez?* Como sí preguntaban otras que ella conocía a sus respectivos amantes.

Pero el problema en realidad era Paola. A pesar de que su madre le había ocultado todo, la chiquilla era muy inteligente y muy despierta, y con ella sí que tuvo que llevar esa doble vida que pretendía evitar. Eso sí, la procuró mantener totalmente alejada de la fábrica, pues ese era el nexo común entre sus dos mundos. No le costó demasiado, pues la chica no mostraba interés alguno en conocerla, como sí mostraba su otro hijo, es decir, Kai.

Solo una vez no pudo evitar que Cecilia les visitase, cuando sucedió aquel incendio, y aquella ocasión se solventó favorablemente. Filipe era otro problema, pues al principio él también frecuentaba la fábrica de Brasil. Pero como la niña era pequeña, no despertó sospechas. Con el tiempo intentó disociar la parte de la fabricación de la de innovación, y concentró ésta en Portugal, que es donde estaba Filipe. Su socio apenas tuvo que volver, excepto en una ocasión en la que se las arregló para enviar a María y a Paola a Manaos, una remota región del Amazonas donde ella tenía alguna familia.

Al principio, era cierto que su presencia en São Paulo era necesaria. Sobre todo, en los tiempos en los que se construyó la fábrica, y mientras el negocio despegaba. Pero poco a poco se fueron haciendo autosuficientes y él podría haber dirigido todo sin ningún problema desde Lisboa con visitas ocasionales o puntuales. Principalmente desde que Mauricio Velarde se hizo cargo de la producción e incluso de las relaciones comerciales. Pero João quería a María y sobre todo a Paola, y con la excusa de mantener el trato con los clientes para no volver a pasar por la experiencia del encargado fallido que fue Joaquim Pereira, siempre se las arreglaba para, de una u otra manera, aparecer por allí.

En las navidades lo tenía un poco más difícil, pues no era fácil de comprender que en unas fechas tan familiares se necesitara ineludiblemente su presencia en Brasil. Pero él siempre se buscaba alguna excusa, de forma que en muchas ocasiones las pasaba allí: «*tenemos que entregar un importante pedido del Zyxu a principios de año, y como hemos hecho una mejora que afecta a algunos condensadores, tengo que vigilar que la fabricación se haga correctamente».* O bien: *«Estamos teniendo algunos problemas con el inventario y no me fio del encargado del almacén. Este año tengo que supervisar yo personalmente el recuento que se hace a final de año».*

Desde luego no era fácil llevar esa doble vida, aunque a él le resultaba reconfortante encontrar un hogar allá donde iba. Aun así, sabía que existía el riesgo de que al final todo se supiese de una u otra forma.

Pero en lugar de buscar una solución, lo que hizo fue hacer una huida hacia delante pensando que con el tiempo la encontraría. No quería deshacerse de ninguna de sus dos mujeres, y lo que pasó fue que, aunque en realidad las quería a las dos, de María se cansó antes.

Por eso, cuando conoció a Dulce en Copacabana dio por terminada aquella relación. Eso sí, de forma amistosa. No obstante, cuando tenía que ir por la fábrica, siempre se pasaba por el piso de São Paulo, aunque solo fuera para ver o estar con su hija Paola, a quien siempre había querido y seguía queriendo mucho.

La llegada de los teléfonos móviles complicó si cabe aún más las cosas, pues ya no había excusas para no estar en casa o no atender las llamadas. Por eso siempre llevaba dos encima, uno para Cecilia y otro para Dulce. Aún no se había inventado la «dual SIM», y no había más remedio que llevar dos aparatos si tenías dos números de teléfono. Así, según estuviera en Brasil o en Portugal, encendía uno y apagaba el otro. Les tenía dicho que uno era el del trabajo y otro el personal. De vez en cuando encendía el apagado y devolvía en privado las llamadas con la excusa de que no había cobertura o de que el móvil se había quedado sin batería.

Pero esa estrategia requería una coordinación que en más de una ocasión estuvo a punto de costarle un disgusto. Entre eso, y que ya estaba harto de mantener aquella comedia, por fin se decidió a terminar de una vez por todas con aquello y tomó la determinación de finalizar su relación con Dulce, la chica de Copacabana. Pensó en confiarle a Velarde la gerencia de todo el negocio de Iberoamérica, y dejar de ir tan a menudo excepto para ver a Paola; es decir, solo de vez en cuando. Oficialmente él ya se había "separado" de su madre y no tenía por qué seguir fingiendo con nadie. Conocía bien a María y confiaba en que no revelaría su secreto. Ya habían pasado tres años desde que lo dejaron, y si no lo había hecho antes, no tendría por qué hacerlo ahora.

Por tanto, aquel viaje a Rio de Janeiro iba a ser el último. Una pena, porque la playa de Copacabana era fantástica, pero la decisión estaba ya tomada. Cortaría con Dulce y entonces ya sería libre. Ya iba siendo mayor y estaba cansado de llevar aquella vida. Quería centrarse en Cecilia y en Kai, en quien tenía puestas muchas esperanzas para delegarle poco a poco la dirección de la CDS.

Pero aquella llamada de su mujer lo trastocó. Aún no le había dado tiempo a decirle nada a Dulce, y por si fuera poco, su hija lo sabía todo. ¿Cómo si no se había presentado allí? Estaba claro que María se lo había contado. Ella sí conocía todo lo referente a su verdadera familia, mientras que Paola pensaba que cuando él estaba en Portugal se alojaba en una pequeña dependencia que había dentro de la fábrica. Fue un buen invento, pues así alejaba posibles curiosidades que la chica pudiera haber tenido si le hubiera dicho la verdad sobre su casa

de Carcavelos. El nulo interés que la muchacha tenía por conocer la fábrica, y el clima frío de Portugal comparado con el de Brasil, hizo que ella nunca tuviera interés en saber nada de la patria de su padre.

Pero las mentiras no se pueden ocultar durante tanto tiempo, y más si se le esconden a una persona curiosa e inteligente. A pesar de que João se preocupaba mucho de no mencionar ningún aspecto que revelase cualquier faceta de su otra vida, siempre había algún detalle o alguna expresión que a veces parecía chocante con la versión oficial de lo que hacía en Lisboa. Con una vida circunscrita a habitar temporalmente en una mera dependencia de una fábrica.

Y con María tampoco comentaba aspecto alguno de todo aquello. Aunque solo fuera para evitar que a ella se le pudiera escapar algo, a pesar de ser una mujer de pocas palabras. No en vano, quien realmente convivía las veinticuatro horas con su hija era ella y no él. Y la pobre mujer tampoco le preguntaba nada sobre lo que hacía allí, ni si quiera cuando estaban a solas, quizás para creerse ella misma el cuento que le habían contado a la chica. Aunque desde luego, ella sabía muchas cosas. Porque esa actitud de ocultamiento tampoco era buena cuando Paola le preguntaba inocentemente algunas cosas acerca de la vida que llevaba su padre en Portugal. No se acababa de creer que él estuviera siempre trabajando, incluso los domingos, y que allí no hiciera otra cosa sino dormir y trabajar. Pero María siempre evitaba la conversación, y a veces de forma bastante tosca. Algo que, por supuesto, puso en guardia a su hija, aunque ella nunca supo el porqué de esa actitud.

Pero los acontecimientos se precipitaron por una casualidad. A pesar de que João procuraba no tener en su casa ningún documento que le comprometiera, era muy difícil mantener oculta la casa de Carcavelos. O no tener en algún bolsillo o en algún cajón un papel donde figurase la dirección de su casa. Al fin y al cabo, él vivía y tenía su hogar allí, igual que lo tenía en Lisboa. Así que, cuando Paola descubrió una factura a nombre de su padre y con la dirección de la "Rua Benguela" pensaba que era la dirección de la fábrica en Lisboa. Hasta que, también por casualidad, se enteró de que la dirección de la misma, era otra. Esa fue solamente la primera pista clara, que no hubiera supuesto nada por sí sola, si no fuera porque a esa se le sumaron las otras incongruencias que ya conocía, y otras que fue descubriendo una vez que empezó a rascar. Piezas sueltas de un puzle que no muestran nada, pero que si se encajan todas se ve claramente el dibujo que esconden. Porque, ¿qué sentido tiene ocultar la existencia de una casa, si no es porque también se pretende ocultar a las personas que viven en ella?

Ya solo faltaba la confirmación de María, y la mujer no pudo negar algo que ya era más que evidente para su avispada hija.

Pero, ¿por qué ahora? Se preguntaba João. ¿Qué estaría haciendo allí Paola? Dedujo de lo poco que habló con Cecilia que no les había contado nada… todavía. ¿Por qué? ¿Acaso estaba esperando a que él llegara para soltarlo todo? La muchacha no tenía motivos para castigarle de esa manera, si es que eso era lo que pretendía. Siempre se había portado muy bien con ella y con su madre. La había llevado a los mejores colegios, la había colmado de caprichos, prácticamente sin regatear nada… y no solo desde el punto de vista material. Cuando la operaron de apendicitis, él se quedó en el hospital acompañándola durante toda su estancia, y cuando lo hicieron de anginas, él no paraba de llamarla cada día a pesar de que estaba en Lisboa. Por no hablar de las fantásticas vacaciones que pasaron los tres en las cataratas de Iguazú durante unas navidades. Ella, desde luego, no podía tener queja de su padre en ningún sentido. Y, de hecho, que él supiera, ella le adoraba.

Cierto que desde que se separó de su madre la relación se había enfriado un poco. Pero él seguía visitándola de vez en cuando y le regalaba tickets para comprarse ropa, que era su afición favorita. Tenía ya tanta, que habían tenido que habilitar una de las habitaciones de su piso como vestidor. Por eso no le encajaba que la chica estuviera allí para montarle un escándalo, y comenzó a arrepentirse de haberse marchado de Copacabana de forma tan precipitada. Aunque, a decir verdad, si se había enterado de su doble vida, podría tener razones más que suficientes…

No paraba de devanarse los sesos con todo aquello, y mientras volaba en dirección a Lisboa, se preparó para cualquier cosa. Fuese lo que fuese lo que su hija pensaba hacer, era mejor estar allí presente, que no estarlo. Si no decía nada, le daría un beso de despedida cuando la dejase en el hotel con sus compañeros, y la trataría como la hija de su sobrina. Aunque para eso, sería muy conveniente hablar con ella antes y saber cuál era su juego. Una lástima que en el año 2002 todavía no estuvieran tan popularizados los teléfonos móviles entre los jóvenes. De haber ocurrido unos años después, podría haberla llamado directamente para averiguar todas esas cosas. Pero lo único que pudo hacer fue llamar a María y preguntarle por ella. Cuando le confirmó que estaba en un viaje de fin de curso en Lisboa, y él le dijo que Paola había conocido a Cecilia y a Kai, la pobre mujer se puso a llorar: *«¡perdóname, João! ¡Perdóname! No tuve más remedio que decírselo… ¡Lo había averiguado todo! Yo nunca le he dicho nada... ¡No sé cómo ha podido saberlo!».*

No eran momentos para recriminaciones, desde luego. El mal ya estaba hecho, y João intentó que le dijera al menos el nombre del hotel en el que se alojaba el grupo de excursión en Lisboa. Pero María no lo sabía. De hecho, su hija no la había llamado desde que salió de São Paulo y estaba algo preocupada. Y tampoco podía llamar al colegio para averiguarlo, porque ya era fin de semana. Solo podía llamar a la madre de una compañera de su hija, una amiga, pero Paola le había dicho que esa chica no había ido a la excursión, y por tanto seguramente su madre no tendría por qué conocer el nombre del hotel en cuestión.

Por tanto, no tenía más remedio que esperar. Esperar y rezar para que su hija fuera "por las buenas", y no montara un numerito en cuanto que le viera aparecer por la puerta. Y eso, si no lo había soltado ya todo, cuando él llegara.

Al final llegó a la conclusión de que, si ocurría eso, lo mejor sería decir la verdad. Simple y llanamente. Decir que ya no estaba con María y que lo habían dejado. Y si no, que le preguntara a la propia Paola. Ella le confirmaría que era verdad, que ya no estaba con su madre. O que llamara a la propia María a São Paulo si le apetecía. Le diría lo mismo. Porque lo de Dulce no lo sabía nadie, y además estaba terminado. A aquella muchacha le tenía dicho que se había divorciado de su mujer en São Paulo y que solo viajaba allí por la fábrica; lo cual en cierto modo, era verdad. Corroboraría todo con la intención real de no viajar más a Brasil, pues en realidad quería dejar toda la gestión del negocio a Velarde. Algo que, desde luego, era cierto. Si en algún momento se hiciera necesaria su presencia allí, la propia Cecilia o incluso Kai le podrían acompañar si lo deseaban. No pondría ningún impedimento, como sí había hecho anteriormente, y así verían que ya no estaba con nadie.

El problema de ese plan es que tendría que cortar con Dulce por teléfono, y renunciar a recoger las cosas personales que tenía en su piso. Un piso alquilado en el que vivían los dos, de la misma forma que lo hacía cuando vivía con María.

Todo comenzó un día en que fue a visitar a los clientes que tenía en el populoso barrio de Copacabana en Río de Janeiro. Se la cruzó por la calle y no pudo resistirse: los mismos grandes ojos verdes de Cecilia, solo que esta vez estaban envueltos en una escultural brasileña.

Vamos, la combinación perfecta. Aquella mujer tenía el mismo cuerpazo que tenía María cuando era joven. Una pena lo de María, pensó. El sedentarismo y la edad habían deformado su cuerpo de tal manera, que ahora no era ni la sombra de lo que había sido hacía tan solo unos años. Todo lo contrario a Cecilia, que, aunque nunca fue delgada precisamente, seguía manteniendo un *tamaño* "aceptable".

El caso es que le fue imposible resistirse. No pudo evitar darse la vuelta y comenzar a llenarla de piropos. Como hizo con su mujer tiempo atrás, abordó a aquel bombón en plena calle y la chica sucumbió a sus encantos.

Al principio fue todo bien y construyeron su nidito de amor en una zona residencial de Copacabana. Alquilaron un apartamento que pagaba João, y apenas visitaba ya São Paulo excepto para ver a su hija, o cuando Velarde le requería para algún tema que hacía necesaria su presencia. Pero esos asuntos eran cada vez menos frecuentes, por la competencia y profesionalidad de su encargado.

El problema fue que Dulce llegó a obsesionarse con él de tal manera, que João pensó que podría ser hasta peligrosa. Le llamaba constantemente e incluso una vez estando con Paola. A su hija le tenía dicho que él no estaba con nadie, y que ahora vivía en las dependencias de la fábrica de Lisboa. Era una mentira absurda, pues al estar "oficialmente" separado de su madre, no tenía por qué permanecer sin pareja. Pero pensó que de esa manera se ganaría más a la chica y compensaría lo de su "separación". Total, una mentira más… que más daba.

En aquella ocasión, se había llevado a Paola a cenar al restaurante *Coco Bambu* de São Paulo y allí estaban los dos pasando una agradable velada. Su hija estaba muy contenta, sobre todo después de que le entregase los preceptivos tiques regalo de Dolce & Gabbana y Versace. En esas estaban, cuando ella le dijo: «Papá, ¿por qué no contestas el teléfono? Ya es la segunda vez que llaman…» «Será el pesado de Velarde», dijo él. «Ya le llamaré mañana», espetó, mientras volvía a rechazar la comunicación. Pero cuando llamó por tercera vez, no le quedó más remedio que contestar. Podría haber rechazado la llamada una vez más, pero tanta insistencia le preocupó. Así que se levantó y se alejó un poco para poder hablar con Dulce. Para colmo, resultó que no le llamaba para nada, sino más que para prodigarle alguno de los «cariños» con los que su amante le endulzaba, y nunca mejor dicho. Ahí fue cuando se planteó contratar una tercera línea de teléfono para usar con Paola, pero obviamente tres teléfonos era ya demasiado y desechó la idea.

Su hija desconfió a raíz de aquella llamada. No era la primera vez que le telefoneaban desde la fábrica estando con ella. En otras ocasiones no había tenido inconveniente en contestar a la primera, e incluso despachar lo que fuera delante de su hija, sin levantarse siquiera de la mesa. Obviamente, ella no oyó nada de aquella conversación, pero sí le pareció que la voz era de una mujer. Cuando su padre le dijo que era Velarde, entonces lo terminó de rematar. Para colmo, cuando fue a pagar la cuenta se le escapó de la cartera un ticket de parking de Copacabana, que la perspicaz de su hija averiguó que estaba ubicado en una dirección diametralmente opuesta a la de las oficinas de los clientes que tenía en esa localidad. Podría ser que hubiera ido a visitar a otros clientes, o a hacer cualquier otra cosa, pero él siempre le había dicho que en esa ciudad no tenía otros. Además, ese parking estaba ubicado en una zona residencial, sin fábricas ni tiendas… Blanco y en botella, pensó ella. Las posibilidades de indagación que ya tenía el Internet de la época eran francamente admirables.

A pesar de que llevaba tantos años mintiendo y de que ya era un formidable actor, no pudo ocultarle a Dulce ciertas cosas, y ella sabía de la existencia de la fábrica de São Paulo. Al principio pensó ocultarle absolutamente todo, pero creyó que ese detalle no sería

significativo. A unas malas, ella podría presentarse allí algún día y montar una escenita, pero sería muy difícil que aquello trascendiese al otro lado del Atlántico. La distancia era un buen cortafuegos, aunque esa mujer podría ser capaz de cualquier cosa.

Porque al contrario que María y que Cecilia, Dulce no era dócil, precisamente. Un juego de palabras que se repetía a menudo en su mente, y entonces se asustó.

Por eso, y porque ya estaba cansado de llevar una doble o triple vida, había decidido cortar con ella, aunque su amorcito ni lo sospechaba. En aquel viaje esperaba recoger sus cosas y entregarle un buen dinero "como indemnización". Con eso podría seguir en aquel apartamento de manera indefinida, y le permitiría "comprarla" para que no diera la lata en el futuro.

Pero no había hecho más que llegar a Río tras estar un par de días con Velarde en São Paulo, cuando le llamó Cecilia y se tuvo que volver a toda prisa. Lo único que pudo hacer fue llamar a Dulce y decirle que se tenía que volver a Portugal porque le había surgido "un asunto inaplazable" que requería su atención inmediata.

Mientras esperaba recoger la maleta en el aeropuerto de Lisboa, volvió a repasar el plan. El detalle de no viajar más a Brasil podría ser una buena garantía con la que su mujer podría comprobar que él verdaderamente había cambiado. Porque él, verdaderamente, había cambiado. Si tenía que renunciar a las cosas que seguían en el apartamento de Dulce, le daba igual. No eran importantes.

Su determinación era firme y entonces encendió el teléfono y se dispuso a llamarla para terminar la relación. Sí, por teléfono sería mejor, pensó. Y le daría el dinero mediante transferencias y poco a poco. Así la mantendría calmadita y no se atrevería a hacerle nada por despecho, bajo la amenaza de *cerrar el grifo*.

Comenzó a marcar el número, pero se detuvo. La verdad es que no era un buen momento, pues la maleta estaba ya saliendo por la cinta transportadora y no podía perder ni un instante en ir hacia su casa. Así que volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

Mientras el taxi corría en dirección a su casa, volvió a pensar en las posibilidades de éxito que podría tener su estrategia.

Por supuesto, era una posición desesperada, pero no tenía otra. Como en el póker, llevaba muy malas cartas y solo podía esperar que su adversario las llevara peores: solo podía confiar en el perdón de Cecilia, y era un perdón que veía factible. Ir con humildad, reconocer el engaño y mostrar un decidido y real arrepentimiento. Ya se había terminado todo aquello hacía tres años y eran cosas del pasado, que sí, le había ocultado, pero era eso, el pasado. Aunque Cecilia no era tan sumisa como María, en realidad, igual que esta, seguía enamorada de él. Sí, podría ser. Era su esperanza.

En su delirio, llegó incluso a imaginar a María siendo amiga de Cecilia. Tenían un carácter similar y seguramente se podrían llevar bien entre las dos. «Sí, podría ser», pensó. Y también veía a su hija afincada en Lisboa, estudiando Moda como pretendía. «Sí, podría ser, ¡podría ser!»

Un mensaje comprometido

Cuando João llegó a Carcavelos, no había nadie en la casa. «Menos mal». Quizá con un poco de suerte, Paola se habría marchado con la gente de su excursión de vuelta a São Paulo, y sin decir nada del asunto. «Sí, podría ser». Cecilia estaría llevando a algunos turistas a ver un espectáculo nocturno de *fado*, y Kai estaría por ahí con alguna chica. «Sí, eso puede ser. ¡Eso puede ser!».

Y la verdad es que no se equivocaba. Efectivamente, su mujer estaba con un grupo de extranjeros, y su hijo estaba con una chica: estaba con Paola, con su hermanastra, descubriendo cómo era en realidad su padre.

Antes de saber que la casa estaba vacía, llegaba tanto o más nervioso de lo que estaba Cecilia cuando quedó con él por primera vez. Temblaba como un flan y sudaba por todos los poros de su cuerpo. Como los días en que conoció a su mujer, aquel verano en Lisboa era especialmente caluroso. Entre el calor, los nervios y que llevaba muchas horas sin probar bocado ni dormir, cuando comprobó que no había nadie en la casa se derrumbó en el sofá del salón e intentó serenarse. Intentó respirar más despacio: «todo va a ir bien, todo va a ir bien. Sí, todo va a ir bien…»

Un poco más relajado, subió a la planta de arriba de la casa, entró en el baño y comenzó a darse una ducha.

Justo entonces llegó Cecilia a la casa. Efectivamente, venía de llevar a unos turistas a un espectáculo de *fado.*

Nada más entrar, oyó el sonido inconfundible de un mensaje SMS, y entonces vio sobre la mesa del recibidor el teléfono de João. Era un teléfono móvil muy similar al propio, y ella ni se dio cuenta de que no lo era. Pensó que era el suyo y se acercó. Seguramente sería un mensaje que le mandaba su marido para avisarle de su llegada. Abrió el mensaje y lo leyó:

Hola, cariño, solo quería saber si has llegado bien. Te quiero. Un beso.

Jugando al póker

João había cometido dos errores. El primero, haber encendido el teléfono «de Dulce» y no «el de Cecilia». Era lo que siempre hacía en cuanto se bajaba del avión al llegar a su destino. Durante el vuelo tenía que llevar los dos apagados, ya que en los primeros móviles no existía el llamado «modo avión». Entonces, lo primero que hacía siempre al pisar tierra era esa operación, con cuidado de no confundirse de teléfono y no encender el que no era. Pero aquel día no le había quedado más remedio, por su intención de llamar a Dulce y terminar con ella. Lógicamente, tenía que haberlo apagado a continuación y encender el otro, pero con todo lo que tenía encima, ni se percató. En su cerebro ya había cumplido con la rutina de encender el teléfono al llegar al aeropuerto, y eso era todo.

El segundo error fue dejarlo sobre la mesa del recibidor. Era lo que solía hacer habitualmente de forma mecánica en todas las casas en las que vivía.

Lamentablemente, aquellos primitivos móviles todavía no habían incorporado el «bloqueo de pantalla» tan característico de los que vinieron poco después. Por el contrario, una vez que se introducía la contraseña de cuatro dígitos de la tarjeta SIM tras su encendido, el móvil permanecía "abierto" sin mayor restricción que lo que durase su batería.

Lo primero que hizo Cecilia tras ver aquel mensaje fue echarse mano al bolso que todavía llevaba colgado del hombro. Efectivamente, su móvil estaba dentro del mismo, con lo que aquel otro no era el suyo. Por otro lado, Kai no tenía teléfono y tampoco Paola, que ella supiera. Al menos no le había visto ninguno en los tres días que llevaba en su casa, y aunque era raro ver a una persona joven con uno de aquellos primitivos teléfonos, podría ser que su madre se lo hubiera comprado con motivo del viaje trasatlántico.

Pero no. Lo miró mejor y efectivamente, aquel era el «móvil del trabajo» de João. La forma de su antena era inconfundible, y lo corroboró al ver en el suelo su maleta y al oír ruidos provenientes del baño en la planta de arriba.

Entonces fue cuando su cerebro procesó lo que acaba de leer. Le dio un vuelco el corazón, le temblaron las piernas y le entró un golpe de calor que le hizo sentirse muy mal y tuvo que apresurarse hacia el sofá, que se encontraba a escasos metros del recibidor. Estuvo a punto de caerse al suelo antes de poder sentarse.

Aquella casa tenía su amplio salón adosado al hall de la entrada, que se abría hacia el mismo casi sin solución de continuidad. A Cecilia le latía fuertemente el corazón mientras el sofoco le hacía sudar como si llevara horas a pleno sol. Su cerebro comenzó a maquinar a toda velocidad, intentando buscar una explicación. «Es imposible… no puede ser…» se decía. Entonces se levantó y fue corriendo otra vez hacia la mesita del recibidor.

«Podría ser un error. Eso es. Podría ser un error. Alguien le había mandado ese mensaje SMS al móvil de João, por error». Aunque era mucha casualidad que justamente su marido acabase de regresar de un viaje…

Volvió a pulsar una tecla para que se iluminara más la pantalla y entonces… malas noticias.

El mensaje provenía de alguien que estaba en la agenda del teléfono, y no aparecía como un mero conjunto de números: DULCE.

Aun así, Cecilia se resistía a admitir lo que ya era más que evidente, y entonces pensó que, ya que ese era el móvil del trabajo de su marido, quizás la secretaria de Velarde le había

enviado un mensaje a João por error. En teoría él solo tenía una secretaria en Lisboa, Aurora, una señora mayor muy competente. En Brasil no tenía secretaria, aunque lógicamente la secretaria de Velarde trabajaba también para él cuando estaba por allí. No sabía cómo se llamaba aquella mujer, aunque podría ser «Dulce». Era un nombre muy popular en Brasil.

¿Podría estar João liado con ella? Solo de pensarlo recibió otro golpe de calor y comenzó a sentirse muy, muy débil. Aun así, respiró hondo y comenzó a buscar otra posible explicación. Tras el shock inicial, se encontraba transitando por el estado de "negación", y su mente racional buscaba una escapatoria por todos los medios.

Podría ser que Velarde hubiera ido a visitar a algún proveedor a una ciudad distante —Brasil es un país enorme—, y por eso le escribía la secretaria, aunque por error le mandó el mensaje a João. Eso significaba lógicamente, que la mujer tenía un lío con el propio encargado. O bien, quizás la mujer le quería mandar el mensaje a su propio marido, que también estaba de viaje. O tal vez… tal vez se lo mandaba al mismo João porque era su amante…

La cabeza le bullía como una olla a presión. Las manos le temblaban y un tren de pensamientos encadenados peleaba por abrirse paso atropelladamente en su cabeza. Por fin se serenó lo necesario para hacer lo único que podía hacer para salir de dudas de una vez: consultar si había más mensajes de «Dulce» y qué decían.

Se estaba agarrando a un clavo ardiendo, y estaba a punto de quemarse. Mejor dicho, se quemó. La exigua memoria interna de los primeros celulares permitía almacenar un número limitado de mensajes, y esta ya estaba llena solamente con los SMS que Dulce le había enviado a João en los tres últimos días. Aunque la lista era interminable, Cecilia solo consiguió leer dos o tres antes de que el teléfono se le resbalara de las manos, su visión se nublara y se desplomara en el suelo. Ni siquiera llegó a oír el estruendo que hizo el aparato al descoyuntarse sobre las baldosas, y eso que no había llegado a leer los mensajes más escabrosos.

Tras unos instantes en los que permaneció sin consciencia, se levantó como pudo y a duras penas consiguió regresar al sofá. En un estado de total agitación interna, se apoyó sobre uno de los brazos y comenzó a llorar desconsoladamente.

Los nervios habían traicionado a João y le habían llevado a cometer los dos errores más fatales de su vida.

Como en el juego del póker, no solo llevaba malas cartas, sino que además ahora se las habían visto.

El desenlace

Cuando terminó de ducharse, se vistió y se dispuso a bajar. Mientras se vestía, había oído ruidos en el piso de abajo y dedujo que Cecilia ya habría llegado. Respiró hondo y comenzó a descender los escalones. Entonces vio a su mujer reclinada sobre uno de los brazos del sofá, tapándose la cara con la mano derecha.

Bajó sin hacer ruido y cuando estuvo a su lado, ella le miró y le dijo:

—¡Oh! João, ¡cómo has podido…!

—Cecilia, amor mío, déjame que te explique. Aquello fue un error, ¡fue un error! Pero ya terminó, Cecilia. ¡Ya terminó!

—¡Pero João! ¡Cómo puedes decir eso! ¡Cómo puedes ser tan cínico!

—Te lo juro, Cecilia. ¡Te lo juro! ¡Ya hace tres años que no estoy con ella!

Entonces su mujer dio un grito de dolor y comenzó a llorar otra vez de forma desconsolada.

En ese momento entró Kai en la casa, tras la carrera que se había dado tras abandonar la playa. Ya desde la calle oyó el grito y el llanto de Cecilia y el muchacho no se entretuvo ni a cerrar la puerta. Totalmente confundido y desconcertado tras lo que le había dicho Paola unos minutos antes, al ver a su madre en ese estado, le hirvió la sangre y sin decir palabra se abalanzó sobre su padre comenzando a golpearle con furia. Los dos cayeron al suelo y João no hizo ni un solo amago de defenderse. Por el contrario, dejó que su hijo le destrozase la cara.

Ante semejante espectáculo, Cecilia comenzó a gritar de nuevo y se echó sobre ellos para intentar separarlos. Kai se estaba ensañando ciegamente con su padre, y eso hizo que algunos golpes y empujones cayeran sobre su propia madre, que luchaba denodadamente por detener aquella escena tan dantesca. Por fin, tras muchos esfuerzos y ruegos, logró que su hijo se apartase de su marido, y entonces los dos se levantaron y se recostaron sobre la pared jadeando ostensiblemente.

Justo entonces entró Paola, sofocada, pues había intentado seguir a Kai desde la playa.

João, al verla, no se le ocurrió otra cosa que decir:

—¡Díselo tú, Paola! ¡Díselo tú! ¡Dile que ya no estoy con tu madre! ¡Díselo!

—¿Cóooomo? ¡Pero qué estás diciendo, João! ¡Por Dios santo! —Cecilia pasó del rojo intenso al blanco más pálido en un instante. Creyó haber tenido cubierto el cupo de sustos del día, cuando aún le faltaba el más impactante. Ahora resultaba que, además de la tal «Dulce», también había tenido una relación… ¡con su sobrina!

Cecilia se tapó los oídos con las manos, meneó la cabeza hacia los lados, soltó de nuevo un bufido, las piernas le volvieron a fallar y se desplomó de nuevo en el sofá, aunque esta vez no perdió la consciencia. Su hijo se dispuso a lanzarse otra vez contra su padre, pero su madre le detuvo:

—¡Kai, ayúdame! ¡Kai!

Cecilia se tocaba el cuello mientras su pecho subía y bajaba en una agitación casi convulsa. El muchacho acudió raudo en su ayuda, y también el propio João, pero el chico se lo impidió:

Antes de que llegara siquiera a aproximarse, interpuso un brazo entre él y su madre y le dijo, apuntándole con un dedo:

—¡Ni te acerques!

Cecilia estaba comenzando a levantarse, aunque sus piernas le fallaban continuamente. Por fin pudo contener algo su agitación, y articuló a decir:

—¡Sácame de aquí, Kai! ¡Sácame de aquí! ¡No quiero estar en esta casa ni un minuto más!

Entonces él la sujetó por los brazos mientras su madre se apoyaba sobre sus hombros. Se dirigieron hacia la puerta de la calle y salieron al exterior. El viento de la noche comenzaba a manifestarse y una ráfaga de aire fresco sacudió la cara de Cecilia. Eso la reanimó. Respiró profundamente y se soltó de su hijo, aunque él la seguía agarrando a la altura de los hombros y de la cintura. Cuando João y Paola también salieron a ver cómo estaba, entonces ella dijo:

—¡Vámonos de aquí, Kai! ¡Vámonos!

Sin dudar un instante ni mirar hacia su padre, el muchacho ayudó a su madre a meterse en el coche que seguía aparcado en la puerta, y lo arrancó. Y tras un fuerte acelerón, desaparecieron.

João se quedó solo con su hija. Se miraron, y antes de que esta dijera nada, comenzó a llorar amargamente.

Las cartas eran malas, se las habían visto, y encima su adversario llevaba un póker de ases. Había apostado fuerte; había apostado todo lo que tenía, y todo lo perdió.

La huida

Mientras tanto, el Porsche se dirigía a toda velocidad hacia la salida de Lisboa más próxima, sin que Cecilia le dirigiera la palabra a su hijo. Él la miraba de vez en cuando y le preguntaba: «¿Estás mejor, mamá? ¿Estás mejor?». Pero ella no contestaba.

Cuando entraron en la autopista, Kai miró hacia su madre de nuevo y le preguntó:

—¿A dónde vamos, mamá?

Pero ella seguía sin hablar. Permanecía seria, mirando hacia el frente, sin apenas pestañear, totalmente absorta.

Kai se inclinó para mirar hacia la guantera del coche y vio allí la billetera con la que había ido a Coímbra con Paola aquella tarde. Se volvió a incorporar, aceleró el vehículo, y se perdieron en la noche.

SEGUNDA PARTE

La llamada del mánager

Adam Lester White era el primogénito de una familia de fervorosos católicos afincados en el sureste de Londres. Desde pequeño ya dio muestras de tener una voz prodigiosa, y el director del coro de la parroquia donde cantaba todos los domingos le consiguió una beca para entrar en el Royal College of Music, donde estudió canto y solfeo. Más tarde pasó por el British and Irish Modern Music Institute (BIMM), una famosa institución británica dirigida por músicos profesionales muy orientada a la música en vivo y a los instrumentos modernos. Allí perfeccionó mucho su estilo y aprendió a tocar la guitarra.

Era un chico apuesto y simpático; el típico inglés alto, rubio y con los ojos azules. Todas las chicas de la parroquia se lo rifaban como novio. Sobre todo, cuando en las reuniones juveniles y en las excursiones al campo tocaba y cantaba las canciones de moda en las noches de verano. Todas se agrupaban en torno a él y se quedaban embelesadas oyéndole entonar aquellas baladas.

Pero él solo tenía ojos para Louise, una chica católica como él, a quien conoció en el conservatorio, y a quien había perdido la pista, muy a su pesar.

La familia White tardó bastante en tener su segundo hijo, algo que en los católicos ingleses no era habitual. Así, a los ocho años de nacer Adam vino al mundo Rose, una chiquilla frágil, enfermiza y menuda, muy diferente en constitución a su hermano.

Rose padeció asma infantil y se pasó media vida con un inhalador. Cuando era pequeña, sus bronquios eran estrechos y solo la cortisona conseguía aliviarle en los ataques de tos. El excesivo uso de esa sustancia le pasó factura en su juventud, y esa fue la razón por la que Rose no se desarrolló con plenitud en la pubertad. Siempre se quedó como una mujer «a medio hacer».

Pero a pesar de su frágil constitución, era una chiquilla muy alegre y muy curiosa que hacía las delicias de toda la familia.

La vida de Adam dio un giro radical en 2005, cuando fue elegido en un casting multitudinario para interpretar al protagonista principal de una ópera rock denominada «Ivanhoe». La actuación se produjo nada menos que en el Royal Albert Hall de Londres y fue televisada a todos los países de la Commonwealth. Eso catapultó su proyección internacional y a partir de ahí le llovieron toda clase de ofertas de trabajo, y también de invitaciones a formar parte de bandas de rock.

El rock… Era su pasión desde niño, desde que vio por televisión un concierto de Nirvana, y tuvo claro que su futuro pasaría por ser el cantante y guitarrista de una banda, a imitación del líder de aquel grupo estadounidense.

Con el tiempo, sus preferencias musicales escoraron hacia sonidos más duros, más próximos al metal, para disgusto de sus padres. Sin embargo, él siempre les aseguró que jamás cantaría canciones cuyas letras fueran ofensivas para la religión o para las costumbres cristianas. Estas se centrarían en la temática épica, heroica y medieval que eran otras de sus pasiones.

Estaba sopesando ofertas, cuando recibió una llamada de Peter Cornerstone.

Cornerstone era uno de los mánager musicales más conocidos del mundo. Muchas de las grandes bandas de todos los géneros de los últimos 20 o 30 años habían contado con su

asesoramiento, y su porfolio era uno de los más codiciados. Los artistas que representaba tenían canciones que se habían aupado al número uno en las listas *top-200 LP's* y *hot-100 singles* de la memorable revista *Billboard,* y muchos de ellos habían sido ganadores de varios premios Grammy y otros galardones de reconocido prestigio. Peter Cornerstone era un hombre muy rico.

Como siempre, fue Rose quien atendió el teléfono. La inquieta de su hermana siempre estaba metida en todos sus asuntos, y a veces se mostraba demasiado pesada. Pero todo era por puro amor y devoción hacia su hermano, a quien adoraba.

—¡Addy! Es para ti… —le dijo, mientras sostenía el teléfono, muy intrigada.

—¿Quién es?

Rose se encogió de hombros. —No lo sé… es un tipo muy educado…

—Anda, trae —le quitó el auricular a su hermana, y tras el saludo de rigor oyó lo siguiente:

—Buenas tardes, mi nombre es Peter Cornerstone. ¿Es usted el señor White, Adam White?

—¿Peter Cornerstone? ¿El mánager? Sí, sí, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Jajá, creo que es usted quien me puede ayudar a mí. Verá, quisiera ofrecerle algo, pero no me gustaría comentárselo por teléfono. ¿Podría venir a mi despacho, en algún momento de esta semana?

Adam estaba temblando de la emoción y eso se le notó al hablar. A pesar de que los cantantes tienen un entrenamiento especial para modular y contener la voz, y él además presumía mucho de hacerlo, en esta ocasión no fue capaz de reprimirse.

—Sí, sí, claro, cuando a usted le venga bien. Propóngame la fecha y la hora y yo procuraré estar allí.

—Está bien. Pongamos el jueves a las 10.30 —se hizo una pausa—. Sí, creo que a esa hora estoy libre. ¿Podría ser?

—Por supuesto. Deme la dirección y allí estaré.

El mánager le dijo las señas, y Adam las apuntó en la mismísima pared del salón con un pintalabios de juguete que le proporcionó su hermana. Cuando terminó la conversación le temblaban las manos y solo reaccionó cuando oyó a Rose decir:

—Anda qué… cuando lo vea mamá… —la chiquilla le miraba con los brazos en jarra.

—¡La culpa es tuya Rossie! ¡Ya podías haberme dado algo más decente!

—Sí, claro, lápiz y papel, sí. Pero ya me dirás dónde está. Debería estar en el cajón de la cómoda, pero ya ves —Rose abrió el cajón para que su hermano viera que allí no había nada.

—Ya lo sé, ya lo sé, debí llevármelo a mi habitación cuando ayer llamó aquel otro tipo.

Adam corrió hacia su dormitorio subiendo las escaleras de dos en dos. En un momento ya estaba abajo de nuevo y copiando los datos que había escrito en la pared. A continuación, se dirigió también corriendo hacia la puerta, y tras agarrar una chaqueta del recibidor, se dispuso a salir.

—¡Pero Addy! ¿Dónde vas? ¿Acaso vas a dejar esto así? —le preguntó la chica, señalando hacia la pared.

—Límpialo tú, ¡por favor! Tengo que ir a ver a Bill… ¡ya!

—Vaaale, ¡pero que sepas que me debes una!

—¡Muchas gracias, Rossie! —dijo mientras su voz se perdía por el porche de la casa.

Rose se quedó mirando cómo su hermano corría calle abajo hacia la casa de su amigo Bill.
—Ya me debes tantas… —pensó, mientras se dibujaba una sonrisa en su cara sonrosada.

Algo grande

Billy Drake se había hecho amigo de Adam cuando coincidieron en el BIMM. Vivía en un barrio cercano al suyo y solían regresar juntos en el metro tras terminar las clases. Pero a diferencia de Adam, lo suyo era la batería. Tenía un sentido muy exacto del ritmo, ejecutaba cualquier pieza con absoluta precisión, y si se requería, a gran velocidad.

Tras dejar el BIMM consiguió trabajo como músico de sesión, y ya empezaba a ser conocido en el ambiente rockero del sur de Londres.

Adam llegó a su casa —no distaba mucho de la suya— y llamó a la puerta totalmente enfervorizado. Su amigo le abrió, y mostró como siempre la cara que tenía a aquellas horas, tras haber pasado gran parte de la noche en vela actuando en algún local. Se notaba que acababa de salir de la cama, pues tenía su gran melena castaña más revuelta de lo habitual. Los cardados se habían vuelto a poner de moda, y su pelo, ya de por sí algo rizado, confería a aquella cabeza un tamaño mayor del que tenía realmente. La cara ancha parecía ahora más estrecha, si acaso por las ojeras que no conseguía disimular.

—Chico, no te lo vas a creer... ¡Adivina quién me ha llamado!

—Peter Cornerstone —dijo Bill con guasa, intentando ofrecer una sonrisa.

—Pero... ¿Cómo lo has sabido?

—¿En serio? ¿Peter Cornerstone? —preguntó el baterista, esta vez con incredulidad.

—¡Como lo oyes! Tío, ¡eres clarividente!

—Jajá, no te creas, no te creas... pero, como estuvimos el otro día bromeando sobre ello, y además por tu forma de llamar al timbre y tu aliento sofocado….

Billy comenzaba a darse cuenta de lo que le había dicho su amigo:

—Pero… ¿Es cierto? ¿En serio me lo estás contando?

—Como lo oyes. Me quiere ver el jueves a las 10.30.

—Bueno, Adam, pues no sabes cómo me alegro... Pero… dime, ¿te ha comentado algo, te ha dicho para qué te necesita?

—Pues, no. ¡Y estoy en ascuas! Ya te puedes imaginar…

Su amigo calló para darle tiempo a recuperar el resuello, y tras pensar unos instantes le dijo:

—Quizá te quiera para incorporarte a la plantilla de alguno de sus grupos. Con todos los que tiene, seguro que hay algún cantante que se marcha o que se monta un grupo en solitario… seguramente será para eso.

—Sí, eso creo yo. ¿Pero cuál? Tú estás mucho más que yo por el mundo de la noche. Conoces a mucha gente. ¿No se te ocurre nada? ¿No has oído nada? Me refiero, aunque sea, algún rumor…

—Pues, no, Adam. Pero, de todas formas, Cornerstone maneja a muchos grupos, y no solo en Inglaterra, también a nivel mundial. Quizás te necesite para alguna de sus bandas en América…

—Sí, puede ser… —A Adam no le gustaba mucho la idea de irse a vivir fuera de su país, aunque desde luego si era necesario no pondría ningún inconveniente. Lo que sí que parecía bastante claro es que lo que le tenían preparado debía ser algo grande.

Hotel Sampaio

Cuando Kai y su madre se escaparon de su casa, pasaron la noche en un hotel de carretera. Cecilia no durmió nada durante todo ese tiempo, y él solo lo hizo algunas horas. La mujer se hallaba en un estado de total consternación, aunque ya solo desde el punto de vista anímico. Al menos ya no tenía sofocos ni palpitaciones y parecía que las fuerzas le acompañaban.

A la mañana siguiente, todavía en el hotel, comenzaron a decidir sobre su futuro.

—Mamá, tienes que decirme dónde quieres ir. El dinero que tengo en la cartera se me acabará pronto, y tengo que regresar a casa a recoger algunas cosas. Tenemos que tomar una decisión.

—Tú puedes volver a casa, Kai. Allí tienes tu vida, tus amigos, tu padre… Yo… yo no pienso volver allí nunca más —la mujer hizo una mueca de dolor y comenzó de nuevo a sollozar.

—¿Mi padre? Vamos mamá…

—Sí, hijo, es tu padre, a pesar de todo —le dijo en medio de las lágrimas.

—¡Yo iré donde tú vayas! Esa decisión ya está tomada —Kai la miraba con absoluta determinación—. Si quieres vamos a Vigo, a casa de los abuelos.

Cecilia suspiró:

—¡Cómo me gustaría que esto no hubiera pasado! ¡Cómo me gustaría despertarme y comprobar que todo ha sido una pesadilla…!

—Venga, mamá, no llores más. Dime donde vamos a ir. ¿Nos vamos a Vigo? —el muchacho intentaba calmarla. Estaba claro que ella no podía tomar ninguna decisión y él conservaba más serenidad para eso.

Cecilia siguió llorando desconsoladamente. Tras unos minutos se serenó un poco y le comentó:

—No quiero presentarme allí y contarles todo esto, Kai. Ellos tienen muy buena idea de João y me da vergüenza contárselo. No quiero presentarme allí, Kai, no quiero…

—A mí no me da ninguna vergüenza.

—Es como una sensación de fracaso, de… no sé, hijo. Salí de mi casa hace más de veinte años y volver ahora…

En ese momento sonó el teléfono móvil de Cecilia. Era Mariña. ¡Qué momento más inoportuno! Pensó en no atender la llamada, pero finalmente lo hizo.

—Hola, Mariña, ¿qué tal? —contestó, intentando contener las lágrimas y calmar la voz.

—Hola, Ceci, llamaba para charlar un poco. Flavia me ha telefoneado esta mañana y me lo ha contado todo.

—¿Flavia? ¿Cómo lo sabe?

—Según me ha dicho, los gritos se oyeron desde su casa. Cuando llegó a ver qué pasaba, ya os habíais marchado. También me ha dicho que os ha intentado llamar, pero teníais el móvil apagado.

—No, no lo teníamos apagado. Será por la cobertura. Estamos en un hotel en medio del campo, y debe ser que no hay mucha. Ahora quizás haya un poco más y por eso ha entrado tu llamada.

—¿Estáis en un hotel?

—Sí, ya te lo he dicho. Es el hotel… —Cecilia miró uno de los tarjetones que había sobre la mesilla de noche, donde se especificaban los servicios del establecimiento—. El hotel Sampaio—, le informó tras leer el rótulo en el tarjetón.

—¿Tenéis línea en la habitación?

—Sí, creo que sí.

—Pues, averigua cuál es el número de teléfono y te llamo ahora. Mándame un SMS y te llamo. No podemos seguir hablando por el móvil, se puede cortar en cualquier momento.

Tras informarle del número, Mariña le devolvió la llamada y las dos amigas estuvieron un buen rato hablando de lo sucedido. Le sirvió de consuelo, pues se desahogó mucho y se serenó bastante. Después de un buen número de lloros y suspiros, cuando ya estaba más calmada, su amiga le dijo:

—De verdad, Ceci, yo creo que lo mejor es que vuelvas a Lisboa y te quedes en la que es tu casa. Tendría que ser João quien se marchase y no tú.

—Ya lo sé, Mariña, ya lo sé. Y no te creas que no lo he pensado. Pero, con todo lo que pasó… yo solo quería huir de allí, Mariña. ¡Quería huir! Y francamente, no me veo con fuerzas para volver… Al menos todavía.

—Bueno, pues eso tiene fácil arreglo. Está claro que con Flavia y Filipe no te puedes quedar, pues viven al lado. No soportarías tener que verlo como vecino. Así que no se hable más, Ceci, te vienes aquí conmigo y os quedáis hasta que decidas qué hacer. Ya te dije que no tendremos inquilinos hasta enero.

—Mariña, sinceramente te digo que no tengo nada claro si seré capaz de volver alguna vez a esa casa —le dijo, tras pensar en la posibilidad del regreso. Desde luego, todo lo que deseaba era poner tierra de por medio, y a ser posible para siempre. Y no había oído nada del último comentario de su amiga. Ella siguió:

—Sí, ya sé que lo que dices es lo razonable, que se tendría que ir él… Pero Mariña… —Cecilia comenzó a llorar otra vez, y siguió con la voz entrecortada—: no sé si podré… de verdad… ¡No sé si podría soportarlo! Entrar allí como si no hubiera pasado nada, ver su casa, ver el dormitorio donde se acostaba conmigo…

La mujer era de nuevo un mar de lágrimas y no pudo continuar, pues el llanto le hacía imposible seguir hablando de forma inteligible.

—Bueno, bueno, venga, Ceci, tranquilízate. No te preocupes. No tienes por qué volver si no quieres. Pero insisto en que no es una decisión que tengas que tomar ahora.

—No quiero volver, Mariña, ¡no quiero volver! —gritó de forma desesperada.

—De acuerdo, Ceci, de acuerdo. Pues no vuelvas. ¡No te preocupes por eso! Lo que tenéis que hacer ahora es venirte para acá, a mi casa.

—¿A tu casa?

—Sí, claro, es lo que te he dicho antes —Mariña se dio cuenta de que no la había oído—. Te vienes aquí conmigo, hasta que decidas qué hacer. Y si sigues pensando que no quieres volver, pues no hay problema, hablamos con los inquilinos y os quedáis vosotros en su lugar.

—Pero Mariña, no nos podemos ir a Londres. No nos podemos quedar allí… Es una ciudad muy cara… Yo podría buscar trabajo, sí, podría… podría buscar trabajo de guía, pero no creo que gane mucho dinero. No podría pagar un alquiler y…

—Mira, Ceci, eso ahora es lo de menos. Tú vente para acá, y ya veremos.

—No, no es lo de menos, Mariña, yo…

—¡Ay, Ceci! —la interrumpió—. Sigues siendo la misma chica tozuda que no se atreve a tomar ninguna decisión si no lo tiene todo previsto. Pues bien, para tu tranquilidad y para que dejes de pensar en tonterías, te lo digo desde ya. Te quedas conmigo el tiempo que quieras y me pagas lo que puedas. A Charles no creo que le importe. Y si le importa, ya me encargaré yo de que le deje de importar. ¿Te queda claro?

—No, Mariña, no. Eso sí que no. Yo no puedo hacerte eso… entiendo que tenéis que tener una rentabilidad. No me sentiría a gusto viviendo a tu costa y…

—Ceci, no insistas. Es lo mejor que puedes hacer. Kai puede terminar la carrera aquí. Seguro que con su talento le dan una beca y después encontrará un buen trabajo. Me pagas si puedes, y si no… ¡para eso somos amigas! ¿No?

—No sé Mariña, no sé… —Cecilia estaba totalmente confusa. Sabía de la generosidad de su amiga… Sabía que Charles ganaba mucho dinero… eran casi ricos… pero le daba mucho apuro hacer lo que ella le proponía—. Bueno, déjame que lo hable con Kai y lo pensemos un poco. Cuando tengamos una decisión te lo diré.

—Uy, Ceci. Eso no me suena nada bien. Seguro que luego no me llamas. Pero yo voy a insistir, ¿eh? ¡No me voy a dar por vencida fácilmente!

—No, en serio Mariña, te voy a llamar, de verdad. Y pronto.

Cecilia colgó el teléfono y miró a su hijo. Él le hizo un gesto con la cabeza, asintiendo. En el silencio de la habitación, había podido escuchar la conversación en su totalidad.

—Creo que debemos aceptar, mamá.

—Pero hijo, el dinero… ya no solo es el alquiler, es…

—Mamá, mientras hablaba, sopesé la posibilidad. Verás, Londres es el paraíso de los músicos. A diferencia de Portugal, allí hay tiendas de instrumentos musicales por todas partes. Las vi por doquier cuando estuvimos allí en primavera, en la boda de Mariña —el chico se detuvo un momento y continuó:

—Muchas bandas se han formado y se siguen formando allí; sus instrumentos se estropean y los tienen que reparar. Los tienen que ajustar, calibrar, afinar… Es un trabajo muy especializado y hay pocos que lo sepan hacer. Estoy seguro de que yo encontraré trabajo en algún taller o en alguna tienda. Con eso, y si tú encuentras algo de guía… —le dijo, con decisión—. El único problema pude ser el asunto legal. Los permisos de trabajo, y todo eso.

—Eso ya no es un obstáculo, Kai. En la Unión Europea existe libre circulación de trabajadores. Ya no hay fronteras interiores. Podemos permanecer allí de forma indefinida... Lo malo no es eso —Cecilia pensó durante un momento—: si nos vamos, a mí me gustaría que terminases la carrera…

—Yo puedo estudiar y trabajar a la vez —interrumpió con firmeza—. Para mí, eso es pan comido.

—Ya, pero podemos tardar meses en encontrar algo estable. ¿De qué vamos a vivir mientras tanto? Yo a tu padre no pienso pedirle nada… ni quiero que tú se lo pidas.

—Pero mamá, necesitaremos…

—¡No! —gritó la madre—. No quiero rebajarme, Kai. No quiero suplicarle que me dé dinero. ¡No quiero volver a hablar con él en toda mi vida!

—Mamá, eso no es rebajarse, es simplemente… —el muchacho se tuvo que interrumpir al ver a su madre llorando de nuevo. Se preguntó de dónde podía sacar tantas lágrimas.

La abrazó otra vez y se levantó de la cama donde los dos permanecían sentados para buscar pañuelos de papel. Pero no había más. Entonces se fue al baño, y le entregó un rollo de papel higiénico que estaba sin empezar. Después comenzó a pasear por la habitación, con las manos en los bolsillos intentando pensar. Tras un rato, finalmente recaló sobre la ventana y vio a través de la misma al Porsche aparcado en el parking del hotel. Entonces se volvió y le dijo a su madre:

—Ya sé de dónde vamos a sacar el dinero.

El edificio Gherkin

—Buenos días, Adam. Siéntate, por favor. Te ruego me disculpes por la espera.

El despacho de Peter Cornerstone estaba situado en la última planta de uno de los edificios de oficinas más importantes de Londres: el edificio Gherkin. Hasta llegar a él, tuvo que pasar por un gabinete de secretarias y administrativos que no paraban de hablar por teléfono concertando citas, hablando de conciertos, de reservas hoteleras, de discos, de promociones…

Le sentaron en una sala de espera cuyas paredes estaban llenas de cuadros donde se exhibían réplicas de los discos de oro y platino que habían obtenido todos los artistas que ese mánager representaba. Había también fotografías de los más afamados de ellos, y que posaban junto a Cornerstone a lo largo de todo el pasillo que llevaba hasta su despacho.

Adam permaneció en aquella sala durante un buen rato, y eso comenzó a hacerle perder los nervios. Por fin, la puerta se abrió y comenzaron a salir de su despacho todo tipo de personas: desde individuos trajeados y acorbatados, hasta tipos extraños con atrevidas indumentarias que supuestamente serían artistas, aunque él no reconoció a ninguno.

La puerta se cerró y él siguió esperando. Supuso que a continuación entraría él.

Tras un rato, por fin una de las secretarias recibió una llamada del interior del despacho y le hizo una seña para que pasara. Al parecer, la reunión anterior se había alargado demasiado.

Adam entró con paso firme y allí le esperaba el mánager, al fondo de un amplio despacho. Era un hombre completamente calvo y vestía todo de negro: un traje elegante con chaleco y camisa de ese color, y tan solo una corbata blanca se resaltaba sobre el claroscuro que recortaba su figura contra el ventanal que tenía detrás. Tenía las manos juntadas a la altura de los dedos, y le observaba con una mezcla de curiosidad y de expectación. Tras estrecharse la mano, Adam se sentó y comenzó a hablar.

—Antes de nada, quiero decirte que estás aquí porque me impresionó mucho tu voz en el concierto del Albert Hall. Sinceramente, creo que puedes llegar muy lejos. Vamos, donde tú quieras. Y yo solo contrato a los mejores.

—Gracias, señor Cornerstone. Pero sin ánimo de ofender, y no me interprete mal, yo creo que es al revés, es decir, son los artistas quienes contratan a un mánager y no al revés… creo yo —su atrevimiento estaba justificado por los nervios, que habían sido agravados por la larga espera. Sin embargo, su interlocutor no pareció tomárselo mal:

—Jajá, claro que sí, Adam. Tienes toda la razón. Pero en este mundo de la música, al final los contratos reflejan la intención de las partes de llegar a un acuerdo para obtener unos beneficios. Sí, ya sé que los músicos lo que queréis es demostrar vuestra valía, ser famosos, en fin, todo eso. Pero ten en cuenta que nada de eso se consigue sin un buen mánager con influencias. Con influencias para lograr los mejores contratos en las mejores discográficas, y los mejores conciertos en las mejores ciudades. El mundo de la música está muy disputado, y hay muchos grupos buenos, aunque no lo parezca.

—Por supuesto —musitó Adam, asumiendo su inexperiencia. Aquel hombre le había puesto en su sitio.

—Pero no creas que me he ofendido. Estoy acostumbrado a lidiar con todo tipo de gallitos que se creen que son alguien en cuanto que la gente les reconoce por la calle. Solo quería dejar las cosas claras. Nada más.

—Sí, sí, claro. Quizás me he precipitado…

—Ya te digo que no, Adam. No pienses más en ello —Cornerstone miró hacia su agenda y luego dijo—: bueno, no tengo mucho tiempo… la reunión anterior se ha alargado más de lo previsto y… voy a ir al grano —el mánager se reclinó hacia atrás en su gran butaca de cuero blanco y le preguntó: —supongo que sabes quién es Ruddy Norfolk, ¿verdad?

—Por supuesto. Es el mejor guitarrista del mundo —espetó Adam con convicción.

—Jajá, eso se cree él. Y gran parte del público también. Y quizá lo sea, no te digo que no; aunque yo con mis años he visto a muchos tipos buenos. Casi tan buenos como él.

—Para mí, desde luego es uno de los mejores —apuntó Adam.

El mánager no quiso entrar en discusiones musicales y abrevió:

—Bueno, el caso es que, y esto que te voy a comentar es de momento confidencial, el caso es que va a abandonar Hazelnut.

—¿En serio? —Adam se quedó estupefacto. Hazelnut era la banda de rock más importante del momento a nivel mundial. Su fama se debía principalmente a Norfolk, pero el resto de los músicos no le desmerecían en absoluto. Principalmente su líder, Helmut Murray, cantante y verdadero motor del grupo.

—Pues, sí. Supongo que habrás oído hablar de lo mal que se llevan Helmut y él.

—Sí. —Adam miró hacia un lado y luego dijo—: Se dice que en Hazelnut hay una guerra de egos.

—Eso es exactamente lo que pasa —siguió el mánager—. Ruddy es un tipo… algo especial. Un genio, desde luego, pero también un niño malcriado y egocéntrico que espera que todo el mundo gire en torno a él. Y una banda es algo más que todo eso. Además, Helmut tiene exactamente el mismo carácter y ha habido un choque de trenes…

—Ya. —Adam estaba empezando a descubrir los entresijos del panorama musical.

—En definitiva, Helmut y él han tenido una discusión que se les ha ido de las manos y Ruddy ha decidido marcharse. Y ya no hay vuelta atrás, porque ha vendido sus derechos sobre Hazelnut al resto de la banda, de manera que ahora mismo está libre. —Cornerstone hizo un inciso y siguió:

—Ha contactado conmigo para que le busque una banda nueva y poder empezar desde cero.

Adam comenzó a comprender su papel en aquella jugada:

—Ya veo. Y ahí es donde entro yo.

—Exactamente. Tú eres el primero en quien pensé sin dudarlo un instante. Y me gustaría que aceptases. Tus cualidades como cantante son excepcionales y creo que con él podrás llegar muy lejos. Él necesita estar en un sitio donde se le reconozca lo que es, es decir, un genio de la música. Gente nueva que no se crezca, que no le vuelva a pasar lo que le ha ocurrido en Hazelnut.

—O sea, que estemos a su servicio —el cantante volvió a precipitarse y pensó que se tenía que haber mordido la lengua.

—No me malinterpretes, Adam. En el fondo, Ruddy no es un mal tipo. Sus salidas de tono y su carácter un poco altanero son remediables. Solo hay que saberle llevar. Yo me creo capacitado para ello, y me da la impresión de que tú también serás capaz.

Los dos callaron por unos instantes. El mánager miraba fijamente a su interlocutor, esperando una respuesta. Al final, Adam habló:

—Por supuesto, estaré encantado de aceptar.

El mánager sonrió y le dirigió una mirada afectuosa. Iba a seguir comentándole los términos del contrato, pero el cantante se le adelantó:

—Una pregunta, señor Cornerstone.

—Llámame Peter.

—Está bien, Peter. ¿Quiénes van a ser los otros miembros de la banda?

—Tú eres el primero, y estaba pendiente de tu aceptación para después buscar al resto. Quiero construir la banda en torno a ti y a Ruddy. Si no hubieras aceptado tendría que buscar a otro, y quizás los músicos podrían ser diferentes.

—Ya. —Adam hizo un inciso y continuó: —Lo digo porque yo conozco un baterista… un gran baterista. Quizá lo conozca… quiero decir, lo conozcas. Es Billy Drake.

Cornerstone pensó por un momento: —Me suena mucho. ¿Con quién ha tocado?

—De momento no ha estado en una banda fija. Estudió conmigo en el BIMM y ahora trabaja de sesionista para otros grupos. Por ejemplo, ha colaborado con…

—Sí, ya sé quién es —interrumpió el otro—. Pero no recuerdo mucho su estilo, ni lo bueno que es…

—Es muy bueno, Peter. Te aseguro que estará a la altura.

—De acuerdo, le haremos una prueba. Aunque si es amigo tuyo y viene de tu parte, creo que no tengo mucho más que decir. ¿Alguna otra sugerencia?

—No se me ocurre a nadie más… lo suficientemente bueno.

Siete voces

El grupo ya tenía a tres de sus miembros fichados, y Cornerstone les dijo que quien se encargaría de los teclados estaba ya en camino. Él conocía a un reputadísimo músico de sesión, un gran pianista clásico y de rock que sin embargo no se podría incorporar hasta pasadas unas semanas. Aún tenía que terminar unas sesiones de grabación que le ligaban a un contrato anterior.

Los tres músicos se conocieron y comenzaron a ensayar y preparar algunos temas que el guitarrista tenía pensados, y que serían una parte de los que se incorporarían al primer álbum de la formación.

—Oye Addy, ¿Por qué estáis teniendo tantos problemas para encontrar a un bajista?

Rose no perdía detalle de las aventuras de su hermano y su naturaleza curiosa le llevaba a preguntarlo todo.

—Bueno, no es tan difícil, bajistas hay muchos. Tenemos muchos candidatos, pero siempre pasa algo que al final impide que nos quedemos con alguno. O bien no le gustan a Cornerstone, o no le gustan a Ruddy, o simplemente son guitarristas malos que se han pasado al bajo.

—¿Eso es posible? Quiero decir, ¿se pueden saber tocar los dos instrumentos, así como así?

—¡Claro! El bajo es un instrumento similar a la guitarra, ya lo sabes. En teoría cualquier guitarrista puede tocarlo. Pero en el fondo, si quieres destacar necesitas a un profesional específico de ese instrumento. Se nota, y mucho, cuando alguien de calidad está detrás. Toda la estructura de la canción tiene una compostura mucho más sólida y con una fuerza sonora que destaca sobre el mismo trabajo hecho por alguien que viene desde la guitarra. Es como el día y la noche.

—¿Tú sabes tocarlo?

—No muy bien... De verdad, Rossie —su hermano se confesó—, yo pensaba que sabía tocar la guitarra. ¡Y hasta creía que era bueno! Cuando aprendí en el BIMM no se me daba mal… pero al ver a Ruddy en acción, me he dado cuenta de que no tengo ni idea.

—No, Addy, eso no es así. Tú no eres malo. Lo que ocurre es que Ruddy es el mejor, y cualquiera a su lado puede parecer minúsculo, en comparación.

—Se nota que eres mi hermana, Rossie… —ella sonrió y él siguió—: pero de verdad que me entra mucho complejo cuando intentamos tocar una pieza en la que yo debo tocar la guitarra con él.

—Pero, ¿eso es necesario? Quiero decir, él es el guitarrista del grupo, tú solo eres el cantante…

—Sí, claro, él es el guitarrista, y él es el que va a grabar todas las guitarras que suenen en nuestro próximo disco, aunque suenen dos o tres juntas a la vez. Se graban pista por pista y parece que hay más de un guitarrista, aunque solo haya uno. Pero cuando actuemos en directo, él no puede hacerlo todo, como comprenderás, y necesita a alguien que interprete algunas piezas mientras él toca otras.

—Bueno, pero para eso está el teclado, ¿no?

—No en nuestro grupo. Queremos tener una proyección sonora más intensa que otras bandas y queremos que suenen en el escenario dos guitarras a la vez —cada una interpretando su fraseo— mientras que el teclado hace otra melodía de forma independiente.

—¡Ah! Ya entiendo. Y ahí es donde entras tú… en el directo…

—Exactamente. De todas maneras —Adam suspiró y aunque conocía sus limitaciones, concluyó—: creo que podré estar a la altura de lo que me piden. Yo solo interpretaré la guitarra rítmica, y eso se me da bien. Por supuesto, la guitarra solista es cosa suya.

—No te quepa duda, Addy. Estoy convencida de que lo harás muy bien —su hermana siempre tan aduladora, aunque esta vez no le faltaba razón.

—Entonces ahora entiendo lo del bajo —siguió Rose—. Yo pensaba que no era un instrumento tan importante…

—Sí que lo es. ¡Es fundamental! Verás, toda banda de rock que se precie necesita tener un mínimo de tres miembros que sepan interpretar al menos cuatro voces. Y cuando digo voces no me refiero precisamente a cantantes.

—Ya, te refieres a instrumentos.

—Eso es. El mínimo es un bajo, una batería y una guitarra. La cuarta voz puede ser un cantante, o bien otro guitarrista o teclista si el grupo es instrumental. Pero en ese caso necesitas un cuarto miembro, pues mientras el cantante puede tocar a la vez otra cosa, si el conjunto es instrumental necesitas eso, otro instrumento. Y nadie es capaz —salvo excepciones— de tocar dos instrumentos a la vez. Sin contar al teclista, claro, que puede interpretar dos melodías distintas, una con cada mano.

—Y vosotros, ¿cuántas voces tendréis?

—La idea es tener siete voces, que serán bajo, batería, guitarra rítmica, guitarra solista, cantante, piano y órgano. Y como seremos cinco, eso significa que dos de nosotros tendremos que simultanear dos. Yo seré uno de ellos, pues a la voz le sumo la guitarra rítmica. Y por supuesto el teclado, que como te digo, puede interpretar dos voces, y en nuestro caso será normalmente el piano y el órgano. Aunque el teclista puede prescindir de alguno e intercambiarlo por el sintetizador. Es el miembro más versátil de todos —Adam se calló por un momento y luego añadió—: ¡Ah! Se me olvidaba, y también están los coros, claro. Al final de cada estrofa se puede añadir un coro, y en ese caso cualquiera de los otros miembros se puede sumar a la voz del cantante o incluso doblarle en segundo plano con otra escala.

Rose se detuvo a pensar un momento mientras su hermano comenzó a leer algunas partituras y luego dijo: —Oye Addy, ¿Y no tenéis algún instrumento de viento? Muchas bandas también tienen saxo...

Adam dejó la partitura y le dijo: —los vientos como el saxo suelen ser elementos más típicos del jazz. Y nosotros no vamos por ahí. Al menos no es nuestra intención.

—¿Por qué? ¿Porque son muy blandos?

—No, no es por eso. Además, el jazz no tiene por qué ser blando. De hecho, hay bandas de jazz-metal que te puedo asegurar que no son nada blandas. Eso sí, no tienen saxos.

Entonces ella volvió al tema del bajista:

—Y, ¿no podéis captar a alguien de otras bandas? A un bajista profesional, me refiero. Cualquiera querría irse con Ruddy…

—Claro, pero el problema es que Ruddy no quiere irse con cualquiera. Y no sé por qué. De verdad te digo que hemos visto a gente muy buena… Para mí que está esperando a alguien de su confianza y no nos lo quiere decir.

El viejo zorro

Al igual que Adam, Arthur Feather también estudió en el Royal College of Music. Pero lo hizo muchos años antes que él y por tanto no llegaron a coincidir. De hecho, no se conocían cuando el mánager les presentó.

Era un reputado pianista profesional y había trabajado ya con algunas bandas de música popular y algunas de las mejores del rock.

Se reunió con Cornerstone en su despacho de la torre Gherkin un día en que no tenía que grabar. Todavía le faltaban algunas sesiones para terminar su contrato anterior, y aceptó encantado el ofrecimiento que este le hizo.

—Yo creo que te va a gustar mucho la experiencia, Arthur. ¡Ya era hora de que te diera un poco el aire!

—Jajá, Peter, yo ya hice conciertos al aire libre hace muchos años. Sé lo que es tocar sobre un escenario.

—Ya lo sé, Arthur, pero llevas mucho tiempo encerrado en estudios de grabación, y yo creo que no te vendrá mal moverte por el mundo.

—Sí, desde luego… Entonces, háblame del grupo, ¿a quién tenemos dentro?

—Pues, mira, además de Norfolk y Dasley…

—¿Dasley? ¿También está dentro? Pensé que se iba a quedar en Hazelnut…

—En un principio se iba a quedar. De hecho, no contábamos con él y estuvimos haciendo pruebas con otros bajistas. Pero es un amigo íntimo de Ruddy, y al final se viene con nosotros. Se compaginan muy bien los dos juntos, y yo creo sinceramente que con él en nómina tendremos controlados los excesos de Norfolk, ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, ya lo sé. ¿Entonces, quienes son los otros dos?

—Pues, no sé si conocerás a Adam White….

—Adam White, Adam White… ¿No será ese el de… *Ivanhoe*?

—El mismo.

—Guau, Peter, pues sí que habéis apostado alto…

—¿Qué te parece?

—Una voz excepcional, desde luego… un poco joven, quizás… Lo digo por el asunto de la experiencia.

—Tienes razón, pero concederás que tiene mucho potencial. Además, precisamente el tema de la experiencia es lo que más me gustó —el otro hizo un gesto de no comprender—. Me refiero a que no quiero que aquí tengamos los problemas que surgieron en Hazelnut. Ruddy quiere tener protagonismo, ya lo sabes, y los cantantes lo tienen siempre de forma natural. No me gustaría que aquí hubiera otra *guerra de egos* como sucedió allí entre Helmut y él.

—Viejo zorro…

—Además, este chico también toca la guitarra, y…

—¿Que toca la guitarra? ¿Dos guitarristas? Ostras, Peter, ahora sí que la has liado.

—En absoluto, Arthur, es lo que te iba a decir, y ya sé por dónde vas. No pienses que le puede hacer sombra a Ruddy. Ni mucho menos. De hecho, no es muy hábil… para nuestros estándares. No pasa de ser algo más que un aficionado. Pero así el otro se sentirá superior, que es lo que quiero.

—Cómo se nota que llevas años en esto… —Arthur sonrió y se pasó la mano por la barba, mesándose un tanto la perilla en la que ya empezaban a salir algunas canas. A continuación, añadió:

—Bueno, y el baterista, ¿quién es?

—Un tal Drake. Billy Drake.

—No me suena.

—Es un conocido de White. Le hemos hecho una prueba y, ¡te puedo garantizar que es fabuloso!

Los ensayos

El grupo ya estaba conformado, y solo faltaba construir un repertorio.

Eligieron los estudios de la calle Parker, muy apreciados por las bandas de rock gracias a su especial insonorización. Se había construido a base de unos paneles que conseguían muy buenos resultados con los graves. Además, no estaban muy concurridos.

Con precisión británica, se citaban todos los días a la misma hora para comenzar a componer. Los temas que aportó el guitarrista ya los manejaban con soltura, pero faltaban más canciones con las que completarlos. Todos aportaban ideas, pero sobre todo Adam, quien se comportaba en aquellos días como el principal organizador y motor del grupo. Y no porque Ruddy no fuera protagonista, que lo era, y con mucha diferencia sobre los demás. No en vano el grupo se había formado en torno a él. Pero su carácter algo perezoso y a veces errático distaba mucho de lo que se precisaba en aquellos momentos.

Y lo que se precisaba era alguien que llevara las riendas y fuera metódico. La banda encontró en Adam a una persona muy capacitada para esa labor, a pesar de su juventud.

Para Ruddy eso no fue ningún problema. Es más, él se dejaba fácilmente llevar si lo hacían con humildad. Además, estaba bien arropado por su amigo, el bajista Richard Dasley. Ambos formaron un pequeño grupo dentro del grupo; siempre iban y venían juntos y en más de una ocasión no llegaban ninguno de los dos a la hora fijada. A veces ni se presentaban y el grupo tenía que ensayar sin ellos.

Pero salvo esas excepciones, los cinco componentes fueron disciplinados y colaboraron adecuadamente en la composición y en los ensayos de los temas que habían preparado. La idea era llegar en una determinada fecha a un concierto de presentación en el que harían además una actuación para preparar el lanzamiento del que sería su primer álbum: Dark Matter.

Este sería un disco con diez canciones, entre las que se encontraba la que le daba nombre, y una composición estelar de Ruddy denominada Colossus, que había sido elaborada enteramente por él. En teoría, esa era la pista principal, y con la que se esperaba llamar la atención del público sobre la nueva banda.

Tras unos meses de ensayos, las canciones ya estaban listas para ser exhibidas en el concierto de presentación.

Para ello, Adam se comprometió con aquel disco con todo fervor y con verdadera pasión. Además de las horas que pasaba en el estudio con sus compañeros, también en su casa practicaba sin cesar.

Se sabía de memoria todas las piezas y llegó a interpretar con maestría la guitarra rítmica en todos los pasajes en los que él debía comportarse como un segundo guitarrista.

Aunque en el disco todas las guitarras serían interpretadas por Ruddy, no sería así en los conciertos y se afanó con gran intensidad en que sus compases fueran ejecutados sin errores. Incluso soñaba con los recitales que deberían dar e interpretaba en sueños todas las piezas.

—Adam, deja ya la guitarra, que estamos comiendo.

—Sí, mamá, ahora mismo. Do, Re, Fa, Si, Mi, Re…. Do, Re, Fa, Si, Mi, Re, Fa, Sol.

—Adam…

—Ya voy… estoy terminando el tercer compás de la cuarta estrofa de…

—¡Basta Addy! —le gritó su hermana, con guasa.

—Rose, te voy a dar, como me des esos sustos… ¡Joder! Ya se me ha ido la melodía…

—¡Adam! No me gusta que hables así delante de la niña —le recriminó su madre, aunque la niña ya no era tan niña.

—Perdón, mamá, es que tengo que terminar esta pieza… ¡Tengo que terminar esta pieza! Ahora vengo…

—Adam, ¡por favor! ¡No tardes…! ¡La comida se va a enfriar!

—¡Bajo ahora mismo!

El chico estaba intentando tocar la parte de Colossus en la que él intervenía y se había llevado la guitarra eléctrica a la mesa, aunque sin enchufarla. Pero como era tan metódico, no paró hasta llegar a su habitación en la planta de arriba y conectar la guitarra a un amplificador. Solo así sabría exactamente si lo estaba haciendo bien.

Cuando bajó, la comida ya estaba fría, aunque no se detuvo a calentarla en el microondas. La deglutió tal cual estaba y se apresuró con el postre para llegar cuanto antes de nuevo a su habitación y seguir practicando.

Estaba totalmente obsesionado con su nueva vida y con el futuro que tenía por delante.

Cuando iba hacia el estudio en su coche, seguía tocando las canciones mentalmente e incluso en los semáforos soltaba las manos del volante y se ponía a practicar las notas en la «air guitar».

Finalmente, llegó a interpretar todas las partes en las que él intervenía con absoluta precisión.

Una apuesta arriesgada

—Hola, Adam, soy Peter. Veo que estás en casa. Menos mal. Te he llamado al móvil, pero estaba apagado. Necesito que vengas al estudio inmediatamente. Ya he llamado a los otros, y están en camino. Pensaba que estabais allí, y por eso no os cité en mi despacho. Pero bueno, es igual. Yo también estoy yendo para allá.

—Pero, ¿qué es lo que ocurre?

—Ah… Mejor te lo cuento cando llegues. No quiero avanzarte nada, porque a los demás tampoco les he dicho nada.

—Está bien. Pero ¿es grave?

—No insistas. Ven cuanto antes y lo sabrás.

Adam colgó el teléfono y se dispuso a salir de inmediato. Incluso dejó la guitarra en un rincón de su habitación sin meterla en el estuche, algo que no solía hacer casi nunca.

—¡Rose!, dile a mamá que he salido. Me ha llamado Peter para un asunto urgente —le dijo a su hermana mientras agarraba la chaqueta y se la ponía a la vez que salía.

Entró en el coche y lo arrancó. Mientras conducía hacia el estudio, no paraba de preguntarse qué sería lo que estaba pasando. Peter nunca se había comportado de esa manera, y menos cuando estaban a menos de dos semanas del concierto en el que harían su presentación oficial. Él era un hombre muy ocupado, y no solía visitar los estudios donde ensayaban y grababan los músicos que él representaba. El hecho de no citarles en su despacho era sin duda porque no quería perder tiempo, y lo que fuera a decir lo tenía que decir ya. Por eso se desplazó él directamente al estudio, pensando que estaban allí. Desde luego la cosa no pintaba nada bien.

Comenzó a pensar en la posibilidad de que todo se fuera al traste. De que Ruddy tuviera algún problema con alguien o con algo y que no quisiera seguir… de que no aceptase alguna de las condiciones de Cornerstone, de que… En fin, aquello no presagiaba nada bueno y él estaba temblando. Apretó el acelerador, pues temía que cuanto más tardase en llegar, más posibilidades tenía de que le diera un infarto de lo nervioso que estaba.

Cuando faltaba poco para llegar, un semáforo en rojo le sacó de quicio. Él, que era un hombre tranquilo, se sorprendió a sí mismo gritando y golpeando el volante furiosamente. Pensó en saltárselo, pero de inmediato rechazó la idea. Si le pillaba un policía, el retraso podría ser todavía mayor.

Cuando llegó al parking del estudio, vio el coche de Bill y el de Arthur. Eso le tranquilizó. Si Ruddy no había llegado todavía es que no era un asunto que le afectara a él, pues de lo contrario habría llegado el primero.

Entró en la oficina y allí estaban sus dos compañeros.

—Hola chicos, ¿sabéis lo que pasa?

—Ni idea. Peter no nos ha dicho nada. ¿Te ha dicho algo a ti?

—No, Bill.

—Pues, ni Arthur, ni yo sabemos nada.

—Vaya… —Adam seguía muy desairado—. ¿Qué creéis que puede ser?

Arthur iba a decir algo, pero en ese momento llegó Ruddy y todas las miradas se dirigieron hacia él. Se hizo un tenso silencio.

El guitarrista llegó, como siempre, con su clásica indumentaria de cuero negro: pantalones ceñidos y chaqueta del mismo material con borlas, flecos, y cremalleras plateadas. Su larga cabellera cardada, similar a la de Bill, rubia en lugar de castaña, y aquella expresión a medio camino entre mueca y sonrisa burlona que le caracterizaba. Colgó su chaqueta en una de las perchas de la oficina y entró al estudio de grabación propiamente dicho. Al detectar las miradas inquisitivas de sus compañeros, exclamó:

—¡Pero chicos! No me miréis así… Esta vez yo no he tenido nada que ver.

—¿Nada que ver, en qué? Tú sabes algo, Ruddy. ¡Qué es lo que pasa! —Adam estaba empezando a perder la paciencia.

—Bueno, bueno, cuando llegue Cornerstone os lo explicará. Pero no os preocupéis por mí. Yo sigo con vosotros.

A continuación, se fue hacia un rincón del estudio y tomó una guitarra. Se puso a tocar el «Dust in the Wind» de Kansas, como si no pasara nada.

Adam se dirigió hacia él para intentar recabar más información, pero en ese momento los demás le hicieron una señal para que fuera a la oficina. Cornerstone acaba de llegar.

Corrió hacia allí y al llegar él, su mánager comenzó a hablar.

—Hola chicos, no me voy a andar por las ramas —el hombre los miró a todos con una expresión de franca preocupación. A continuación, lo soltó: —Dasley se va.

—¿Qué se va? ¿A dónde se va? ¿Y por qué? —Adam seguía histérico y se maravillaba de la tranquilidad de los otros dos.

—Tranquilo, Adam, ya no tiene remedio —el mánager se dio cuenta de que su actitud les había puesto algo nerviosos—. Ha vuelto a Hazelnut.

La noticia cayó como una bomba y se hizo un silencio. Todos se quedaron estupefactos y Billy fue el primero que dijo algo:

—Siempre sospeché algo así. Nunca me fie de él. Sabía que no iba a traicionar a Helmut y que lo de venirse con nosotros era simplemente una rabieta.

Ruddy ya había dejado la guitarra y entró en la oficina.

—Te lo dijo Helmut, ¿no? —le increpó Adam.

—Sí, me lo dijo esta mañana.

—Podrías haber avisado antes, ¿no te parece?

—Se lo dije a Peter en cuanto me enteré.

El mánager medió entre sus dos estrellas antes de que la cosa se fuera de las manos:

—Tranquilos chicos, no os enfadéis. No os quise decir nada hasta no hablar con el propio Dasley. Necesitaba saber si era un farol, pero lamentablemente no es así. También he

hablado con su mánager y me ha confirmado que sigue con ellos —tras otro silencio terminó de hablar—: Tenemos que suspender el concierto.

Adam estaba desesperado: —No podemos, Peter, ¡no podemos! Hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí, y esta es una ocasión única. Si lo hacemos, perderemos la atención de la prensa y la industria no nos tomará en serio. Será muy difícil recuperarnos y no sé si cuando lo hagamos tendremos la misma repercusión.

—Todo eso ya lo sé, y por eso os he convocado aquí. Suspender el concierto sería lo más práctico y…

—¿Y retrasar nuestro debut?

—Me temo que sí; al menos mientras buscamos otro bajista. O si no…

—O si no, ¿qué? —Adam estaba desesperado.

—La otra opción que manejo es que tú toques el bajo y Ruddy se esfuerce un poco más con la guitarra. Arthur podría hacer alguna de tus estrofas, particularmente las de la segunda parte de Colossus.

El cantante hizo un gesto de desaprobación, pero no dijo nada y volvió la cabeza. Cornerstone siguió dirigiéndose a él:

—Podemos prescindir de un guitarrista, pero sin bajo no podemos estar. ¿Podrías tú hacerlo, Adam? Yo creo que en quince días os daría tiempo a ensayarlo todo.

—Pues, a mí no me gusta nada esa idea, Peter; francamente —dijo Ruddy, con cara de enfado.

—¿Por qué?

—Porque Adam no está nada preparado para tocar el bajo. No se le da bien. Ni siquiera se le da bien la guitarra. ¡Oh, vamos! ¿Es que no lo entiendes?

El cantante comenzó a hablar, pero no llegó a articular algo inteligible. En el fondo sabía que su compañero tenía razón.

—Pues, si no queremos suspender el concierto, la única opción que nos queda es encontrar un bajista, ya. Si es bueno, con suerte podremos interpretar la mayor parte del repertorio. O al menos la mitad. Desde luego tendríamos que reducirlo un poco, pero si lo hacemos bien no se notaría mucho.

—Podríamos repescar a alguno de los que vimos al principio. A alguno de los que tú rechazaste —dijo Adam recriminando a Ruddy—. Muchos eran buenos.

Arthur habló por primera vez: —Eso es casi imposible. Estamos en mitad de la temporada y todos tienen compromisos con sus grupos o están de gira por el extranjero. Y en tan poco tiempo no vamos a poder ni siquiera tantear a nadie.

De nuevo otro silencio, y esta vez tan espeso que se podría cortar con un cuchillo. Billy giraba una de las baquetas de su batería como si fuera un molinillo, a una velocidad que si se le escapara podría lastimar a alguno de sus compañeros. Ruddy se pasaba una de sus púas entre los dedos de la mano derecha, como si fuera una moneda que cabalgase entre uno y otro. Arthur permanecía inmóvil, de pie, con una mano en el bolsillo, mientras que con la otra se mesaba la barba, y sin dejar de mirar al baterista. Se maravillaba de cómo era capaz

de hacer lo que hacía con esa velocidad. Y Cornerstone permanecía también de pie, apoyado en el borde de una mesa de mezclas, con los brazos cruzados y mirando al suelo.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Adam finalmente con la cara seria, pero con una expresión de seguridad que asombró a los demás—. Yo conozco a otro bajista.

—¿A quién? Dijeron los otros casi a coro.

—Hay un chico en la tienda de Hunter… no sé si le conocéis… Lleva allí trabajando desde hace un tiempo.

—¿Estás de broma, Adam? —le recriminó Cornerstone con desaire.

—No, dejadme acabar. Yo le conocí hace unos meses. Fui allí con Dasley… ya sabéis la forma que tiene este tío de aporrear el instrumento… El caso es que su Jazz Bass tenía ciertas resonancias en la pastilla secundaria que se hacían muy repetitivas. Ya se lo habían reparado una vez, pero la avería volvió. Le dije que cambiara de bajo, pero ya sabéis el apego que le tiene a ese bajo azul… El caso es que cuando llegamos a la tienda, Hunter nos invitó a pasar al taller y allí le conocimos. Se llama… no recuerdo bien… creo que Kaye o Kay, o algo así. Es un portugués que se encarga de la parte de electrónica, pero también echa una mano con las cuerdas. Estuvimos un buen rato con él.

—Venga, al grano, Adam, no nos cuentes historias de cachivaches —le increpó Ruddy, pero él siguió como si no hubiera oído nada:

—Bueno, el caso es que nos dio toda una lección de instrumentación. Reprendió a Dasley porque esa resonancia se debía —según él— a que pulsaba con mucha fuerza la cuerda inferior con la púa, y además, tan cerca de la pastilla que la saturaba. Dasley se quejó de la explicación, y le dijo que aquel bajo tendría un defecto de fabricación o algo así. Recuerdo todavía la argumentación de aquel muchacho:

«No, señor. Al bajo, como a cualquier otro instrumento, hay que tratarle como a una mujer. Con suavidad, pero con determinación. Con firmeza, pero también con amor y ternura. Y así te dará todo lo que quieras de ella… En los instrumentos pasa lo mismo.»

—Pues, bien, el caso es que, para demostrarnos que el bajo funcionaba perfectamente, se marcó una improvisación que terminó siendo, agarraos fuerte, el final de la primera parte del "Rime of the Ancient Mariner" de Iron Maiden… Y os puedo asegurar que el mismísimo Steve Harris no lo hubiera hecho mejor.

Los demás callaron ante lo que acababan de oír y le miraron con cierta incredulidad.

—No nos estarás vacilando, ¿eh, Adam? —increpó Ruddy de forma desconfiada—. ¿Pretendes que incorporemos al grupo a un mecánico? ¿A nuestro grupo?

—Os aseguro que no es ninguna broma. Todavía recuerdo las palabras del mismo Dasley al salir de la tienda: «este tío es un crack. No sé qué está haciendo, trabajando para Hunter».

—Y para lo que nos interesa —siguió—, estoy prácticamente seguro de que ese chico está libre.

—Desde luego, Adam, lo que yo te puedo asegurar es que nadie me ha hecho nunca una proposición semejante —respondió Cornerstone con acritud—. Yo suelo incorporar en mis grupos a gente reconocida, con prestigio y experiencia. No al operario de un taller de música…

—Ya, pero…

—¿Sabes acaso en qué bandas ha participado? —le interrumpió el mánager—. Porque si es tan bueno, es raro que trabaje en un taller, ¿no te parece?

—Ya. Pues no tengo ni idea. Quizás haya estado en alguna banda en Portugal… no lo sé. Aquel día solo hablamos con él de asuntos técnicos.

—Podríamos hacerle una prueba a ver si es tan bueno como cree Adam —dijo Ruddy con una mueca—. ¡Será divertido!

—No tenemos tiempo para pruebas. Tenemos que ir a lo seguro —Cornerstone estaba comenzando a impacientarse.

—¡Ja!, eso es lo gracioso —dijo Bill—. Que no tenemos nada seguro y que el tiempo se nos está acabando... Yo creo que podríamos probar.

—Os aseguro que ese chico me impresionó. Quizás aquella pieza era lo único que sabía tocar… pero yo creo que no. La forma que tenía de agarrar el instrumento, la soltura y la seguridad con que pulsaba cada nota…

Volvieron a callar durante unos instantes, y finalmente el mánager preguntó, tras ver las caras de los otros:

—¿Tú qué opinas, Arthur?

—Coincido con los demás. Es la única posibilidad que tenemos ahora mismo sobre la mesa. Yo me fío de Adam. Al menos para salir del paso y hacer el concierto. Ya buscaremos más adelante a alguien mejor.

Cornerstone suspiró y comenzó a caminar por la habitación, con los brazos cruzados. Tras unos segundos, se detuvo y le dijo a su cantante: —Está bien. Te doy un día. Vete a buscarle, y mañana le hacemos una prueba. Si es un *bluf*, necesitamos saberlo cuanto antes para pensar en otra cosa.

El mánager no se fiaba para nada de aquella historia, totalmente inverosímil. Pero también conocía el buen juicio de Adam y por eso decidió darle una oportunidad.

La prueba

Semanario New Musical Express, 27 de octubre de 2010.

Nos encontramos en la casa de Arthur Feather, teclista de Thertonball, quien ha accedido amablemente a concedernos una entrevista. Se trata de una mansión de viejo estilo inglés donde su anfitrión nos espera con un vaso de whisky en la mano. Le encontramos sentado en un sillón «isabelino» enfrente de una chimenea. Su camisa y pantalones vaqueros difiere de lo que suele mostrar en los conciertos, donde el cuero negro predomina sobre lo demás. Es un hombre de cabello largo y oscuro, y que aparenta menos edad de la que tiene. Tras invitarnos a tomar asiento, comenzamos una conversación distendida en la que hablamos de temas variados. Después de charlar sobre la trayectoria del grupo, comenzamos a hablar de sus componentes y ahora nos toca preguntar por el bajista.

—¿Cómo fue vuestro primer encuentro con Kai?

—La verdad es que fue bastante impresionante. Fue hace casi cinco años, pero yo lo recuerdo como si fuera ayer. Kai tenía un talento natural para la música como yo jamás había visto. Creo que lo heredó de sus abuelos maternos, que eran músicos profesionales.

«Al día siguiente de que Peter nos dijera que Dasley se iba, teníamos la prueba con él. Ninguno de nosotros pensábamos que aquello fuera a prosperar. Lo hacíamos por Adam, que al parecer tenía mucha fe en Kai. Era el único que le conocía, de la tienda de Hunter. Total, nos daba igual esperar un día más. Yo creo que en el fondo todos teníamos algo de curiosidad…»

«Llegó bastante tarde. Cerca de las siete. Cornerstone se estaba comenzando a impacientar. Pero por fin acudió. Le vimos entrar por la puerta de la oficina, pues aquel estudio no tenía entrada independiente, y había que entrar primero por la sala de control —que tenía paredes de cristal—, para después acceder al estudio propiamente dicho».

«Era un tipo alto. Tanto o más qué Adam o que yo. No sé por qué nos imaginábamos que iba a ser bajito. Ya sabes, la imagen que tenemos de los portugueses… Tenía el pelo largo y oscuro, ligeramente ondulado. Llevaba una camisa roja remangada hasta algo por debajo de los codos, y un pantalón vaquero negro. Tenía 23 años, la misma edad que Adam y que Bill».

—Buenas tardes. Perdón por el retraso. Hasta las seis no cerramos la tienda, y esta tarde con la lluvia, el tráfico está imposible…

—No te preocupes, muchacho, ¡nunca es tarde si la dicha es buena! —dijo Ruddy, que ese día estaba de muy buen humor. Adam solo intervino para presentarle al resto del equipo, y tras estrecharnos la mano a todos, intervino Cornerstone:

—Antes de nada, me gustaría que nos contaras en qué grupos has estado.

—Pues, he tocado con los *Scarecrows*. No sé si los conocéis…

—No me suenan de nada —aseveró el mánager con sequedad, casi sin pensarlo.

—Bueno, somos un grupo local… de Bromley, el barrio donde vivo. Hemos actuado en algunos *pubs* de la zona.

—¿Los Scarecrows? —dijo Bill, que conocía el mundo de los pequeños garitos—. ¿No es ese el grupo cuyo líder toca la guitarra y los teclados? Lo recuerdo porque me llamó la atención ese detalle.

—Sí, en efecto. Ese soy yo —confirmó Kai.

—¿Ese eres tú? No sé si te han dicho que aquí lo que necesitamos es un bajista —replicó Cornerstone.

—Sí, me lo han dicho, pero no hay problema. Puedo tocar cualquier instrumento.

—¿Cualquier instrumento?

—Sí, cualquier instrumento de cuerdas o de teclas. Los *vientos* se me dan algo peor, aunque también me defiendo con dos o tres.

«Eso me hizo desconfiar. Los multiinstrumentistas existen, desde luego, pero no son nada corrientes. Lo normal es que si eres de cuerdas eres de cuerdas, o si eres de vientos eres de vientos. Si ya manejas varios tipos… es raro. Esa gente suele tener nociones generales de todos ellos, pero no son especialistas en ninguno. Y eso era lo que nosotros requeríamos en ese momento: un especialista. Aun así, Kai no nos defraudó».

—Bueno, vamos a empezar —dijo el mánager, y tras hacerle una señal a Ruddy, este se dispuso a comenzar con la prueba. A partir de ahí, fue él quien llevó las riendas.

—OK, vamos a ver… Adam nos ha contado maravillas de ti… así que, muéstranos de qué eres capaz. Y, por cierto, no hubiera hecho falta que trajeras un bajo. Aquí tenemos muchos, ya lo ves.

«Kai miró donde Ruddy le apuntaba y vio los equipos e instrumentos que allí se guardaban».

—Muchas gracias, pero prefiero tocar el mío. No por nada, simplemente por no perder el tiempo en afinar otro, y todo eso. Este que traigo ya está afinado y perfectamente ajustado.

«A continuación, desenfundó el estuche que traía y apareció un bajo blanco y negro al estilo del Fender Jazz Bass, pero con la cabeza del mástil de color rojo. Allí se leían las iniciales C.D.S.»

—¿Es tu nombre?

—¿El qué? Ah, CDS… No, es la marca del instrumento.

—No la había oído en mi vida.

—Claro, es que no los exportamos al Reino Unido. Aquí el mercado está saturado.

—¿Qué quieres decir con *exportamos*?

—Mi padre tiene una fábrica de instrumentos musicales. Yo he trabajado allí muchos años. CDS son las iniciales de Costa Da Silva.

—Ah, con lo cual, al final sí que es tu nombre…

—Bueno, parcialmente. Yo me llamo Costa Roa. Kai Costa Roa.

—¡Qué curioso! Nunca hubiera imaginado esto…

—Bueno, vamos al grano —apremió Cornerstone—. Tengo un compromiso a las ocho y no quiero retrasarme.

«Inmediatamente, Kai comenzó a tocar un popurrí de temas propios, y después de otros intérpretes. Desde Rolling Stones a Led Zeppelin, pasando como no, por Iron Maiden, donde Steve Harris, su líder y bajista es de los mejores de la historia».

—Bueno, basta, ya hemos visto que te lo sabes muy bien —le interrumpió Ruddy—. Pero para evitar suspicacias —no sea que te lo hayas aprendido, y solo sepas tocar eso—, me gustaría que interpretaras, ah…, la pieza de bajo de *Pictures of Home.*

—¿De Deep Purple?

—Exactamente.

—Sí, creo que podré —dijo el otro con seguridad.

«Tras pensar un momento, comenzó a tocarlo y lo hizo tan bien, que pensábamos que estábamos en presencia del propio Roger Glover. Todos estábamos impresionados, incluyendo Ruddy, quien dijo:»

—Bueno, bueno, esto va tomando forma. Ahora llega el momento de la verdad. Te voy a dar la partitura de *Dark Matter*, uno de nuestros temas. A ver cómo lo haces. ¿Prefieres solfeo, o notación alfabética?

—Me es indiferente —aseveró, con aplomo.

«Aquello fue una vacilada, pues Ruddy no se apañaba bien con el solfeo. De hecho, todos usábamos *alfabética*. Le entregó unas hojas y comenzó a leerlas. Tras unos momentos empezó a tocar los primeros compases, pero Cornerstone le interrumpió. Se ve que el hombre tenía prisa».

—Oye, ¿por qué no la tocáis todos juntos? Así podríamos saber qué tal se acopla al grupo.

«Los demás asentimos y nos dispusimos a tomar los instrumentos. Tardamos un poco más de lo previsto, porque el *Korg* no sonaba apropiadamente —no recuerdo por qué— y tuve que usar el *Hammond*».

«Comenzamos a tocar con cierta desconfianza, pues no sabíamos cómo iba a reaccionar aquel portugués. Llevábamos tiempo ensayando con Dasley y ya nos habíamos acostumbrado a él. Pero fue muy cómodo, la verdad. El chico se adaptó perfectamente, incluso al ritmo de Ruddy, que hizo un afloje de cadencia a propósito en una parte de la canción».

«Cuando terminamos de tocar, Ruddy estaba francamente satisfecho, pero ya sabéis cómo es él, siempre sacándole punta a las cosas y le dijo:»

—Bueno, no ha estado mal. Te puedo confesar que me has impresionado. Pero, sin embargo, te has equivocado en la escala de la tercera estrofa tras la repetición del estribillo.

—No me he equivocado. Lo he hecho a propósito —replicó Kai, con un cierto aire de insolencia.

—¿Cómo dices? —Ruddy le miró fijamente. Todos contuvimos la respiración.

—Pues, sí —explicó—: la escala escrita para el bajo era C3, tanto en la segunda como en la tercera estrofa. La guitarra rítmica estaba también tocando en C3, y la solista y el teclado en C5. Al cambiar la estrofa, quiero decir, al cambiar desde la segunda a la tercera, Adam comenzó a tocar en C2, y tú bajaste a C4. Así que yo tuve que bajar también de octava, y por eso comencé a tocar en C2 en lugar de C3, que era lo que estaba escrito. El teclado seguía estando en C5, y eso puede pasar, pero el bajo tiene que seguir a la guitarra necesariamente,

o mejor dicho, la guitarra tiene que seguir al bajo, que es el fundamento de la canción; porque si no, se producen disonancias con lo que viene a continuación. Te lo voy a mostrar.

«Entonces le pidió a Adam que tocara aquella estrofa junto con la precedente y la siguiente, tal y como estaba escrito, y él hizo lo propio. Después la tocaron como él decía».

—¿Lo veis? Ahora sí se percibe claramente el cambio de estrofa. Hay una gran diferencia… me parece a mí.

«Todos enmudecimos, y Ruddy no sabía ni qué decir. Finalmente, fue Cornerstone, quien no salía de su asombro, el que dijo:»

—Vaya, chico, la verdad es que me has dejado boquiabierto. ¿Dónde estabas tú hasta ahora?

«El muchacho se relajó y le dijo:»

—Jajá, pues estaba en la tienda de Hunter, esperando una oportunidad. Si me aceptáis en vuestro grupo, creo que podríamos llegar muy lejos.

Una jornada agridulce

—Te han admitido, ¿verdad?

—Sí, mamá. Ya soy miembro de Thertonball. Así se van a llamar.

—Y... vas a ser guitarrista, tecladista... o bajista...

—Bajista. Es el puesto para el que me requerían.

—Bueno, ya lo sabía.

—¿Cómo que lo sabías?

—Sabía que te iban a admitir —dijo la madre, con seguridad.

—Pues, yo no lo tenía tan claro. Estos no son los Scarecrows, ¿sabes? Ruddy Norfolk es el mejor guitarrista del mundo y...

—Sí, sí, lo que tú digas, pero yo lo tenía clarísimo —afirmó Cecilia con rotundidad.

Kai acababa de llegar a su casa tras hacer aquella prueba. Al finalizar la misma, le hablaron de las condiciones y solo faltaba firmar el contrato. El equipo de Cornerstone lo redactaría al día siguiente, pero desde ese mismo día tenía que comenzar los ensayos para preparar el concierto de presentación.

A su madre no le había dicho gran cosa. Tan solo la llamó a la hora de comer para avisarle de que esa tarde no llegaría a casa a la hora acostumbrada. Que tenía que hacer una prueba para tocar con Ruddy Norfolk, el guitarrista de sus admirados Hazelnut, que al parecer se había separado de la banda.

Cecilia recibió la noticia con cierta frialdad. Por aquellos días tenía mucho trabajo en la agencia de viajes, y no salía ni siquiera a comer. Se quedaba en la oficina preparando las reservas y comía algún sándwich que le traían los compañeros.

Cuando su hijo le dijo aquello, siguió con su trabajo y aparcó la noticia por el momento. Ya lo pensaría en el metro, cuando fuera de camino hacia su casa.

A pesar de la insistencia de Mariña, solo habían estado un puñado de meses en su casa. Cecilia y Kai no tardaron demasiado en encontrar trabajo, y no consintió en habitar una casa por la que su amiga podría sacar mucho más dinero. Un dinero que, no obstante, ella tenía, pues los ingresos que le hacía João periódicamente eran más que generosos. Pero Cecilia quería reservarlo para los proyectos de su hijo, así que finalmente alquilaron una casa en un barrio más modesto, y hacia allí se dirigía aquella tarde. Cuando llegó se encontró a Kai que estaba muy ilusionado con la nueva vida que se le ofrecía al fichar con aquellos músicos.

—Pero entonces, ¿qué va a pasar con la productora? —le preguntó.

—La dejaré aparcada, por el momento. Apenas he tocado el dinero de papá, ya lo sabes. Solo he hecho algunas inversiones que puedo vender en cualquier momento. Dejaremos ese dinero, para otra cosa.

—Pero Kai, tú siempre has dicho que la producción musical es lo que más deseabas hacer, que para eso has hecho la carrera.

—Ya, mamá, pero no yo puedo desaprovechar esta oportunidad. Podemos ganar mucho, pero que mucho dinero.

—¿Y desde cuándo te ha importado a ti eso? Además, ya has tenido otras oportunidades similares y las has rechazado.

—Si te refieres a los Scarecrows, esos son simples aficionados comparados con esta gente. Mi compañero de la facultad me los presentó por si podía echarles una mano en unas canciones que estaban produciendo, ya sabes. Al final tuve que rehacerlas todas, casi desde el principio —Kai se detuvo un instante y luego siguió—: Aunque mira, al final no me ha ido mal. Resulta que el baterista de mi nuevo grupo nos conocía, y con eso he aportado algunas referencias.

—Además —añadió—, yo solo toco con ellos como hobby, por practicar un poco. Esos tíos no tienen ningún futuro, por mucho que se les llene la boca diciendo que van a ser famosos. Y el día que yo me vaya —de hecho, me he ido ya—, van a desaparecer por completo. Pero esta gente es diferente —siguió—. Aparte de Ruddy, también está Adam White. Sabes quién es, ¿verdad?

—Sí, sé quién es, pero insisto, los grupos, las bandas..., nunca fueron tu primera opción, pues de haberlo sido hubieras continuado con esos. Tú dices que son malos, pero ya teníais algunas ofertas a la vista, según me dijiste, aparte de los pubs donde habéis actuado. Y si no, con otros. Has conocido a muchos músicos estando con Hunter. Te podrías haber ido con cualquiera, y mucho antes. Y el dinero tampoco es algo que te quite el sueño... a ti. Y, además, tú mismo me decías que con la productora «te ibas a hacer rico». Esas eran tus palabras, ¿lo recuerdas? Es lo que me decías. Que al terminar la carrera querrías tener tiempo para dedicarte a componer y producir música. Y ahora que la has terminado, pues resulta que ni una cosa ni la otra. Te vas a dedicar a recorrer el mundo dando conciertos, en lugar de estar en un estudio haciendo lo que te gusta.

—¡Ah! En eso te equivocas. La composición no pienso abandonarla. Es más, ahora voy a tener tiempo de sobra para crear canciones y temas musicales. Y no solo para Thertonball.

—Pues, si te pasas el día metido en un avión o en un hotel, no sé cómo lo vas a hacer. Ni si te van a dejar.

—Mira, para crear música hoy en día ya no se necesita ir a un estudio para tocar la canción y grabarla. Se puede hacer lo mismo con un ordenador portátil que tenga un buen programa y un buen *soundfont*. Le enchufas unos buenos auriculares y te puedo asegurar que la experiencia es muy similar. Y eso se puede hacer a bordo de un avión, o en la habitación de un hotel. Lógicamente, solo es una partitura, y luego hay que producirla profesionalmente con los equipos adecuados en un estudio, donde además se le añadirá la voz. Pero lo principal, que es la creación musical, ya se puede ir haciendo de esa manera.

—¿Y tú crees que vas a tener tiempo para eso?

—Seguro. Los conciertos suelen ser en fin de semana. Entre uno y otro hay mucho tiempo libre. O al menos eso creo. Lo mismo me equivoco y siendo un músico profesional tienes otras cosas que hacer entre concierto y concierto. Pero aun así es probable que haya muchos tiempos muertos, y que yo sabré aprovechar. Es más —siguió—, estoy seguro de que voy a poder componer y además bastante para mi propio grupo. Así ganaré mucho más que si lo hago para otros. Porque, ¿sabes qué? En cierto modo me he llevado una decepción con esta gente.

—¿Ah, sí?

—Pues, sí. La pieza con la que me han hecho la prueba se supone que es la que va a dar título al nuevo álbum que van a sacar. Debería ser una canción bastante buena, para tratarse del primer disco de Ruddy en su nueva etapa.

—Y, ¿no lo es?

—No para el nivel que yo me esperaba. Era algo floja, y lo que es peor, ¡hasta tenía errores! Me parece a mí que estos tíos son buenos intérpretes, pero malos compositores. Y ahí es donde me parece que voy a entrar yo. Ahora veo con claridad que quien llevaba las riendas en Hazelnut no era Ruddy, sino Helmut.

—De acuerdo, Kai, has encontrado tu sitio —dijo ella tras comprobar su determinación—. Todos los jóvenes se mueren por recorrer el mundo dando conciertos de ciudad en ciudad, y tú parecías no estar tan interesado en ese tipo de vida. Siempre has sido una persona introvertida y eso no te atraía. Pero ahora que te lo han ofrecido directamente, entiendo que no es para negarse; y más tratándose de una banda tan prometedora como esa. Al fin y al cabo, es una vida atractiva, aunque no sé qué tal te va a sentar a ti la fama.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Tú siempre rehúyes el protagonismo y te gusta pasar desapercibido.

—No sé qué tiene que ver…

—Y, otra cosa. ¿Qué va a pasar con tu relación con Sharon? ¿Cómo crees que va a llevar ella, que tú desaparezcas durante meses en una gira alrededor del todo el mundo? ¿O acaso pretendes que ella deje la medicina para irse contigo?

—Con Sharon no va a pasar nada, mamá —su hijo hizo un inciso, mientras su madre le miraba con cara de esperarse algo que no quería oír. Y acertó:

—Lo hemos dejado —le soltó.

—¿Que lo habéis dejado? ¿Cuándo?

—Hace ya dos semanas.

—Claro —dijo su madre, mientras asentía con la cabeza—. Ahora comprendo por qué llevabas tantos días sin quedarte a dormir en su casa. Y por qué no saliste de tu habitación en todo el fin de semana. Estuviste todo el tiempo con la guitarra y con el ordenador... Mira que me extrañó, y de hecho te lo iba a preguntar, pero con todo el lío que tengo ahora en la agencia, no me di ni cuenta. Pensaba que Sharon tendría guardia o algo así, aunque los dos días...

—Pues, sí, estuve recuperando el tiempo perdido.

—Bueno, ¿y se puede saber la razón? —le preguntó, tras dejar pasar unos segundos.

—Demasiado acaparadora —dijo él, de forma seca.

Su madre hizo un gesto de desaprobación y volvió la cabeza. Esa chica le caía muy bien y la había llegado a tomar cierto cariño. Aquella actitud de su hijo le hizo acordarse de João y no pudo evitar decirle:

—Te cansas enseguida de las mujeres, Kai. Con Regina te pasó lo mismo. Eres igual que tu padre.

—No, mamá, no me digas eso. Eso ha sido un golpe bajo.

—Es la verdad.

—No, ¡no es la verdad! ¡Yo nunca engañaré a ninguna! —dijo con rabia.

—Hay otras formas de hacer daño a una mujer, hijo. No solo es el engaño lo que más nos duele, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Si una chica pone esperanzas en ti, se enamora de ti, tú te acuestas con ella... tenéis una relación... No puedes abandonarla de la noche a la mañana, ¿entiendes? No te imaginas el daño que la puedes llegar a hacer.

—Ya, mamá, pero es que es lo que tú dices, yo necesito tiempo para componer, para desarrollar mis aficiones... Yo no puedo estar todo el día trabajando y estudiando para que luego llegue el fin de semana y me tenga que ir a un bosque perdido a hacer senderismo con sus amigos. Yo también necesito mi espacio, ¿entiendes?

—Ya, claro, tú lo que necesitas es una mujer que se acueste contigo por las noches, pero que luego te deje en paz el resto del día, ¿verdad? Todos los hombres sois iguales...

Los dos callaron y Kai comenzó a reflexionar. Su madre tenía razón. Toda la razón. Intentó disculparse y hacerle ver que su hijo no era el monstruo que ella imaginaba, aunque con una excusa muy baladí:

—No sé por qué te enfadas tanto, mamá. Tú siempre has dicho que me ibas a echar mucho de menos cuando me fuera de casa, cuando me casara o me fuera a vivir con ella, o con otra... Que te quedarías sola, y todo eso.

—Mira, hijo, claro que te iba a echar de menos. A todas las madres nos pasa, y más en mi caso, que no comparto el hogar con nadie más que contigo. Pero es ley de vida, ¿sabes? No nos queda otro remedio más que resignarnos y conformarnos con esperar que la persona con la que nuestro hijo se vaya sea una buena chica. Y yo creo que Sharon lo era. Ya llevabais cierto tiempo juntos y francamente me caía muy bien. Y creo que yo también le caía muy bien a ella, sinceramente.

Los dos callaron de nuevo y se miraron. Su madre añadió:

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No muy bien. Pero bueno, supongo que ya se le pasará.

—Sí, claro, no le quedará más remedio a la pobre.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? ¿Que esté con ella a la fuerza? ¿Que abandone la vida que tengo ahora por delante para quedarme haciendo barbacoas en el campo y acampando en el monte con sus estúpidos amigos?

—No, hijo, no. Nadie puede estar con alguien a la fuerza. Eso es más que obvio. Y sospecho que no son las barbacoas ni el senderismo lo que no te gusta de Sharon. Simplemente es que ya te has cansado de ella, y nada más. Que te ha dejado de gustar, vaya. Es lo que te decía yo antes.

Sin esperar respuesta, su madre se fue hacia la cocina y él se quedó en la sala donde habían mantenido la conversación. Aquella charla supuso un final agridulce para el que había sido

un día redondo para Kai. A pesar de que había conseguido entrar en un grupo con semejantes músicos, comprendió que su madre estaba dolida con la actitud que había tenido con aquella chica, y quizá también al descubrir que su querido hijo no era el chico modélico que toda madre querría tener. Que al final, como ella bien decía, todos los hombres eran iguales, y él no era una excepción. Comprendió que había sido muy egoísta con aquella joven doctora a la que conoció en una fiesta a la que le invitaron unos amigos de la facultad. Y lo mismo había hecho tiempo atrás con Regina, una joven estudiante portuguesa de Erasmus que conoció en la universidad al poco tiempo de llegar a Londres.

Su madre le había abierto los ojos y le había puesto en su sitio. La comparación con su padre fue demoledora, y entonces tomó la determinación de no comprometerse nunca con ninguna mujer, a no ser que encontrase al amor de su vida. Lo de Sharon ya no tenía remedio, pero al menos intentaría no hacer lo mismo de nuevo.

Puesta en marcha

El concierto de presentación fue todo un éxito y las portadas de todos los medios celebraron el regreso de Ruddy Norfolk a la vez que alababan la voz de Adam y lo bien conjuntados que parecían estar en su nuevo grupo.

Apenas tuvieron que recortar nada del repertorio previsto, pues Kai aprendió todas las piezas con celeridad y las interpretó con precisión. Incluso introdujo algunas mejoras en algunos pasajes que le parecían flojos y que Cornerstone y los demás aceptaron sin pestañear.

Estaban tan impresionados con aquel fichaje que renunciaron a buscar a nadie más. Le ofrecieron un contrato similar al que tenía Billy. La titularidad del grupo, sin embargo, seguía siendo de Adam, Arthur y Ruddy —este último al 50%— con Cornerstone como albacea. Bill y Kai eran formalmente asalariados, o como les gustaba denominarse, mercenarios a sueldo. Cobraban una parte fija, más un pequeño porcentaje sobre las ventas. Aparte de los *royalties* de autoría, naturalmente. Unos derechos de autor a los que Kai comenzó a tener derecho desde el primer momento, gracias a las mejoras que introdujo en aquellos pasajes.

El muchacho se adaptó muy bien al grupo y colaboraba aportando ideas. Más adelante aportó temas enteros. Y con el tiempo desplazó a Adam en su función organizadora e incluso creadora.

Ruddy igualmente se llevaba muy bien con él. El carácter sosegado de Kai, la autoridad que parecía mostrar en todo lo referente a la instrumentación, y su faceta creadora que pronto comenzó a despuntar, le hicieron ser un miembro muy importante de aquella banda.

Entre Adam y Kai consiguieron llevar a Ruddy a su terreno en más de una ocasión. Cornerstone había tenido buen ojo con su cantante en este aspecto y la ayuda de Kai fue toda una contribución. Entre los dos le convencían cuando aquel genio loco hacía alguna de sus excentricidades y le llevaban por el camino de la ortodoxia. Pero no era así en directo, donde le dejaban hacer. El público les aclamaba y se volvía loco cuando aquel virtuoso desparramaba sus alardes guitarrísticos en interminables solos de guitarra. Era el momento en que brillaba como si el grupo solo estuviera formado por él, y por supuesto los demás le dejaban que enardeciera a todos los aficionados.

La tienda de Hunter

Total Guitar Music Magazine 27 de diciembre de 2012.

Entrevistamos a Roger Hunter, dueño de las tiendas Hunter. Todo un referente en la instrumentación británica, como saben todos nuestros lectores.

—¿Cómo fue su encuentro con Kai Costa?

«Fue una mañana en la que yo estaba en mi oficina en la tienda de la calle Victoria. Por aquella época yo tenía un dependiente sevillano en el mostrador que se llamaba Carlos».

«Kai estaba hablando con él en español, y yo pensé que era un cliente. Hablaba tan bien ese idioma que yo creí que era su lengua materna. Y efectivamente lo era; luego me enteré de que su madre era española, jajá».

«El caso es que el muchacho había venido por lo del anuncio que habíamos puesto en el periódico con el objetivo de buscar a alguien para el taller».

«Después de un rato de conversación con Carlos, este me lo presentó y le pasé a la oficina para hacerle la entrevista».

«Hablaba un inglés bastante correcto, aunque con un fuerte acento portugués. Luego con los años fue limando ese acento, hasta que casi desapareció por completo. Es curiosa la facilidad que tienen los músicos para los idiomas; debe ser porque en los dos casos se necesita tener un buen oído... jajá, yo debo ser una excepción».

«Al principio era reticente a contratarle, porque no me aportaba referencias. No tenía ningún certificado de experiencia. Me habló de que había estado algunos años en una fábrica de instrumentos portuguesa, la CDS, una marca que yo conocía de oídas, pero con la que nosotros no trabajábamos».

«Entonces fue cuando me dijo que era estudiante de tercer año de ingeniería de sonido en la South Bank University... y allí no admiten a cualquiera. Al parecer, le habían dado una beca y convalidado los dos años de carrera que ya había hecho en Portugal —algo nada corriente—. Eso me impresionó y lo contraté de inmediato».

—¿Qué supuso su marcha para usted?

«Bueno, yo siempre supe que no se quedaría con nosotros mucho tiempo. Tenía un potencial increíble y tarde o temprano terminaría yéndose a trabajar de productor o quizá con algún músico de los muchos que pasaban por allí, como así fue».

Un problema de ronquidos

Semanario Melody Maker, 15 de noviembre de 2011.

Ofrecemos a continuación extractos de una entrevista con Billy Drake, baterista de Thertonball, en donde nos habla de aspectos cotidianos en la vida de la banda.

—Kai y tú fuisteis los únicos miembros del grupo que no fichó Peter Cornerstone directamente, sino que entrasteis por mediación de Adam. ¿Cuál era la relación entre vosotros? ¿Cómo fueron vuestros primeros tiempos?

«Adam y yo nos conocimos en el BIMM. Vivíamos cerca el uno del otro y ya éramos amigos antes de que se formara el grupo. Fue él quien me recomendó para entrar en la banda, igual que pasó con Kai. Cuando se fue Dasley, Adam nos habló de él, le hicimos una prueba y se quedó con nosotros».

«En los primeros tiempos, antes de *Whirlpool*, el grupo todavía no había alcanzado el éxito que alcanzó después, y aún no habíamos despegado económicamente. En las giras, nos hospedábamos en hoteles con habitaciones dobles que ocupábamos por parejas. Luego, más adelante, sí escogíamos una habitación para cada uno. Pero no era así al principio. Yo compartía habitación con Adam, y Kai lo hacía con Arthur. Ruddy, naturalmente, sí tenía una habitación para él solo».

«Pero el problema es que yo ronco —o eso dicen—, y Adam no pegaba ojo por las noches. Así que Kai se fue con él y yo me fui con Arthur. Este sí que ronca, ¡como un camión!»

«Bueno, el caso es que, a raíz de eso, Adam y Kai se hicieron muy amigos. Más de lo que él y yo habíamos llegado a ser. Y luego estaba el asunto que se traía con la hermana, naturalmente».

—Cuéntanos algo del éxito de vuestro tercer álbum.

«Sí, fue a raíz de *The Whirlpool* cuando el grupo despegó, y pasamos a codearnos entre los mejores. A superarlos, si cabe. Llegaron las giras multitudinarias, conciertos y más conciertos, y viajábamos de país en país. Aquel fue el primer álbum en el que la mayoría de las canciones fueron escritas por Kai. Creo recordar que en ese disco solo había una canción en la que él no había participado: *The Jazzy Bar.* Pero al principio no era así. *Dark Matter* era enteramente nuestro y él solo aportó algunas mejoras en dos o tres canciones. En el caso de *Carnival* las cosas empezaron a cambiar, y él ya participó al menos en la mitad de los temas de ese álbum; incluso había varias canciones que eran enteramente suyas. Recuerdo que el plan era sacar «Chamaleon» como single, y nos esmeramos a fondo con ese tema. Pero cuando se lo dijimos a Peter, este nos dijo: ¿estáis de broma? El single tiene que ser «Brisky Chamaleon» —una canción de Kai derivada de la nuestra, una variación—. Y no se equivocó, pues fue la más popular hasta que llegó *The Whirlpool.* Fue a partir de ahí cuando él comenzó a acaparar protagonismo.

—¿Acaparar protagonismo? Es raro, pues él no parece estar muy interesado en la fama… de hecho, no concede entrevistas.

«Sí, eso es verdad. En cierto modo, es una persona introvertida, y no le gusta la notoriedad. Pero yo me refiero a que es muy perfeccionista. Le gusta que las cosas estén bien hechas y

que todo salga bien. Por esa razón comenzó a involucrarse en todos los aspectos de la banda, y no solo en los musicales».

«Recuerdo un día en el que estábamos con Cornerstone en su despacho del edificio Gherkin. Kai estaba repasando un estado de gastos, unos presupuestos para la edición del disco Carnival. Y comenzó a leer el capítulo correspondiente a los costes de publicación del álbum; ya sabes, la producción, la maquetación, la edición, diseño de portada, todo eso. Yo le estaba viendo cómo enarcaba las cejas. Aquellos costes le parecían excesivos y empezó a protestar».

«Yo creo que la razón era, que cuando su madre y él llegaron a Londres, pasaron ciertas estrecheces y vivían en la escasez. Quizá por eso él se volvió un poco tacaño, aunque luego después se le pasó».

«Entonces Cornerstone le dijo:»

—Mira Kai, estos costes son necesarios; no podemos hacer un disco sin incurrir en ellos.

—Claro, si yo no me opongo a que se hagan —dijo él—, yo lo único que digo es que hay algunas cosas que se podrían hacer más baratas. Que se podrían rebajar.

—¿Como cuáles?

—Pues, la mayoría de los costes de producción.

—¡Ah! Eso sí que no. Todo lo referente al mezclado de pistas, el nivelado, recortes de frecuencia, en fin, la ingeniería, es un trabajo muy delicado y solo puede hacerlo un profesional que sepa manejar los equipos adecuados.

—Todo eso ya lo sé, Peter, pero no veo normal que el tipo que lo va a hacer cobre casi tanto como uno de nosotros. No lo veo nada lógico, sinceramente.

—Pues, si tú conoces a un ingeniero de sonido que lo haga más barato, pues me lo presentas.

—Casualmente conozco a uno que te lo va a hacer gratis. Lo tienes delante».

«Jajá, todavía recuerdo la cara de Cornerstone cuando le dijo eso. Pero el caso es que Carnival lo masterizó él, y en lo sucesivo todos los demás discos. Con el tiempo también se encargó de la producción de todos los álbumes».

Amor a primera vista

Le vio por primera vez cuando solo tenía quince años. Su hermano le había traído a casa para ensayar algunas canciones cuando acababa de nacer Thertonball. Aquel día, sus profundos ojos pardos se clavaron en su azul traslúcido, y desde aquel mismo instante se enamoró de él.

Adam no se manejaba bien con algunos de los arpegios para guitarra que Kai había introducido como mejora en una de las canciones de *Dark Matter*, y le había pedido que viniera a su casa para ayudarle. Los dos habían sintonizado muy bien desde el primer momento, y siempre era mejor hacerlo así que no en el estudio delante de todos.

Sabiamente ayudado por su compañero, el cantante consiguió tocar aquellos acordes, pero se les había hecho tarde y Kai fue invitado a quedarse a cenar con la familia White.

Rose se quedó prendada de él nada más verle, y se pasó la cena sin dejar de mirarle. El muchacho se sentía observado, e intercambiaba miradas de vez en cuando con la chiquilla que tenía enfrente, prodigándole una generosa sonrisa cada vez que lo hacía. Una actitud que contrastaba con la del otro amigo de su hermano en la banda, el baterista Bill, que, aunque no era mal chico, siempre había mantenido con ella una actitud fría y distante.

Al contrario que sus padres y que su hermano, Rose era bajita. Una chica muy delgada, con una piel pálida casi albina, y con apariencia infantil. A consecuencia de su fallida pubertad, sus pechos nunca llegaron a desarrollarse y eso le hizo ser objeto de burlas en el instituto. Se quedó en un proyecto de mujer, como si siempre tuviese doce o trece años.

Para disimular sus defectos, solía llevar siempre ropas y apariencias de chico. Pantalones holgados de peto, camisetas urbanas y zapatillas tipo *converse* complementaban una cara huesuda coronada con un pelo rubio corto y de punta. Solo sus ojos azules, iguales que los de su hermano, le daban algo de belleza a aquella palidez casi enfermiza.

Rose siempre andaba por los alrededores del grupo. Menospreciada por sus amigas y rechazada por los chicos, la banda de su hermano era todo lo que tenía. Y también todo lo que necesitaba.

Se sentía feliz haciendo de chica de los recados para los miembros de la banda: «*Rose, baja a por tabaco». «Rose, ¿por qué no encargas unos sándwiches?». «Rose, ¿dónde estás? Necesitamos que traigas unas cervezas…»*

Desde que tenía uso de razón compartía el amor a la música de su hermano, y especialmente al rock. A diferencia de otras chicas de su edad que preferían a los cantantes de pop, las paredes de su habitación estaban literalmente forradas con los posters de las bandas de rock británicas más importantes. Había crecido con los gustos musicales de Adam, y por tanto le gustaban los mismos grupos que a él.

Las revistas «Circus», «New Musical Express» y «Rolling Stone» eran para ella lo que para otras chicas de su edad eran «Seventeen» o «Girls' Life». Se sabía de memoria las biografías de los músicos de sus bandas preferidas, y le gustaba comentar con su hermano las técnicas y los estilos musicales de sus ídolos.

Por supuesto, en cuanto que Adam fundó Thertonball, todos aquellos posters desaparecieron y ahora su habitación era un cúmulo de retrospectivas del grupo tomadas desde todas las perspectivas imaginables. La habitación se le quedó pequeña para albergar todos los

souvenirs con el nombre del grupo, que su hermano le traía de todos los sitios donde actuaban, y los carteles donde se anunciaban los conciertos de la banda en todos los países por los que pasaban. Con el tiempo, tuvo que empezar a elegir cuál de todos los posters quitaba para poner los nuevos que iba consiguiendo. Al final se quedó prácticamente solo con los de Kai, alguno que otro de su hermano, y uno o dos del grupo en su conjunto.

A pesar de que desde fuera pudiera parecer lo contrario, las redes sociales no son manejadas por *fans* que adoran a sus ídolos. Por el contrario, son hábilmente instrumentalizadas por las compañías de marketing que se encargan de la promoción de los grupos, que son sus clientes. No sucede así en todos los casos, desde luego, pero sí en el caso de las páginas más importantes, y desde luego en las páginas oficiales. Pues bien, en el caso de Rose, ella se ganó por derecho propio el cargo de administradora en *Myspace* y en *Facebook,* y se pasaba el día subiendo vídeos, fotos y comentarios de todo tipo del grupo de sus sueños. Eso le permitió ganar algún dinero y por tanto congraciarse con sus padres por su temprano abandono escolar.

El instituto no se le dio bien. Aparte del ambiente contrario que encontró cuando no creció como las demás chicas, el caso es que era ciertamente negada para las matemáticas, a pesar de que en las demás asignaturas sacaba muy buenas notas. Entre unas cosas y otras, se desanimó y comenzó a volcarse en el asunto de la música, y se pasaba el día viendo vídeos musicales en el naciente Youtube, cuando no leyendo novelas de amor. Terminó la enseñanza obligatoria bastante tarde, y como ya tenía algunos ingresos procedentes de su labor en las redes y que venían de una de las filiales de Cornerstone, sus padres le perdonaron no continuar estudiando.

Pero ese dinero no era suficiente para poder acompañar al grupo durante las giras, y se tuvo que buscar un trabajo para completarlo. Su padre era encargado en una fábrica de magnetos para automóviles, y le ofreció un empleo en la cadena de montaje de las bobinas. El contrato era flexible y por horas, y eso le permitía dejarlo en cuanto el grupo aterrizaba por Londres. No se quería perder ni un minuto de las vidas de su hermano y de Kai en cuanto que estos estaban a mano. Pero en cuanto marchaban de gira internacional, volvía al trabajo para conseguir un dinero que le permitiera ir a verlos, a cuantos más conciertos, mejor.

Sus pequeñas manos eran muy habilidosas para encintar aquellas bobinas de cobre, y como trabajaba a destajo, pronto conseguía el dinero necesario para costearse los vuelos y las estancias en los hoteles. Nunca quiso que su hermano le pagara nada, excepto las entradas a los conciertos que, eso sí, este tenía de sobra. Además, eso le permitía no tener que hacer colas y conseguir asientos o puestos en las primeras filas.

Ella hubiera deseado ser *roadie*, que son los técnicos que acompañan a los grupos durante sus giras, y que se encargan de todos los aspectos de los conciertos. Son los auxiliares de producción y escena, los técnicos de sonido, los encargados de iluminación, etc. Pero, por esa época el grupo no tenía personal fijo encargado de esas labores, sino que estas se contrataban *in situ* en el lugar donde se iba a celebrar el recital. Eran los llamados «organizadores», quienes contrataban a su vez a la gente que se encargaba de montar los escenarios y las plataformas donde se producían las actuaciones.

Pero según fue creciendo la popularidad del grupo, sobre todo a raíz del tercer álbum *The Whirlpool*, se hizo necesaria la presencia de un pequeño contingente de personas que acompañaban al grupo allá donde iba, y entonces ella se coló entre esa gente como *community mánager*, es decir, responsable de la administración de las redes sociales. Eso le permitió dejar el trabajo en la fábrica, aunque eso sí, ya no podía disfrutar de los conciertos en

primera fila, sino que tenía que estar en diversas partes del escenario tomando fotografías y grabando vídeos de las actuaciones para luego suministrarlas a la compañía que llevaba el marketing del grupo. Pero no le importó en absoluto. Por el contrario, ahora viajaba junto a ellos y se alojaba en los mismos hoteles que su hermano y que Kai, y eso le permitió acercarse a este último mucho más que antes.

Pero ese solo fue su primer empleo dentro del grupo. Porque Rose, no solo se parecía a su hermano en el color de sus ojos y en su pelo. Su voz también era privilegiada, y por esa razón Adam y Kai llevaban tiempo buscando una forma de sacar partido a esa cualidad.

Desde pequeña había cantado en el coro de la parroquia, y su hermano le había enseñado algunas técnicas para conseguir llegar muy arriba en los agudos, algo en lo que era una auténtica especialista.

Sin embargo, ni Cornerstone ni los demás miembros de la banda se mostraban muy favorables a incorporar una vocalista femenina. Aunque no lo decían, la apariencia menuda de Rose no era precisamente una ayuda en un mundo donde la imagen era tan importante.

Pero la solución vino dada cuando Adam encontró en las redes sociales a Louise, una chica que conoció en el conservatorio y de la que se había quedado prendado, aunque su relación nunca había llegado a prosperar.

Louise era soprano y participaba en orquestas y conciertos de música clásica de pequeña magnitud en una ciudad al norte de Inglaterra, donde vivía.

El plan era contactar con ella y quizás convencerla para entrar en el grupo como corista, acompañando a Rose. No era mucho más alta que ella, y las dos juntas en un lado del escenario no desentonarían demasiado con los chicos de la banda. Lo comentaron con los demás y en principio no les pareció mal.

En el grupo los coros los hacía siempre Adam, dada su gran variedad de registros. Excepto en directo, claro está, donde le complementaban Kai y Ruddy. La idea era añadir dos coristas femeninas para que dieran más variedad de matices y una nota de color que en directo podría resultar muy vistosa. La decisión estaba tomada y si Louise no aceptaba, buscarían a otra persona.

Así que Adam se puso en contacto con ella y se citaron en Londres para hablar del asunto.

Louise

—Te vi en televisión, Adam. Cuando me enteré de que eras el cantante de «Ivanhoe», no me quise perder la actuación.

Adam y Louise se habían citado en una cafetería que estaba al lado del BIMM, el conservatorio donde estudiaron los dos. A pesar de que por aquella época formaban parte de la misma pandilla y de que los dos se gustaban, la relación no prosperó, principalmente por culpa de ella. Siempre fue una muchacha tímida y reservada que se ponía colorada por cualquier cosa. De hecho, cuando se encontraron allí después de tantos años, ella solo le ofreció la mano, y él se la estrechó como quien saluda a un candidato que quiere formar parte del grupo. De hecho, eso es lo que iba a hacer. Una entrevista de trabajo.

Pero la muchacha estaba si cabe más guapa que cuando la conoció, y ahora, a sus veintiocho años, era una joven atractiva y algo más madura que la última vez que la vio. Su pelo castaño, su buena figura y su complexión bien proporcionada le configuraban como una mujer más radiante si cabe que cuando la vio por primera vez con dieciocho años.

Comenzaron hablando de los tiempos del conservatorio, y se rieron con las anécdotas y los chismes de los compañeros y profesores, y con eso la conversación se animó un tanto.

—Me hubiera gustado felicitarte, pero no sabía tu teléfono —le dijo, volviéndose a poner algo colorada. Él no la quitaba el ojo de encima, y sonrió a su vez, pensando, con razón, que eso era una mera excusa. Si bien podía ser cierto que no tenía forma de localizarle, con el éxito que tuvo el grupo en los años que siguieron y con la popularización de las redes sociales, ella tuvo formas de contactarlo más que suficientes.

—Pues, si te soy franco, yo también he querido contactar contigo en más de una ocasión. He visto tus actuaciones en Youtube, y me han gustado mucho.

—¿Ah sí? ¿Cuál de ellas?

—Me gustó especialmente tu interpretación en la coral de Mánchester. Cuando actuasteis en el castillo de Warwick.

—Ya, es que es lugar tiene una sonoridad muy especial. Ensalza algunas tonalidades en las que yo soy especialista y…

—Cualquier tonalidad de las tuyas es maravillosa, Louise. Ya sabes que siempre me ha gustado mucho tu voz.

La chica se sonrojó y miró hacia abajo, hacia la mesa, mientras se apuraba el té que se había pedido. Su natural prudencia y timidez le impidió seguir la conversación, y entonces él fue directo al grano.

—Bueno, pues como te dije, estamos buscando una corista para nuestro grupo. Para Thertonball. Supongo que habrás visto nuestros videos.

—Sí, los he visto. Y de hecho… —entonces se detuvo, pues no quería decir lo que iba a decir. Pero ya había empezado, y no le quedó más remedio que continuar—. …Y, de hecho, estuve a punto de ir a veros al concierto que disteis en Manchester el año pasado.

—¿De verdad? No sabía que te gustaba el rock.

—Bueno… el rock… no me disgusta… prefiero otras músicas, es cierto, pero… bueno, en realidad…

—¿O es que querías ir para verme a mí?

La chica sonrió y miró para otro lado mientras su rostro adquiría tonalidades rojizas cada vez más intensas. Entonces, Adam echó el resto:

—Yo siempre he estado enamorado de ti, Louise. Y sospecho que tú también me has querido de alguna manera —él extendió su mano sobre la mesa para agarrar la de la chica. Ella la retiró suavemente, y volvió a mirar al suelo, algo incómoda. Adam se dio cuenta y procedió a disculparse.

—Perdóname… Me he precipitado… Soy un idiota. Quizás hasta estás casada… o tienes novio.

—No —se apresuró a decir, de forma tajante—. Ni lo uno ni lo otro. Es solo que…

—No te gusto…

—No, no es eso —finalizó, con una expresión algo más seria. Él no sabía cómo seguir, y entonces dejó el tema y se concentró en lo que había venido a decir.

—Bueno, pues lo que te decía, la idea que tenemos es hacer un dúo de dos coristas. Mi hermana sería una de ellas, y tú serías la otra. Creemos que le vendría bien al grupo y le daría una mayor profundidad en los estribillos. Hasta ahora los coros los hacían mis compañeros, pero ni Kai ni Ruddy son buenos cantantes. Son los mejores instrumentistas que he conocido, y no creo que haya nadie como ellos dos. Pero sus facultades vocales no son las que se precisan en un grupo como el nuestro. En fin, ¿qué te parece?

—No sabía que tu hermana cantaba…

—Pues, sí. A pesar de lo menuda que es, tiene una potencia vocal impresionante. Sobre todo, en los agudos. Llega de forma natural a las notas más altas, y sin ningún esfuerzo. Y además sostiene los tonos casi sin modular. Me gustaría que lo vieras por ti misma.

—Pero, ella, ¿ha estudiado?

—No, y eso es lo que más me impresiona de Rose. Todo lo que sabe se lo he enseñado yo.

—Pues, con eso es suficiente, Adam. Tú eres un maestro inigualable. Recuerdo cuando ayudabas a los demás en las clases de solfeo.

—Son sus cualidades innatas, ya te lo digo. Además, a ella le hace muchísima ilusión poder entrar en el grupo. Ya lo está de alguna manera, pues nos acompaña siempre para difundirnos en las redes sociales. Pero si formara parte de nosotros, sería un plus. Sobre todo, si combinamos su voz con la tuya. Los registros de una cantante profesional, como tú, junto a su torrente de voz, estoy seguro de que iban a quedar muy bien, y le iban a dar otra dimensión y un colorido muy especial a nuestras canciones.

—No sé Adam… Lo he pensado mientras venía a Londres, y la verdad, no lo tengo claro.

—Es por el tipo de música que hacemos…

—No, ya te he dicho que el rock no me disgusta. Lo que pasa es que soy muy selectiva. No me gustan algunos grupos, pero otros sí.

—¿Te gusta Thertonball?

—No me gustaban las canciones de vuestro primer álbum. El segundo ya me pareció mejor, y The Whirlpool… me encanta, la verdad —contestó, mirándole a los ojos—. Creo que ese chico, vuestro bajista, es un genio. Desde que se hizo cargo de la composición, el grupo ha ganado varios enteros, sinceramente.

—Eso es cierto. Él entró de rebote, casi por casualidad, pero ahora no podríamos pasar sin él. Entonces… ¿Te animas, Louise?

—Déjame que lo piense. Estoy terminando la temporada de conciertos con mi banda, y no quiero dejarles tirados. Pero antes de un mes te daré contestación.

La natural impaciencia de Adam le llevó a fruncir el ceño, y su contestación fue quizás un poco áspera:

—Está bien. Pero no podemos esperar mucho más. Dentro de nada vamos a grabar nuestro siguiente álbum, y queremos tener a las coristas ya contratadas para poder hacer los ensayos todos juntos. Si tu respuesta es negativa, tendremos que buscar a otra persona, ya. Sinceramente… no puedo esperar un mes.

—Tanta prisa tenéis…

—Sí. Podemos esperar a grabar dentro de un mes, pero no puedo ponerme entonces a buscar a alguien. Tendríamos que empezar a buscar ya, para estar grabando dentro de cuatro semanas. Y antes hay que hacer los ensayos, claro está.

—El último concierto con mi banda lo tengo justo dentro de un mes. Y antes tenemos que dar algunos recitales en varias ciudades del condado. Si no podéis esperar… casi mejor que busques ya a otra persona.

—¿De qué depende tu contestación, Louise? —preguntó, intentando escudriñar su expresión. Los ojos azules de Adam se clavaron en los grises de la chica, y ella no le apartó la mirada como solía ser habitual.

—¿Me dejarías lo que queda de esta semana para pensarlo?

Él sonrió y su mirada se dulcificó: —Por supuesto. Entiendo que no es una decisión fácil. Tienes que abandonar tu casa, tu trabajo, tus amigos… embarcarte en una aventura con seis personas que apenas conoces… Aunque el dinero te compensará sobradamente, Louise. No sé lo que ganas con tu banda, pero a juzgar por la cantidad de público que asiste a vuestros conciertos, no será mucho. Con nosotros…

—No es una cuestión de dinero, Adam. De haberlo sido, te lo hubiera preguntado mucho antes. Si te das cuenta, te he dicho que lo pensaría sin mencionar ese asunto.

—Claro. Discúlpame de nuevo.

—Nada que disculpar. Sé que siempre has sido muy impulsivo, y veo que lo sigues siendo. Pero no te preocupes. Antes del lunes, tendrás mi respuesta.

El reclutamiento

Revista Rolling Stone, edición quincenal 15 de abril de 2023

Entrevistamos a Adam White, vocalista de Thertonball.

—Cuéntanos cómo reclutaste a Kai para la banda.

«La primera vez que le vi fue con motivo de una supuesta avería que tenía el bajo de nuestro primer bajista, Richard Dasley. Acudimos al taller donde trabajaba y allí le conocimos, y nos demostró sus grandes dotes con el instrumento. Por eso me acordé de él cuando este último nos dejó en la estacada a dos semanas de celebrarse el concierto de presentación».

«Fue entonces cuando volví a la tienda de Hunter para invitarle a hacer la prueba que significaría su entrada en el grupo. Cuando llegué esa mañana, pregunté por él al chico del mostrador y entonces se fueron a avisarle. También me informé de su nombre, pues no lo recordaba bien. Pero él tardaba en salir y entonces me invitaron a pasar al interior del taller».

«Allí me lo encontré enfrente de un sintetizador totalmente desmontado, con un soldador de estaño en la mano derecha, mientras que con la izquierda intentaba tocar los primeros compases de "*No one like you*" de Scorpions, en lo que eran las teclas de aquella máquina».

—Hola, Adam —me dijo—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Me conoces?

—¡Claro! Recuerdo que viniste hace unos meses con el bajista de Hazelnut. Por cierto, ¿qué tal le va su bajo? No le he vuelto a ver por aquí…

—Pues, el caso es que tenías razón. Richard cambió su forma de tocar por consejo tuyo, y no le ha vuelto a dar problemas.

—Bueno, pues me alegro. Te he reconocido por la ópera de Ivanhoe. Y también sé que estás con el nuevo grupo de Ruddy, me he enterado por la prensa. No me pienso perder vuestro concierto de presentación. ¿Cuándo es? Dentro de dos semanas, ¿verdad?

—Sí, dentro de dos semanas. Aunque me parece que, si las cosas salen como yo espero, vas a poder verlo desde muy de cerca. Vamos, desde el mismo escenario.

—¿Ah, sí?

—Pues, sí. Richard Dasley iba a ser nuestro bajista, pero al final se queda con Hazelnut. ¿Te apetecería ser su sustituto?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pero… no entiendo… ¿es una broma?

—No es ninguna broma, Kai. No tenemos tiempo de reclutar a nadie y yo me he acordado de ti por la exhibición que nos diste a él y a mí ese día. ¿Dónde aprendiste a tocar así?

—Jajá —se rio—. Llevo tocando instrumentos musicales desde que tengo uso de razón. Pero, en serio, ¿de verdad que no es una broma?

—No, no lo es. ¿Podrías venir esta tarde para hacer una prueba con el grupo? Estamos ensayando en los estudios de Parker. Porque supongo que no estás en ninguna banda, ¿no es así? Quiero decir, estás libre, supongo…

—Sí, ahora mismo estoy libre. He estado con un grupo hasta ahora pero ya lo he dejado. Además, nada me ligaba a ellos, con lo cual no hubiera sido un problema.

—Bueno, pues, ¿qué dices? ¿Puedes venir esta tarde, o no?

«Entonces él se quedó callado, y volvió a mirar al sintetizador que tenía delante. Soldó un condensador en la placa base y luego volvió a probar el sonido, esta vez con un tema de Hazelnut. Después me miró y me dijo:»

—Sí, claro, allí estaré. Pero tiene que ser cuando cerremos la tienda, a partir de las seis.

«*De acuerdo*, le dije, y a continuación le estreché la mano. Y lo demás ya lo conocéis».

—Pues, sí, ya lo conocemos. Pero ahora cuéntame, ¿cómo fueron los primeros años de Thertonball? ¿Cómo era vuestro proceso creativo?

«Al principio colaborábamos todos en la creación musical. Ruddy no era hábil inventando melodías desde cero, pero si le dabas una idea la desarrollaba y la completaba. Y Kai era un hervidero de ideas que no paraban de bullir de su cabeza. En otras ocasiones éramos todos los que colaborábamos. El proceso solía comenzar con Arthur creando una atmósfera. Kai escribía una estructura sobre esa atmósfera, yo la vestía y Ruddy le daba color».

«Pero eso funcionó solo durante un tiempo. A partir de *Whirlpool*, Kai se hizo cada vez más omnipresente en el proceso creativo, y los demás lo aceptábamos porque sabíamos que era lo mejor. La banda era un conjunto de grandes instrumentistas, pero de escasas ideas. La inspiración se nos había ido casi desde Carnival, nuestro segundo álbum. De no ser por él, hubiéramos terminado siendo un mero conjunto de jazz. Mucho virtuosismo, pero poca imaginación. Ahí fue donde comprendimos que el éxito que había tenido Hazelnut no se debía tanto a Ruddy como a Helmut Murray. Ese sí que era el verdadero artífice de la popularidad de esa banda».

«En una ocasión, cuando a Kai le ocurrió aquel accidente en Nueva York, todos nos volvimos a Londres menos él, que se quedó con Rose, y comenzamos a trabajar en las canciones que usaríamos en el siguiente álbum. Muchas estaban ya terminadas, pero como no sabíamos cuánto tiempo iba a estar en el hospital, comenzamos a preparar algunas por nuestra cuenta. Teníamos una fecha de compromiso de entrega muy concreta para lanzar el material».

«Recuerdo que Cornerstone estaba muy nervioso. Él tenía puesta toda su confianza en Kai, y en condiciones normales ni se preocupaba de acudir por el estudio. Pero ahora se pasaba por allí casi todos los días para ver nuestros avances».

«Así que nos pusimos manos a la obra, como en los tiempos de Dark Matter. Bill y Arthur estuvieron trabajando para crear un tema que se me había ocurrido. A mí no me parecía gran cosa, pero a los otros dos les gustaba. En condiciones normales se lo habríamos presentado a Kai para que lo transformase en algo grande, pero ahora él no estaba. Cornerstone oyó cómo lo ensayábamos y preguntó: "este tema es vuestro… ¿o es de Kai?" Cuando le dijimos que era nuestro nos contestó con un significativo "ya me lo imaginaba". Otras veces nos veía satisfechos con algo que habíamos hecho y nos chafaba la fiesta, diciendo: "¿esto lo ha visto Kai?"»

«Sinceramente era un poco frustrante para todos, pero en el fondo éramos conscientes de que las salas de conciertos, los estadios y nuestras cuentas corrientes se llenaban gracias a él».

—¿Qué crees que era más importante en el grupo? ¿La calidad de sus músicos, o la de las canciones?

«Las dos cosas. Aunque si me das a elegir, me quedo con lo segundo. Por ejemplo, el caso de los Beatles. Son para muchos el mejor grupo que ha existido, y los millones de ventas que han tenido y aún hoy siguen teniendo, así lo demuestra. Pues bien, ninguno de sus miembros figura en los primeros puestos en los *rankings* de mejores instrumentistas. No verás a John Lennon ni a Paul McCartney mencionados como grandes cantantes o grandes guitarristas. Y sin embargo, ahí está la popularidad y las cifras de ventas. La composición lo es todo, y una buena partitura es lo que determina la calidad de la música. Así ha sido siempre desde los tiempos de Mozart, y mucho antes».

—Pero tú siempre has sido el autor de las letras, ¿no es así?

«Sí, así es. Kai era muy meticuloso con toda la parte musical y cuidaba con mimo que cada nota y cada compás encajara con precisión, y que armonizasen perfectamente las interpretaciones de todos los instrumentos. Sin embargo, con respecto a las letras le era indiferente, y me dejaba a mí la creación de todas ellas, pues no en vano soy yo quien las canta.

Él siempre me ofreció participar en los créditos de las canciones por mi aportación a la autoría de la parte vocal. Al principio yo lo acepté, pero finalmente dejé de hacerlo. Entre otras cosas, porque él también era el autor de la melodía subyacente a la entonación de las letras, y no iba yo a compartir sus méritos por el mero hecho de haberme inventado unos cuantos versos. Unos versos que, siempre pueden ser sustituidos por cualesquiera otros sin que la canción deje de ser la misma».

—Y, ¿cómo llevaba Ruddy que él llevara la batuta en la banda?

«La verdad es que al principio Kai y Ruddy se complementaban muy bien. De todo el grupo eran los que más tiempo pasaban juntos durante los ensayos, y no era para menos, pues las complejas partituras que elaboraba las tenía que ajustar y mejorar, viéndole a él como las interpretaba. Después las cosas cambiaron un tanto, y no porque Ruddy tuviera ideas mejores, sino porque se vio superado por las circunstancias».

—¿No había enfrentamientos entre ellos?

«No los había porque Kai le sabía manejar. La humildad con la que lo trataba le hacía llevarle a su terreno fácilmente. Por otra parte, nunca he visto una persona menos ambiciosa que él, y eso hacía que no se enfrentasen demasiado».

—¿A qué te refieres?

«Me refiero a que Kai componía buenas canciones, no por el dinero o por la fama, sino por amor a la música. El hecho de estar en un grupo solo le obligaba a tener una mayor autoexigencia que de haberlo hecho solo para sí mismo. Por tanto, lo demás era secundario para él, es decir, no quería "figurar", y gracias a eso no friccionaba con Ruddy. Pero esa ausencia de ambición no era del todo buena, y yo tuve que intervenir en más de una ocasión para corregirla».

—¿Puedes citar algún ejemplo de esas "intervenciones"?

«Pues mismamente con el asunto de los derechos de autor. Al principio Ruddy pretendía que las canciones que Kai componía se registrasen a nombre de Thertonball. Pero eso hubiera significado que el verdadero autor de las mismas no tuviera ningún derecho sobre ellas, pues no participaba en la titularidad del grupo, mientras que el otro se llevaría un 50% sin haber escrito una sola nota. Así que yo me negué, y creo que para bien, pues a la larga eso nos hubiera supuesto muchos problemas con todo lo que ocurrió después».

—Claro, lo justo era registrarlas a nombre de Kai. Pero ¿no había recelos por parte del guitarrista?

Sí, pero como digo, Kai sabía cómo tratarle. Si él se hubiera enfrentado a Ruddy como hacía Helmut Murray en Hazelnut, desde luego no hubiéramos llegado a ninguna parte. Pero él solo sugería, no imponía, y Ruddy se plegaba a sus deseos sin mayores dificultades. Tan solo en alguna ocasión se volvía algo exigente:

Kai: Necesito tres guitarras en el escenario.

Ruddy: Arthur será la tercera (con el teclado).

Kai: No. Arthur tiene que pulsar la atmósfera y el acompañamiento. No tiene tres manos y no puede programar las otras. No en esta ocasión.

Ruddy: Pues yo no puedo hacer las dos cosas a la vez.

Kai: Está bien. Yo lo haré.

Billy: ¿Y el bajo?

Kai: Arthur lo hará, con el teclado.

Arthur: Oh, vamos, no quedará igual...

Kai: Ya sé que no quedará igual, pero Ruddy se niega.

Ruddy: Me niego porque no se puede. Tú sabes que no se puede.

Kai: Oh, vamos Ruddy, no me digas que no puedes hacerlo porque no me lo creo.

Ruddy: ¡Pues créetelo! No puedo hacerlo. Es imposible.

Kai: Ruddy, has hecho cosas más difíciles...

Ruddy: ¿Cómo qué?

Kai: El riff y el punteo de Whirlpool en el Halley Arena.

Ruddy: Eso era más fácil que esto que me pides.

Kai: Ruddy, eres el mejor guitarrista del mundo. Puedes hacer lo que tú quieras.

Ruddy: ¡Claro que puedo hacer lo que yo quiera! Pero no lo qué tú quieras.

Kai: Ruddy...

Ruddy: No lo haré. Adiós.

«Pero Kai sabía que al final lo acababa haciendo. Porque a la hora de la verdad, en directo, Ruddy se crecía y era capaz de cualquier cosa. Interpretó las dos guitarras como Kai deseaba, aunque nunca reconocería que lo hizo».

Una decisión ya tomada

Ella sabía que la respuesta iba a ser que sí. Lo sabía desde el mismo momento en que Adam le contactó por las redes sociales para solicitar la entrevista en Londres. Pero ella, fiel a unos principios católicos muy estrictos, tenía que hacerse de rogar. Ya no era cuestión de trabajar en esa banda o con cualquier otra. Era cuestión de si iba a resistir mucho tiempo sin desarrollar una pasión por quien siempre fue el amor de su vida.

Adam también era católico, igual que ella, pero que supiera, nunca había tenido novia oficial. Ninguna chica le esperaba a la salida de las clases, y jamás tuvo relación alguna dentro del BIMM. Y si la tuvo, debieron llevarlo de forma muy discreta, pues ella jamás se enteró. Aunque eso no era difícil, desde luego. Louise siempre se alejó de la gente chismosa, y siempre era la última en enterarse de las cosas.

Cuando terminaron el conservatorio y se dejaron de ver, siempre se lamentó de no haber hecho algo más para atraerle. Su natural timidez y sus principios siempre fueron un obstáculo en ese sentido. Él no podía suponer lo que ella no expresaba, y se le escapó.

—¿De verdad que te vas a ir con esos melenudos, Louise?

—Sí, mamá. La decisión está ya tomada.

Su madre la contemplaba mientras hacía la maleta, con los brazos en jarra.

—¿Hay alguna posibilidad de que reconsideres tu decisión?

—Mi decisión es firme, pero la de ellos todavía no lo es. De momento solo voy a hacer una prueba.

—Pero… Adam, ¿no es quien tiene la última palabra? ¿No es él el líder del grupo?

—¿El líder del grupo? ¿Por ser el cantante? No, mamá, las cosas no funcionan así. Un cantante no es más que uno de los artistas. En una banda de rock el guitarrista es casi más importante que el cantante, y además los otros miembros del grupo también tienen mucho que decir. Por no hablar del mánager, claro está, que es realmente quien tiene la última palabra.

—Ah… yo pensaba que ya te había perdido…

—A ver… ellos ya lo han hablado y ya me conocen por los videos que hay por Internet. No quiero darte falsas esperanzas, porque lo más seguro es que me acepten.

—Ya veo. Pero… ¿te has hecho alguna idea del riesgo que corres?

—El riesgo…

—El riesgo, Louise, ¡el riesgo! En esos ambientes hay mucho desmadre. Hay promiscuidad sexual, blasfemias, desenfreno…

—No sigas por ahí, mamá. Eso ya lo hemos hablado. La idea que tienes de las bandas de rock está desfasada. Podría ser cierto en los años sesenta o setenta, o incluso en los ochenta. Pero hoy en día eso es un tópico. Los músicos ya no aplican el cliché de «sexo, drogas y rock & roll». Al menos no los grupos de la talla de Thertonball. Ni siquiera las letras de las canciones

son así. Tratan sobre aventuras, sobre temas épicos, sobre el amor… Y para tu tranquilidad, mis compañeros tienen estudios universitarios y no se drogan.

—Y, eso, ¿tú como lo sabes?

—Lo sé, mamá. Tanto Adam como Arthur y Bill estudiaron en el BIMM, igual que yo; Kai es ingeniero, y por su parte Ruddy…

—Vale, puede que tengas razón, pero no me negarás que esa gente no tiene ningún pudor en mantener relaciones sexuales con cualquiera. Es lo que se cuenta, al menos, que tienen relaciones con las aficionadas en cada ciudad que visitan.

—Y eso, ¿a mí qué me importa?

—Pues, que contigo podrían…

—Podrían, ¿qué? ¿Propasarse? ¿Con una compañera? Oh, vamos, mamá… No son bestias, ya te lo he dicho. Tienen una imagen algo agresiva, pero así es el rock. No van con túnicas blancas precisamente, pero eso es todo.

—Una mujer sola, entre tantos hombres…

—No soy la única mujer. Estará Rose conmigo, la hermana de Adam. Tanto ella como su hermano son católicos, y creo que vamos a ser muy buenos amigos. Además, yo no pienso llevar ropas atrevidas ni enseñar nada; eso se lo he dejado muy claro a Adam, y yo por ahí no pienso pasar.

—Pero él pretendía que tú llevaras…

—Él no pretendía nada. Solo se lo he dicho, antes de comenzar. Por si acaso.

La madre calló, viendo la determinación de la hija, y se la quedó mirando mientras terminaba de empaquetar sus cosas. Después de un rato, la miró y le dijo:

—¿De verdad que no tienes miedo?

Louise dejó lo que estaba haciendo y miró a su madre. La mujer la conocía bien y había dado en el clavo. Entonces las dos se abrazaron y le contestó:

—Mucho, mamá. Tengo mucho miedo.

Un tándem fantástico

La prueba fue todo un éxito: Louise hizo un tándem fantástico con Rose, y las dos despuntaron al entonar aquella canción que había preparado Kai. A todos les gustó la experiencia y aunque Cornerstone seguía algo reticente, al final no tuvo más remedio que aceptar.

La aceptación de Louise supuso también el ingreso de Rose, y desde entonces figuraron las dos mujeres en la plantilla de la banda junto con los otros cinco miembros que ya estaban.

Además, Kai se esforzó para sacar partido a las voces de los dos nuevos miembros del grupo, y modificó las canciones que ya estaban preparadas para adaptarse a las nuevas facetas sonoras que ofrecían aquellas dos chicas. Las dos se conjuntaron muy bien y se hicieron muy buenas amigas, al tiempo que competían entre las dos por ver cuál de ellas llegaba más alto en los agudos. También modificó algunas de las canciones de álbumes anteriores para adaptarlas a los coros e intervenciones vocales de sus nuevos componentes, para que cuando las tocaran en directo, ellas también pudieran intervenir.

Los miedos de Louise se disiparon casi desde el primer momento, pues todos la recibieron con cariño y respeto. Además, en Rose encontró una amiga de verdad en quien poder confiar sus recelos iniciales y sus temores, a pesar de la diferencia de edad entre las dos. Tan solo su carácter reservado y su timidez constituyó alguna barrera, a la que por otra parte ella estaba acostumbrada.

La hermana de Adam siempre estaba de bromas con ella, y le intentaba tirar de la lengua acerca de sus intenciones con el cantante. No en vano, su hermano no podía disimular la atracción que tenía hacia ella, y Rose siempre estaba detrás para hacer de celestina y procurar que se juntaran.

Pero lo más importante para aquella adolescente que ya no lo era tanto, fue, que gracias a Louise pudo entrar a formar parte de verdad en el grupo de sus sueños, y no como una simple reportera o seguidora privilegiada.

Con su incorporación al grupo, Rose cumplió uno de sus deseos más anhelados. Aunque todavía faltaba otro, el más importante. El que era la razón de su existir.

Encerrona en Venecia

El mismo día en que Rose cumplía 20 años, se produjo su debut sobre el escenario. Ella y Louise se colocaron sobre una plataforma que se había dispuesto en la parte de atrás de la escena, y les dieron unos *tambourines* con los que participaban de alguna manera en la parte rítmica de las canciones cuando no estaban coreando. Rose se había vestido con ropas ajustadas de color claro para no parecer tan delgada, mientras que unos buenos tacones le hacían simular que tenía la misma altura que su compañera.

Aquel día estaba tan nerviosa que cuando llegó el momento de la verdad no le salió la voz. Su compañera tuvo que esforzarse para intentar suplirla de tal manera que parecieran dos personas en lugar de una. Afortunadamente, en un receso le enseñó algunos trucos que sin embargo no tuvo que emplear en la continuación del show. Al final adquirió confianza y terminó muy satisfecha.

Además de ser la hermana de su mejor amigo, para Kai era como su mascota. Ella tenía quince años cuando se conocieron, y a él le gustaba agarrarla por los hombros y estrecharla contra su pecho mientras le pasaba la mano por su pelo de punta a modo de cepillo. "*Mi pelusilla*", la decía con cariño.

Se divertía haciéndola de rabiar, gastándole bromas y pellizcándole el culo, mientras él y Adam se mondaban de la risa. Ella nunca se lo tomaba a mal; todo lo contrario. Kai siempre bromeaba con su nombre, y en lugar de "Rose" o el diminutivo "Rossie" usaba el de cualquier otra flor, o simplemente con cariño *little flower* —florecilla—.

Cuando la banda no estaba reunida para los ensayos, para grabar o para los conciertos, solían salir juntos los tres. Se divertían como cualquier otro grupo de amigos, hasta que llegó Louise. Y entonces, como era de esperar, Adam se volcó con ella y abandonó de alguna manera a los otros dos.

Kai quería mucho a Rose, pero no la quería como ella quería que la quisiera. Antes incluso de su incorporación al grupo, ella se le insinuaba con frecuencia, y a veces de forma descarada. Pero él la rechazaba una y otra vez. Sin embargo, no se daba por vencida.

Cuando estaban de gira, al llegar a los hoteles intentaba escoger una habitación contigua a la de él, solo para estar más cerca. Pero también porque sabía que en ocasiones subían a su habitación algunas fans que se quedaban toda la noche. Ella intentaba oírlo todo a través de las paredes, imaginándose que era ella, Rose, quien estaba en la cama con él, y no la advenediza de turno.

Todo había comenzado tiempo atrás, en los tiempos en los que ella los acompañaba tras dejarse los dedos haciendo bobinas para magnetos en la fábrica donde trabajaba su padre. Se había aficionado a leer novelas eróticas y cambiaba los nombres de los personajes. De esa manera, si un protagonista se llamaba «James», ella lo tachaba y escribía «Kai». Si «James» le hacía «cosas» a «Nancy», entonces ella tachaba ese nombre y escribía «Rose». Una vez cambiados todos los nombres se disponía a leer la novela. Y se irritaba sobremanera si en el transcurso de la lectura se había dejado algún nombre sin cambiar. Sobre todo, si «Kai» le hacía «cosas» a «Nancy» y no a ella.

En una ocasión, en Venecia, había conseguido una habitación muy bonita que contaba con un solárium. El grupo había aterrizado allí por la mañana procedente de Viena para dar un concierto por la noche, y ella les esperaba desde el día anterior. No había podido conseguir un vuelo para ese día y se tuvo que conformar con una reserva para dos noches que le limpió

la cuenta corriente. Más de una vez su hermano le había ofrecido alguna ayuda económica para que pudiera viajar más a menudo dada la pasión que tenía por el grupo, pero ella siempre se negó.

El caso es que después de comer llamó a Kai por teléfono para que subiera a su habitación. Le dijo que quería hacerle una foto en el solárium con los canales venecianos de fondo para después subirla a Facebook. Cuando él llegó, la puerta estaba abierta y se la encontró sobre la cama, desnuda de cintura para abajo. Ella se dispuso de esa manera, pues de cintura para arriba parecía una niña, y eso no era muy erótico que digamos. Mantenía una pierna ligeramente subida y la otra estirada, y se encontraba fumando un cigarrillo con una de esas boquillas largas tan características.

—Hola portugués… —le soltó, antes de exhalar en su dirección el humo de forma muy sugerente—. ¿Te apetece un rato de compañía?

Kai soltó una risita y contestó:

—¡Claro, muñeca! Te voy a hacer unas cositas que te van a encantar…

Entonces ella perfiló una sonrisa de oreja a oreja, apagó el pitillo sobre un cenicero improvisado, y comenzó a quitarse la camiseta. Pero él la detuvo:

—No hace falta, nena. No hace falta. Tú solo quédate quieta, que lo que te voy a hacer no precisa de tus movimientos. Simplemente cierra las piernas y pon los brazos paralelos al cuerpo.

—Pero Kai, si cierro las piernas, entonces…

—¡Chisst! ¡Silencio! —le ordenó—. Aquí soy yo quien da las órdenes —objetó, sin dejar de sonreír de forma maliciosa.

Entonces según estaba, agarró la sábana que tenía debajo de ella y procedió a envolverla en la misma, rápidamente. Una vez que estaba envuelta, le dio la vuelta y entonces le dijo:

—¡Ya eres mía, pequeña!

—Kai, ¡qué vas a hacer! ¡Kai!

Como se temía, él comenzó a hacerle cosquillas y a darle pellizcos en el trasero, en la espalda y en los muslos sin parar de reírse, y ella no se podía ni mover para intentar zafarse de aquella situación.

—¡Kai! ¡Me ahogo! —le dijo, entre risas y carcajadas—. ¡Déjame al menos que te vea la cara!

—¡De eso nada, muñeca! Has sido una chica mala y mereces tu castigo.

Él siguió con los pellizcos y las cosquillas y ella no paraba de reír y de gritar a partes iguales. Entonces agarró otra sábana y se la ató a aquella figura jadeante de manera transversal, para inmovilizarla. Después la cargó sobre sus hombros y se la llevó a la ducha.

—¡Kai! ¡Dónde me llevas! ¡Kai! —le gritó entre las risas, mientras intentaba golpearle con las piernas.

—¡Te mereces una buena ducha de agua fría!, Rose —espetó, para susto de la chiquilla.

Cuando la metió en el cubículo, le liberó la cabeza, y apretó el botón del agua fría, al máximo. La muchacha comenzó a gritar de forma desaforada, pero él ya se había marchado al interior de la habitación.

—¡Kai! ¡Me hielo! ¡Kai! ¡Sácame de aquí! ¡Kai! —gritó, mientras intentaba abrir la puerta de la ducha con el codo, sin éxito.

—¡Cinco minutos, Rose! ¡Ese es tu castigo!

Ella intentó liberarse, pero no pudo. La sábana transversal estaba fuertemente atada y encima al mojarse, tanto la una como la otra se le pegaron al cuerpo y le fue imposible moverse.

—¡Kai! ¡Como no me saques de aquí ahora mismo, voy a empezar a gritar y se va a enterar todo el hotel de lo que me estás haciendo!

—¿Ah sí? —le gritó él a su vez, desde la cama—. Pues como no te calles ahora mismo, ¡no te voy a dirigir más la palabra en toda mi vida!

Ante semejante amenaza, ella se calló como una tumba. Aguantó como pudo los cinco minutos, tras los cuales él apareció por el baño con ropa seca que había sacado del armario. Cerró el grifo, le desató la sábana transversal y le dijo:

—Toma esta ropa. Póntela. Te espero fuera.

Al cabo de un rato salió, temblando de frío. Él la abrazó y le dijo: —¿lo vas a volver a hacer? —Y ella movió la cabeza hacia los lados, en forma de negación—. ¿De verdad? —Y ella asintió—. De acuerdo, aunque no sé si creerte. Anda, vámonos afuera a que te dé el sol.

Entonces comprendió que quizás se había pasado un poco con ese «castigo», e intentó disculparse un tanto, pero ella no le dirigía la palabra: solo hacía mímica.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Eh, Rose? ¿Es que te ha comido la lengua el gato? Chica, estás mal de la cabeza, ¡eh! —Pero ella se levantó deprisa y se fue hacia el escritorio de la habitación. Agarró un bolígrafo y escribió algo sobre un papel. Cuando se lo presentó, él leyó:

«¡No puedo hablar! Tengo orden de callar bajo amenaza de incomunicación perpetua…»

Kai soltó una carcajada, y se enterneció:

—¡Mi querida *pelusilla*! Desde este mismo momento te libero de esa obligación —conminó solemnemente.

—¡Gracias! ¡Gracias! No sé qué sería de mí, si me tuviera que limitar a decirte lo mucho que te amo por señas…

—Ay, Rose, Rose… Anda, vamos afuera que todavía estás tiritando.

La mañana era radiante y el sol calentaba lo suficiente para estar cómodamente sin tener demasiado calor. Los dos compartieron una tumbona y él la abrazó mientras ella se acurrucaba a su lado. Después de un rato comenzaron a charlar sobre el concierto, y sobre otras cosas mientras disfrutaban de aquel espléndido día.

—Oye Kai, ¿por qué te llamas Kai?

—Pues, porque así lo decidieron mis padres, *pelusilla*, ¿por qué va a ser?

—Pero no es un nombre portugués, ¿verdad?

—No, claro. Es el nombre de unas islas.

—¿Unas islas portuguesas?

—No, *pelusilla*. Son unas islas que están en el Océano Índico. En Indonesia —Rose le miraba muy atentamente, fingiendo que no lo sabía. Él siguió:

—Verás, mis padres estuvieron de luna de miel por esa zona. Y alguien les recomendó que visitaran esas islas; así lo hicieron y quedaron encantados. Es un verdadero paraíso tropical. Ya sabes, playas de arena blanca, palmeras al borde del mar, en fin, todo eso. Creo que yo fui concebido allí… y no sé si por esa razón, o porque les gustó tanto aquel lugar… pues de ahí viene el nombre.

—Son muy bonitas esas islas, entonces…

—Sí que lo son, *pelusilla*.

—¿Has estado tú allí, alguna vez?

—Estuve hace muchos años, con mis «tíos». Con Flavia y Filipe.

—¿Tus tíos?

—Bueno, en realidad no son parientes míos. Solo son vecinos. Ella es amiga de mi madre de toda la vida, y él es socio de mi padre. Bueno, —siguió—, el caso es que ellos intentaron pasar allí su luna de miel, igual que mis padres, pero tuvieron mala suerte con el clima y entonces…

—¿Con el clima? ¿Pero no es un sitio tropical?

—Sí, claro, pero a veces hay huracanes, ya sabes, y ellos llegaron en plena temporada. Se tuvieron que ir sin poder verlas, pero prometieron volver. Y cuando volvieron, años después, me llevaron a mí con ellos. Fueron unas buenas vacaciones, la verdad.

—¡Ay, Kai! ¡Cómo me gustaría que me llevaras a mí a esas islas…! —ella se le acercó más si cabe y comenzó a abrazarle con fuerza.

Él se rio y como ya la veía venir, se separó un poco de ella.

—Anda, vamos a hacer esa foto —le dijo.

—¿Qué foto?

—Pues, la foto, con los canales de fondo… ¿No me habías llamado para eso?

—¡Ah!, sí, claro. La foto… Espera, que voy a por la cámara…

Situaciones así se repetían con frecuencia, sobre todo en aquellos años de su adolescencia tardía. Ella no paraba de maquinar estratagemas para intentar conseguir que él dejara de verla como una amiga y se dignara a acostarse con ella o hacerla «su novia». Pero no había manera, y cada vez le quedaban menos ideas. Por ejemplo, tras la escenita del cigarrillo, él ya nunca fue a su habitación, a no ser que supiera con seguridad que no le iba a hacer una encerrona.

Pero, aun así, cuando ella ya se incorporó al grupo, no le faltaron ocasiones donde ponerle a prueba.

Una vez, él había quedado con una aficionada para después de un concierto que daban en Milán. Cuando llegaron al hotel, la chica todavía no había llegado, o al menos no estaba en el hall del establecimiento. Aunque eso no era un problema, pues Kai le había dado el número de su habitación. Quizás con un poco de suerte no se presentase, pensó Rose, ya que el concierto había terminado tarde y el hotel estaba bastante alejado de la ciudad.

El caso es que era la ocasión propicia, pues la bombilla del pasillo de la habitación de Kai estaba fundida. No era mayor problema pues con la luz que entraba desde el corredor era suficiente para introducir la tarjeta en el interruptor, y después ya se veía con el resplandor que daban las lámparas de las mesitas. Rose había comprobado que los detectores de movimiento que activaban el encendido automático de las luces del corredor no funcionaban si la persona se ponía muy cerca de la puerta de una habitación. Había hecho una prueba con la suya y había funcionado. Así que, cuando llegaron a las habitaciones por la noche, ella no se detuvo a quitarse las plataformas que llevó durante la actuación, y salió al corredor. Se situó frente a la habitación de Kai y esperó a que se apagara la luz. Cuando lo hizo, llamó a la puerta y este abrió tras unos segundos. Y allí, amparada en la oscuridad y con un perfume que nunca había usado, le agarró la cabeza con las manos y comenzó a besarle profunda y apasionadamente, mientras le empujaba al interior de la habitación en dirección a la cama.

Al principio él no se dio cuenta de que era ella. La aficionada a la que esperaba tenía el pelo largo y no corto como la chica que le besaba, aunque aquellos cambios de última hora no eran infrecuentes. Pero según fueron avanzando por el pasillo de la habitación, las luces de las mesitas comenzaron a revelar su identidad. Entonces él, sin dejar de besarla, aunque con menos intensidad, volvió a avanzar en dirección a la puerta. Al llegar a la misma, y sin que la pobre muchacha se diera ni cuenta por la ensoñación en la que estaba, la dejó en el corredor y cerró rápidamente.

—¡Kai, ábreme! ¡Kai!

—¡Buen intento, Rose! Por cierto, me ha gustado mucho tu colonia…

—¡Kai, déjame entrar!

—Hasta mañana, Rose. ¡Que tengas felices sueños!

Y vaya si los tuvo. Cuando llegó a su habitación se tiró sobre la cama y comenzó a recordar aquel beso con todo detalle. Su expresión irradiaba una felicidad que solo se vio empañada algo más tarde, cuando en la puerta de su compañero se volvieron a oír golpes al cabo de un rato.

Una cena familiar

Como todos pronosticaban y tras un breve noviazgo, Adam se terminó casando con Louise. Los dos se querían y no aguantaron mucho tiempo durmiendo en habitaciones separadas durante las giras. Aquella fue una boda multitudinaria que ocupó muchas portadas en la prensa del corazón.

Como ocurría con todas las grandes bandas de rock, las actuaciones de Thertonball se veían siempre acompañadas por hordas de fans que intentaban por todos los medios ver a sus ídolos, obtener autógrafos, e incluso tocarlos si podían. Y Adam era el objetivo predilecto, sobre todo del público femenino, a quien perseguían y vigilaban por todos los sitios donde iba cada vez que visitaban una ciudad. Pero como él era católico practicante, las chicas lo tenían un poco más difícil para acercarse a él. El hecho de hacerse novio de Louise y posteriormente casarse con ella complicó aún más si cabe las cosas para aquellas aficionadas. En el grupo bromeaban diciéndole que él se había casado para «evitar tentaciones» durante las estancias en los hoteles. Unas tentaciones a las que, por otra parte, los otros sucumbían sin ningún pudor.

Tras la boda, el matrimonio White se compró una casa en el West End, el barrio más caro de Londres. Allí estaban una tarde de invierno junto con Rose y Kai.

Adam y Louise estaban en la cocina, preparando la cena, y los otros dos estaban en el sofá viendo la televisión. Kai la sujetaba con su brazo izquierdo rodeándola el cuello mientras que con su mano derecha le frotaba el pelo hacia adelante y hacia detrás como solía hacer siempre.

Aunque ya no formaba parte del equipo de marketing que se encargaba de monitorizar el comportamiento de las redes sociales, ella seguía teniendo privilegios de administradora en las mismas y le gustaba seguir y promover los «*hashtag*» y los «*trending topics*» que se asociaban con la banda. Cuando terminó de dar algunos «*likes*» y de escribir algunos comentarios, dejó el teléfono en un lateral del sofá y se dispuso a charlar con Kai.

Comenzaron a hablar de los padres de él. Concretamente de *su* padre. Rose ya sabía más o menos lo que había pasado, pero esta vez, ante la insistencia de ella, él se lo volvió a contar con algo más de detalle. Tras finalizar una conversación en la que Kai no se sintió muy cómodo, ella le preguntó:

—¿Y no le guardas rencor?

—El tiempo todo lo cura, Rose. Las heridas cicatrizan… ¿Rencor? No sabría decirte… Quizás resentimiento.

Kai miró hacia la chimenea y comenzó a recordar aquel fatídico día en Carcavelos.

—Sabes, Rose, muchas veces me he sentido mal recordando lo que pasó aquella noche.

—Hombre, es normal…

—No solo por lo que le hice a mi padre. Eso fue un arrebato, un impulso. No me pude contener… Pero hay cosas que duelen más que los golpes —Kai calló unos instantes y luego siguió:

—Cuando llegué al día siguiente a recoger mis cosas, al entrar le vi dormido en el sofá. Había pasado allí toda la noche. Cuando entré se despertó, pero yo ni le miré. Subí a mi habitación y me dispuse a preparar una maleta. Cuando llevaba un rato con ello, él apareció, y sin llegar a entrar se puso a mirarme desde el quicio de la puerta. Intenté seguir con lo que estaba haciendo, pero no aguanté ni diez segundos. No podía soportar su mera presencia, así que cerré la maleta con lo poco que había recogido y salí. Intenté ir a la habitación de mi madre, pues me había encargado algunas cosas; pero él empezó a seguirme a todas partes, y entonces ya no aguanté más y me fui. Rápidamente.

Kai dio un suspiro y siguió:

—Pero me siguió hasta la puerta, y antes de salir me agarró del brazo y me dijo:

—*Kai… ¿necesitáis dinero?* Pero yo le debí de matar con la mirada, porque entonces él bajó los ojos y con la mano derecha sacó la cartera del bolsillo. Y ahí fue cuando me solté bruscamente, y sin mirar hacia atrás me largué. No le dirigí ni una palabra.

—¿Y de eso es de lo que te arrepientes?

—Pues, sí. Tengo grabada su cara de aquel momento. Una cara llena de cicatrices —algunas todavía sangraban—, los ojos llorosos, la mirada lastimera… la camisa manchada de sangre… Al principio ese recuerdo me inspiraba odio y rabia. Pero ahora ya no. Ahora solo me inspira compasión.

Rose se volvió a acercar y le abrazó con cariño, juntando su cabecita rubia con su hombro. Tras unos segundos de silencio, le preguntó:

—Pero, ¿le has vuelto a ver? ¿Sigues teniendo algún trato?

—No le he vuelto a ver. Ni mi madre tampoco, que yo sepa. Lo que tenemos que decirnos lo hacemos a través de mi hermana. Por ella me enteré de que mi padre nos había abierto una cuenta en el Lloyd's al poco tiempo de llegar a Londres. Allí enviaba dinero regularmente, pero nosotros nunca hicimos uso de él.

—¿Ah no?

—No. Mi madre quería que ese dinero me sirviera para montar una productora musical, cuando terminara la carrera. Esa era mi intención, desde luego, y en eso estaba cuando tu hermano apareció por la tienda de Hunter buscando un bajista para su grupo.

—¡Vaya! Pues menos mal que fue así, pues si no, no te hubiera conocido —Rose hizo una pausa y luego le preguntó: —Y entonces tu hermana, ¿sigue viviendo en Brasil?

—No. Ella y su madre viven ahora con mi padre, en Carcavelos.

—¿Ah sí? ¿Y eso a ti qué te parece?

—Pues, ni bien ni mal, Rose, que quieres que te diga… Paola y su madre son tan víctimas como mi madre y yo.

—¿Y tú qué tal te llevas con tu hermana?

—No nos llevamos mal. Ella es diseñadora de modas, y al parecer bastante buena. Parece ser que tiene mucha creatividad y ha inaugurado una firma propia. Hace unos meses estuvo presentando por aquí, en Londres.

—¿Sí? Y… ¿la viste?

—Sí. Quedé una tarde con ella y estuvimos charlando. Me dijo que volvería en primavera. Si quieres cuando venga te la presento.

—Me gustaría mucho conocerla. Es el tipo de mujer que a ti te gusta, ¿verdad?

—Jajá —sonrió—. Desde luego. A cualquiera le gustaría.

—Oye, pero, cuéntame… Cuando os dio aquella *sorpresita* a ti y a tu madre, ¿lo hizo a propósito? Es decir, ¿vino desde Brasil para eso? Es que, si no, no me cuadra que tú y ella os llevéis bien y…

—A ver… ella se había enterado de lo que pasaba, de la doble vida que llevaba mi padre, pero su madre le hizo prometer que no se lo dijera a él. Vamos, que le guardara el secreto igual que hacía ella, para que ni la mía ni yo nos enterásemos.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con decírselo a tu padre? Una cosa es que os enteréis vosotros, y otra que él sepa que ella lo sabe…

—Ya, pero su madre pensó que le había traicionado, de alguna manera.

—Y, ¿temía represalias?

—No creo que tanto. Pero estaba claro que su modo de actuar sería diferente al que siempre había tenido con ellas. La mujer tenía miedo, y…

—Vale, entiendo. Pero, entonces, ¿por qué fue Paola a veros? No os dijo nada hasta el tercer día, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Por qué?

—Ni ella misma lo sabe.

—¿Se lo has preguntado?

—Sí, hablamos de ello cuando estuvo en Londres. La excursión de fin de curso existió, solo que no era a Lisboa. Creo que ni siquiera fue a Portugal. Pero ella aprovechó que no había clases para venir a vernos. Tenía mucha curiosidad, como te puedes imaginar.

—Y su intención era…

—Según me dijo, no tenía intención de nada. Solo quería conocernos. Lo que pasa es que yo metí la pata, y eso precipitó las cosas.

En ese momento llegaron Adam y Louise con los platos ya preparados.

—A ver, chicos, este estofado os va a encantar.

—¿Lo has hecho tú, Addy?

—No, hermanita. No tengo tanta confianza en mí mismo. Aquí la experta es Louise.

—Bueno, experta, experta… —contestó la aludida—. Yo no diría tanto.

—Experta y modesta, ya os lo digo yo —añadió el marido—. Venga, agarrad los cubiertos que esto se enfría.

Los cuatro comenzaron a cenar, y mientras lo hacían la conversación se volvió más distendida. Comenzaron a hablar de los primeros tiempos del grupo, y de cómo se fueron incorporando sus miembros. Louise, que fue la última en llegar, no conocía todos los detalles de aquella época y preguntó:

—Pero entonces, ¿por qué se hizo la distribución de los porcentajes de aquella manera?

—Se estuvieron barajando varias opciones —dijo Adam—. Ruddy quería ser el único propietario del nombre del grupo, y por ende todo hubiera girado en torno a él.

—Espera, espera, —interrumpió Rose—. ¿Propietario de un nombre?

—El nombre en sí es lo de menos —comenzó a hablar Kai—. Lo importante es todo lo que ese nombre implica. Imagínate el caso de los Beatles. Imagínate que Ringo Starr fuera el único propietario del nombre y en 1980 hubiera formado un grupo en solitario con otros músicos. Le podría haber puesto a su grupo el nombre de *The Beatles*, sin que John Lennon, Paul McCartney ni George Harrison pudieran hacer absolutamente nada.

—Sí, pero el grupo no sería tan bueno si no estaban los otros. De poco le serviría llamarse algo que no es…

—Claro —resolvió su hermano—. Al final el público siempre pone a los artistas en su sitio, pero no me negarás que las ventas de ese nuevo disco serían enormes…

—Ya entiendo… —dijo Rose mirando hacia su hermano. Este siguió:

—Además, depende también de cómo se haga el contrato que une a todos los miembros del grupo. Puede ser un contrato abierto, restringido, con cláusulas compensatorias… Hay un sinfín de posibilidades y cada grupo elige las que le parecen mejor, dependiendo de quienes sean sus miembros. Y esto último es muy importante de cara al reparto de los beneficios —los demás callaron y esperaron que siguiera.

—En nuestro caso, como bien sabéis, al principio todo giraba en torno a Ruddy, y por eso él quería imponer un contrato en el que fuera el dueño de todo y los demás simples asalariados. Pero Cornerstone le convenció para que eso no se llevara a cabo. En Hazelnut él era solo uno de los socios titulares, y compartía su participación con los otros miembros. Eso le hacía depender de los demás y se sintió desplazado cuando se enemistó con Helmut. Por eso insistía tanto en buscar una fórmula adecuada para que aquello no volviera a ocurrir.

—Y ahí fue cuando intervino Cornerstone, ¿no es así? —preguntó Louise.

—Sí. Peter le convenció de que por esa vía no hubiera llegado muy lejos, pues al final los grupos en los que eso sucede acaban disgregándose. Los músicos acaban hartos de trabajar para alguien que se lleva el dinero y la fama, mientras que ellos hacen el trabajo sucio.

—Pero cuando eso sucediese, siempre pueden contratar a otros músicos, ¿no?

—Sí, claro, —intervino Kai—pero ten en cuenta que las grandes bandas se conforman siempre en torno a unos cuantos artistas carismáticos… Volviendo a los Beatles, ¿Tú crees que hubieran llegado tan lejos si el único miembro fijo fuera John Lennon y los demás hubieran sido simples «mercenarios» que van y vienen? Indudablemente no.

—Pero eso es lo que él quería, ¿no? —preguntó Rose, refiriéndose a Ruddy.

—Así es —dijo su hermano—. Él se veía como *Ritchie Blackmore* cuando abandonó *Deep Purple*… Allí este era uno más y cuando se puso en solitario se rodeó de gente que se limitó a tocar los instrumentos mientras que él componía y escribía todas las canciones. Y así formó *Rainbow* y con gran éxito, por cierto.

—Pero él no es Blackmore —apuntó Kai—, aunque como guitarrista sea tan bueno o más que aquel.

—En efecto, —siguió Adam— le falta el factor creativo. Ruddy es muy bueno como intérprete. ¡Es genial! Pero una canción no puede construirse solo a base de una buena interpretación, ni un concierto se basa en una buena improvisación. Y eso Cornerstone lo sabía. Lo sabía muy bien. Por eso quiso llegar a una solución de compromiso, adjudicándole a él solo el 50% de la propiedad del grupo, y dejándonos a mí y a Arthur el otro 50%. De esa manera se aseguraba de que hubiera otras dos personas "tirando del carro" como se suele decir.

—¿Y Ruddy lo aceptó así, sin más? —Preguntó Louise.

—Protestó mucho. Ya sabes cómo es —afirmó Adam, mientras Kai asentía con la cabeza—. Pero como es una persona que se deja influenciar muy fácilmente, al final se convenció y lo dejó estar.

—Siempre hace todo lo que dice Peter —apuntó Rose.

—Sí, pero esta vez es para bien. Incluso para su propio bien —Adam hizo una pausa y luego siguió—: es como un niño. Solo quiere el aquí y el ahora. No piensa en el largo plazo, hasta que no se lo pones delante.

Ladrões

http://rockcritics.com/

https://archive.org/download/thertonball/Thertonball-Ladroes.mp3

Maravillosa la pieza con la que Thertonball abre últimamente todas sus actuaciones. Es un tema completamente instrumental de poco más de tres minutos y que sirve para abrir los conciertos de esta gran banda. Maravillosa y apabullante, como decimos. Pero antes de describirla pormenorizadamente, recordamos a nuestros lectores quienes son los integrantes del grupo, por si algún despistado aún no lo sabe:

Adam White – Vocalista principal y guitarra rítmica.
Ruddy Norfolk – Guitarra solista
Arthur Feather – Teclados
Kai Costa – Bajo
Billy Drake – Batería
Louise White - Coros
Rose White – Coros

Ladrões comienza con una suave melodía de piano que Feather interpreta con su mano derecha. Con la izquierda, se desarrolla una atmósfera de cuerdas sintetizadas. A los once segundos ya entra el bajo de Costa, en una pequeña estrofa introductoria para dar comienzo seis segundos después a la brutal irrupción de la guitarra de Norfolk y la batería de Drake. Pero esto es solo un espejismo. Tan solo otros seis segundos más tarde, al entrar en la cuarta estrofa, Norfolk se vuelve más comedido y comienzan a sonar golpes orquestales rítmicos con los que Feather sustituye a las cuerdas sintetizadas, sin que el piano deje de sonar.

A los 38 segundos el piano desaparece y entonces Feather usa su derecha para volver a las cuerdas sintetizadas mientras que ahora siguen los golpes orquestales con la izquierda.

Por fin viene lo bueno a los 52 segundos (13 estrofa), y tras un breve redoble de Drake que escuchamos por los dos lados del escenario, la guitarra de Norfolk reaparece en toda su plenitud. Estamos en la cumbre de la canción: Drake está acelerado, tocando todos los elementos de su batería a una velocidad infernal. Solo el piano de Feather le aporta una suavidad que tan solo es nominal, pues en 1:10, tras otro redoble, Norfolk también se vuelve endiabladamente loco, tocando la *Stratocaster* a toda velocidad.

En 1:16 aparece la guitarra de White en un pequeño punteo solista de tan solo 8 segundos sobre un el fondo de piano y cuerdas sintetizadas a dos tonalidades que nos parece oír entre los ensordecedores arrebatos de Norfolk.

Luego tenemos un interregno de 4 segundos donde solo escuchamos a Norfolk y a Drake, para dar paso en 1:28 a lo que será un descenso brusco en la intensidad de la canción. Aparecen los golpes orquestales de nuevo y las cuerdas sintetizadas dan lugar a un tranquilísimo pasaje similar al del comienzo, con piano y cuerdas sintetizadas que en 2:12 se vuelven muy, muy líricas. Pero solo cuatro segundos después, se vuelve al ataque y Norfolk irrumpe otra vez ocupándolo todo.

A partir de aquí asistimos a un reprise de lo que hemos visto hasta ahora, hasta que en 2:56 (44ª estrofa) un redoble de Drake nos anticipa lo que oiremos continuación: White se enchufa a la guitarra rítmica sustituyendo a Norfolk y este despliega un espectacular solo de guitarra que alcanza el clímax de la canción durante casi 20 segundos.

A partir de ahí se produce un descenso sonoro de otros 15 segundos donde Norfolk vuelve a tomar la rítmica, mientras Feather sigue con sus compases de piano y los ya familiares golpes orquestales que son sustituidos al poco por cuerdas sintetizadas. Estamos en tres minutos y medio y la canción ha terminado. El público jalea enloquecido mientras que, sin dar tregua, de fondo comienzan a oírse ya los primeros compases de la canción *Enlightenment*.

Por gentileza de nuestros patrocinadores, se puede acceder a la versión electrónica de la canción pulsando aquí.

Solo buenos amigos

Semanario New Musical Express, 22 de octubre de 2013. Online Edition

Entrevista con Arthur Feather, teclista de Thertonball.

—¿Qué nos puedes contar de vuestro último disco?

—Le hemos denominado *Tournament,* en recuerdo a la ópera rock *Ivanhoe, a*quel trabajo en el que Adam se dio a conocer, como todo el mundo sabe. Continúa en la línea de nuestro anterior disco *The Whirlpool*, y al igual que este, Kai se ha empleado a fondo en la composición, en los arreglos y en la producción. En total, el álbum tiene 16 canciones. Todo un record en nuestra discografía.

—¿Cuál es el tema que destacarías en el disco?

—A mí me gusta mucho «Enlightenment», el segundo tema del álbum. También hay canciones como «Defiant», «Fantasy World», o «Utterly Betrayed» que incluye un magistral punteo de Ruddy. Y por supuesto «March Out», que es nuestro single.

—¿Por qué se eligió ese tema como *single?*

—Es una canción con mucha fuerza. Ya desde el comienzo imprime mucho carácter y define lo que será el resto del disco. A pesar de ser un tema que no es excesivamente largo, creo que está francamente bien.

—¿Cómo ha sido la grabación del disco?

—Han sido semanas muy duras, ya que el álbum tiene cierta complejidad. Kai ha diseñado una serie de canciones donde los instrumentos proliferan en abundancia… Tenemos varias guitarras dobladas, con varios solos impresionantes de Ruddy, y varias pistas de teclado simultáneas donde combinamos con cierta elegancia tanto el piano como el órgano. Y también hemos añadido una guitarra sintetizada al estilo de la SE Santana que yo creo le va a gustar mucho a la gente. Sinceramente, creo que es toda una delicia.

—¿Creéis que este álbum superará en ventas al anterior?

—Estamos convencidos de que así va a ser. En cuanto se vea en directo va a gustar, y mucho.

—¿Cuándo vais a comenzar la gira?

–A partir del mes que viene vamos a comenzar en el hemisferio sur, por aquello de que es verano. A partir de primavera comenzaremos en Tokio, para ir hacia el Oeste y terminar a finales de octubre. Todo un año de gira, como puedes ver.

—¿Tocaréis algo de Nymonroids?

–¡Sí! Y esa es una buena noticia. Kai ha adaptado alguna de las piezas más populares de la serie y ha construido unas versiones "rock" que van a hacer las delicias del público.

—Para quien no lo sepa, ¿podrías explicar algo de esa serie?

–Sí, claro. *The Nymonroids* fue un encargo que recibió Kai en nuestra última estancia en Japón. Es una serie de *anime* orientada a ser la sucesora de la popular Pokemon. Le encargaron la banda sonora de la serie, de la película y del videojuego que ha comercializado Nintendo en todo el mundo. Ha sido un proyecto suyo, personal, que ha compuesto e interpretado él

en su totalidad. Tan solo contó con la ayuda de Rose, que puso su voz para las letras. Pero como todo lo que hace, ha tenido un éxito arrollador y la gente nos pide que interpretemos alguna parte de la banda sonora en los conciertos. Especialmente «la marcha». Ya sabes, ¿quién no ha visto el comienzo de esa serie? Me refiero a la parte en la que aparecen los Nymonroids en fila, desfilando en lo alto de la colina. Pues bien, Kai ha adaptado algunos temas y los ha convertido en versiones *rock* que podamos tocar en un recital de nuestras características. Concretamente «The March of the Nymonroids» le ha quedado bastante bien y creo que esta va a ser una pieza habitual de nuestros conciertos de ahora en adelante.

—Antes has mencionado a Rose. ¿Qué hay de cierto en los rumores que apuntan a que Kai y ella son pareja?

—Jajá, no lo son. Son muy buenos amigos, pero nada más. Lo que pasa es que Rose siempre le ha reverenciado y es su fan número uno. Antes de que ella y Louise se incorporaran al grupo como coristas, Kai compuso y le dedicó las baladas Little Flower y Crystal Dolly —florecilla y muñequita de cristal—. En esa época cerrábamos los conciertos con alguna de esas canciones... Había que ver la cara de satisfacción de Rose cuando comenzaban a sonar los acordes y el público aplaudía. Él la buscaba entre la multitud, —siempre estaba en la primera fila— y le sonreía guiñándola un ojo. Yo creo que ella no se desmayaba de milagro.

—Muchas gracias, Arthur. Esperamos que sea todo un éxito vuestro álbum "Tournament" y os veremos en los próximos conciertos.

Por gentileza de nuestros patrocinadores, se puede acceder a un extracto instrumental de la canción "Little Flower", pulsando aquí. Igualmente, se puede escuchar una versión *demo* de "The March of the Nymonroids" en su versión clásica pulsando aquí. Para la versión "rock" de esta marcha, pulsar aquí. En la versión impresa, se puede ver el enlace directo a estos temas a pie de página:

https://archive.org/download/thertonball/KaiCosta-LittleFlower.mp3

https://archive.org/download/thertonball/KaiCosta-TheMarchOfTheNymonroids.mp3

https://archive.org/download/thertonball/Thertonball-TheMarchOfTheNymonroids-RockVersion.mp3

Una casaca de la talla XL

La fascinación que Rose tenía por Kai llegaba a tales extremos que se podía calificar como obsesión.

Más de una vez sopesó la idea de ponerse implantes de silicona para ver si así conseguía atraer su atención. Pero la desechó al oírle decir en una conversación con Bill que a él «no le gustaban nada las tías que se operaban para aparentar lo que no son». Igual con el bronceado y los tatuajes. Respecto a esto último, ella sabía que a él no le gustaban demasiado, pero pensó que quizás un bonito dibujo podría adornarla y hacerla más interesante. Entonces decidió probar con un tatuaje no permanente sobre su pecho, que representaba a *Ícaro* con las alas desplegadas. Era una representación muy colorida y que resaltaba sobre su habitual palidez, de forma que de alguna manera la conseguía disimular. Estaba inspirado en un cuadro que vieron durante la visita a un museo con ocasión de un concierto en Berlín y que a él le gustó especialmente. Sin embargo, cuando se lo mostró hizo una mueca algo despectiva que sin embargo intentó suavizar ante la cara de disgusto de la pobre muchacha. Pero ella captó el mensaje y no se volvió a hacer más.

Como sabía que a él le gustaban las morenas, se tiñó el pelo de oscuro, e intentó variar su aspecto dejándose el pelo largo y cambiando su habitual ropa masculina por otra más femenina y provocadora, similar a la que vestía durante las actuaciones. Pero tampoco con eso consiguió atraer su atención. Es más, él dejó de pasarle la mano sobre su cabeza para frotarla el pelo a modo de cepillo, y por lo tanto se lo volvió a dejar si cabe más corto. También desistió de los tintes, pues él no paraba de llamarle "rubia" para hacerle la contraria, en lugar de *pelusilla* o *florecilla*.

Y es que Rose tenía un problema de autoestima bastante exacerbado, fruto de aquella discriminación que sufrió en la pubertad. En aquella época no tenía amigos ni amigas y solo contaba con su hermano que era muchos años mayor que ella. En la parroquia tampoco tenía gente afín de su edad y solo gozaba de aceptación entre los niños o entre la gente mayor, donde finalmente recaló para cantar en el coro.

Para intentar huir de esa crisis existencial se refugió en la música y en las novelas, y cómo no, en su hermano. Pero ninguna de esas cosas era suficiente para llenar un corazón joven que deseaba amar. La marginación en el instituto y la falta de cariño, a punto estuvieron de hacerle probar la hiel de la depresión.

Y fue entonces cuando apareció Kai. Un sol radiante iluminó su vida cuando antes acechaba la noche. Por primera vez en su vida, una persona del sexo opuesto que no pertenecía a su familia le hacía caso, jugaba con ella, le gastaba bromas… Y además era un chico alto, guapo, apuesto, con acento extranjero… Ni que decir tiene que se enamoró de él perdidamente y hasta las trancas.

Un amor incondicional al que se sometió en cuerpo y alma, y al que rendía una pleitesía exacerbada. Hubiera hecho cualquier cosa que él le hubiera pedido. ¡Cualquier cosa! Pero él no le pedía nada… aunque tampoco la rechazaba del todo. Tan solo se enfadaba con ella cuando se ponía demasiado pesada, pero al rato ya se le había pasado. En él encontró su tabla de salvación, el asidero al que se aferró para librarse de una negrura que nunca llegó a experimentar, pero que hubiera sufrido indefectiblemente de haberse retrasado la aparición de Kai. Antes de eso, incluso sopesó la idea de ingresar en un convento. En la parroquia conocía a algunas personas que lo habían hecho con solo unos pocos años más que ella. Pero

en lugar de consagrarse a Dios, se consagró a Kai. Él era su luz y la razón de su existir. A él le debía su cordura, y el aliento vital que le mantenía.

Mientras él no se casara, o no tuviera novia formal, ella seguía manteniendo la esperanza de que alguna vez podría ser suyo. Las aficionadas que de vez en cuando subían a su habitación no suponían ningún obstáculo, siempre y cuando se quedaran en eso.

Tras una turbulenta adolescencia, poco a poco su amor por él se fue haciendo más maduro, más puro, más sereno y más paciente. En el fondo de su corazón mantenía la esperanza de que alguna vez conseguiría conquistarle, y esa era la razón y el viento que movía las velas de su vida. Fruto de esa madurez, ya no le hacía «escenitas», como antaño, salvo alguna vez en que no se podía contener. Le amaba con locura, y la locura le llevaba a hacer cosas extrañas. Como ocurrió en una ocasión durante la gira que dieron por Estados Unidos con motivo de la presentación de «*Tournament*».

En el transcurso de esa gira, el día antes de un concierto que iban a dar en Nueva York, él invitó a una de las aficionadas que les esperaban en el hotel a subir a su habitación. Como siempre, ella estaba en el cuarto de al lado pendiente de todo.

En mitad de la noche, a Rose le pareció que la chica salía de la habitación y entonces oyó cerrarse la puerta. Sin embargo, no oyó el *clic* característico del cierre final, y asumió que se había quedado abierta. Esperaba que Kai se levantase a cerrarla, pero esto no sucedió. Quizá ni siquiera se había dado cuenta de que la chica se había marchado.

Dejó pasar media hora, y después se fue a comprobar si la puerta estaba abierta y efectivamente era así. Entró sigilosamente y se desnudó, metiéndose en la cama con él. Él se removió un poco, pero no llegó a despertarse y continuó durmiendo plácidamente. Mientras tanto, ella se sentía completamente feliz. Estaba al lado de su amado, y de nuevo su imaginación le llevó a pensar que eran marido y mujer. Se puso de medio lado y le observó. Por la ventana entraba una luz azul muy tenue, pero suficiente para dejarle ver sus facciones. Su pelo alborotado descansaba sobre una parte de su cara, mientras las sábanas subían y bajaban al ritmo que la respiración ejercía sobre su pecho.

Al final ella también se quedó dormida, y unas horas después amaneció. Algún ruido debió despertarles a los dos, siendo ella quien primero lo hizo.

Kai notó la presencia de una chica a su izquierda, y pensó lógicamente que era la misma con la que había llegado allí por la noche. Extendió el brazo derecho para abrazarla, y entonces fue cuando abrió los ojos:

—¡Rose! ¡Qué haces aquí! ¡No me gustan nada estos juegos!

Ella no pareció inmutarse con esa regañina y añadió:

—Kai… si tú quisieras…

—¡Pero no quiero! —la cortó bruscamente—. ¡Sal de mi habitación ahora mismo! ¡Y vístete!

Rose se levantó de la cama, e hizo ademán de buscar su ropa. Pero había olvidado donde la había dejado y en lugar de buscarla, se dirigió de nuevo hacia él.

—Kai, no sabes lo mucho que yo te quiero. Y lo que te deseo…

—Sí, sí lo sé… ¡lo sé muy bien! Pero eres la hermana de mi mejor amigo y no puedo hacer nada contigo si no me caso antes —le espetó, con una sonrisa—. Es lo que hizo tu hermano con Louise, ¿recuerdas?

—Pues, casémonos, Kai. ¡Casémonos! Nos casamos y nos vamos a pasar la luna de miel a las islas Kai. ¡Cómo me gustaría estar allí contigo!

El chico soltó una carcajada, mientras le acercaba su propia casaca roja con los característicos botones dorados. La misma que solía llevar en los conciertos y que estaba preparada sobre un *galán* para lucirla en el recital que tendría lugar aquella tarde. —Póntela, anda, mientras buscamos tu ropa.

Ella, obediente, se la puso, y los dos se rieron al comprobar lo grande que le estaba. Su extrema delgadez y baja estatura contrastaban con la prenda de la talla XL que Kai le ofrecía, y que le llegaba hasta las rodillas.

Él se le acercó y le dio un pequeño beso en los labios, agarrándola de la cintura. —Esto es todo lo que te pudo ofrecer, mi querida *pelusilla*.

Ella cerró los ojos mientras recibía el beso, y le dijo a continuación:

—Me has dado besos mejores, Kai.

—¿Te refieres al de aquella noche, en Milán? —le preguntó, haciendo referencia a aquella vez en que ella se hizo pasar por una aficionada amparándose en la oscuridad del pasillo.

—Mismamente. Veo que te acuerdas, ¡eh! —replicó ella, complacida.

—Tengo buena memoria, Rose. En eso me parezco a mi madre. Si no, se me habría olvidado.

—Ya, claro. Pues aquella vez yo creo que te gustó, a ti también.

—Con las luces apagadas se hacen muchas tonterías.

—Pues, las apagamos ahora y las volvemos a hacer —dijo ella, acercándose a él. Pero Kai soltó otra carcajada y le dijo:

—No sé si te has dado cuenta de que están apagadas. Es de día.

—No sé si te has dado cuenta de que después del día viene la noche —le replicó ella, siguiéndole el juego.

—Sí, me he dado cuenta. Pero me temo que este beso que te he dado es el único que vas a tener… en todo el día, y en toda la noche.

—Vendrán más días y más noches, Kai. Ya sabes que no me doy por vencida fácilmente.

—Ya, ya lo sé —le dijo, apartándose de ella. Después recogió su ropa, que estaba a los pies de la cama, la tomó de la mano y la puso enfrente de la puerta del baño, dándole las prendas a continuación. —Entra y date prisa en vestirte, Rose. Esta mañana tenemos muchas cosas que hacer. Además, quiero ir al estadio donde vamos a actuar, a comprobar unas cosas. No me fío nada de este organizador, que ya nos la ha jugado otras veces.

California Jam

CBS Networks California Satellite TV transmission.

Nos encontramos en la tribuna que se ha habilitado para la prensa en esta reedición del mítico concierto denominado *California Jam*. Como todos ustedes sabrán, la primera edición de este multitudinario evento se celebró en Ontario en abril del año 1974 y contó con la participación de *Deep Purple, Emerson, Lake & Palmer, Black Sabbath, Eagles, y Earth, Wind & Fire*, entre otros muchos. Todo un maratón de actuaciones que se sucedieron ininterrumpidamente durante todo el día, y que contaron con la asistencia de más de 300.000 personas y que se reeditó en 1978.

Por fin, muchos años después volvemos a deleitarnos con este maravilloso evento que cuenta con las actuaciones, entre otros, de Hazelnut y Thertonball.

Como en los eventos del pasado, la afluencia de público es de tal magnitud que se han tenido que colocar cada 400 metros altavoces secundarios que tienen un retraso de un segundo para que el sonido que perciben los asistentes lejanos cuadre con lo que ven en el escenario y en las pantallas gigantes que se han situado alrededor del mismo. Por aquello de que la velocidad del sonido es de 350 metros por segundo, por si algún despistado aún no lo entiende.

Antes de nada, Jimmy, ¿qué es lo que ha pasado entre estas dos bandas? Nos dicen que ha habido problemas con los horarios o algo así, ¿no?

—Así es, Walter. Los organizadores han cometido un error. En un principio estaba acordado que Thertonball sería el último en actuar, precedidos por Hazelnut. Esto convertía a esta última banda en teloneros. Y ya sabes lo mal que sienta eso, sobre todo en bandas rivales como estas dos. Pero era lo acordado y ya se habían hecho a la idea.

—Y entonces, ¿qué pasó, Jimmy?

—Pues, ocurrió que los grupos que actuaban antes, apremiados por el horario, comenzaron a recortar sus actuaciones. Ya sabes Walter, que si no les pones un tope, todos se tienden a eternizar en sus conciertos. Los fans les aclaman, les piden *bises*, y al final no se van nunca. Así que, lo que han decidido es cortarles el sonido para que así se vayan a su hora. Pero claro, eso queda muy mal en medio de una canción, Walter, y muchos han determinado quedar bien y terminar pronto. Y claro, al final ha sobrado tiempo. Cuando han ido a buscar a los de Hazelnut todavía no habían llegado, pues aún faltaban dos horas para su actuación. Pero curiosamente, y aunque Thertonball tenía que actuar después, el caso es que estos sí que estaban ya por allí.

—Ah, ahora lo entiendo, Jimmy. Les han pedido que actúen ellos en su lugar y por lo que se ve no les ha sentado nada bien.

—Efectivamente, Walter, ahí la has dado. El arrogante Norfolk decía que, ¡de ninguna manera! Que no era su hora y que se negaba a salir.

—Y entonces Jimmy, ¿qué pasó?

—Pues, decidieron esperar, Walter, pero el público empezó a protestar. Y mucho. Llevaban ya más de media hora y las autoridades aconsejaron

comenzar como sea, antes de que se produjeran disturbios. Pero Norfolk se seguía negando. No quería ser humillado por su antigua banda.

—Y ahí es donde entra Kai Costa, ¿no es cierto?

—Así es Walter, el portugués era partidario desde el primer momento de salir, y cuando las cosas se pusieron feas, aunque su compañero no quería ir a la escena, convenció al resto de la banda para que así lo hicieran. Y claro, estando ya todos en el escenario, el guitarrista no tuvo más remedio que incorporarse.

—Y eso calmó a la multitud, Jimmy. ¡Vaya si les calmó! ¡Míralos como jalean y se mueven con su grupo favorito!

—Pues, sí, Walter. ¿Cuál es el tema que están interpretando ahora?

—Están interpretando *Tournament,* una de las canciones icónicas de la banda. Ahí vemos la formación clásica en escena de Thertonball, con Arthur Feather a los teclados, y a la izquierda del escenario. Tiene un sinfín de instrumentos enfrente suyo, a la izquierda y a su derecha. Le vemos con una mano tocando unos, otros con la otra, otros enfrente y alguno detrás. De verdad que le faltan manos y ¡no para de ir de uno a otro teclado a una velocidad de vértigo!

«A su izquierda tenemos al líder, Kai Costa, con su característica indumentaria: casaca roja con botones dorados en dos filas paralelas y pantalón oscuro, tocando un bajo blanco y negro de la marca CDS, modelo Cetim. Luego ya en el centro tenemos a Adam White, el carismático cantante de la banda con su impresionante registro de voces graves y agudas, y que también toca la guitarra rítmica. Una guitarra Fender Stratocaster azul y blanca. Su melena rubia ondea al viento y oculta parcialmente su camisa de seda blanca con encajes dorados».

«A su izquierda está Ruddy Norfolk, el fantástico guitarrista que todos admiramos, con su pelo rubio rizado y su clásica chaqueta de cuero negro, a lomos de una Gibson Les Paul de color rojo. Y después nos encontramos con Billy Drake, sepultado entre una maraña de tambores, bombos, platillos… ¿Tú le ves, Jimmy?»

—Le veo muy mal, Walter. De vez en cuando asoma su melena castaña entre los platillos y se le ve la frente perlada de sudor. Se nota que se está empleado a fondo… y además ahora comienza la canción *Relentless Fight*… ¡Uf! Pues más vale que tenga cerca la garrafa de agua… ¡Se dice que este hombre llega a perder hasta 3 kilos en cada concierto!

—No me extraña, Jimmy. Yo apostaría que incluso más. Esta canción es una de las más cañeras del grupo. Solo hay que ver la cantidad de golpes de batería que lleva… Fíjate qué velocidad... ¿Cuántos pueden ser? Yo diría que son al menos tres o cuatro golpes por segundo…

—Eso como poco, Walter. Y este tema dura nada menos que, ¡nueve minutos! Desde luego que Costa quiere cargarse a su baterista obligándole a tocar semejante pieza…

—Claro que no, Jimmy, ¡claro que no! ¡Yo creo que Drake está disfrutando de lo lindo!

—Eso también es verdad, Walter… Bueno, y ¿a quién más tenemos en el grupo?

—Pues, no nos podemos olvidar de las chicas. Allí detrás se destacan las siluetas de Louise White y Rose White que son quienes hacen los coros.

—¿Son hermanas de Adam, Jimmy?

—No, Walter, la hermana es Rose. Louise es su mujer.

—También tocan algún instrumento, ¿no, Jimmy?

—Tocan el *tambourine*, Walter, ya sabes, ese aro de percusión con pequeños platillos que agitan y golpean contra su mano izquierda. Ahí los podemos ver moviéndolos al ritmo de la música.

—Un verdadero acontecimiento este concierto, Jimmy. Yo creo que tardaremos mucho tiempo en olvidarlo.

—Ya lo creo, Walter. Aunque me parece que esta gran banda va a sacar dentro de poco otro fantástico álbum y tendremos que estar de nuevo por aquí para comentarlo.

Una trágica noticia

Aquel era el último día de su estancia en Japón. Habían actuado en Osaka y Sapporo, y cerraban gira en el país del sol naciente en la capital, en Tokio.

Después del concierto estuvieron todos juntos en Ageha, una gran sala de fiestas donde ya habían actuado en sus primeros tiempos hasta que se les quedó pequeña. Allí se divirtieron, se rieron, alguno se emborrachó, y al final regresaron al hotel.

Las habitaciones de Rose y Kai estaban en la última planta del fabuloso hotel Aoyama, y hacia allí se dirigían los dos sin parar de reír. Al salir del ascensor, anduvieron por el largo pasillo que conducía hacia las mismas y llegaron a la puerta de la habitación de Kai, que era la primera.

Como siempre, Rose hizo ademán de entrar con él, pero el chico interpuso un brazo entre ella y la puerta:

—Prohibido el paso.

—Anda, Kai, déjame entrar contigo.

—Que no, *florecilla,* ¡siempre estás con lo mismo…! Anda, vete a tu habitación.

—¿Cuándo me dejarás entrar? —imploró.

—Algún día, algún día… tú no desesperes.

—¿No puede ser hoy, ese día?

—Hoy tengo una cita, *pelusilla*. Otro día… otro día será. Y la puerta se cerró a menos de un palmo de su nariz.

La suite era todo un deleite. Perfectamente amueblada y acondicionada, contaba con una pequeña oficina, la cual hubiera hecho las delicias de más de un importante ejecutivo. La única pega eran las camas. Él pidió una cama grande, de matrimonio, y en su lugar había dos camas. Aun así, cada cama se podría considerar como de matrimonio.

Se quitó las botas y comenzó a desabrocharse los botones de la chaqueta cuando de repente sonó el teléfono. Eran las tres de la mañana. ¿Quién podría ser?

—Hola Kai. Soy Paola.

Aquella voz era la última que esperaba oír en aquella habitación y a esas horas. Con su hermana tenía un trato más que cordial, y se llamaban de vez en cuando. Pero desde luego aquella llamada no auguraba nada bueno.

—Hola, Paola, ¿ocurre algo? Son las tres de la mañana…

—¿Las tres de la mañana? ¡Ah, claro! No estás en Londres, ¿verdad?

—No, estoy en Tokio.

—Ya… pues es que verás… —se oyó dar un fuerte suspiro— no sé cómo decirte que… —la mujer decidió no dar más rodeos y fue al grano—: nuestro padre ha muerto.

Entonces se hizo un largo silencio tan solo interrumpido por unos pequeños chasquidos periódicos motivados seguramente por alguna interferencia en la telefonía móvil.

—Kai, ¿estás ahí?

—Sí, Paola, aquí sigo.

—Ha sido un infarto. Esta noche comenzó a sentir un dolor muy fuerte en un brazo y una sensación de ahogo tremenda. Llamé a la ambulancia y lo llevaron al hospital, pero no han podido hacer nada. Mañana será el entierro. Te lo digo por si querías venir, pero claro estás tan lejos y…

Kai se quedó mudo, sin saber ni qué decir ni que pensar; tenía la mente totalmente en blanco. Una ausencia total de pensamientos que solo se rompió cuando comenzó a recordar que solo cinco minutos antes estaba riéndose con Rose acerca de la cara que había puesto Louise cuando una fan se abalanzó sobre Adam y comenzó a besarle apasionadamente. Por alguna razón su mente le hizo incidir en aquella escena, pero él desechó el pensamiento inmediatamente. A continuación, volvió al momento presente y le preguntó a su hermana:

—Y tú... ¿Cómo estás?

—Pues, fatal, Kai, fatal —y en ese momento la muchacha comenzó a llorar. A través de la línea se oyeron algunos sollozos contenidos hasta que finalmente, dijo:

—Ha sido esa mujer, Kai. ¡Ha sido esa mujer! ¡Ella es quien le ha matado!

—Ya… —dijo él, intentando asumir lo que le acaba de oír. Paola seguía sollozando y finalmente, le dijo:

—Bueno, Kai, te tengo que dejar... Ya hablaremos.

Tras colgar el teléfono se levantó y se puso a mirar por la ventana. Se veían las luces de la inmensa ciudad que llegaban hasta el mismo horizonte y los coches que circulaban a toda velocidad por una carretera cercana. Intentó pensar en lo que estaba viendo y comparó aquella escena con la de otras ciudades en las que había estado, donde a esas horas el tráfico era casi inexistente. No era así en Tokio, desde luego. Pero no pudo concentrarse en nada más. Su padre acaparaba toda su atención.

Se sentó en el magnífico sofá de tres plazas que había a los pies de las camas y comenzó a pensar en João. Durante todos esos años, era algo que siempre rehusó hacer. Siempre intentó olvidarse de su padre, aunque nunca lo consiguió. Eran siempre los recuerdos de aquella noche terrible los que venían a su cabeza, los que le asaltaban una y otra vez.

Pero ahora no fue el caso. Ahora lo que tenía en su mente eran los momentos de su infancia en la playa, cuando jugaban a enterrarse en arena el uno al otro, cuando jugaban al fútbol, cuando construían castillos en la orilla… Cuando le llevaba subido a su cuello por el paseo marítimo, cuando le enseñaba lo que tenían los sintetizadores por dentro y le describía cada una de las piezas…

Y recordó, también, cómo no, lo que ocurrió el último día que le vio: aquel cuerpo humillado, aquellos ojos que suplicaban perdón…

João intentó en muchas ocasiones hablar con Cecilia o con Kai, pero ellos jamás lo permitieron. Por medio de Paola sabían que insistía mucho en conocer cómo estaban y en mandarles dinero, por si no era suficiente con el que ya les enviaba. Pero ellos hicieron caso omiso a todas sus pretensiones.

Se reclinó hacia atrás en el sofá y se puso las manos sobre la cara. Al igual que hizo su padre aquel fatídico día, también en esta ocasión el hijo se puso a llorar amargamente.

Y entonces, Rose, que estaba siempre pendiente de todo, al oír el llanto acudió ante su puerta.

—¡Kai! ¡Kai! ¡Qué te pasa! ¡Kai!

—Tras unos instantes le abrió la puerta, y sin decir nada se volvió a sentar en el sofá.

—¿Qué te pasa, Kai? ¿Qué te pasa? ¡Cuéntamelo…! —le suplicó mientras le miraba con ternura y le intentaba rodear con su brazo derecho.

Él se lo contó y al hacerlo se serenó un poco, aunque no dejaba de atormentarse por la actitud que había tenido hacia su padre.

Ella no paraba de consolarlo, de abrazarlo y de acariciarlo, cuando de repente se volvieron a oír golpes en la puerta. Kai no se inmutó y entonces ella se levantó y se fue a abrir. Allí se encontró con dos chicas japonesas muy escotadas que llevaban unas mallas negras brillantes. Las muchachas parecían preguntar por él en un tosco inglés. Rose las despachó y cerró la puerta, volviendo junto a Kai.

—¿Quieres que me quede aquí contigo… en esa cama? —le preguntó mientras miraba a una de las dos grandes camas de la habitación, la que estaba sin deshacer.

—No, Rose. Gracias. Necesito estar solo.

Amargo dulce bombón

Aquella fatídica noche de verano en la que João perdió a su mujer y a su hijo, no terminaron sus problemas, sino que no hicieron más que comenzar.

Él se había equivocado en sus predicciones respecto a lo que pasaría aquella noche, pero no se equivocó en referencia a lo que pensaba sobre Dulce: era peligrosa. Muy peligrosa.

Así que, despechada, nada más recibir la noticia de su abandono, y tras días de intensa zozobra, la mujer se hizo con los servicios de un abogado —que al final se convirtió también en su amante, para desgracia de aquel letrado—, y denunció a João por todo tipo de delitos: desde violación a maltrato, pasando por blanqueo de capitales. Y esto último era algo muy grave en Brasil.

Le acusó de estar instrumentando operaciones de lavado de dinero a través de la fábrica de São Paulo, que según ella, usaba de tapadera para esas actividades ilícitas. En su escrito de denuncia, alegó que se enteró por casualidad, y como prueba de que lo que decía era cierto, demostró las transferencias que João le había comenzado a hacer y que no eran según ella, sino cantidades que este le entregaba a modo de soborno para comprar su silencio. El abogado le aconsejó que mencionara el nombre de «Melissa», que era el nombre en clave que recibía una empresa *offshore* dedicada al blanqueo, y cuyas actividades habían salido a relucir recientemente. Eso puso en alerta a la policía, pues era un dato que muy poca gente conocía, y mucho menos quién parecía ser una sencilla chica maltratada por un rufián.

Las autoridades brasileñas emitieron una orden internacional de detención contra João y tras confirmar que estaba en Lisboa, solicitaron su extradición a la fiscalía portuguesa. Esta se comprometió a estudiar el caso a la espera de recibir todas las pruebas que le tendrían que mandar desde Brasil, y mientras tanto impuso a João la retirada del pasaporte para que no pudiera salir del país.

Como medida cautelar, la fiscalía brasileña procedió al embargo de todos los bienes que poseía en el país iberoamericano, y eso supuso que Paola, al ser mayor de edad, y junto a su madre, se vieran desalojadas de la vivienda de São Paulo, y por eso recalaron finalmente en Lisboa. El Estado también embargó la participación de João en la fábrica de esa localidad, lo que significó que ahora era este el dueño provisional de aquella factoría, ya que la participación de Filipe era minoritaria.

Los embargos tenían una fecha de prescripción de diez años, y se podrían anular si el portugués se presentaba al juicio y lo ganaba. Pero sus abogados le aconsejaron que no lo hiciera. A pesar de que todas las acusaciones eran falsas, existía el riesgo de que entrara en prisión de forma cautelar y podría permanecer años encarcelado en espera de juicio.

João había llegado a Lisboa aquella fatídica noche con la intención de no volver más a Brasil. No sabía cuán de cierto iba a ser eso.

Después de muchos años de litigar y de gastarse una fortuna en abogados en su país y al otro lado del Atlántico, la fiscalía portuguesa rechazó la orden de extradición por falta de pruebas. Paralelamente, la fiscalía brasileña admitió una declaración suya hecha por videoconferencia desde los juzgados de Lisboa, y continuó con la instrucción del caso llegando a la misma conclusión que sus colegas portugueses. Finalmente, el caso se archivó por la misma razón, es decir, por falta de pruebas, pero el embargo no se pudo levantar al no haberse celebrado el juicio, y solo terminó cuando prescribió al cabo de los diez años.

En los primeros tiempos del embargo, la fábrica se sostuvo gracias al empuje y la eficiencia de Velarde, que trabajó y vendió productos como si la empresa fuera suya. Pero como todos los beneficios de las operaciones se retenían por el fisco brasileño, no podían ser reinvertidos en el negocio, y eso supuso un lento declive que cuando llegó la crisis de 2008 la empresa no pudo soportar y finalmente entró en quiebra. Cuando en 2012 se recibieron los beneficios retenidos por la Hacienda brasileña tras la finalización del embargo, la devaluación del Real y la inflación que originó la crisis hicieron que ese dinero no sirviera nada más que para poder pagar a los acreedores, sin que repercutiera afortunadamente en el patrimonio de João ni en el de Filipe.

Los años de sufrimientos, tanto en el plano emocional como en el personal, hicieron mella en la salud de aquel ingeniero que falleció todavía joven, sin haberse podido reconciliar ni con su mujer ni con su hijo.

Aquel “dulce” bombón había resultado ser demasiado amargo.

Accidente en Nueva York

Revista Rolling Stone, edición quincenal 16 de julio de 2014

Entrevistamos a Adam White, vocalista de Thertonball.

—En alguna ocasión has mencionado algo sobre un accidente. ¿Qué ocurrió exactamente?

«Era el último concierto de la gira de *Tournament,* en Nueva York».

«Kai no se fiaba del organizador, pues en otras ocasiones nos la había jugado con los materiales. Con los focos, con las torres de control y todo eso. Creo que tenía subcontratados a una pandilla de gandules que no funcionaba nada bien».

«Aquella mañana, Kai estuvo por allí para comprobar las cosas. Le gustaba chequear las mesas de mezclas y los equipos de control para asegurarse de que no iban a dar problemas. Él sabía cómo hacer eso, por su carrera, y también por los conocimientos que tenía de cuando estaba en Portugal».

«Y efectivamente, encontró algunas deficiencias en un relé que le llevó un tiempo reparar. Lo hizo él mismo, pues ya te digo que no se fiaba de los organizadores. Pero eso le quitó tiempo para inspeccionar otros componentes del escenario y llegó la hora de marcharse».

«Por otra parte, en los últimos conciertos de la gira de un álbum, siempre se procuraba tocar alguna canción del álbum siguiente, para ir haciendo promoción del mismo. Kai acaba de componer una de las canciones, y se la estaba enseñando a Arthur. Era algo que solía hacer justo antes de empezar el espectáculo, cuando los primeros espectadores comenzaban a entrar. La canción en cuestión era «Prelude», una fantástica pieza que hizo que la gente se agolpara en las primeras filas, que todavía no habían sido ocupadas. Allí estaba él, tocando en el teclado de Arthur los primeros acordes de esa canción con su mano izquierda, mientras nuestro tecladista los repetía con su mano derecha, una octava más aguda. El público estaba encantado, y eso hizo que Kai se abstuviera de hacer las comprobaciones finales, pues los dos se pusieron a interpretar la pieza formando una especie de dúo».

«El caso es que aquel día en Nueva York se levantó viento, y una vez comenzado el concierto se desenganchó un cable de sonido que estaba mal conectado. El cable hizo interferencia con un fusible y se produjo una explosión muy cerca de donde estaba él, en plena actuación. No fue una explosión grande, pero sí lo suficiente para que no se viera parte del suelo en el escenario. En esos momentos de incertidumbre, el humo le impidió ver uno de los cables rotos y se tropezó… Entonces él, por no querer lastimar su bajo —que le hubiera servido de parapeto—, cayó sobre unos bafles en una muy mala postura y con tan mala suerte, que se golpeó en el tórax con una esquina».

«Se rompió alguna costilla e incluso llegó a sufrir un pequeño daño en el pulmón. Por supuesto el concierto tuvo que cancelarse, e incluso la gira hubiera corrido la misma suerte, de no ser porque aquel era el último concierto de la temporada».

«Estuvo casi un mes ingresado en el hospital, hasta que pudo tomar un vuelo y volver a Londres. Teníamos prisa por comenzar la grabación del siguiente álbum, ya que las fechas se nos echaban encima, y por eso tuvimos que regresar sin él. Solo Rose se quedó a su lado durante todo ese tiempo».

Visita a la Acrópolis

Al igual que su hermano, Rose también tenía muchos registros. Adam entonaba su voz de distintas maneras en las canciones del grupo, de forma que a veces parecía que la banda tenía varios cantantes cuando en realidad tenía solo uno. Por supuesto, también estaban Louise y Rose, pero sus intervenciones de momento eran solo como acompañamiento, sin hacer sombra al cantante principal que era Adam.

Los registros musicales de Rose eran menos variados que los de su hermano, pero en su lugar también tenía muchos "registros" de personalidad.

Por ejemplo, cuando quería provocar a Kai para intentar atraerle sexualmente, se mostraba exquisitamente femenina, descarada, e incluso hacía gala de ser una mujer de carácter. Por el contrario, cuando este la rechazaba y se enfadaba, aparecía ante sus ojos simplemente como «su pelusilla», y se comportaba como aquella quinceañera inocente y aniñada que él había conocido años atrás.

La relación que tenía con Cecilia era bastante especial. Y es que ella y Rose se habían hecho muy buenas amigas. Todas las madres disfrutan contando las anécdotas de sus hijos referentes a la época en la que estos eran pequeños, aunque con ello suelen aburrir a sus interlocutores. Esto no era así en el caso de Rose. Ella escuchaba con atención todas aquellas historias y lo hacía de manera muy participativa, para deleite de aquella madre.

Cecilia la trataba como si fuera una hija, y Rose llegó a tener tanta confianza con ella que le comentaba incluso aspectos íntimos de los que no podía hablar con sus padres. Asuntos que lógicamente siempre giraban en torno a Kai.

Al principio ella usaba a Louise, su cuñada, para esos menesteres. Pero esta se sonrojaba enseguida y apenas le aconsejaba nada. Era una «sosa», como le decía a Cecilia, y por tanto cambió de consejera sentimental y la prefirió a ella, nada menos. Aunque no por eso dejó de usar a Louise como paño de lágrimas, sobre todo durante las giras, pues era a quien más tenía a mano.

Rose solía mostrar con Cecilia su "registro infantil", quizá por esa relación maternofilial que se llegó a desarrollar entre las dos. Aunque no por ello le dejaba de hablar de todos sus anhelos y deseos con respecto a Kai, incluso de los más comprometidos.

A pesar de trabajar en una agencia de viajes, a Cecilia nunca le gustó demasiado viajar. Pero cuando al grupo se le presentó la ocasión de dar un concierto benéfico en Atenas para recaudar fondos a causa de la gran crisis económica que atravesó el país en 2012, la mujer se animó a acompañarlos. Como apasionada de la Historia, aquel país representaba un lugar icónico donde visitar las ruinas de la gran civilización helenística.

Después de dar el concierto, el grupo se quedó durante unos días en Grecia y Cecilia les hizo de guía turística por el país heleno. Pero aquellos músicos se cansaron pronto de ver «tantas piedras», y el último día se quedaron en el hotel en espera del vuelo que los llevaría de vuelta a Londres por la noche. Pero Cecilia y Rose aprovecharon la mañana para terminar de ver la Acrópolis, y se marcharon solas a visitarla.

Mientras hacían cola para entrar, mantenían una conversación muy animada:

—Me hubiera gustado mucho tener una hija, Rose. Una niña que fuera como tú. Aunque tampoco me hubiera importado que se pareciera a Kai. Una especie de Kai, pero en femenino.

—Y, ¿por qué no tuviste más hijos?

—Pues, porque tengo el factor RH negativo en la sangre, y como João era positivo, tener un segundo hijo hubiera supuesto un riesgo para la salud del bebé.

—Sí, algo de eso he oído en alguna ocasión. He conocido alguna vez a alguien que no tenía hermanos por ese motivo —se quedó pensando unos momentos y luego le preguntó—: y, ¿por eso mismo tú eres también hija única?

—Pues, curiosamente, no. De hecho, mis padres ni sospechaban nada de esto, ni yo tampoco hasta que nació Kai. Los dos eran RH negativo, y podrían haber tenido los hijos que quisieran, pues eso solo se da cuando la madre y el hijo son diferentes. Pero mi madre tuvo un problema en la matriz cuando yo nací y entonces se quedó estéril. Un problemilla, no te creas, que se podría haber resuelto con una operación, pero claro, eran otros tiempos, y la medicina no estaba tan avanzada.

—Pues, qué mala suerte… te quedaste sin hermanos… pero entonces, dime una cosa, Cecilia, ¿Kai ha heredado ese factor tuyo?

—No, a Kai no le afecta. Esa es la causa de que yo no pueda tener más hijos. Él tiene el RH positivo, como la mayoría de las personas. Cuando él nació, mi sangre y la sangre de Kai se mezclaron en el momento del parto y entonces yo desarrollé anticuerpos contra ese factor. Él no tuvo ningún problema, pero si me hubiera quedado embarazada después y el bebé también fuera positivo, hubiera podido sufrir una enfermedad que se llama «hemolítica» y que es bastante grave.

—Pero, ¿no hay un tratamiento para eso?

—Sí lo hay, pero João y yo no quisimos arriesgarnos. Son inyecciones de inmunoglobulinas que en teoría pueden impedir el problema en el segundo embarazo, pero como te digo, aun así, es peligroso.

—Pues, qué pena, Cecilia. Porque tú has tenido que ser una madre muy buena…

—Jajá, como todas las madres, Rose. A mí se me desarrolló el instinto maternal a raíz de tener a Kai. Yo antes no pensaba en niños ni nada de eso. Como supongo que tú tampoco piensas en ello, a tu edad…

Pero la muchacha no contestó enseguida, y Cecilia se calló. Entonces se dio cuenta de que estaba esperando alguna respuesta y le dijo:

—Estaba pensando en eso que has dicho, Cecilia: «mi sangre y la sangre de Kai se mezclaron». ¡Qué romántico es! ¿No te parece?

—Sí, supongo que sí —dijo ella, esbozando una sonrisa.

—Si algún día nos casáramos Kai y yo, y tuviera un hijo suyo, sería como tú dices, Cecilia. Sería una niña como yo, o un niño como él. O una mezcla de los dos. Así podrías tener ese segundo hijo que no has tenido, esa niña que tanto añoras… ¡Cómo me gustaría darte una nieta, Cecilia!

La mujer sonrió, y totalmente enternecida se abrazó a la muchacha. Acarició su pelo y luego le dio un beso en la mejilla.

—Si Dios quiere, a mí también me encantaría, de verdad. Una pequeña Rose… ¿O qué nombre le pondrías?

—Melanie. La llamaría Melanie. Siempre me ha gustado mucho ese nombre.

—Es un nombre muy bonito. ¿Por qué te gusta? ¿Alguien de tu familia se llama así?

—No. Es simplemente… que me gusta.

Entonces dejaron de hablar, pues les llegó el turno de entrar en el Partenón. Pero Cecilia siguió pensando en aquella conversación durante un rato. Recordó a Sharon, la novia que tuvo Kai antes de entrar en Thertonball. Aquella joven doctora le había caído muy bien, pero Rose superaba con creces ese sentimiento, a pesar de que entre ella y su hijo no había nada. El recuerdo de Sharon le hizo preguntarse si Kai sería capaz de serle fiel a aquella muchacha, en el caso que tuvieran una relación. Ella conocía la fascinación que tenía Rose por su hijo, y en más de una ocasión le había preguntado a él si entre ellos había algo. Pero él siempre sonreía ante aquella pregunta y le decía que no.

Aun así, Cecilia pensaba que era algo que podría ocurrir en cualquier momento, dada la insistencia de Rose y las ganas que la chica tenía de estar con él. Siempre estaban juntos, y no solo por motivos “profesionales”. Su hijo no era de piedra y podría ser que, aunque ella no era su tipo, finalmente sucumbiera a sus insinuaciones.

Batallas espaciales

Melody Maker weekly magazine, April 25th, 2015. Online edition.

La pasada semana asistimos al lanzamiento del último trabajo de Thertonball y que se ha llamado *"The Rigel Wars".*

Ha sido un encargo de James Parker, dueño de los estudios Parker y productor de cine, para la banda sonora de la película del mismo nombre. Después de oírlo, no podemos sino reconocer que estamos ante el mejor disco de esta mítica banda londinense, mejor si cabe que el precedente *Tournament.*

Desde luego que Kai Costa se ha empleado a fondo y ciertamente le han salido unos temas formidables: *The Big Clash, A Light in the Dark*, *Under Siege, Relentless Fight*… Son solo algunas de las canciones de este álbum que insistimos vamos a recordar durante mucho tiempo.

Además de escuchar el disco, hemos asistido al estreno de la película, donde lógicamente no se muestran todos los temas (algunos incluso duran más de 20 minutos).

El film trata de la lucha que sostiene la Humanidad en un futuro lejano contra una civilización extraterrestre originaria de un planeta de la estrella Rigel. En él podemos asistir a épicas batallas espaciales, heroicas misiones de salvamento, asedios de naves de guerra contra planetas enteros… Todo un despliegue de maravillosos efectos especiales que unidos a la estupenda música que estamos oyendo, nos hace sentirnos a los mandos de una nave espacial luchando para salvar a la Tierra.

Vamos a pasar a comentar cómo es el inicio de la película, y por supuesto a analizar pormenorizadamente la primera pista del álbum que es la que acompaña a este comienzo, y que ya hemos visto en un videoclip promocional.

Cuando la pantalla está todavía en negro, comenzamos a oír los primeros compases de *Prelude.*

Se trata de tres instrumentos que suenan acompasados: piano, guitarra acústica y guitarra de estudio Yamaha FG-460S. La guitarra acústica está a cargo de White y la Yamaha a los mandos de Norfolk. Todo ello mientras Drake golpea suavemente los platillos. Ya a los 20 segundos, tras ejecutarse los primeros nueve compases, comienza la siguiente estrofa. Entonces, todo un alarde de redobles de batería aceleran la canción mientras el bajo de Costa comienza a disparar notas a toda velocidad y un imponente coro masculino hace la canción mucho más épica. La Yamaha sube de volumen y tras otros 25 segundos más, la canción decrece con la introducción de un breve coro femenino y nos encontramos otra vez con los acordes del principio. Pero esta relajación no dura mucho y en el minuto 1:10 Norfolk cambia la Yamaha por su Fender Stratocaster mientras otro poderoso coro masculino nos anuncia lo que viene a continuación: La épica batalla entre las fuerzas terrestres y extraterrestres ha comenzado y entonces White entona la rítmica mientras Norfolk se pasa a la solista. No dejamos de oír sin embargo a Feather, que ahora ha cambiado su piano por un órgano Hammond.

Estamos ya en 1:25 y White comienza a cantar sin dejar de tocar la guitarra rítmica, mientras Feather silencia su órgano para reaparecer 10 segundos después con pequeños acordes de piano. En 1:45 la rítmica

de White desaparece y ahora podemos oír el bajo de Costa con meridiana claridad, mientras Norfolk agarra de nuevo la Yamaha y empieza a disparar notas que suben y bajan cada pocos segundos a lo largo de toda la escala musical. Pero en 2:05 la rítmica reaparece y la canción llega a su clímax con la Stratocaster y la Yamaha que no paran de sonar. Tres guitarras en el escenario y solo dos guitarristas... ¿Cómo lo hacen?

En 2:30, un poderosísimo solo de batería de Drake nos muestra a Norfolk tocando acordes distintos con su mano derecha y con su mano izquierda. Golpes de riff eléctricos y de órgano se suceden frenéticamente mientras otro épico coro masculino finaliza la canción a los tres minutos de empezarla.

La guerra espacial ha destrozado las dos flotas y fragmentos de metal y carne humana se desparraman en todas las direcciones por la negrura del espacio.

Y todo esto sucede mientras la pantalla ha dejado ya de estar en negro y se suceden frases anunciando lo que vamos a ver:

Cientos de naves de guerra esperan ansiosas a la aparición de la flota enemiga.

Los hombres permanecen rígidos en sus puestos. Algunos están temblando mientras otros sudan, aunque la temperatura dentro de la nave está bastante por debajo de cero grados. Otros rezan, otros murmuran frases absurdas inconscientemente, y otros vomitan.

El espacio esparce una negrura que se puede ver a través de las ventanillas, mientras que las estrellas se muestran como pequeños puntos de luz.

En la distancia, dentro de la gigantesca nave espacial, se pueden oír rugiendo suavemente los enormes motores de la estación de combate.

El Alto Mando estima que el 90% de la flota se perderá, incluso aunque se consiga la victoria. Aniquilación absoluta, sin embargo, si se produjera una derrota. El futuro de la Humanidad depende de esta batalla.

De repente, con un gran fogonazo de luz que ilumina toda la flota, aparecen las naves extraterrestres... Los hombres agarran firmemente sus mandos, y comienza la batalla.

Descomunal banda sonora para una descomunal película y que también se ha usado para el videojuego que saldrá en breve al mercado con escenas y caracteres tomados de la misma cinta.

Por gentileza de nuestros patrocinadores, se puede acceder a la versión instrumental de *Prelude* que se ha usado para el videojuego, pulsando aquí.

Igualmente, podemos a disposición de nuestros lectores la versión instrumental de la estupenda y elegante pieza *Deployment of the Fleet* con la variación efectuada para el videojuego y en la que la voz se ha sustituido por una guitarra sintetizada por vocoder, igual que en la pieza anterior. Se puede acceder a la misma pulsando aquí.

https://archive.org/download/thertonball/TheRigelWars-Prelude.mp3

https://archive.org/download/thertonball/TheRigelWars-DeploymentoftheFleet.mp3

Una casa en Southfields

El éxito que había cosechado el grupo con los tres últimos álbumes les hizo ganar mucho dinero, y fue entonces cuando Kai se compró una casa en el barrio de Southfields. Su madre declinó irse con él, y prefirió quedarse en Bromley, donde habían ido a vivir tras abandonar el piso que les ofreció Mariña, al comienzo de su estancia en Londres.

Cecilia ya tenía cierta amistad con las vecinas y prefirió quedarse en aquella barriada por estar más cerca de la agencia de viajes en la que trabajaba.

La nueva casa era grande y Kai convirtió el salón principal de la misma en un estudio de grabación. Cuando Paola lo vio se quedó horrorizada, pues además de diseñadora de modas también practicaba la decoración de interiores, y para ella aquello era «una barbaridad».

Pero a él le importaban poco aquellas «exquisiteces absurdas» que lo único que conseguían, según él, era arruinar espacios que podían ser productivos para otros menesteres. Kai siempre fue de la opinión que las cosas son bellas si son útiles, y una cosa inútil, es fea por naturaleza.

Nada más instalarse y como era de esperar, Rose comenzó a frecuentar la casa con asiduidad. Es más, lo hacía tan a menudo, que Kai al final le tuvo que dar una llave. Ella había convertido una de las habitaciones libres en la suya, y desde entonces apenas pisaba la casa de sus padres donde en teoría seguía viviendo.

Aunque eso no era nuevo para ella. Antes de que Adam se casara, los dos hermanos solían ir juntos desde su casa en dirección al estudio, cuando no estaban de gira. Pero cuando él se casó con Louise y se fueron al West End, ella prefería ir a los ensayos pasando antes por la casa de Kai en Bromley. Se quedaba a desayunar con Cecilia, mientras el otro se desperezaba. Sus noches de insomnio eran memorables y siendo un «ave nocturna», no se levantaba hasta bien entrado el día, aunque no saliera nunca de casa.

Pero cuando Kai se mudó a Southfields, y con la excusa de que el estudio estaba lejos de dónde vivían sus padres, le faltó tiempo para acomodarse en la planta de arriba de aquella mansión.

Aunque los dos compartían las tareas domésticas, era ella quien de alguna manera llevaba las riendas de todo, mientras Kai usaba extensivamente el estudio que se había construido. Rose se había convertido «de facto» en su mujer, hasta el punto de que todos pensaban que ya por fin se habían hecho novios.

Incluso Cecilia llegó a pensarlo. Ella también se dejaba caer por allí, y también tenía una llave, aunque solo la usaba para echar un vistazo a la casa mientras el grupo estaba fuera de la ciudad.

En aquella casa estaban un día «suegra» y «nuera», mientras Kai, Adam y Bill tocaban en la planta de abajo. A pesar de la insonorización que teóricamente tenía «el estudio», los atronadores sonidos que emitían los tres llegaban hasta la cocina y tuvieron que irse al jardín para poder hablar.

—¿Sabes, Cecilia? Cada vez se te nota menos el acento español.

—Gracias, Rose, tengo buena memoria y se me dan bien los idiomas, pero el acento es muy difícil de evitar.

—Es curioso, pero, Kai y tú lleváis el mismo tiempo en Inglaterra, y a él ya no se le nota nada. Cualquiera diría que ha nacido aquí…

—¡Ah!, bueno, dicen que eso es cuestión del «oído». A mí, por ejemplo, no se me da bien la música, no tengo oído para ella, y dicen que suele estar relacionado.

—¿No se te da bien la música?

—No mucho. Ya te digo que no tengo oído. El don musical que tiene Kai lo ha debido heredar de mis padres, supongo. Aunque yo creo que João debió aportar algo. A él también se le daban bien los idiomas y probablemente hubiera sido un buen músico, de no ser porque le gustaba más la electrónica.

—Claro, es eso. Pero, de todas formas, el poco acento que le quedaba a Kai cuando yo le conocí era diferente al tuyo…

—Él es portugués. Su padre es portugués y ha crecido en Portugal. A pesar de que habla conmigo en español, aquel es su principal idioma. Por eso el acento es diferente.

—Pero, hay una cosa que no entiendo, Cecilia… tú eres gallega, ¿no? Y los gallegos, ¿no tenéis un idioma propio?

—Sí, el gallego. Es un idioma más parecido al portugués que al español, pero no todos lo hablamos de forma habitual. Mi amiga Flavia, por ejemplo. Sus padres sí que lo hablaban como primer idioma, y ella es totalmente bilingüe. Bueno, ahora trilingüe, pues vive en Portugal. No es ese mi caso. Mis padres son de ciudad, y aunque todos entendemos y hablamos gallego, mi primer idioma es el español. Es el que se me da mejor, vaya.

—Claro, ahora lo entiendo… Pero entonces, ¿tú sabes cuatro idiomas? Es decir, español, gallego, portugués, y ahora inglés…

—Pues, sí. Nunca lo había pensado, pero es así. Quizá por eso no he tenido problemas al encontrar trabajo en las agencias de viajes… Aunque, a decir verdad, a los gallegos se nos da muy bien el portugués. Es más parecido a ese idioma que el castellano, y en muy poco tiempo me hice con él.

—Jo, Cecilia —dijo Rose—. Yo que solo sé hablar inglés… Por eso me pasó el otro día lo que me pasó en el despacho de Cornerstone.

—Y, ¿qué te pasó?

—Las secretarias, Cecilia... Me odian. No sé por qué, pero me odian.

—Pero, ¿cómo puede haber alguien que te odie a ti?, Rose.

—Las muy lagartas, Cecilia, ¡no sabes lo mal que me caen! Allí estaban las dos, pavoneándose delante de mí… en lugar de estar haciendo su trabajo… Así pasan luego las cosas que pasan… por eso nos ocurrió lo del accidente en Nueva York. Porque no hicieron bien su trabajo…

—Pero, ¿qué fue lo que pasó? Me refiero… con esas dos.

—Pues, lo que te estaba diciendo, el otro día acompañé a Kai a la oficina de Cornerstone. Él tenía que llevarle unos contratos que había estado revisando sobre las actuaciones que vamos a hacer en nuestro próximo disco, *Communications.* Era algo referente a las exclusivas o algo así. Yo me quedé fuera, pues no me agrada demasiado ese hombre, ya lo sabes. Y allí estaban las dos secretarias, mirándome de reojo… a saber lo que estarían diciendo de mí... ¡en francés! Pero cuando les interesaba bien que hablaban en inglés, las muy lagartas.

—Y... ¿Qué decían?

—Pues, decían cosas para humillarme, Cecilia, ¡para humillarme!... Compitiendo por ver cuál de ellas había estado más tiempo con Kai… «P*ues yo estuve con él tres noches seguidas en la primavera de 2008» «Pues yo te gano. Estuvimos juntos toda una semana durante la gira de Whirlpool…»* Las muy lagartas… ¡Claro! Como se piensan que estoy con él…

Al oír la última frase, Cecilia se incorporó y le preguntó:

—¡Ah! Pero… no… ¿No estáis juntos?

Entonces Rose suspiró y miró hacia el suelo. Tras unos instantes, y sin levantar los ojos, dijo con un hilo de voz:

—No.

—¡Mi querida Rose! —Cecilia la abrazó y la arrastró hacia así para darle a continuación un beso en la frente. Para ella fue todo un alivio comprobar que él no se había liado con ella a pesar de todo. A pesar de lo mucho que Cecilia también lo deseaba. En su recuerdo estaba lo que su hijo había hecho con Sharon, y aunque hacía ya mucho tiempo de eso, y no tendría por qué volver a pasar lo mismo, se tranquilizó bastante. Una ruptura así podría ser devastadora para aquella muchacha, y por ende para el grupo en su conjunto. Después de que se separaran un poco, le dijo:

—Bueno, no te preocupes por lo que digan esas dos. Son solo murmuraciones. Seguro que es mentira. Seguro que ninguna de las dos ha estado con él.

—No lo sé, Cecilia, no lo sé. Yo no estaba aún en el grupo por esa época y no le tenía tan controlado. Pero la verdad es que me da igual que sea verdad o que sea mentira, ¿sabes? ¡Me da igual! Lo que me fastidia es la mala intención de esas dos víboras… ¡Solo lo decían para fastidiarme!

La cara de la muchacha era todo un poema, y Cecilia intentó consolarla.

—Es envidia, Rose, pura envidia. Suponían que estabais juntos y por eso lo decían. Olvídalo y ya está.

—Pues, sí, ¡ya quisieran ellas! Ya quisieran, aunque solo fuera vivir con él... porque… dime Cecilia, tú que le conoces bien, ¿tú crees que yo tengo posibilidades? —Rose parecía no darse cuenta de que con quien hablaba no era una amiga o una hermana, sino la madre de Kai. Aun así, ella le contestó con total sinceridad:

—Claro que sí, Rose. ¡Claro que sí! Tú solo dale tiempo. No le agobies demasiado, y dale tiempo. Lo que pasa es que tiene miedo al compromiso. Eso es. Tiene miedo al compromiso, Rose. Lo que pasó con mi marido no solo me hizo daño a mí, sino también a él. En modo alguno quiere dañar a nadie como hizo su padre, y por eso rehúye cualquier relación. Por si luego no está a la altura, ¿lo entiendes? Quizá por miedo a la posibilidad de comportarse como él… Desde luego también es porque no ha encontrado a su pareja ideal. No se ha enamorado, me refiero.

—Ya —dijo la chica, con la cara muy triste.

—Oh, vamos Rose, no pierdas la esperanza por eso. Lo tuyo con Kai no ha sido amor a primera vista, eso es obvio. Bueno, en tu caso sí, yo me refiero a él. Pero eso no significa nada.

—¿Tú crees?

—No significa nada, Rose. El amor no tiene por qué ser a primera vista, sino que muchas veces nace de la convivencia, del cariño, del afecto, de cultivarlo con mimo durante mucho tiempo, para que al final crezca de forma resplandeciente. Y… ¿sabes qué? Ese es realmente el amor verdadero, el que dura para toda la vida.

—¡Ay, Cecilia! ¡No sabes la alegría que me das! —La muchacha se abrazó a la mujer y le comenzó a llenar de besos, con los ojos llenos de lágrimas.

Cecilia le correspondió y la abrazó igualmente, acariciándole la cabeza y la espalda. Tras un rato se separaron y Rose continuó:

—Pero entonces, ¿Kai nunca ha tenido novia?

—Sí, sí que tuvo —dijo ella, recordando a Sharon—. Pero las cosas no acabaron bien entre los dos —Cecilia no quiso revelar el verdadero motivo.

—Pero ¿qué fue lo que pasó exactamente?

—Bueno… yo no sé muy bien los detalles… no congeniaron bien… Eso se lo tienes que preguntar a él.

—¡Ja! A él… Cuando yo le hablo de esas cosas, siempre se burla de mí. Se escabulle como una anguila y se sale por la tangente. O me vacila, que es peor. ¿De verdad que no sabes nada?

A Cecilia le dio mucha lástima y le refirió algo de aquel asunto:

—Era una chica muy guapa. Estaba recién licenciada en medicina y trabajaba en el hospital St. Clements. Al principio a él le gustaba mucho, pero con el tiempo fue perdiendo interés. No tenían las mismas aficiones y no le caían bien sus amigos. Yo creo que no llegó a enamorarse lo suficiente. Sí, eso fue lo que pasó realmente, y por eso se terminó aquella relación. Nunca más ha vuelto a verla, que yo sepa.

Rose no perdía detalle y se consoló pensando que en su caso no se daban ninguna de las circunstancias que Cecilia acababa de mencionar, pues sus aficiones eran las mimas que las de Kai, y además sus amigos eran también los mismos. A continuación, le preguntó:

—¿Entonces, nunca ha estado enamorado?

—Sí que lo estuvo. Pero solo le duró tres días. Resultó que se había enamorado de su hermana…

—Jajá —se rio—. Esa historia ya me la sé. Y la verdad es que no es para menos. Hay que ver lo guapa que es Paola…

—¿La conoces?

—Sí, hemos estado con ella muchas veces. Muy guapa y muy simpática. Se parece a él, en cierto modo.

Cecilia no tenía nada en contra de Paola. Todo lo contrario. Pero se entristeció al oír lo que acababa de decir Rose. Por supuesto, la muchacha no lo había hecho con mala intención, y se recuperó enseguida.

—Pero dime, Cecilia, y sí, ya sé que eres su madre, pero por eso mismo eres quien le conoce mejor. ¿Tú crees que puede ocurrir… puede ocurrir que en algún momento él me deje de ver como una amiga… y se enamore de mí?

—¡Ay, Rose! Yo eso yo no lo puedo saber… aunque sea su madre y le conozca bien. Ninguna mujer puede saber lo que pasa por la cabeza de un hombre en una cuestión como esa. Él te quiere mucho… a su manera. Pero, aun así, sí, yo creo que tienes posibilidades. Tú solo dale tiempo. No desesperes y dale tiempo. Sin agobiarle demasiado, porque los hombres también necesitan su espacio personal, y Kai más que ningún otro. Tú dale tiempo…

Un paseo por el Thames Path

—Hola Kai, soy Helmut.

—¿Helmut?

—Helmut Murray, de Hazelnut.

A pesar de que las dos bandas no se llevaban bien, puesto que eran competencia directa la una de la otra, se habían visto obligadas a entenderse en más de una ocasión con motivo de la organización de giras y para no solaparse en ciertas ciudades.

—Oh, sí, claro, hemos hablado poco por teléfono y no te reconocía. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Verás, es un asunto delicado, y no quiero que quede ningún registro. ¿Estás en Londres?

—Sí —respondió el de Thertonball.

Kai estaba intrigado. «¿Qué será lo que me tiene que decir, que no puede ser por teléfono?» Aunque, por otra parte, le habían pasado tantas cosas en el mundo de la música que ya no se extrañaba de nada.

—Yo también estoy en Londres —corroboró el de Hazelnut—. Podríamos quedar en el Thames Path. Ya sabes dónde, ¿no? A esta hora no suele haber mucha gente. Solo corredores. Está anocheciendo y no creo que nos reconozcan. ¿En media hora?

—De acuerdo, allí estaré.

Kai llegó el primero. El lugar elegido era un sitio donde años atrás las dos bandas habían tenido un encuentro con músicos callejeros. Hacía tiempo que la policía ya no permitía las actuaciones musicales en aquel lugar, pues se formaban verdaderas mafias que cobraban a aquellos músicos por poder actuar durante solo unos minutos.

Al poco tiempo llegó Helmut, enfundado en un oscuro abrigo de pieles con una capucha del mismo material. Todo un gigantón de casi dos metros, verdadero paradigma del mundo del rock. Su padre era inglés, pero toda su familia tenía orígenes alemanes. Junto con Ruddy había constituido Hazelnut muchos años atrás, hasta que *la lucha de egos* casi destroza aquella banda.

Los dos se estrecharon la mano, y comenzaron a pasear el uno junto al otro. Tras comentar algunas de trivialidades del panorama musical, Helmut comenzó a relatarle la razón por la que quería verle.

—Verás, a pesar de nuestras diferencias y de lo que nos hemos hecho en el pasado, quiero que sepas que no se me olvida lo que pasó en el *California Jam*. Creo que te portaste como un caballero, y yo soy una persona agradecida.

—A mí no me habéis hecho nada, Helmut. Se lo hicisteis a Ruddy, no a mí. Y si te refieres a lo de Dasley, gracias a aquello entré yo en la banda, así que casi que fue un favor. Y respecto al California Jam, pues lo mismo. Podríamos habernos aprovechado de aquel error en la programación. Somos bandas rivales, y de hecho, eso es lo que me pedían casi todos mis compañeros. Pero lo apropiado en aquel momento era permitir que actuaseis vosotros después, incluso a costa de parecer nosotros los *teloneros*.

—Tu modestia te honra, Kai, y es un valor que no se prodiga mucho hoy en día; y menos en nuestra profesión. Aunque no viene al caso, te diré que no entiendo por qué no te haces con la titularidad del grupo. Otro en tu lugar ya lo habría hecho, pero tú sabrás por qué no lo haces —el de Hazelnut hizo un inciso y continuó—: el caso es que ahora te quiero devolver el favor.

—¿De qué se trata, Helmut? —Kai no hizo caso de los cumplidos y seguía a la defensiva. Estaba ansioso por conocer la razón de aquella cita.

—Verás, creo que estáis preparando una canción que se llama *Holy Wall.* ¿No es así?

—Sí... ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó Dasley.

—Pero... ¿Qué tiene que ver vuestro bajista con eso? Acaso es que…

—Escucha, escucha —le apaciguó—. Ya sabes que Ruddy y él siempre se han llevado bien…

—Sí, lo sé. Cuando no estamos de gira y estamos por aquí suelen quedar para irse juntos de copas. O mejor dicho, de borrachera. Pero hasta donde yo sé, él siempre ha sabido separar el trabajo de su amistad.

—Pues, eso. Dasley está totalmente alcoholizado, o peor, ya me entiendes. El caso es que el otro día se le escapó una cosa, que he comprobado que es verdad.

—¿Se le escapó a Dasley…? Y... ¿Qué es?

—*Holy Wall* es básicamente una canción nuestra que todavía no hemos publicado, pero que… ya está registrada —Helmut puso mucho énfasis en esa última expresión. —Dasley se la ha filtrado a Ruddy, sin que nosotros lo supiéramos, hasta que, como te digo, nos hemos enterado por casualidad —Kai estaba intentando asimilar lo que acababa de oír—. Si la publicáis vosotros, me temo que os denunciaremos por plagio.

—Sí, sí —siguió el de Hazelnut, ante la mirada convulsa de su interlocutor—. Ya sé que es difícil de probar y que él habrá hecho alguna modificación para que no se note demasiado. Pero no nos vamos a quedar parados, Kai. Tenemos muchas esperanzas puestas en ese tema y llegaremos hasta donde haga falta para defenderlo; y probablemente no quedaréis bien parados.

Los dos callaron por un momento. Kai suspiró y no dijo nada. Ciertamente era un asunto delicado y se tenía que tratar con cierto sigilo.

—Teníamos que habernos deshecho de Dasley hace tiempo y esto no hubiera pasado —agregó Helmut—. Pero el mal ya está hecho. De todas formas, no comenzaremos la temporada con él —sentenció—. De verdad que no te envidio, Kai —siguió, tras una pausa—. Sé que hoy por hoy estáis por delante de nosotros, pero solo pensar que tenéis que lidiar con Ruddy, y que lleváis tanto tiempo haciéndolo… me sirve de consuelo. Yo ya pasé por lo que ahora estás pasando tú, y mira como terminó. Al final la banda tendrá que elegir entre él y tú. Yo tuve suerte y me libré de él, creo que para bien, pero no sé si te pasará a ti lo mismo.

—Muchas gracias por el aviso, Helmut. No te preocupes, que no publicaremos nada. Desecharemos *Holy Wall.*

—Favor por favor, Kai.

El líder del grupo

Aunque el liderazgo de Kai sobre la banda era indiscutible, en los conciertos eran Adam y Ruddy quienes acaparaban todo el protagonismo. El primero, como cantante, ejercía de maestro de ceremonias durante las actuaciones. Presentaba al grupo, interaccionaba con el público, presentaba las canciones... Era él quien se relacionaba con la multitud invitándola a corear y a dar las palmas. Con su carisma y su arrollador entusiasmo se los llevaba a todos de calle, y solo se apagaba cuando aparecía Ruddy. Sus largos, frecuentes y espectaculares solos de guitarra eran una de las señales distintivas del grupo, y tan solo eran comparables a los también magníficos solos de batería de Bill.

En los directos, Kai pasaba a un discreto segundo plano, limitándose a ejercer su tarea de bajista, mientras vigilaba que sus compañeros realizasen bien su trabajo. Como si fuera un director de orquesta, le gustaba colocarse algo por delante de Arthur y de Adam, aunque solo fuera para que le vieran volverse hacia ellos al hacerlos alguna señal de cambio de tono o de escala, en el caso de que Ruddy, el verso suelto del grupo, se escapara demasiado lejos.

Tan solo suplantaba a Adam en su labor de presentador cuando visitaban algún país de habla hispana o portuguesa, donde entonces él asumía esa función.

Era por lo general una labor discreta, y cualquiera que no supiera todo lo que había detrás, pensaría que él era un miembro más al servicio de las dos estrellas visibles del grupo.

Pero lo cierto es que había mucho más detrás, y quizás demasiado en opinión de ciertas personas que no veían con buenos ojos un liderazgo que todos conocían más que de sobra. Las propias palabras de Helmut daban elocuencia de este hecho cuando le dijo «*no sé por qué no te has hecho con la titularidad del grupo*».

Porque el caso es que, igual que ocurrió en la banda de Helmut —en Hazelnut—, también esta vez en Thertonball se estaba gestando otra *guerra de egos* que estaba a punto de desmembrar la banda.

—Si no te conociera, pensaría que eso es mentira —contestó Adam, cuando conoció la noticia. Estaba estupefacto con lo que acaba de oír de labios de su amigo.

Kai había regresado a casa aquella noche con la cara demudada. Rose se lo notó enseguida y a pesar de que él no pensaba revelárselo hasta decírselo a todos al día siguiente, al final consiguió que se lo contara.

Aquella noche durmió bastante mal. Terminó de dormirse casi al amanecer y solo se despertó cuando Rose entró en su habitación y corrió las cortinas. Tras apenas desayunar, se apresuraron a ir al estudio con la intención de llegar antes que Ruddy y contarle a los demás lo que le había dicho Helmut.

Al llegar descubrieron que efectivamente Ruddy aún no había llegado, y procedió a relatar a sus compañeros los pormenores de su conversación con el líder de Hazelnut.

—Es esa zorra de Watts. Le tiene totalmente absorbido —dijo Adam, a continuación.

—¿Quién es Watts? —preguntó Bill. De todo el grupo era el último que se enteraba de las cosas.

—Carla Watts.

—¿La modelo? ¿Está con él? Pero… ¿no estaba con Dasley?

—Estaba con Dasley, pero ahora creemos que está con él. Creo que hasta va a tener un hijo suyo. Le está metiendo en la cabeza toda una serie de ideas contra nosotros.

—Pues, sí que estoy desfasado de noticias… Pero... ¿Qué tiene en contra nuestra?

Ahora fue Rose quien habló:

—Sobre todo, en contra de Kai. Desde que pasó lo del Cosmopolitan, no puede ni verle.

—¿Qué es eso del Cosmopolitan? —preguntó Bill. ¿El local en el que íbamos a tocar en Los Ángeles?

—Ese mismo. Kai convenció a Cornerstone para que no tocáramos allí, y en su lugar lo hiciéramos en el pabellón del Ayuntamiento.

—Sí, me acuerdo. Tenía mala acústica, ¿no?

—Pésima, Bill —dijo Kai.

—Vale, pero, ¿qué tiene que ver eso con la modelo?

—Ella se había comprometido con el dueño del local para que actuásemos allí. Tenía alguna deuda pendiente con él, pues es una pasarela de modas, o algo así. Y por tanto, Ruddy habló con Peter y así se fijó la actuación.

—Pero Kai —intervino Adam—, se preocupó de averiguar los valores de reverberación y eco de ese sitio, y resultó que eran… pésimos, como él dice. Se presentó en el despacho de Cornerstone con una hoja llena de números, y este, como es lógico, anuló la reserva y al final tocamos en el pabellón del Ayuntamiento. ¿No fue así, Kai?

—Sí, más o menos. Debería haber sido Peter quien tendría que haberse asegurado antes de eso, pero no fue así. Según me dijo, Ruddy estaba muy interesado en que se celebrase allí el concierto, y no se lo planteó. En fin…

—Pero —insistió Bill—, ¿cómo sabías tú que ese sitio tenía mala acústica? Quiero decir, sin ir allí. Creo recordar que ningún grupo había tocado antes en ese lugar.

—No me hace falta visitar un local y dar unas cuantas voces para saber si hay eco o no lo hay. Hablé con quienes lo construyeron, y me enteré de qué tipo de materiales se habían usado. Vamos, de qué estaban hechas las paredes, el suelo y el techo. Después, sabiendo la distribución del espacio, con unas simples fórmulas averigüé el dato que necesitaba.

—¿Con unas simples fórmulas? —el baterista no salía de su asombro.

—¡Claro, Bill! —replicó Rose—. ¿Te olvidas de que Kai es ingeniero de sonido?

—Ya, pero…

—Gracias a eso nos libramos de haber dado un concierto pésimo, como así lo hizo Hazelnut unos días después, creo.

—Sí —intervino Arthur—. La Crítica no tuvo piedad con ellos por haber elegido un sitio tan malo. Críticas de las que nos libramos nosotros, por cierto, y solo gracias a Kai.

—Me parece que lo entiendo —dijo Billy, tras rascarse la cabeza—. El caso es que Carla Watts, la novia de Ruddy, quedó mal ante el dueño del Cosmopolitan, y todo «por culpa» de Kai.

—Eso es —dijo Rose—. Y desde entonces, no hace más que azuzar a Ruddy contra él

—Y de lo del hijo, nosotros nos hemos enterado por causalidad —sentenció Arthur—. Ya sabes cómo es Ruddy. Solo se muestra abierto cuando estamos de gira. Aquí se vuelve una persona totalmente distinta, al menos últimamente.

Arthur tenía razón. Ruddy siempre había sido un tipo difícil de llevar, aunque ya se habían acostumbrado a él y más o menos lo sabían encauzar. Pero desde hacía un tiempo, se había vuelto mucho más arisco, más intratable y altivo. Y todo había ocurrido desde que salía con aquella mujer. O al menos, eso parecía. Y se había acelerado desde el incidente en Los Ángeles.

En ese momento entró el guitarrista en el estudio. Estaban grabando las últimas canciones del que sería su siguiente álbum, *Communications*. Notó el ambiente enrarecido y al ver que todos le miraban les preguntó:

—¿Qué os pasa, chicos? ¿Algún problema?

—No vamos a incluir *Holy Wall* en el álbum —dijo Kai con firmeza, y sin andarse por las ramas.

—¿Cómo? No os atreveréis… Es un tema buenísimo. Me ha costado mucho trabajo componerlo y… —Ruddy estaba totalmente a la defensiva y al ver que los otros no reaccionaban les amenazó—: ¿Acaso queréis que hablemos con Cornerstone?

—Ya…, un tema muy bueno…, demasiado bueno para ser tuyo, Ruddy —Kai nunca le hubiera hablado así a su guitarrista de no ser porque estaba francamente enfadado.

—¿Qué estás insinuando, payaso?

—Que le has copiado el tema a Hazelnut. Simplemente —el bajista conservó la serenidad y no quiso entrar al trapo—. ¿Quieres que te lo repita otra vez?

El otro se vio acorralado y descubierto, y comenzó a perder los nervios:

—¡Yo no he copiado nada de nadie! Simplemente estuve con Dasley y le oí tararear la canción. Me enseñó una *demo* que había grabado él y me pidió su opinión. ¡Nada más! ¡Solo me dio la idea! *Holy Wall* es un tema completamente distinto, y mío.

—Pues, eso no es lo que piensan en Hazelnut. Nos han amenazado con demandarnos si la publicamos.

—Pero, ¿y tú como sabes eso? Acaso has hablado con…

—No insistas más, Rud. No lo vamos a publicar. Todos estamos de acuerdo —le dijo Adam, con la misma firmeza.

—¿De acuerdo en qué? ¿En *hacerme la cama*? —el guitarrista soltó la chaqueta que llevaba en la mano y la estampó furiosamente contra el suelo.

—Si esa canción se publica, yo no pienso formar parte de esto —sentenció Kai—. Aunque la registres a tu nombre, sabes que, si nos demandan, el escándalo salpicará a todo el grupo. Nuestro prestigio…

—¡Qué prestigio! ¡Mí, prestigio! ¡El grupo es mío! —a Ruddy le salían chispas de los ojos y añadió—: y si tú no quieres formar parte de esto, ¡ya te estás largando! Nadie te retiene aquí.

—No, Ruddy, no digas eso —imploró Rose, sujetándole de la manga. Pero él se la quitó de encima con un gesto de absoluto desprecio:

—Tú cállate, enana, que nadie te ha dado vela en este entierro. ¿O es que tienes miedo de que *tu novio* se quede sin trabajo?

Adam no estaba dispuesto a tolerar aquel menosprecio hacia su hermana, pero se le adelantó Kai. Este saltó como un resorte y se abalanzó contra el guitarrista sujetándole de las solapas:

—No te consiento que le hables así a Rose. ¡Me entiendes! ¡Eh! ¡Me entiendes, idiota!

Ruddy se soltó bruscamente y le espetó:

—¡Estás despedido, Kai! ¡Estás despedido! ¿Me oyes? ¡Despedido! ¡Aquí no te necesitamos! Nos las bastamos solos, ¿sabes? ¡No te necesitamos! ¡Yo soy el líder del grupo! ¿Me oyes? ¿Quién te crees que eres tú? ¡Tú trabajas para mí!

Pero el otro no se amilanó:

—¿Ah sí? ¿Me despides? Y, entonces, ¿quién te va a escribir las canciones ahora? ¿Eh, líder? ¿Las vas a escribir tú? —le clavó la mirada—. ¿O se las va a plagiar a Hazelnut?

Ruddy ya no se pudo contener y le propinó un puñetazo que le hizo perder el equilibrio y Kai cayó sobre la batería de Bill formando un gran estruendo. Pero en menos de un segundo se puso de pie y se abalanzó sobre él sin que los demás pudieran impedirlo.

Le devolvió el puñetazo y este le agarró de la camisa para darle otro, pero lo esquivó y los dos cayeron de nuevo sobre la batería que acabó de romperse del todo.

Tras una buena refriega, por fin entre Arthur y Bill les consiguieron separar, aunque a duras penas. Los dos se pusieron de pie, tocándose cada uno sus heridas, mientras Rose ya estaba sobre Kai intentando contener la hemorragia que tenía en su pómulo izquierdo con la manga de su blusa. Inmediatamente, Ruddy se dio la vuelta, recogió su chaqueta del suelo y se marchó, deprisa.

El bloqueo

Nadie dijo nada durante un buen rato, salvo Rose, que no paraba de interesarse por Kai. Su pómulo estaba sangrando y se quejaba de un dolor en el costado, justo en el lugar donde tuvo el accidente. Finalmente, Adam habló:

—Tendríamos que haber largado a este imbécil hace mucho tiempo. Tendríamos que haber renegociado la propiedad del grupo. ¡Joder! Es de chiste que tú y Bill no tengáis ninguna participación. Sobre todo tú que…

—La culpa no es tuya —interrumpió Kai—. Yo acepté aquellas condiciones encantado. Recuérdalo. Y nunca tuve intención de renegociar nada. Eso es más del estilo de Ruddy.

Arthur asentía con la cabeza a lo que decía su compañero. Adam seguía enormemente enfadado con lo que había pasado y replicó:

—Sí, ya, pero ha pasado mucho tiempo desde aquel día en el estudio de Parker. Tú acababas de llegar. ¡Eras un desconocido! Pero ahora…

—Tú eres el alma de esta banda y sin ti no somos nada —dijo Louise, que habló por primera vez—. No vamos a renunciar a ti, Kai.

—Y sabes que no puede echarte —añadió Adam—. Él no es el dueño del grupo; solo tiene el 50%, y Arthur y yo tenemos el resto. No puede tomar ninguna decisión si no es por mayoría. Así que tú, te quedas. No faltaría más. Si no está conforme, que se vaya él.

—Él no se irá, Adam. —le replicó Arthur—. Esto no es Hazelnut. Allí él estaba en minoría, pero aquí es diferente. Aunque solo tenga la mitad, es capaz de bloquear cualquier decisión. Como tú muy bien dices, las decisiones se toman por mayoría. Y si él no quiere, ni se saca un álbum, ni se hace un concierto, ni se hace nada.

—Pues, deshacemos el grupo. Formamos uno nuevo y contratamos a un guitarrista. Creo que Ayers está libre. Ya sabéis, Lawrence Ayers, el americano. Quien sustituyó a Ruddy en Hazelnut. Puede sustituir a Ruddy perfectamente aquí —sugirió Adam, que seguía estando fuera de sí.

—Opino lo mismo —dijo el baterista—. No necesitamos a Ruddy. Y más después de lo que nos ha hecho. Nos la puede volver a jugar en cualquier momento con otra cosa. Es mejor hacer un grupo nuevo y…

—Eso son palabras mayores, Bill —le interrumpió Kai, mientras sostenía un pañuelo sobre su pómulo—. No sabes lo que estás diciendo. Es muy complicado. Además, tenemos contrato con la discográfica y compromisos para dos álbumes más; y si renunciamos tendríamos que pagar fuertes indemnizaciones. Lo mejor es que me vaya yo.

—¡No! —gritó Rose—. Kai, escúchame. Tú siempre has dicho que Cornerstone, como albacea, puede arreglar un desacuerdo. Que tiene un voto de calidad o algo así. ¿Por qué no hablas con él? Estoy segura de que se va a quedar contigo.

—Rose tiene razón, Kai. Si todos estamos junto a ti, no va a tener más remedio que aceptar.

—¡Qué poco conocéis a Cornerstone! Yo os digo que se quedará con él —afirmó el aludido— No pienso hablar con él nada más que para decirle que me voy. No hay otra alternativa.

—Kai, por favor —imploró Rose, poniendo sus delgados bracillos sobre el pecho de este—. Inténtalo al menos, por favor.

—No servirá de nada.

—Por favor…

Tienes que elegir entre él y yo

—Esto tenía que pasar, Peter. He aguantado muchos años, pero la paciencia tiene un límite.

Kai se encontraba reunido con Cornerstone en su despacho de la torre Gherkin. Llevaba puesta una tirita sobre su pómulo izquierdo, que todavía estaba algo hinchado. Al parecer, Ruddy aún no había hablado con él y por tanto no sabía nada. Quería ser él quien le informase de primera mano por si el otro no le contaba las cosas tal y como habían ocurrido. Tenía claro que el mánager debería elegir con cuál de los dos se quedaba, aunque Kai prefirió no decirle que todos los demás estaban de su parte. Si al final optaba por Ruddy, como suponía, no sería bueno para la banda que se supiera eso.

—Vamos Kai, tú siempre le has sabido manejar. Al final siempre te sales con la tuya, y lo sabes.

—Ya, pero es que ya estoy harto de su chulería, de sus desplantes, de sus bravuconadas… Aunque al final siempre se queda en nada, como tú dices, pero todo tiene un límite. Adam y yo hemos aguantado todo este tiempo y lo hemos ido sobrellevando entre los dos. Pero últimamente está mucho más intratable, y ayer llegó al estudio con un talante absolutamente despreciable. Se metió con Rose y…

—Sí, ya me has contado. La situación se os fue de las manos, y nunca mejor dicho.

Los dos se callaron y tras unos segundos de vacilación le soltó lo que le había venido a decir:

—Tienes que elegir entre él y yo.

El mánager suspiró y se echó hacia atrás en el sillón. Después miró hacia la ventana durante unos segundos y a continuación se volvió y le dijo:

—Hace doce años, cuando fundamos el grupo, siempre pensé que este momento iba a llegar. Fue más o menos por esta época del año cuando estuve con Adam por primera vez en este despacho, en el mismo sitio en que estás tú ahora. Y siempre pensé que sería él quien iba a venir a decirme esto mismo que me acabas de decir —*tienes que elegir entre él y yo*—. Justo las mismas palabras que tú has dicho. También en parte porque pensé —antes de conocerte a ti— que quien tendría el talento en este grupo sería él.

—Adam es un músico indispensable en la banda. No se concebiría Thertonball sin él.

—Sin duda. Pero mira, si en lugar de ti hubiera venido Arthur o Bill, diciendo que se va, yo le hubiera estrechado la mano y le hubiera dicho algo así como "siento mucho que te vayas, pero entiendo que, si es lo que tú quieres, pues espero que te vaya muy bien en el futuro". O algo así. Les hubiera dicho algo parecido a cualquiera de los dos, y a continuación hubiera levantado el teléfono para hacer algunas llamadas y buscar sustitutos. Hubiera hecho eso con cualquiera de los dos, pero no contigo. Porque el caso es que yo no me puedo permitir que tú te vayas.

—Vamos, Peter. Nadie es imprescindible en ningún sitio.

—Mira Kai… —le miró fijamente a los ojos—. Tú eres el músico con más talento que yo he conocido. Y eso que este viejo que tienes delante de ti ha conocido a muchos. A muchísimos. Pero también Ruddy es un genio, a su manera. Al público le gusta verle improvisar en el escenario. Le gusta oír sus solos magistrales, le gusta escuchar los primeros acordes de *Big Clash* y corear la letra de *Relentless*. Y todo eso te lo debe a ti, claro está. No hay nada mejor

en el mundo del rock que una canción escrita por ti e interpretada por él. Sois un dúo magistral en este siglo XXI, como lo fueron Jagger y Richards, Lennon y McCartney o Gillan y Blackmore en el siglo XX.

—Sí, pero acuérdate de lo que pasó con esos dos últimos en Deep Purple. Blackmore —el guitarrista— se marchó y lo que todo el mundo pensó que iba a ser el final de la banda, al final no ocurrió porque Morse lo suplantó con solvencia. Y con la diferencia de que, en ese caso, Blackmore era el compositor, y en nuestro caso el compositor se queda. Si contratamos a Ayers en su lugar, podríamos seguir como si nada. Es la única forma de que yo me quede.

—Sí, Kai, pero Blackmore era un tipo que caía muy mal a todo el mundo. Acuérdate, además, de que intentaron echar a Gillan por insistencia suya, y al final los fans le obligaron a desistir.

—Eso es cierto.

—Verás, —se sinceró el mánager—, como te digo, esta situación la he visto venir desde hacía mucho tiempo. Casi desde que Ruddy vino a verme tras irse de Hazelnut. Pero confié en Adam, y después en ti para que pudierais controlarlo. Y ciertamente mis expectativas se han visto cumplidas, pues habéis durado más tiempo del que yo pensaba. Pero siempre he temido que llegase este momento, pues no quería plantearme cuál sería mi decisión.

—Pues, es el momento de tomarla, Peter. Él no me quiere a mí, y yo no le quiero a él. Al menos no le quiero como es ahora mismo. Estoy harto, ¿sabes? ¡Harto! Y lo que acaba de ocurrir ha sido la gota que ha colmado el vaso. Siempre ha sido difícil de llevar, ya lo sabes. Pero últimamente no es que sea difícil, es que es imposible.

—Kai, sin ti el grupo se hunde..., pero sin Ruddy también. Déjame al menos elegir cuál es la opción menos mala.

—Y la menos mala es que yo me vaya. ¿Verdad?

El viejo se le quedó mirando durante unos segundos y luego le dijo:

—No. La menos mala es que os quedéis los dos. Tú dices que él no te quiere a ti. Pero yo creo que podría hacerle cambiar de opinión. ¿O es que tú te quieres ir de todas maneras? Me refiero, si él hiciera las paces contigo…

—Yo no me quiero ir Peter, ya lo sabes. De hecho, yo he seguido «aguantándole» sin rechistar a pesar de todo. Es él quien quiere que yo me vaya.

—Pues, por eso te lo decía. Sabes que al final siempre vuelve…

—Ya, pero eso era antes. Al parecer ahora está con esa mujer… con Carla.

—¿Qué tiene que ver Carla en esto? —el mánager ahora estaba un poco descolocado.

—No lo sé, Peter. Es todo muy raro. Dicen que le pone en contra de nosotros, que intenta destrozar el grupo… yo qué sé. Solo sé que él ya no es el mismo de antes.

—Habladurías, Kai, habladurías. Déjame que lo intente al menos.

Resultó ser demasiado bueno

Melody Maker magazine, March 1st, 2016.

—Vamos a entrevistar a Richard Dasley, bajista de Hazelnut. Como todos nuestros lectores saben, también estuvo durante unos meses en Thertonball. ¿En qué época estuviste con la banda, Rick?

—Yo fui su primer bajista. Ruddy era amigo mío y cuando se enemistó con Helmut, yo elegí irme con él. Pero cuestiones legales de mi contrato con Hazelnut, me retuvieron en la banda hasta que se solucionaron. Fue entonces cuando preparamos Dark Matter, y estábamos listos para realizar un concierto de presentación previo al lanzamiento del álbum. Pero antes de eso volví a Hazelnut.

—¿Por qué?

—Me quedaba un año de contrato con ellos, con Hazelnut; pero había una cláusula que me ligaba a Ruddy, y como él se había marchado, en principio yo era libre. Ellos interpretaban de otra manera aquella cláusula y me decían que no podía irme. Me exigieron una indemnización si me quería marchar. Entonces consulté a unos abogados y me dieron la razón. Por eso me fui a Thertonball. Pero entonces ellos me demandaron, y al final resulté perdedor. No estaba dispuesto a pagar una indemnización semejante y por eso volví con Hazelnut.

«La idea era que Ruddy eligiera un bajista de transición para el grupo, mientras que yo terminaba mi año de contrato allí. Esto no lo sabía nadie en la banda, ni siquiera Cornerstone. El problema fue que Costa resultó ser demasiado bueno».

—Así que te quedaste definitivamente en Hazelnut. ¿Cómo te recibieron después de lo que les habías hecho? Me refiero, por todo el asunto de las demandas y todo eso.

—Cuando volví a Hazelnut, lógicamente Helmut no me trataba en absoluto. Yo me había ido con el bando perdedor y eso no se me perdonaba. Sin embargo, con los demás nunca tuve problemas. En la trifulca que tuvieron entre los dos, muchos estaban de nuestra parte, quiero decir de la parte de Ruddy y se hubieran querido ir con él y conmigo. Pero eso hubiera dejado a Helmut en franca desventaja. Aceptarme a mí fue una solución de compromiso para todos y al final todo se quedó en nada. Somos profesionales, al fin y al cabo.

—¿Cómo veíais el éxito de Thertonball desde Hazelnut? ¿Algún rencor?

—No por mi parte, desde luego. Pero me consta que Helmut lo llevaba mal. Se consolaba pensando que ese éxito no era debido a Ruddy, sino principalmente al resto del grupo. Especialmente a Costa. Siempre se preguntó —incluso yo me lo he preguntado muchas veces— por qué no exigió una mayor participación en la banda. Limitarse solo a los royalties por las canciones que escribía, más el exiguo porcentaje de las ventas, le privaba de una gran cantidad de dinero que se llevaban los demás, y especialmente Ruddy.

—¿Qué influencias tuvo Cornerstone en todo el asunto?

—El éxito de Hazelnut siempre se debió a Helmut, eso está claro. Pero también he de decir que nuestro mánager no tiene la habilidad para conseguir contratos y conciertos que tiene Peter Cornerstone. Esa estrategia publicitaria es vital en la industria de la música hoy en día, pues ya no es tan importante la venta de discos y merchandising, debido a la piratería. Aunque desde luego, sin unos buenos temas que interpretar, los estadios no se llenan, desde luego, por mucho marketing que se haga. En el mundo del pop es diferente, pues el público va a ver a una

estrella y les da igual lo que cante o incluso si canta bien. Les importa solo ver a una cara o a unas caras bonitas. Pero eso no ocurre en el mundo del rock, lógicamente. Y ahí es donde juega un papel muy importante la calidad de las composiciones y la de los músicos que las interpretan. En Hazelnut ambas cosas son buenas, pero he de reconocer que en Thertonball son mejores.

Entradas para el teatro

—Hola, Kai, ¿puedes hablar ahora?

Cornerstone estaba llamando al teléfono móvil de Kai, y este se extrañó. Normalmente le escribía un mensaje de texto o de voz para concretar una cita en persona.

—Sí, Peter. Estoy en casa.

—Verás, acabo de hablar con Ruddy. Le he estado comentando lo que hablamos ayer y me ha dicho…

Inmediatamente Kai se preocupó. El hecho de que comenzara a relatarle, y por teléfono, el resultado de aquella reunión, no parecía presagiar nada bueno. Y no solo por el hecho de recibir una respuesta negativa, que ya la preveía, sino porque podría esconder alguna otra cosa que el mánager no quería decirle en persona.

—… y me ha dicho que no. Y mira que lo he intentado, de verdad. Te quiere fuera, sin condiciones.

—Peter, no creo que sea conveniente que esto lo hablemos por teléfono.

Desde la invención de los *smartphones*, y su capacidad de grabar conversaciones fácilmente, nadie se atrevía a decir cosas importantes por ese medio. No era la primera vez que la prensa había conseguido filtraciones de otras bandas u otros artistas mediante el chantaje a personas del entorno de los afectados, o mediante la implantación de virus en los aparatos.

—Tienes razón, Kai. ¿Puedes venir ahora a mi despacho?

—Sí, claro, voy ahora mismo.

Se levantó y se fue a recoger la chaqueta para irse a la torre Gherkin, pero lo pensó mejor y se dispuso a terminar de componer la canción que estaba escribiendo. Quería hacerse de rogar. Siguió con la partitura, pero no dejaba de pensar en la llamada que acababa de recibir, y lo tuvo que dejar. Así que, apagó el ordenador, se levantó de la mesa y se puso la chaqueta para marcharse.

Rose salía de la ducha en ese momento y cuando le vio dispuesto a salir, le dijo:

—¿Dónde vas? Te recuerdo que esta noche tenemos entradas para el teatro… Ya sabes que mi hermano y Louise se impacientan cuando llegamos tarde.

—Me temo que no voy a poder ir, Rose. Me acaba de llamar Peter para hablar del tema de Ruddy.

A la chica le cambió el semblante cuando oyó lo que le acababa de decir. Y más cuando oyó lo que vino después:

—No ha podido convencerle, y me quieren fuera del grupo —le soltó, sin prever la reacción que tendría a continuación.

Porque aquellas palabras le cayeron como un jarro de agua fría y se quedó si cabe, más pálida de lo que ya era de por sí. Le dio un vuelco el corazón y comenzó a llorar desconsoladamente. Le empezaron a temblar las piernas y se le cayó al suelo la toalla que le cubría su cuerpo todavía húmedo. Él la recogió del suelo y le volvió a arropar con la misma. Abrazó a la muchacha y la llevó junto al sofá, donde se sentó a su lado:

—Vamos, *pelusilla*, no es el fin de mundo. Haremos lo que habíamos previsto y todo se arreglará… Venga, deja de llorar, que no es para tanto.

Él intentaba consolarla, pero era inútil. Ella apenas era capaz de articular palabra, y más con el hipo que sobrevino a continuación. Después de un buen rato, se serenó un poco y le dijo:

—No me gusta ese plan, Kai. ¡No me gusta nada! ¿Y si no vuelves más?

—Pues, buscáis a alguien para sustituirme. Por ahí hay muchos músicos mejores que yo.

—Mejores que tú, no.

—Mejores que yo —insistió—. Lo que ocurre es que yo tuve la suerte de estar en el momento preciso y en el lugar adecuado. Bueno, no sé si la suerte o la desgracia, porque yo lo que quería era ser productor musical. Desde luego, si yo llego a saber todo esto, le hubiera dicho que no a tu hermano cuando vino a buscarme a la tienda de Hunter.

—No digas eso, Kai. ¡Fue suerte! ¡Suerte! Al menos la suerte que yo tuve al conocerte a ti…

Él sonrió ligeramente y la acarició en la mejilla. Después dijo:

—Me tengo que marchar, Rose. No quiero que me vuelva a llamar, y ya es un poco tarde. Tú vete con ellos al teatro y diviértete.

A continuación, recogió la chaqueta del perchero donde la había vuelto a dejar, y se dirigió hacia las escaleras con destino a la puerta de salida.

Rose se quedó oyendo sus pasos mientras bajaba los peldaños, para después escuchar la puerta cerrarse. Después miró al pequeño sofá de dos plazas en el que habían estado sentados. Como aquella casa no tenía salón, pues había sido sustituido por un estudio, habían habilitado una de las habitaciones como «cuarto de estar». Pero la estancia era pequeña y solo cabía un sofá de dos plazas, que además estaba tan próximo al televisor que su hermano cuando les visitaba tenía que verlo desde una butaca situada en el borde de la puerta. Tenían pensado ampliarlo, anexándolo a la habitación contigua que no se usaba, pero aún no les había dado tiempo. Al final siempre acababan todos en la cocina, que era después del salón, la zona más espaciosa.

Ella no sabía por qué se había puesto a pensar en el sofá y en el salón en ese momento. Tonterías, desde luego, con lo que tenían encima. Seguro que era para huir de una realidad a la que ella no quería enfrentarse de ninguna de las maneras. Pensó entonces que le tenía que haber acompañado. Que tenía que haberse ido con él a ver al mánager. Y, de hecho, lo consideró cuando él bajaba. Estuvo a punto de llamarle para decirle que aguardase a que se vistiera y le acompañase. Pero no le apetecía lo más mínimo acercarse de nuevo a las dos «lagartas» y encima para recibir malas noticias.

Por fin se levantó del sofá, se puso un pijama y se acostó tras llamar a su hermano y ponerle una excusa. Pero no se pudo dormir, pues sus ansiedades la torturaron durante toda la noche.

Derechos de autor

Era la última hora de la tarde cuando llegó, y en su oficina ya no quedaba nadie de su gabinete. Se ve que le estuvo esperando sin hacer nada. Probablemente tuvo que anular todos los compromisos de aquella tarde.

—Así que te dijo eso, ¿eh?

—Tenías razón en que ya no es el mismo. Estaba fuera de sí y exigía tu marcha incondicionalmente. De verdad que me costó reconocerle. Empiezo a pensar que Carla tiene algo que ver con esto, como bien apuntabas.

—No sé si tendrá que ver o no, Peter, pero sí te digo que desde que está con ella se ha vuelto muy impertinente. Muy altivo y muy egoísta.

—Eso ya lo era antes —intentó justificar el mánager.

—Ahora más. Ya no transige con nada y critica todo lo que hago. De verdad que este último álbum ha sido toda una tortura.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, ya sabes cómo trabajamos. Yo presento una canción y los demás la intentan tocar aplicando cada uno su estilo. Normalmente Ruddy improvisa alguna variación y eso está bien, pues le aporta una nota de color a los temas de manera que nunca suenan igual. Y eso le gusta al público, ya lo sabes. A mí no tanto, pero bueno, uno no puede pretender que los demás hagan siempre lo que uno quiere. Pero el caso es que ya no acepta que las cosas se hagan así. Ahora quiere suprimir pasajes completos y añadir otros, que la verdad, destrozan las canciones. No sé si lo hace a propósito, o es que no se da cuenta de ello.

—Bueno, Ruddy siempre ha sido así. ¿Verdad? Un rebelde… Pero al final siempre hace lo que tú quieres, ¿no es así?

—Sí, claro, porque le hago comprender que sus ideas no tienen ningún sentido, o que no encajan en el esquema general de un álbum o de una canción. Si estás en una banda de jazz, puede pasar, pero no en el rock. Aquí somos más exigentes —Cornerstone asintió y el otro siguió—: Y él normalmente lo aceptaba, Peter, ya lo sabes. Pero ahora insiste demasiado, y solo gracias a la ayuda de los demás se aviene y conseguimos que entre en razón.

—Es muy extraño —siguió Kai—. Él nunca se ha preocupado de componer nada. Salvo al principio, ya sabes. Pero desde que yo asumí esa función, él lo había aceptado sin problemas. Se dedicaba a vivir su vida privada y solo acudía al estudio a ver qué le habíamos preparado. Se lo aprendía y no se preocupaba de nada más; con sus improvisaciones tiene suficiente. Él vive para la popularidad, los conciertos, las aclamaciones del público, la fama… ya sabes. Respecto a lo de componer, él se desentiende y nunca ha puesto pegas a que yo haga el trabajo. Al contrario, está agradecido de que yo haga esa labor.

—Sí, ya lo sé. Prefiere no invertir tiempo en ello y así estar más libre para lo suyo. Además, como tú bien dices, no es tonto y sabe que la musa le abandonó hace ya mucho tiempo.

—Sí, pero como te digo, eso era antes... Verás, —siguió—, un día trajo un par de *riffs* que se le habían ocurrido, e intentó construir algo alrededor de esa idea. A mí no me hubiera importado incorporar aquello, pero Adam le comenzó a increpar. Le decía que con eso no íbamos a ninguna parte; que eran muy flojos y que teníamos otras cosas mejores que publicar.

Bueno, pues ¡no veas cómo se puso! Empezó a insistir y a insistir, pero los otros se cerraron en banda y no prosperó. Menos mal. Porque si lo que quiere es tener una banda de jazz, pues que se busque a otros músicos y lo intente. Eso sí, que luego no se queje si tiene que actuar en recintos más reducidos y ganar menos dinero —el mánager asintió de nuevo—. Y fue a partir de ahí cuando trajo «*Holy Wall*».

—¿Qué pasa con *Holy Wall*? —preguntó Cornerstone con cautela.

Kai suspiró. En su desahogo se le había escapado decir aquello.

—No te lo pensaba decir, pero creo que te ibas a enterar de todas maneras—. A continuación, le contó lo del plagio.

Tras recibir la noticia, Cornerstone se levantó y no dijo nada. Se dio la vuelta y se puso a mirar por la ventana, con las manos en los bolsillos. Tras un rato, se volvió y le miró fijamente:

—Eso es muy grave, Kai. ¿Estás seguro de ello?

—Completamente. Me lo contó el propio Helmut. Esa canción no es una mera idea que le dio Dasley, como él quiere hacernos creer.

—Pues, has hecho muy bien en decírmelo —el mánager se volvió a sentar y se tranquilizó un poco—. No te preocupes que no se publicará. Y a partir de ahora le vigilaré más de cerca.

—Más te vale, Peter. Más te vale. Si lo volviera a hacer podríamos tener un grave problema de reputación. Y no te oculto que esa es una de las razones por las que yo no puedo seguir con él —Kai hizo una pausa—. Y ahora dime por qué no querías contarme esto en persona.

—No se te escapa una, eh… Bueno, voy a ser sincero contigo. Tú mismo has empezado a hablar de reputación, y de eso se trata. Aunque tú no estés en la banda, tu nombre estará siempre unido a Thertonball y por tanto cuanto más grande sea la fama del grupo, más grande también será tu futuro en los proyectos en los que te integres o en lo que hagas. Eso lo entiendes, ¿no?

—Claro que lo entiendo, y me parece que ya sé por dónde vas.

—Para bien o para mal —siguió Cornerstone—, la inmensa mayoría de los temas de Thertonball los has escrito tú, y por tanto están registrados a tu nombre.

—Yo creo que es para bien, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto. El grupo no hubiera llegado a donde está sin ti…. —«ni tú serías tan rico», pensó Kai. —Pero ese es también el problema que ahora mismo tenemos sobre la mesa. Es decir, la banda no puede tocar ninguno de esos temas en ningún concierto si tú no estás con ellos. Y ahora que ya no estás…

—Necesitáis mi consentimiento.

—Es por el bien de todos, Kai, ya te lo he dicho. El grupo puede funcionar a partir de ahora con los nuevos temas que escriban, pero el público en los conciertos pide los temas clásicos. Ya sabes, Big Clash, Whirlpool, Tournament, Relentless, Crystal Dolly, en fin…

—Sobre todo ahora mismo que no tienen ninguno propio del que echar mano y las giras están ya contratadas —apuntó el otro.

—Exactamente. —Cornerstone suspiró y le dijo:

—Mira Kai, tu marcha es un grave fracaso para mí y para la banda. Sinceramente creo que nada volverá a ser como antes y que en poco tiempo el grupo se disolverá… si no hay algún arreglo entre tú y Ruddy. Pero hoy por hoy es lo que hay, y tenemos que hacer algo. Ahí afuera hay muchos grupos nuevos con gran calidad, pisándonos los talones. Y si ahora aflojamos nos superarán tarde o temprano. Y si los conciertos de Thertonball son anodinos porque las canciones son anodinas, la gente dejará de ir a vernos y nuestra popularidad se derribará. No podemos estar sosteniéndonos eternamente con un sinfín de solos de guitarra de Ruddy, por muy vistosos que sean. Una banda es mucho más que eso y se necesitan canciones buenas. No solo alardes guitarreros.

—Todo eso ya lo sé, Peter. Me pregunto si él también lo sabe.

El mánager se echó de nuevo hacia atrás en su sillón y se puso las manos detrás de la nuca, volviendo a suspirar.

—Sinceramente, yo ya no sé lo que sabe ni lo que no sabe. Solo sé que lo que te propongo es lo mejor para todos. Debemos mantener vivo el nombre del grupo y tú permitir que se toquen tus temas en los conciertos. Mi esperanza está en que algún día os reconciliéis y todo vuelva a la normalidad… antes de que sea demasiado tarde.

Los dos se quedaron mirándose por unos momentos antes de que Kai dijera:

—Está bien Peter, tenéis mi consentimiento… —le dijo tras una pausa, para concluir—: Pero tiene que ser él quien me lo pida.

Cornerstone sonrió con complicidad, se levantó, le dio un par de palmadas sobre el hombro, y no dijo nada más.

Rumores de separación

Revista Rolling Stone. Edición quincenal - 1 de octubre de 2016.

Algo no va bien dentro de Thertonball, y los rumores de separación son cada vez mayores.

Todos conocemos el carácter irascible y la arrogancia de su principal guitarrista, el londinense Ruddy Norfolk, y que fue la causa de su marcha de Hazelnut hace ya algunos años. La guerra de egos con Helmut Murray a punto estuvo de terminar con la banda, pues el grupo estaba dividido en dos facciones partidarias de cada uno de los líderes. El bajista Dasley hizo piña con Norfolk y los dos se fugaron; contrataron a Cornerstone para que les buscase una banda de músicos novatos dispuestos a plegarse a sus órdenes sin rechistar, y así fue como arrancó Thertonball.

Pero resultó que los músicos, aunque novatos, también eran geniales y con el tiempo comenzaron las desavenencias.

Gracias a que el *buscabroncas* Dasley volvió a Hazelnut antes incluso de arrancar, Norfolk perdió parte de su fuerza y estuvo calmadito durante un tiempo.

Pero ahora, según se dice, hay alguien en el entorno privado del guitarrista que está azuzando las desavenencias con la banda. Unas desavenencias que, aunque soterradas, siempre han estado ahí.

Aunque aquí no hay pugna de egos al estilo de lo que ocurría en Hazelnut (de hecho, el carismático y fantástico vocalista Adam White apenas le hace sombra), lo cierto es que Norfolk está cada vez más descontento con la política de dominio que el bajista Kai Costa lleva imponiendo sobre la banda desde hace tiempo. Una política que, por otra parte, es la responsable del inmenso éxito que la banda ha cosechado en los últimos años.

Pero quizás por recelos, el guitarrista no se siente a gusto y quiere terminar con el portugués. Ya no es tan joven como antes, cuando se fue de Hazelnut, y quizá la estrategia no sea largarse y comenzar desde cero como hizo en su día, sino deshacerse de Costa, y quizás, traer de nuevo a su fiel amigo Dasley.

De ser eso así, no apostamos mucho por el resultado. No olvidemos que el grupo se ha configurado en base a un trío de músicos carismáticos, es decir, en torno al virtuosismo de Norfolk, la increíble voz de Adam White y el gran talento creativo de Costa. Como si fuera un taburete de tres patas, todos sabemos lo que pasa si quitamos una de ellas y la sustituimos por otra más endeble: toda la estructura se desmorona. Poco podrían hacer para remediarlo la profesionalidad de Arthur Feather, la pericia de Bill Drake y el lirismo vocal de Louise y Rose White. Han sido todos esos elementos los que han configurado a un grupo fantástico que ha producido álbumes excepcionales como *The Whirlpool*, *Tournament* o *The Rigel Wars*. Un grupo que ahora puede que pierda a su principal exponente, el artífice, el creador de tantos éxitos.

Estaremos pendientes de lo que pasa, y como siempre, aquí estaremos para contarlo.

Por el bien del grupo

—Hola, Kai, soy Ruddy.

—Hola, Ruddy —contestó, tras hacer una pequeña pausa en el teléfono.

Aunque no lo expresó, ni se le notó, Kai estaba complacido. Dudaba de si el guitarrista le iba a llamar o no, pero sabía que no tenía otra alternativa. Aunque eso supusiera rebajarse. Y «rebajarse» era algo que el otro llevaba muy, muy mal.

—Verás… yo quería…, en fin, lo del otro día fue un poco…

—¿Has hablado con Cornerstone? —le interrumpió. La pregunta estaba de más, pero por si acaso.

—Sí, ya he hablado con él.

—Ya veo…

—Bueno, lo que te decía, el otro día me porté muy mal contigo y con tu novia y…

—No es mi novia —le cortó en seco.

—Quiero decir, con Rose, y…

—Te exijo que te disculpes con ella, Ruddy. ¡Te lo exijo! Ella no tiene nada que ver con lo que pasa entre nosotros, y francamente te portaste muy mal. No tenías ningún derecho a tratarla así.

—Sí, sí, claro, y lo voy a hacer. No te quepa duda… estoy arrepentido. Sinceramente. Tienes razón —siguió—, en que esto es una cosa entre nosotros. Pero por el bien del grupo yo creo que deberíamos llegar a un acuerdo con…

—¿Me readmites, Ruddy? —dijo Kai con sorna.

—Bueno, no es eso, yo es que… te quería decir, verás… entenderás que… aunque no tengas los derechos sobre el grupo, ni los contratos, pero sí tienes los derechos sobre las canciones que has escrito, y…

—Y que son la mayoría.

—Sí, sí, son la mayoría, y por eso te queríamos pedir… permiso… para que podamos interpretarlas en la gira de *Communications* —el guitarrista pronunció las últimas palabras en medio de un susurro, a toda velocidad y de carrerilla, como si se las hubiera aprendido de memoria y sin sentirlas. Jamás le había costado tanto decir algo.

Se hizo un tenso silencio. A Kai le pedía el cuerpo negárselo y el otro estaba temblando por si esa era la respuesta.

—Tenéis mi permiso, Ruddy. Por el bien del grupo.

—Gracias Kai, por el bien del grupo.

Falta de confianza

Al día siguiente, recibió a un mensajero que le traía un voluminoso sobre y le hizo firmar un acuse de recibo. Cuando lo abrió descubrió un contrato ya firmado por Ruddy y por Cornerstone en el que se especificaban las renuncias a sus derechos sobre los temas que había escrito.

No se podía creer lo que estaba viendo. Nunca imaginó que le iban a hacer firmar nada, pero no solo porque no confiaran en su palabra, sino porque en realidad, él tampoco tenía nada que ganar en denunciar vulneración de derechos; eso perjudicaría al grupo y al final sería peor para todos.

Y también porque no era su estilo. Él podría haber reclamado mucho antes una participación mayor en el grupo, como le sugirió Helmut aquel día en el Thames Path. Pero esa no era su manera de hacer las cosas. Él confiaba en los demás, pero se veía que los demás no confiaban en él.

Comenzó a leerlo, e inmediatamente se ofuscó. Soltó con rabia los papeles en el sofá y se movió hacia la ventana. No podía creer lo que había comenzado a leer: le exigían que renunciara a todos los derechos sobre todos los temas que había escrito desde la fundación de Thertonball…

Eso tenía que ser cosa de Cornerstone, o de Carla Watts. Ruddy nunca hubiera llegado tan lejos.

La conversación que habían mantenido versaba únicamente en consentir que tocasen sus temas en los conciertos. No que renunciara a ningún derecho. Los royalties les harían ricos a los propietarios del grupo, pero especialmente a Ruddy y a Cornerstone.

Pensó en enviar automáticamente todos aquellos papeles a la basura y no firmar nada. Pero también pensó en sus compañeros y en el daño que les iba a hacer el hecho de no poder tocar ni uno solo de los mejores temas del grupo de ahora en adelante.

Volvió a leer de nuevo el contrato y vio que estaba estructurado en partes. Por un lado, se estipulaba la renuncia a los derechos de autor y se enumeraban todas las canciones que él había escrito. Después se agregaban las cláusulas que especificaban la cesión de los permisos para poder interpretar todas las canciones por un tiempo ilimitado, así como volverlas a incluir en cualquier álbum recopilatorio, efectuar variaciones sobre las mismas, etcétera. Y se volvían a especificar todas las canciones otra vez.

Y entonces recordó su conversación telefónica con Ruddy. Él solo le pidió, quizá por despiste, que les dejara interpretarlas en la gira de Communications. Entonces lo tuvo claro. No firmó ninguna de las páginas donde se exigía renuncia a los derechos y solo firmó la página en la que se requería el permiso para interpretar en los conciertos las canciones de ese último álbum. «Así no quedarán mal, y los conciertos se transformarán en una gira de presentación del último trabajo», pensó.

Después de firmarlo, lo envolvió en un sobre y se marchó a la calle con objeto de depositarlo en una oficina de correos. Solo faltaba que él lo llevase en persona…

Después se volvió a su casa algo más animado, pensando en lo que iba a hacer de ahora en adelante. Pero en primer lugar debía consolar a Rose. La pobre chica estaba viviendo unos días terribles, y estaba mucho más afectada de lo que él mismo estaba. Muchísimo más.

Desesperación

Kai convenció a los demás para que aceptasen a Ruddy para terminar los dos álbumes pactados. Total, uno ya estaba listo para salir.

Communications se publicó con el éxito acostumbrado, pues había sido compuesto por él y guardaba, más o menos, el estilo de los anteriores. No obstante, no tuvo la repercusión ni el alcance que tuvieron los demás, pues las interferencias de Ruddy a la hora de elaborar las canciones y el ambiente enrarecido en el que se compuso y se grabó, hicieron que no alcanzara los puestos principales en las listas de éxitos.

Para colmo, y por error en la discográfica, la portada de ese álbum mostró únicamente una fotografía de Kai de medio cuerpo. Las carátulas de los discos del grupo solían ser dibujos abstractos en los que solo se mostraba el nombre de la banda y el título del álbum, pero para aquella ocasión se confundieron con el archivo digital, y en lugar de poner el dibujo que se había previsto, incluyeron la fotografía mencionada, que también obraba en sus archivos por motivos promocionales. El enfado de Ruddy y sobre todo de Carla Watts fue mayúsculo, y exigieron la retirada inmediata de aquella portada. Pero ya era demasiado tarde. La noticia del lanzamiento del disco se había hecho viral, y la reproducción de la carátula ya figuraba en todas las plataformas. Cornerstone les aconsejó dejarlo estar, aunque eso sí, en el siguiente álbum, en el que ya no estaría Kai, se incluiría una fotografía de Ruddy en exclusiva.

Como era de esperar, Dasley volvió a la banda, pues en Hazelnut ya no le querían y Ruddy le recibió con los brazos abiertos. Los otros no tuvieron más remedio que aceptar, pues le necesitaban para los conciertos en directo. Pero la gira de promoción se redujo al mínimo: solo a los contratos pactados. En medio de las giras se suelen contratar actuaciones extra en los países donde ya se ha actuado, pero esta vez no fue así.

El plan que tenían todos en la banda era realizar un siguiente álbum, en el que Kai ya no tendría ninguna participación, y después prescindir de Ruddy, de Dasley y de Cornerstone, pues incluso este terminaba contrato a la vez que la discográfica.

A partir de ahí formarían un nuevo grupo, contratarían un nuevo guitarrista —posiblemente Ayers, si seguía libre— y un nuevo mánager que podría ser el mismo Kai o compartir esa función entre Adam y Arthur. También había planes de fundar una discográfica propia para no depender nunca más de contratos fijos ni de fechas de entrega de los materiales.

Todo estaba más o menos previsto, excepto lo que iba a hacer el propio Kai.

—¿A qué te vas a dedicar mientras tanto?

Adam y Louise habían pasado el día en casa de su amigo. Estaban ultimando las cosas que este se iba a llevar a Lisboa, donde consumaría su «destierro».

—Escribiré mi primer álbum en solitario, supongo. Tengo algunas ideas interesantes que nunca he querido proponer a Ruddy porque creía que iba a protestar demasiado. Ya estaba empezando a hartarme de tener que estar siempre tirando de él.

En ese momento salía Rose de su habitación. Llevaba días con unas ojeras oscuras que le afeaban bastante, y además también tenía los ojos hinchados, seguramente por haber estado llorando hacía nada. Ni se había enterado de que habían llegado su hermano y su cuñada.

Nada más entrar en el cuarto de estar, Adam se levantó y la dejó sitio en el sofá, junto a Kai. Sabía que le gustaba estar allí, y su hermano se sentó en la butaca que solía usar él, mientras Louise permanecía en otra silla similar.

—No tienes por qué irte, Kai —siguió Louise—. Podrías escribir el álbum aquí, en tu casa, y usar tu estudio para grabarlo.

—Mi estudio sirve… para lo que sirve. Para ensayar, y poco más. Me dejé llevar por un colega ingeniero que es experto en acústica, pero ya ves. El ruido se cuela al resto de las habitaciones, y también desde la calle. No sé si es porque se quiso gastar poco dinero en los materiales, o… no sé. Cuando todo esto pase, lo pienso reformar por completo y hacerlo yo mismo. Es lo que tenía que haber hecho en su momento. Pero con toda la guerra que nos estaba dando Ruddy con el disco, estaba de los nervios y no tuve ni tiempo ni ganas.

En ese momento Rose comenzó a llorar de nuevo. Se sacó un pañuelo del bolsillo del pijama e intentó secarse las lágrimas que esta vez no eran muchas pues intentó contenerse al estar su hermano delante.

Kai la abrazó y le acarició la cabeza diciendo:

—Vamos, *florecilla*, no empieces otra vez, anda. Puedes venir a verme cuando quieras. Total, Lisboa está a solo dos horas de vuelo.

—Pero… ¡por qué tienes que irte! ¡Eh! ¿Por qué? Y… ¿por qué no me puedo ir yo contigo?

—Venga, Rose, esto ya lo hemos hablado. Es lo mejor para todos. Tú tienes que seguir con el grupo, tienes que irte con ellos para hacer la gira del último disco, y después lo mismo con el siguiente. Tú tienes un contrato, ¿recuerdas? Algo que yo no tengo.

—¡Me da igual el contrato! ¡Llévame contigo, Kai! ¡Llévame contigo! ¡Por favor!

—No puede ser, Rose —intervino Adam—. Es una decisión que hemos tomado por el bien de todos. Queremos que todo siga igual que antes para que así se den cuenta de la diferencia que hay entre el grupo con él y sin él.

—¡Pero eso es fácil! Cantamos mal, tocamos mal… ¡Así se darán cuenta!

Los dos chicos se rieron y Kai le dijo a su *pelusilla:*

—No, Rose. Es más, tenéis que tocar y cantar mejor que nunca. Que se note claramente que estáis dando lo mejor de vosotros mismos. Y si el grupo va mal —que irá mal, intercaló Adam—, y si el grupo va mal, pues entonces verán claramente quién es el responsable. O al menos, quién no lo es.

—De acuerdo, Pero ¿qué ganas con irte a Lisboa? ¿Eh? —preguntó, a la desesperada.

—¿Qué gano? En primer lugar, estar lejos de Ruddy y de Dasley. No soportaría ver como ese patán os ningunea y destroza mis canciones en los conciertos.

—Esa es una de las razones —comentó Adam—. Pero la principal es que yo no quiero que Kai intervenga en modo alguno en el nuevo álbum que hagamos a continuación.

Rose miraba hacia su hermano, quien siempre tuvo más autoridad sobre ella que el propio Kai. Este siguió dirigiéndose a la chica, con mirada seria:

—Si Kai se queda en Londres… y está contigo… se enterará de lo que estamos haciendo de una u otra manera. Estoy seguro de que querrá intervenir, aunque sea gratis. No se podrá

contener y comenzará a decir: añadid esto, quitad aquello, mejor repetir esta estrofa hacia el final… en fin, lo de siempre. Y eso sí que yo no lo voy a consentir.

—Pero él no tiene por qué meterse en eso, ni yo le contaré nada —Rose estaba agotando su último cartucho.

—Basta que Kai se quede en Londres para que todos crean que ha intervenido. Si se va lejos quedará claro que el disco habrá sido solo obra de Ruddy, y así se darán cuenta de lo que le necesitamos. Que ha sido una equivocación elegirle a él en lugar de a Kai.

—Sí que me conoces bien, Adam —dijo el portugués finalmente, refiriéndose a sus posibles intervenciones gratuitas—. Por eso me voy —sentenció, mientras se levantaba y se dirigía hacia el estudio para terminar de empaquetar y recoger algunos equipos que se iba a llevar a Lisboa. Antes de salir, se volvió a dirigir al cantante y le dijo—: ¿Me acompañas? Necesito que me ayudes a desmontar unos sintetizadores.

Los dos bajaron al estudio, mientras Rose y Louise se quedaron en la habitación. Esta última se pasó al sofá y estrechó a su cuñada de forma cariñosa:

—Va a ser solo un año, Rose. No creo que sea mucho más. En unos meses hacemos la gira de *Communications*, para luego crear y grabar el siguiente disco. Después lo presentamos y hacemos la gira. Como mucho para el verano siguiente ya estaremos libres y podremos seguir con lo planeado. No es para tanto… Y le podrás ver muchas veces durante todo este tiempo. Podemos ir a Lisboa de vez en cuando…

La muchacha callaba y seguía cabizbaja, secándose las lágrimas y los mocos con el pañuelo. Louise siguió:

—De verdad, Rose, es digno de admiración el sentimiento que tienes con él, a pesar de que solo sois amigos… ¿O es que hay algo más?

—No, Louise, no hay nada más… ¡Ojalá lo hubiera! Yo puedo ser para él solo una amiga, o su compañera de casa, o su ama de llaves… Pero para mí, él lo es todo, ¿sabes? ¡Lo es todo! Y mientras no haya otra cosa entre los dos, yo me conformo con vivir con él, con estar cerca de él, con compartir un hogar con él… Y no soporto tenerlo lejos, Louise. Supongo que a las esposas os pasa lo mismo. ¿Tú qué harías si Adam fuese quien se tuviera que marchar? ¿No lo pasarías mal?

—Sí, supongo que sí, pero verás, hay muchos matrimonios donde alguno de sus miembros tiene que trabajar fuera de casa. O incluso fuera de su país. Mira Cecilia, por ejemplo. Su marido estaba casi más tiempo en Brasil que en Portugal.

—¡Ja! ¡Menudo ejemplo! ¡Y mira lo que pasó! João llegó a tener hasta dos amantes… ¡dos amantes!, Louise. Eso pasa por perder de vista al marido.

—Pero Kai ya ha estado con otras, Rose, y además delante de ti. ¿O es que eso no te importa?

—Claro que me importa Louise, ¡claro que me importa! ¿Cómo no me va a importar que haga con otras lo que podría hacer conmigo? Pero bueno, los hombres son así, ya sabes… Bueno, menos mi hermano, que es un santo —dijo, tras comprobar la cara que ponía su cuñada—. Pero una cosa es que pase una noche con una aficionada en Australia y que no la vuelva a ver en su vida, y otra muy distinta que inicie una relación con alguien aquí, en Londres.

Su cuñada comenzó a sonrojarse y Rose entendió que se ponía algo incómoda. Pero no le importó demasiado y siguió:

—Yo necesito estar cerca de él, Louise. ¡Necesito estar cerca de él! Así puedo saber con quién anda, y con quién está, y me puedo adelantar a que me lo quiten, ¿sabes? Además, viviendo con él aquí, en su casa, lo mismo un día se le cruzan los cables y me hace suya de una vez. Y entonces estoy convencida de que ya no se me escapará jamás. ¿Entiendes? ¡Estoy convencida, Louise! Le conozco bien y sé que, si eso ocurre, ya no se me escapará… Yo creo que no lo hace por esa razón, Louise, porque no quiere comprometerse… porque tiene dudas… Pero yo tengo fe, Louise, ¡tengo fe! Tengo la esperanza de que algún día ocurrirá. Sí… ¡algún día ocurrirá! —la muchacha miraba hacia el infinito, y su expresión era una mezcla de locura y determinación. Estaba como en trance…

Su cuñada se quedó perpleja ante lo que acababa de oír y de ver en la cara de la chica. Sabía que ella estaba colada por él, pero nunca imaginó que su pasión fuera a llegar a tanto. Rose estaba totalmente obsesionada, o peor aún, trastornada, y podría ser capaz de hacer cualquier cosa. Entonces le dijo:

—Pero Rose, eso puede ocurrir en cualquier momento. Quiero decir, que encuentre a otra mujer. Si no tenéis una relación formal, nada impide que él descubra a alguien que le guste. Ahora va a empezar una nueva vida, va a conocer a gente nueva, y... ¿Qué harías si, por ejemplo, en Lisboa se echa una novia? ¿O se reencuentra con una antigua amiga o algo así?

—Pues, me volvería loca, Louise. Si le pierdo para siempre… Ya lo he pensado, y creo que me volvería loca. De verdad. He intentado convencerle para que no se vaya, o para que me lleve con él, pero lógicamente no puedo obligarle a hacer ninguna de las dos cosas. Ni puedo ni debo, Louise. No quiero que me vea como un obstáculo para sus planes, pues eso se volvería en mi contra, y entonces sería peor. Por eso no insisto demasiado… ¡Es una impotencia la que siento, Louise!…

—Vamos, mujer… —la abrazó, estrechándola contra sí. Pero ella se separó, y siguió:

—No sé si debo animarle a esto o a lo otro, no sé qué hacer para retenerlo, y al final no hago nada. Ayer estuve a punto de insistir otra vez en lo de la productora, y…

—¿La productora?

—Sí. En estos últimos meses, cada vez que discutía con Ruddy, me decía que le daban ganas de dejarlo todo y montar una productora musical. Vamos, lo que tenía pensado hacer antes de entrar en el grupo.

—Y, ¿te haría caso?

—Es probable. Me hace caso en muchas cosas, Louise. Menos en lo que a mí me interesa, claro.

—¿Entonces?

—Pues, es que no sé si sería peor. Por un lado, ya no viajaría, y por tanto ya no subirían *fans* a sus habitaciones durante las giras. Todo eso es bueno, lógicamente, pero es que este hombre no puede estar sin una mujer…

—Como todos.

—…no puede estar sin sexo, y entonces…

—Entonces te tendría a ti. Vendría del estudio y aquí estarías tú —Louise parecía haber abandonado sus prejuicios y se mostraba cercana. Todo era para consolar a su cuñada ante el estado de consternación en el que se encontraba. —O mejor aún, si reforma el estudio de aquí abajo, no tendría ni que salir y no conocería a nadie más.

—Oh, no. ¡Claro que tendría que salir! Se reuniría con los músicos, con las bandas… Hay muchos grupos de chicas, cantantes femeninas, ¡hay de todo, Louise! Sé que le lloverían los contratos como setas en otoño, y lo peor es que yo no podría acompañarle a todas partes como lo hago ahora —la muchacha volvió a llorar—. Me da pavor que siente la cabeza y que no sea conmigo…

El llanto se volvió más intenso y su compañera miró hacia el corredor. Le había parecido oír que alguien subía, pues no era para menos. Pero no. Tanto Adam como Kai seguían en el estudio, desmontando aparatos.

—Pues, reza, Rose. Reza y pídele a Dios que lo que tenga que ocurrir sea lo mejor. Lo mejor para él y lo mejor para ti.

—Ya lo hago, Louise. ¡Ya lo hago! Lo hago a todas horas, pues casi no duermo. Desde que decidió marcharse no sé la de noches que llevo sin pegar ojo. Me despierto con pesadillas, bañada en sudor y soñando que se casa con otra y se vienen a vivir aquí. Y lógicamente, yo me tendría que marchar. Y entonces… entonces sería capaz de hacer cualquier locura.

TERCERA PARTE

Reencuentro

La decisión de volver a Lisboa la tomó después de pensarlo mucho. Tuvo muy en cuenta la oposición de Rose, y llegó a reconsiderar su marcha. Pero necesitaba poner tierra de por medio y desconectar, e intentar olvidar lo que había pasado. Y para eso su ciudad natal estaba lo suficientemente lejos.

A pesar de que Thertonball había dado conciertos en Lisboa, Kai nunca se atrevió a visitar su casa de Carcavelos. Aquella era una parte de su pasado que prefería olvidar. Le traía «malos recuerdos», según le decía a todos los que le preguntaban si había vuelto a ir por allí.

A quienes sí visitaba en esas ocasiones era a Flavia y Filipe. Su madre seguía en contacto con ellos y a veces acompañaba al grupo y pasaban algunos días en su compañía. Ayudaba mucho que la pareja había vendido la casa que colindaba con la suya, pues necesitaban más espacio para una academia que prácticamente se había convertido en un colegio desde que corrió el rumor de que Kai «había estudiado allí». Además, como nunca tuvieron hijos, a finales de los años 90 habían adoptado a una niña china a la que bautizaron Iria, y también a un niño de origen africano al que llamaron Manuel. Cuando los chicos fueron mayores necesitaron más espacio para ellos, y por eso, y por las necesidades pedagógicas, compraron un local bastante más grande al otro lado de la ciudad. Y al igual que en el otro sitio, habían habilitado la parte de arriba como su vivienda, mientras que en la de abajo daban las clases. Para Cecilia y Kai era más cómodo visitarles allí, pues de esa manera no tenían que ver la casa ni cruzarse con João o con María, que seguían viviendo en Carcavelos.

Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Con el tiempo, Paola dejó también aquella casa, y se fue a Londres, donde se había establecido permanentemente. Ella había fundado allí una casa de modas a la que denominó simplemente «Paola Costa». Poco después se casó con un italiano que también tenía una firma de alta costura llamada «Vittorio Marengo». Y de su unión crearon un potente emporio, al que denominaron «Costa Marengo».

La boda se celebró un tiempo después de la muerte de João, y Kai, que ya tenía una muy buena relación con su hermana, asistió a la boda. Una celebración a la que sin embargo no asistió Cecilia muy a su pesar, pues no quería hacerle el feo a Paola. Pero no podía soportar el hecho de que, como no podía ser de otra manera, la madre de la novia, es decir, María, también asistiera a esa ceremonia.

Aquella fue la segunda vez que Kai vio en persona a esa mujer. La primera, fue con motivo del reparto de la herencia de su padre.

Al morir João, tras la gira por Japón, fue necesaria su presencia ante el notario para la lectura del testamento y el reparto de la herencia. Su madre se negó a ir, según dijo, «para no sufrir».

De la herencia resultó que el negocio no iba tan bien como en los tiempos en los que él vivía por allí. La fábrica de São Paulo se había perdido, y la de Lisboa pasaba por algunas dificultades, a pesar de los buenos resultados en ventas que supuso el lanzamiento del nuevo modelo de bajo eléctrico que habían comercializado: el modelo «Kai». Este era un modelo basado en el «Cetim», que era el que tradicionalmente había usado Kai. Pero Filipe ideó una pequeña innovación que se basó en juntar un poco más las cuerdas para adaptarse a la forma rápida de tocar de quien había sido su discípulo. Al hacer esto tuvo que reducir algo la reverberación de las pastillas para que la proximidad de las cuerdas no saturase el sonido en los pasajes más amplios. Además, para rellenar el espacio que había dejado ese

acercamiento, se le añadió una quinta cuerda en las agudas para poder hacer acordes más sonoros con la cuarta. A Kai le encantó la idea y desde entonces no usaba otro bajo que no fuera ese.

A María, que desde que su hija se casó se había marchado a vivir a Brasil, le había correspondido el piso de São Paulo, que ya estaba libre del embargo, y buena parte del dinero en las cuentas corrientes: lo poco que quedaba tras el descomunal gasto en abogados que supuso el caso de Dulce. A Paola le dejó la otra parte de ese dinero y una parte de la fábrica de Lisboa. A Kai y a Cecilia les correspondió la casa de Carcavelos y la otra parte de la fábrica. Con el tiempo, las participaciones que tanto Kai como Paola tenían en la CDS fueron cedidas a Filipe, quien albergaba los mismos deseos que tenía João, pero hacia su hijo Manuel. El muchacho acababa de comenzar a estudiar la carrera de ingeniería electrónica y poseía el mismo interés que Kai manifestaba hacia la instrumentación cuando tenía la misma edad. Todo fue por influencia del propio João, quien se había volcado con aquel chaval como si fuera el hijo que había perdido.

La chica, Iria, se había enfocado más en la música y en la docencia, y compartía con su madre las tareas de gestión del colegio, donde además ya era profesora de piano.

Así que la casa estaba ahora vacía y eso ayudó mucho para que Kai se decidiera a volver por allí. Además, tenía muchas ganas de recuperar el tiempo perdido con aquellos chicos a los que apenas conocía, pero para quienes él era un auténtico ídolo.

Mientras volaba en el avión con destino a Lisboa, donde iba a permanecer por tiempo indefinido, volvió a recordar aquel otro vuelo que le llevó allí, y la mañana que pasó en la notaría aquel frío día de invierno hacía ya algunos años.

En esa ocasión no quiso entretenerse demasiado y tenía la idea de no hacer noche y volver en el mismo día a Londres, a última hora de la tarde. Tras aterrizar el avión, tomó un taxi y se fue directamente a la oficina del notario, donde llegó con bastante antelación. La idea era pasar el rato en una cafetería cercana y acercarse a la notaría justo a la hora de la cita para así no tener que ver a aquella mujer, a la amante de su padre, más tiempo del imprescindible.

Pero el notario se retrasó debido a que se alargó una cita anterior, y tuvo que estar con María y con Paola más tiempo del que le hubiera gustado.

A pesar de que ya había pasado casi un mes desde el fallecimiento de João, aquellas dos mujeres no paraban de llorar. Paola se contenía un poco más, pero su madre, una mujer gruesa con gafas que tendría la misma edad que la suya, soltaba un estremecimiento cada vez que el notario pronunciaba el nombre de su padre.

Sin llegar a aquellos extremos, Kai se preguntaba por qué él no sentía lo mismo. Por qué él era incapaz de llorar como lo había hecho aquella noche en Tokio, hacía solo unas semanas. ¿Sería por la presencia de María? ¿Hubiera sido lo mismo si en aquella reunión solo hubiera estado Paola?

María también le vio a él por primera vez, y lo primero que hizo cuando le vio fue darle un beso. Él estuvo a punto de rechazarla, pero en el último momento se dejó besar. Muchas veces después recordó aquella escena y comprendió que para ella, él era como si fuera su hijo. El hijo de quien siempre consideró poco menos que su marido no podría ser otra cosa que su propio hijo.

Por eso, cuando la vio por segunda vez en la boda de Paola, la trató de una forma mucho más amistosa. En esa ocasión, no solo se dejó besar otra vez, sino que no puso ninguna

resistencia a un intento de abrazo que él mismo completó, para deleite y lágrimas abundantes de aquella pobre mujer.

Cuando terminó la boda se despidió de ella con más besos y otro afectuoso abrazo, y prometió visitarla cuando dieran algún concierto en Brasil. Algo que por cierto no cumplió.

Dejó de pensar en eso, y se concentró en el momento presente. En lo que tendría que hacer para instalarse de nuevo en la que siempre había sido su casa. El avión estaba aterrizando ya en Lisboa, y pensó que debía alquilar una furgoneta para llevar todo el equipaje que se había traído desde Londres. Solo facturar todos los instrumentos que traía le había costado un buen dinero, y no confiaba en dejar todo aquello en consigna hasta el día siguiente. Empezó a planificar el «desembarco» y recordó que lo primero que tenía que hacer era ir a la casa de Filipe a pedirle las llaves de la suya.

Entonces fue cuando recordó la última vez que le vio, y que fue precisamente el día de la visita al notario.

Ese día, antes de irse de nuevo a Londres, disponía de una hora antes de la salida del avión, y se fue a casa de «sus tíos» para despedirse. Para disculparse por no haber podido estar más tiempo en Lisboa y visitarles con más calma. En aquel día de fuertes emociones y de sentimientos encontrados, Kai se despidió de Flavia y de los chicos y cuando iba a hacerlo con Filipe, le dijo:

—Gracias por todo, *tío*.

—Gracias… ¿por qué?

—Por haber sido mi maestro. A ti te lo debo todo.

—No exageres, Kai. Yo solo te enseñé a andar. Y eso, como mucho. A correr aprendiste tú solo.

—Puede ser, pero nadie aprende a correr si antes no ha aprendido a andar.

Filipe sonrió, pero no dijo nada. Después se dieron un abrazo y Kai se marchó. Le vio irse calle abajo mientras se le saltaban las lágrimas a aquel hombre ya entrado en canas.

—Qué pena lo de João —le dijo Flavia mientras apremiaba a su marido para que se metiera en la casa. Aquel día de invierno había sido especialmente frío.

—¿A qué te refieres?

—Pues, a todo, Filipe, a todo.

Carcavelos

La casa había permanecido cerrada desde que murió su padre, y aunque Flavia se pasaba por allí de vez en cuando, la verdad es que aquel caserón necesitaba una limpieza a fondo. Además de un mantenimiento que pedían a gritos algunas de las tuberías más antiguas.

Aparcó la furgoneta que había alquilado enfrente de la puerta y comenzó a sacar todos los equipos que se había traído. Mientras los disponía entre la valla de la entrada y la puerta de acceso, comenzó a pensar que se había traído demasiadas cosas. Los sintetizadores modernos ya no tenían nada que ver con los antiguos y ahora dependían más del software que antes. Un buen programa informático y un buen ordenador podían ser tan buenos instrumentos como alguno de los armatostes con los que había llegado, y él lo sabía y de hecho los usaba. Pero le tenía cariño a aquellos aparatos en los que confiaba plenamente.

Se volvió hacia la puerta de entrada y sacó las llaves que le acababa de entregar Flavia. Comenzó a subir los dos escalones que le separaban del umbral, y en ese momento comenzó a sentir una angustia que le asfixió. Se detuvo y miró al suelo y entonces se arrepintió de haber venido. Por un instante pensó que lo mejor sería vender la casa y olvidarse del pasado de una vez. Se dio la vuelta con la intención de volverse, pero al ver todos los equipos allí en el suelo, lo reconsideró. Quizás si hubiera venido solo con una maleta, ahora estaría metiéndose en el coche…

En ese momento comprendió claramente la razón por la cual su madre nunca quiso volver a esa casa, a pesar de lo que le decían todos. En el fondo, él era igual que ella en ese aspecto.

Suspiró profundamente y volvió a dirigirse hacia la puerta e intentó meter la llave en la cerradura. Pero la mano le temblaba y tuvo que sacudírsela con la otra. Un fuerte manotazo que se la dejó colorada. Y entonces recordó la conversación que acababa de tener con Flavia:

—Si quieres te acompaño, Kai. No debe ser agradable ver la casa después de tantos años, y tras lo que pasó.

—Gracias, Flavia, pero veo que estás muy ocupada y no quiero interrumpirte —le dijo al contemplar el trasiego de estudiantes que acudían al colegio. Había llegado justo a la hora de la entrada y aquello era todo un desfile de chicos y chicas con sus violines, sus flautas y sus guitarras. Muchos le habían reconocido y comenzaban a agolparse en torno a él.

—No te preocupes por eso —siguió ella, sin percatarse del tapón de gente que se estaba formando en torno a la secretaría—. Le puedo decir a Iria que se quede un momento en Recepción o bien que sea ella misma quien te acompañe. No tiene que dar clases hasta esta tarde.

—De verdad que no. Es un trance que tengo que afrontar yo solo. Si necesito algo, ya te llamaré —le dijo con una determinación que ahora le faltaba.

Y ahora se estaba arrepintiendo de no haber aceptado su ayuda.

También se acordó de Rose. Su amiga se había ofrecido para estar con él algunos días mientras se aposentaba y le ayudaba en «el desembarco». Pero él declinó la oferta, pues el grupo tenía que comenzar en breve la gira y debían ensayar los temas con Dasley.

De nuevo volvió a suspirar y se dijo: *«es absurda esta actitud… total… es solo una casa…».* Entonces volvió a meter la llave en la cerradura y la giró, y cuando la puerta se abrió entró con paso firme y decidido.

Afortunadamente, el recibidor había cambiado, al igual que el salón, y eso le ayudó a no pensar que estaba en "el lugar de los hechos" que habían acontecido allí quince años atrás. Pasó inmediatamente al jardín y también había cambiado. Pero cuando subió a la planta de arriba, contempló que estaba todo igual que cuando él abandonó la casa y eso le hizo comenzar a temblar de nuevo.

Decidió llamar a su madre para hablar con alguien, pero recordó que a esas horas probablemente estaría acompañando a algún grupo de turistas en un crucero por el Támesis. O quizá no. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y se dio cuenta de que seguía «en modo avión». Se le había olvidado activarlo al salir del aeropuerto.

Cuando lo hizo, comenzaron a entrarle un montón de mensajes provenientes de Rose: «*¿has llegado ya?», «¿qué tal ha ido el viaje?» «por qué no me llamas…»* Eso le devolvió a la realidad y llamó a su compañera de inmediato.

—Hola *pelusilla.*

—Hola Kai. Me tenías preocupada.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

—Por si te había pasado algo.

—Pero ¿qué me iba a pasar? El avión es el medio de transporte más seguro que existe. Ya lo sabes.

—Ya, pero es que no me contestabas y entonces pensé…

—Que se había caído el avión —le interrumpió, con sorna.

—No, tonto, eso no… pero… ¡yo qué sé! Te vi muy nervioso ayer…

—¿Nervioso yo? Para nervios, los que tenías tú, Rose. ¿Ya se te ha pasado un poco? ¿Has podido dormir mejor, o sigues llorando? ¿Eh, *pelusilla*?

—Sí, Kai, estoy bien. Me voy a volver a casa de mis padres, mientras tú estés fuera. No soporto estar aquí sola, sin ti.

—Eso está mejor. Quiero que no pienses en tonterías y te concentres en hacer los mejores coros de tu vida con el grupo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Kai. A tus órdenes, como siempre. Pero dime, cómo te has sentido al ver tu casa… otra vez.

Entonces el chico se sinceró: —Pues, no te voy a negar que estoy pasando un mal trago —le dijo tras un suspiro que se dejó oír a través de la línea telefónica.

—Pues, me voy para allá ahora mismo, Kai. Tomo el primer avión y estoy allí mañana. O esta tarde. Hay un vuelo a mediodía, ¿verdad?

—No, Rose. Ya se me pasará. No te preocupes por eso. Cuéntame que tal ha ido vuestra reunión de esta mañana —intentó cambiar de tema.

—La reunión, mal. No pensaba decírtelo, pero ya ves, no puedo tener secretos contigo.

—A ver, cuéntamelo.

—Ruddy quiere darle una participación en el grupo a Dasley.

Kai no dijo nada durante unos instantes y ella le dejó respirar. Al cabo de un momento le preguntó:

—Y tu hermano… y Arthur... ¿Qué opinan de eso?

—Pues, que de ninguna manera. No están dispuestos a cederle nada.

—Entonces no te preocupes. Ruddy no va a aminorar su participación del 50% para darle algo a Dasley. Estoy seguro. Se le hará un contrato, y punto.

—Eso espero. No me gusta nada ese hombre…

—Tiene sus defectos, Rose, no te lo voy a negar —le dijo Kai intentando tranquilizarla. —Pero hasta donde yo sé, sabe separar lo personal de lo profesional. Y vosotros estáis del lado que se le da mejor. No te preocupes, de verdad.

Ella pareció tranquilizarse y tras unos instantes le dijo:

—Oye, Kai…

—Dime, *pelusilla*.

—Que te voy a echar mucho de menos. Ya lo sabes. Porque yo te quiero y te deseo y…

—Sí, sí, ya lo sé, Rose —la interrumpió—. Yo también te quiero. Bueno, me parece que te tengo que dejar. Tengo todos los cacharros en la puerta y los tengo que meter para dentro, no sea que se ponga a llover. Ya hablaremos.

Rose intentaba no ponerse demasiado cariñosa, pues sabía que él la cortaba de inmediato. Pero a veces no se podía contener, como pasó aquella mañana. Era la primera vez en mucho tiempo que no estaba junto a él, y a pesar de lo que le había dicho, seguía estando fatal desde el punto de vista emocional. Se consoló pensando que acudiría a verle todo lo que las giras le permitieran y que intentaría llamarle todo lo posible sin parecer demasiado pesada. Tenía el pálpito de que aquella aventura acabaría pronto y que todo volvería a ser como antes. Que regresaría junto a ella dentro de poco.

Cuando colgó el teléfono, Kai se sintió mucho mejor. Introdujo dentro del salón los equipos y siguió inspeccionando toda la casa excepto la habitación de sus padres, donde no se atrevió a entrar. También descubrió que la impresionante sala donde João guardaba la colección de instrumentos musicales y equipos de audio había sido desmantelada parcialmente. Más tarde se enteró de que esos objetos habían sido trasladados a la fábrica. Filipe tenía la intención de construir allí una especie de museo, y con el tiempo Kai le cedió el resto del material.

En el garaje no encontró esta vez ninguna lancha y eso le gustó. No hubiera sabido qué hacer con ellas.

A pesar de que se parecía a su padre en tantos aspectos, sin embargo, no heredó la afición por los deportes náuticos que tenía João. Para él las lanchas, los fuerabordas y los barcos de recreo no eran más que meros vehículos de transporte. Recordó entonces unas vacaciones en Madeira cuando él era niño y cómo su padre se empeñó en circunnavegar todo el archipiélago. A su madre no parecía importarle demasiado, pero él se aburría como una ostra. Solo parecía pasarlo bien cuando llegaban a algún bajío y jugaban a tirarse por la borda. O cuando llegaban a alguna playa o cala donde pudieran bañarse.

Terminó de inspeccionar la casa y por fin se decidió a entrar en su habitación; cuando lo hizo se sorprendió mucho: la estancia permanecía intacta, tal y como él la había dejado cuando se marchó apresuradamente aquel día ya lejano. Seguramente su padre albergaba la esperanza de que volvería alguna vez…

Ese pensamiento volvió a hacerle sentirse muy culpable e intentó desecharlo. Pero no lo consiguió. Comenzó a recordar otra vez aquellas vacaciones en Madeira, cuando se tiraban por la borda del barco. Su padre estaba ya en el agua y le animaba a él a hacer lo propio. Él tenía miedo, pues el bote se balanceaba mucho, pero tenía la seguridad de que su padre allí abajo le rescataría, como así era. Se tiraba y él le recogía en sus brazos y le apretaba contra su pecho mientras le besaba.

Kai volvió a flaquear y se sentó en su cama. Se puso las dos manos sobre la cara y comenzó a llorar otra vez, como no lo había hecho desde aquella noche en Tokio; solo que esta vez Rose no estaba allí para consolarlo. Entonces se tumbó y recordó con familiaridad lo mullida que era su cama. Tras un rato de dolor, se quedó dormido.

Cuando se despertó, se sintió mucho mejor. Se levantó y comenzó a abrir los armarios y los aparadores donde guardaba sus cosas cuando vivía allí. Todo seguía en el mismo sitio.

En su habitación descubrió algunos tesoros de los que se había olvidado por completo. La *Fender Squier* que le regaló Filipe, la guitarra *de palo santo* que le regaló su abuelo, su primer ordenador, su primer sintetizador, sus primeros equipos de sonido, sus primeras mesas de mezclas… Y también las segundas y las terceras. Tenía un gran aparador donde lo guardaba todo, y que no había sido tocado desde que se marchó.

Lo más interesante fue cuando descubrió las grabaciones de algunas canciones que compuso poco antes de marcharse de allí. Algunas fueron utilizadas y mejoradas en sucesivos discos de Thertonball; pero también descubrió otras que en su momento había desechado porque le parecían demasiado complejas o demasiado enrevesadas.

Allí había un filón, que ahora, más de quince años después y con mucha más experiencia, podría aprovechar de forma muy conveniente. Convirtió su habitación, que era de las más grandes de la casa en su cuartel general, y desde allí comenzó a trabajar frenéticamente en el que sería su primer disco en solitario… y más allá.

Iria Da Silva

Iria solo tenía siete años cuando su vecino João cambió de familia. Era el año 2002 y ella solo llevaba tres con sus nuevos padres. La habían traído de aquel orfanato en el centro de China del que apenas tenía recuerdos, salvo unas pocas imágenes difusas y algunas voces dispersas. Unas voces que sin embargo le recordaban el idioma que aún era capaz de hablar.

El año en que Cecilia y Kai se marcharon de allí, todavía no comprendía ni hablaba del todo bien el portugués y no se daba mucha cuenta de las cosas. Tampoco se las explicaban. Ella solo era consciente de que João antes vivía con aquellos dos, y ahora había cambiado de mujer y se había hecho con una hija. Había sustituido a aquel chico alto por una guapa brasileña a quien había llegado a conocer bastante bien. En fin, cosas que pasan, se decía. Algo similar le había pasado a ella: también había cambiado de familia, y suponía que esas cosas eran normales.

Pero sí recordaba no obstante al hijo de su vecino. ¿O quizá era un recuerdo adquirido posteriormente? Había visto infinidad de veces aquella fotografía en la que ella estaba en sus brazos. Era una de aquellas barbacoas que hacían los domingos en el jardín de la inmensa casa de João, y como ese día eran tantos los asistentes, su padre le pidió al chico que la sostuviera en sus brazos, pues si no, no entraba en la foto. Al parecer ella no se estaba quieta junto a los demás y no podían dejarla en el suelo, pues se empeñaba en colocarse en un lugar distante.

Allí estaba también su madre —Flavia— además de João, Cecilia, su hermano Manuel, y también Mateus y su mujer y sus tres hijos. Todos estaban junto a los setos que delimitaban el perímetro de la casa y su padre tuvo que ponerse pegado a la pared para que todos entraran en el recuadro de su cámara fotográfica.

No fue hasta el año 2010 cuando volvió a verle en persona. Sus padres ya se habían cambiado de casa y Cecilia y él pasaron a visitarles con ocasión de un concierto que Thertonball iba a dar en Lisboa unos días más tarde. Allí estaba él, igual de alto que en aquella foto, e igual de guapo. Su madre también mejoraba mucho en persona. No era fotogénica y las fotografías no mostraban con claridad sus grandes ojos verdes. Enormes, comparados con sus pequeños ojos rasgados.

Por aquella época, ella sabía ya tocar el piano bastante bien. Filipe era el mejor maestro del mundo y ella no carecía de dotes musicales. Le gustaban los grandes clásicos, e interpretaba a la perfección los conciertos para piano de Beethoven, Mendelssohn y Liszt.

Pero cuando vio a Kai aquel año, sus gustos musicales cambiaron. Ella ya conocía que él se dedicaba al rock, pues en la academia de sus padres los alumnos no hablaban de otra cosa. Pero fue a raíz de ese año cuando comenzó a escuchar sus discos y a ver sus videos en Internet.

Cuando le volvió a ver unos años más tarde con motivo del reparto de la herencia de João, ya sabía tocar en el piano la mayoría de las canciones más importantes de Thertonball. Pero él solo estuvo unos minutos en su casa aquel día, y no pudo comentarle nada. Eso sí, el beso que se dieron cuando se despidieron, no se le olvidaría nunca.

Y ahora él estaba allí, en Lisboa, donde se había ido a vivir tras su separación del grupo… ¿desaprovecharía esa oportunidad?

Ahora, a sus 22 años, Iria era una mujer esbelta que compaginaba su trabajo como profesora de piano con su otra afición: era *youtuber.* Tenía un *canal* al que subía periódicamente videos donde se la veía tocando en el piano las canciones de su ídolo. De forma bastante ingeniosa, había conseguido simular en el ordenador todos los instrumentos que se solían oír en las canciones de Thertonball excepto los teclados, que ella misma tocaba en directo mientras el resto de los instrumentos sonaban de fondo. Parecía que eran las manos del mismísimo Arthur Feather las que estaban acariciando aquellas teclas si no fuera porque delante de ellas había una mujer oriental de nombre Iria Da Silva.

Además, había elaborado versiones al estilo clásico de las canciones más importantes del grupo, que hacían las delicias de todos sus seguidores.

El canal llegó a tener una audiencia tan importante que llegó incluso a plantearse dejar las clases y dedicarse en exclusiva a esa función. Pero se resistía a abandonar la docencia, pues era una labor que le apasionaba.

Porque Iria era una mujer dual en todos los sentidos, y no solo en el afectivo. Era dual porque era tan oriental como portuguesa; porque le gustaba por igual tanto la música clásica como el rock. Porque tenía un fuerte carácter, pero que combinaba exquisitamente con una sensibilidad muy delicada. Y porque amén de otros apetitos, también sentía a la vez amor y admiración por Kai. O quizás habría que añadir además otro sentimiento: la envidia. Envidia sana, por supuesto, pero envidia, al fin y al cabo.

Porque Iria, al igual que su madre, era estéril. No en el sentido reproductivo de la palabra, sino en el creativo. Como si fuera Salieri con respecto a Mozart, se le había dado el don de la interpretación y de la admiración por su idolatrado amigo, pero ella era incapaz de componer o crear nada propio.

Su dualidad, además, iba por fases. Era una suerte de bipolaridad que a veces incluso le asustaba. Por ejemplo, podía estar en la fase "clásica" durante un tiempo, para después pasar a la fase "rock", para transitar luego por un período combinado de ambas aficiones. Igual con su forma de ser. Tenía momentos de fuerte introversión y timidez, que compaginaba con otros de marcado carácter y extroversión. Y estas "fases" se manifestaban en todas las formas de su dualidad.

Cuando Kai llegó a su casa de Carcavelos para componer su álbum en solitario, ella no veía llegado el momento de presentarse ante él y contarle todo lo que le admiraba. Todo lo que le quería, lo mucho que le fascinaba, y mostrarle todas las versiones que había hecho de sus canciones. Él y su grupo tenían legiones de seguidores en las redes sociales y estaban acostumbrados a que la gente hiciera versiones de sus canciones. Y también sabía que tanto Iria como su hermano Manuel eran fervientes admiradores suyos. Pero desde luego no imaginaba que ella hubiera llegado a tanto.

Y ahora que estaba por allí, muchas veces intentó visitarle o hablar con él, pero, o bien no estaba en casa, o estaba ocupado, o tenía visitas de sus excompañeros del grupo. Al final tuvo que conformarse con verle poco a poco. La primera tarde importante que pasó a su lado, fue cuando este les visitó en su casa en compañía de Rose.

Esa tarde lo pasaron muy bien. En el salón principal de la academia, el que servía como estudio de grabación, interpretaron la canción *Enlightenment,* que había aparecido en segundo lugar en el álbum *Tournament*, que era su favorito. Pero la interpretaron a la manera de Iria. Ella tocó el piano mientras su padre tocaba la flauta travesera, y Kai tocaba la guitarra mientras Rose cantaba. Aquella «actuación» fue grabada en video y subida a su canal de

Youtube, donde tuvo millones de visitas y miles de comentarios positivos. Todos los fans del grupo se preguntaban quién era esa chica oriental a quienes dos miembros de la banda habían hecho semejante deferencia.

Aquella fue la primera vez que Iria vio a Rose en persona, y se decepcionó profundamente. Ya la conocía, obviamente, por los videos que había visto en Internet. Pero en las actuaciones se mostraba mucho más vistosa. Los altos tacones, el maquillaje y la vestimenta que llevaba en los conciertos proyectaban una imagen que nada tenía que ver con la real. En su casa se mostró tal y como era, y se preguntó qué había visto un hombre como ese en aquella paliducha enclenque. «Porque lo que está claro es que estos dos son pareja… salta a la vista… la forma como ella le mira, la familiaridad con la que él la trata… la complicidad que existe entre los dos…», pensó, muy acertadamente.

Que eran pareja, lo sabía todo el mundo. Lo sabía todo el mundo menos ellos mismos, claro. Bueno, Rose también lo sabía, pero quien no se daba cuenta era Kai.

Pero eso a Iria le daba igual, y no se dejó impresionar por ello. Su admiración por él estaba por encima de todo eso. Además, sabía que estaba componiendo y grabando un nuevo álbum, y se preguntó sí tendría ya seleccionados a los músicos con los que habría de realizar la gira de lanzamiento. En sus sueños, se imaginaba que ella era la tecladista de su nueva banda, y se visionaba viajando con a él de país en país y de ciudad en ciudad.

Desde luego, tenía cualidades más que sobradas para ello, pero le faltaba la decisión de dar el paso. Aparte de que estaba pasando por su «fase» de timidez, Kai era para ella algo tan mítico y legendario que no se veía merecedora de semejante favor. Pero la idea no se le iba de la cabeza, y su madre se lo notó:

—¿Qué te pasa, Iria? Últimamente te veo que no estás en lo que estás.

—No me pasa nada, mamá. Estoy cansada, solo es eso.

—¿Es que no duermes bien?

—No. No duermo nada bien.

—¿Y eso? Ya te lo he notado… Ayer durante la clase se te abría mucho la boca. Lo vi cuando me acerqué a dejarte aquellas partituras.

Entonces la chica se lo soltó, directamente:

—Mamá, ¿tú crees que yo podría ser la tecladista del nuevo grupo de Kai?

—Ajá, con que era eso, ¿eh? —su madre la abrazó y le acarició la cabeza llevándosela contra su pecho. Unos instantes después, la separó y le miró fijamente a los ojos:

—Iria, hija mía, tú puedes ser lo que tú quieras. Eres la persona con más talento que ha pasado por aquí después de que lo hiciera Kai. Pero yo no sé si eso es lo que tú quieres de verdad, o solo es un capricho pasajero que te ha asaltado al tenerle a él por aquí cerca. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Su madre la conocía bien y entonces comenzó a tener algunas dudas sobre sus verdaderas intenciones. Hasta entonces estaba convencida de que eso era lo que quería, aunque ahora ya no lo tenía tan claro. Aun así, le contestó sin rodeos:

—Sí, mamá, eso es lo que quiero. ¿Tú crees que, si yo hablo con él, lo podría considerar?

—Por supuesto que lo considerará. Pero él ya no está aquí.

—¿Qué? ¿Que no está aquí?

—No. Se fue ayer a Estados Unidos.

—¿A Estados Unidos? Y... ¿Cuándo volverá?

Su madre se encogió de hombros y no dijo nada. A Iria le pareció que había dejado escapar la mejor oportunidad de su vida.

Chicago

Al encontrarse lejos de las distracciones habituales, y también gracias a los últimos adelantos en software y sonido, Kai terminó en menos de un mes la creación de las canciones que conformarían su nuevo álbum. Solo faltaba la grabación y producción del mismo, pero antes de nada necesitaba reclutar a los músicos que le acompañarían en la gira de presentación.

Ya había tenido contactos con Ayers, y este le había confirmado su disposición para ser su guitarrista a partir de entonces. Así que se marchó a Estados Unidos para verle y comenzar a formar un grupo en torno a ellos dos.

Lawrence Ayers había sido un afamado guitarrista que había tenido su época dorada durante los años 90 y principios de los 2000, y había formado parte de las mejores bandas de Estados Unidos durante mucho tiempo. Igualmente, fue muy conocido en Europa a raíz de sustituir a Ruddy cuando este se fue de Hazelnut. Pero para los estándares del rock ya estaba un poco mayor, a pesar de que solo tenía poco más de 50 años.

A Kai no le importó demasiado, pues él mismo ya tenía 35 y aunque desde luego era mucho más joven, de alguna manera ya no era el paradigma del rockero joven al uso.

Ayers tenía fama de buen talante; no se le conocían discusiones de importancia con otros miembros de los grupos en los que había estado, y sobre todo, era un músico de calidad que ofrecía garantías en las actuaciones en directo.

Kai le visitó en su casa de Chicago, donde el guitarrista tenía su hogar. En el famoso barrio de Lincoln Park, descubrió una casa llena de fotos a gran tamaño de sus mejores actuaciones. Los dos bromearon sobre el espacio o la pared que debían ocupar las próximas fotografías que se harían los dos juntos en las actuaciones que estaban por venir.

En un principio propusieron ponerle al grupo el nombre «The Costayers», en referencia a sus dos apellidos. Pero finalmente, desecharon la idea y decidieron por el momento no usar ningún nombre y denominar simplemente al álbum que Kai había compuesto como K.C.R. que eran sus propias iniciales —Kai Costa Roa—. En las actuaciones en directo, sin embargo, se publicitaría el nombre de los dos, con letras de igual tamaño, aunque el nombre de Kai figuraría el primero. Acordaron igualmente repartir los beneficios al 50%.

Allí en su casa, saboreaban los dos una bebida mientras discutían los detalles del acuerdo al que habían llegado. Ayers era un hombre alto, con el pelo largo y rubio, aunque no tanto como lo había llevado en su juventud. Tenía un característico y ancho bigote del mismo color que su pelo, que se tocaba de vez en cuando tirando de los extremos. Le propuso a Kai contratar a una serie de músicos de su confianza, que incluían a una chica a cargo de la voz solista.

—Para mí son todos muy buenos, Kai, y los conozco bien. Aunque por supuesto les haremos una prueba para que les conozcas tú también.

—Confío en tu criterio, Lawrence. La prueba no es necesaria.

—Insisto Kai, así comprobarás su calidad y podremos ver cómo se compaginan entre ellos y cómo tocan tus canciones. Además, te quería pedir un favor.

—Tú dirás —le contestó el portugués, dispuesto a concederle lo que fuera.

—Verás, es que yo tengo una sobrina, Leslie, que está empezando en nuestra profesión… pero es muy buena. Sí, es muy buena —Ayers se puso un poco nervioso y titubeó ligeramente.

—Y quieres que entre en nuestro grupo, ¿verdad?

—Eso es. Toca la batería en una pequeña banda de por aquí, y… sí, ya sé que las chicas no son mucho de baterías en las bandas de rock, pero bueno, es lo que a ella le gusta, y como te digo, sinceramente no lo hace nada mal. Ella necesita una oportunidad…

Kai se le quedó mirando sin decir nada, y el otro siguió:

—A ver, no es Billy Drake, claro, pero he escuchado tus canciones, las que vamos a grabar, me refiero, y estoy seguro de que estará a la altura.

Kai sonrió y recordó sus propios comienzos, hacía ya tanto tiempo. Seguramente Adam debió decirle algo parecido a Ruddy y a Cornerstone respecto a él, cuando Dasley les dejó en la estacada.

—Dalo por hecho, Lawrence. Si tú crees que es buena, yo no tengo nada que objetar.

El hombre sonrió y levantó la bebida que tenía sobre la mesa, procediendo Kai a hacer lo mismo.

—Por el éxito —exclamó el americano, proponiendo un brindis.

—¡Por el éxito! —agregó el portugués.

Puro nervio

Unos días más tarde quedaron los cinco miembros del futuro grupo en los *InVoice Studio* de esa misma ciudad, en Chicago. Ayers le presentó a su sobrina, una chica morena, alta y delgada, con el pelo largo y oscuro. «Esta es Leslie. Puro nervio, ya lo comprobarás». También a Janet, la que sería la vocalista. Una mujer de color que no tenía la cantidad de registros de Adam, pero poseía una voz desgarrada y potente que le sorprendió de forma muy grata.

Hicieron una prueba con la que sería la canción principal del álbum y los cinco se compaginaron muy bien. Ayers quedó muy satisfecho de la impresión que le había producido su sobrina a su socio, y quedaron al día siguiente para comenzar los ensayos y la grabación del álbum. A los tres se les hizo un contrato de un año, prorrogable si fuera necesario.

Sin embargo, Kai no estaba tan contento. Según se fueron sucediendo las sesiones en el estudio, quedaron patentes las limitaciones de aquellas jóvenes promesas. Incluso tuvo que modificar, aunque no muy sustancialmente, algunas de las canciones porque sus compañeros, según él, no daban la talla en ciertas estrofas. Eso sí, se esforzaban al máximo y daban lo mejor de sí.

Entonces comenzó a pensar si no habría sido mala idea hacer lo que le había propuesto Rose. Ella, además de considerar el asunto de la productora, también le había sugerido marcharse igualmente de Thertonball y formar una especie de dúo. Kai escribiría las canciones y las interpretaría tocando todos los instrumentos en el estudio. Ella sería la cantante y renunciarían a hacer conciertos en directo. Se limitarían a publicar los álbumes en las principales plataformas y esperarían a que pasase el tiempo y terminaran los compromisos del grupo, para después seguir con el plan y formar un nuevo grupo sin Ruddy, pero con Ayers.

Pero a Kai no le gustó esa idea. Aparte de lo que hablaron aquella tarde en su casa cuando Adam y Louise les visitaron, Rose seguía teniendo contrato, y aunque eso era lo de menos, no quería desaprovechar la oportunidad de poder demostrarle a Ruddy lo equivocado que estaba. Que él no era «su empleado» y que podía hacer también grandes cosas sin él. Y por supuesto, que Ruddy no era tan imprescindible y que le podían sustituir en cualquier momento si lo deseaban.

Por eso estaba algo desanimado, y creía que con su nuevo grupo no iba a llegar tan lejos como pretendía. Que tenía que haber sido más exigente en la elección de los músicos y no fiarse tanto de Ayers.

Antes de irse de Londres, Kai llegó a un acuerdo con Adam en el sentido de que él no se metería en los progresos de Thertonball para no interferir en la creación del que sería su primer álbum sin él. Adam no estaba dispuesto a tolerar que él aportase nada a un grupo del que ya no se podría beneficiar en modo alguno. Igualmente, le exigió que no le mostrase ninguna de las canciones que él iba a hacer para su nuevo grupo, ya que Adam, aunque no quisiera, podría tomarlas como referencia, y por la misma razón crear en Thertonball algo parecido. Estaban tan acostumbrados a trabajar juntos, que Adam acometía cualquier tarea que su amigo le encomendara y esta vez ya no procedía hacerlo.

Pero aquel pacto no incumbía a Rose, y además él sabía que ella no tenía la posibilidad de tomar ninguna referencia. Así que Kai le enseñó algunas de las grabaciones que se fueron haciendo para ver que le parecían. Como la chica no paraba de llamarle casi todos los días, así tendrían algo de que hablar.

Así que le envió algunos videos que fueron haciendo de los ensayos, para que Rose le diera su opinión.

Falta de costumbre

Aquella fue la primera vez que vio al grupo tocando en su conjunto, y también la primera vez que vio a las dos chicas: Janet y Leslie. Aunque en realidad a Janet ya la conocía por las redes sociales, donde había visto fotos suyas el día anterior. Todo fue a raíz de enterarse de que en el grupo de Kai había dos chicas. Entonces se le saltaron todas las alarmas y comenzó a investigar quiénes eran.

De Leslie no había podido conseguir nada en ninguna parte, aunque había visto en Facebook algunas chicas que tocaban la batería con ese nombre; pero aparentemente ninguna era de Chicago. Estaba claro que era una desconocida en el panorama musical. Al menos en el panorama de primer nivel.

En los videos que le mandó Kai aparecía como una chica de aspecto serio. Vestía pantalones vaqueros, calzaba deportivas y llevaba una camiseta masculina de tirantes nada provocativa. Salvo por la cara y el pelo, nadie diría que era una mujer. Todo lo contrario que Janet. A pesar de que se hallaban ensayando en un estudio privado y estaban solo los miembros del grupo, se presentaba como una atractiva mujer de color que vestía un ceñido traje de estilo felino que marcaba bastante todas sus curvas y su pecho.

Que ella supiera, a Kai no le atraían especialmente las mujeres de esa raza, aunque una vez en Los Ángeles estuvo tonteando con dos o tres chicas, entre las cuales había una de color. En aquella ocasión, el hotel estaba bastante lleno y no pudo conseguir una habitación al lado de la suya como era habitual. Se tuvo que conformar con una estancia en el piso de arriba y eso le dificultó sobremanera «el espionaje». Aun así, se las ingenió para permanecer oculta en un rincón de la escalera, a la espera de verle aparecer con ellas. Pero tardaron más de lo que esperaba y se quedó dormida en aquel escalón con la cabeza sobre sus brazos cruzados y sobre sus piernas en cuclillas. Pasado un buen rato, le despertó un vigilante justo cuando las chicas salían ya de la habitación de Kai. El guardia de seguridad le dio dos golpecitos en la espalda y le dijo: «*Little lady, are you looking for your parents?*», tras pensarse que era una niña que se había extraviado. Pero ella no estaba para bromas, y al fulminar a aquel hombre con la mirada, este se dio cuenta de que no era una chiquilla precisamente y no tuvo más remedio que decir: «*pardon, madam, I just got wrong. Good night, madam*». Pero ya era demasiado tarde. A pesar de que se apresuró para ver quiénes eran las chicas, no las llegó a atisbar. Solo consiguió oír dos voces femeninas que se reían y comentaban algo ininteligible. Se quedó sin saber si entre ellas estaba la chica de color, o si por el contrario eran otras que nada tenían que ver con aquellas tres que vio al principio.

Pero el peligro real venía por parte de las brasileñas, donde además estaba la ventaja del idioma. En las giras por el hemisferio sur era obligada la visita a Brasilia, São Paulo y Río de Janeiro, y allí Rose tenía que redoblar su vigilancia.

Kai no buscaba a las chicas de forma activa, pero al llegar a los hoteles les esperaban a la puerta de los mismos, y, a pesar de que Adam, Louise y ella misma siempre lo estaban escoltando, muchas aficionadas se las arreglaban para pedirle el número de la habitación. A él y a todos los demás, lógicamente, y Kai lo proporcionaba «generosamente», cuando quien lo pedía era alguna chica «de buen ver». Eso fue lo que ocurrió en una ocasión en Río, con una brasileña exuberante a la que no se pudo negar. Rose estuvo toda la noche con la oreja pegada a la pared, pero hablaron en portugués y no se enteró de nada.

Para colmo, la visita a aquella ciudad se desarrolló durante dos noches, por la manía que tenía Kai de revisarlo todo antes de cada concierto para asegurarse de que las cosas

funcionaran correctamente. En la primera noche ya estaba allí aquella advenediza, y lo que es peor, también le esperó la segunda noche.

Afortunadamente, no volvió a saber de ella cuando abandonaron la ciudad, pero Rose tomó buena nota y a partir de entonces comenzó a aprender portugués. Era algo que siempre había querido hacer, aunque solo fuera para poder hablar con Kai en su lengua nativa. Al año siguiente, cuando volvieron a Brasil, ya tenía un cierto dominio. Pero no le sirvió de mucho en Ciudad de México, donde dieron otro concierto ese mismo año, y allí fue una atractiva mexicana quien se lo llevó al huerto. Y claro está, hablaron en español.

Rose llegó incluso a plantearse estudiar también aquel idioma, que era el que él usaba para hablar con su madre. Y de hecho lo intentó. Pero se hizo un verdadero lío por la similitud con el portugués, y finalmente desistió.

Ella no podía hacer nada para evitar el desenfreno nocturno, pero al menos durante el día se pegaba a él como una lapa para ahuyentar a las posibles reincidentes. Lo último que deseaba era que él se encaprichase de alguna y la verdad es que, salvo excepciones, solía conseguir que no repitiera. Es más, cada vez tenía menos pretendientes, sobre todo desde que corrió el rumor de que los dos eran pareja. Un rumor que ella fomentaba muy activamente, al aparecer siempre en las fotografías abrazada a Kai y en poses más que atrevidas.

Pero al menos ahora en la gira de K.C.R. no tenían previsto pasar por Iberoamérica. Todos los conciertos se iban a circunscribir a Estados Unidos y Europa, donde, al menos en teoría, las chicas no eran tan «fogosas».

Aun así, seguía estando el peligro de sus dos compañeras de grupo. Alguna se podría encaprichar de él y quitárselo… sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Por eso, cuando vio los videos que él le envió, le dieron ganas de decirle que lo estaban haciendo muy mal. Que tanto Janet como Leslie no servían para nada, y que sería mejor que se deshiciera de ellas lo antes posible.

Pero eso, a parte de una gran maldad, hubiera sido también una tremenda injusticia, pues la verdad es que las dos mujeres lo estaban haciendo muy bien. Se estaban dejando la piel con aquellas piezas y se las veía que tenían un empeño y un interés que ya quisiera Kai que tuvieran los de Thertonball, a pesar de que sus excompañeros también eran muy buenos profesionales.

Por eso, cuando él le pidió su opinión, le llamó y le dijo con sinceridad:

—Pues, a mí no me parece que toquen mal, Kai. Te lo digo de verdad. Además, Janet tiene una voz impresionante que le da mucha personalidad a las canciones.

—Sí, canta bastante bien, ya, pero no es por ella, es…

—Los demás tampoco lo hacen mal. Leslie se está dejando la piel con la batería y Ayers es todo un maestro. No sé dónde ves el problema.

—No lo sé, Rose. Es verdad que todos son buenos, pero falta algo. No sabría decirte qué, pero falta algo.

—Lo que falta somos nosotros, Kai. Eso es lo que pasa. Estás acostumbrado a trabajar con nosotros y quizás en la comparación ellos salen perdiendo. Pero son todos muy buenos, de verdad.

La conversación terminó minutos después, cuando ella de nuevo no pudo contenerse y volvió a la carga con los anhelos de siempre. Pero él se quedó pensando en lo que habían hablado.

Quizás fuera cierto lo que le dijo Rose. Era solo una falta de costumbre. Pero el hecho de haber modificado algunas canciones era algo a lo que no estaba acostumbrado, a pesar de que con Ruddy lo había hecho cientos de veces. Aunque los motivos de aquellos cambios desde luego no eran los mismos.

El caso fue que al final, el disco quedó bastante redondo, nunca mejor dicho, y con la producción y la ingeniería que le aplicó Kai apenas se notaron esas deficiencias que él creía que existían. Las actuaciones en directo del grupo fueron buenas, aunque en principio se circunscribieron solo a Estados Unidos. En el invierno de 2017 hicieron una pausa para después retomar las actuaciones a partir de marzo, ya en Europa.

Mientras tanto, Kai regresó a Lisboa, y fue entonces cuando se enteró de que a Iria le hubiera gustado entrar en el grupo.

Apuntan maneras

Rolling Stone magazine biweekly edition January 15th, 2018.

En los últimos meses hemos asistido a la presentación de dos discos memorables. A principios de septiembre se publicó el primer disco en solitario de Kai Costa, denominado sencillamente K.C.R. que son sus propias iniciales (Kai Costa Roa). Y, por otra parte, el lunes pasado se publicó igualmente el primer álbum de Thertonball sin el que ha sido su líder hasta la fecha, denominado Communications II. Vamos a comenzar por analizar este último disco.

Communications II tiene la intención de ser una continuación de su predecesor, que se denominó sencillamente «Communications», y que ya comentamos en esta revista el año pasado. Pero la intención se queda sencillamente en eso, en intención, porque ni el estilo ni la calidad musical tiene nada que ver con el que fue el último álbum del grupo con Costa.

Es un disco memorable, es decir, a recordar, pero solo porque marca una discontinuidad con el gran trabajo musical hecho hasta ahora por la célebre banda londinense.

Excepto algunas piezas que se ve claramente que fueron compuestas por Costa y que sobraron del álbum anterior, el resto de los temas no son sino meras diatribas sonoras sin orden ni cohesión donde solo los alardes guitarreros de Norfolk les salvan de parecer canciones de serie "B" propias de las bandas que están empezando. Tan solo la calidad instrumental de los miembros de la banda (incluyendo al incombustible Dasley, que sustituye en el bajo a Costa) le salva a este disco de la absoluta mediocridad.

Es como si nos invitan a comer a un restaurante de lujo, con un servicio de calidad y alimentos de primera categoría. Pero cuando te llevas el bocado a la boca resulta que la carne está quemada, el pescado crudo, la sopa fría y el arroz pasado. Efectivamente, falta el cocinero.

Por si fuera poco, la gira de presentación de este álbum, como fue la de su predecesor, será una gira descafeinada. Costa no quiso ceder los derechos de la mayoría de sus canciones, por lo que, si alguien quiere escuchar en directo los grandes e icónicos temas de Thertonball como "The Big Clash", "The Whirpool", o "Tournament", tendrá que ir a los conciertos del nuevo grupo de Kai, donde por cierto, se están interpretando con gran éxito.

Ahora pasamos a comentar el otro disco del que hablábamos al principio, el de Costa en solitario. Efectivamente, el disco K.C.R. nos recuerda muchísimo más a Thertonball que el álbum que acabamos de comentar. Lo que demuestra una vez más, que decir Kai Costa es decir Thertonball y viceversa, por si a alguien le quedaba alguna duda.

En este álbum, el célebre portugués lo ha hecho todo. No solo es el autor de todos los temas —algo que ya hacía en Thertonball— sino que además es el productor, ingeniero de sonido, y también esta vez mánager y promotor.

Antes de que se publicara el disco, ya conocimos parte de su contenido debido a la filtración de algunas versiones instrumentales que se hizo

a través de las redes sociales, y en las que el músico tocaba todos los instrumentos en su casa de Lisboa.

Para la versión «oficial» del álbum, y pensando en la gira promocional del mismo, Costa se rodeó de un excelente plantel de músicos, que incluyen al mítico guitarrista Lawrence Ayers, que, aunque algo mayor, no deja de ser un exponente único del rock de los últimos años; al menos desde el otro lado del Atlántico.

Hemos tenido ocasión de presenciar la primera parte de la citada gira que ha tenido lugar en USA durante este otoño, y hemos descubierto un buen grupo, muy cohesionado y con jóvenes artistas muy prometedores. Aparte de los dos pesos pesados que son Ayers y Costa, la vocalista de color Janet Arley nos ha sorprendido muy gratamente con su potente y desgarradora voz. Todo un caudal de sonido vocal que, salvando las distancias, tiene poco que envidiar a los compañeros de Costa en Thertonball.

Pero no nos engañemos: Ayers, con todo su buen hacer y profesionalidad, no es Norfolk. No tiene la brillantez y genialidad de este londinense, y eso se nota en el directo. A pesar de ello, se desenvuelve con solvencia y ejecuta ejemplarmente alguna de las piezas más difíciles.

Solo nos queda ver como se desenvuelven en los próximos álbumes, aunque desde luego apuntan maneras.

La musa nocturna

—Pero… ¡Por qué no me lo pidió antes! ¡Claro que la hubiera admitido! —le dijo a Flavia, cuando esta se lo comentó. Y recordó el asunto de Leslie que había sido algo parecido. Ella también había entrado «por enchufe»; es decir, había sido recomendada por su tío.

—Es que cuando lo decidió ya te habías ido…

—Ya, pero mi teléfono está encendido todo el tiempo, ¿sabes? Bueno, menos cuando viajo en avión o mientras duermo, claro.

—No te enfades, Kai —le dijo Flavia—. La chica no lo tenía del todo claro, y yo creo que todavía no lo sabe con seguridad —la excusó.

—Yo pensaba que le interesaba más la academia… por eso ni se me pasó por la cabeza. Si lo llego a saber…

—Y así es, Kai, ella está muy contenta dando las clases… es algo que le apasiona, ya lo sabes, pero Iria no es una persona de gustos exclusivos. También le gusta mucho el rock, y tocar contigo hubiera sido toda una experiencia. Ya sabes lo que te admira…

Estaban en la cocina de la casa de él, donde Flavia había acudido a solicitud suya por un asunto doméstico. Todo había comenzado a raíz de una pesadilla. Kai había vuelto a soñar por enésima vez con aquel acontecimiento fatídico que sucedió en esa misma casa años atrás. La acción tenía lugar esta vez en la habitación de sus padres —y no en el salón donde ocurrió en realidad—. Soñó que golpeaba a João contra la pared y que se caían los cuadros y algunos objetos que había sobre la cómoda. Y cuando se despertó, sobresaltado, comprobó que, efectivamente, había ruidos que provenían de allí. Entonces se levantó, e intentó entrar. Lo intentó, pero no lo consiguió.

Desde que llegó a Lisboa no había abierto la puerta de aquella habitación, que estaba cerrada con llave. Él sabía dónde estaba la llave, y fue a por ella con el objeto de entrar y ver qué era lo que estaba causando aquellos ruidos. Pero cuando fue a hacerlo, el corazón le comenzó a latir deprisa, y le tembló la mano como le ocurrió el primer día que llegó a Lisboa. No llegó ni siquiera a meterla en la cerradura. Volvió a golpearse la mano como aquella vez, pero ni con esas consiguió tranquilizarse. Fruto de una gran ansiedad, se alejó de la puerta y llamó a Flavia. La mujer llegó y entró en la habitación mientras Kai la esperaba al otro extremo del corredor. Tras unos instantes, salió con una sonrisa en los labios. Por lo visto, un pájaro había entrado por la chimenea que había en esa estancia, y estaba revoloteando por toda la habitación. Tras abrir una ventana y ahuyentar al ave, Flavia la cerró de nuevo y volvió junto a él.

Momentos después, ya en la cocina, estaban teniendo aquella conversación sobre los deseos contrariados de Iria. Kai estaba francamente enfadado, y no porque el tecladista de su nuevo grupo fuera malo. Pero le hubiera gustado mucho satisfacer los deseos de la hija de sus «tíos» y por ende, a ellos mismos.

—Y yo no puedo ahora deshacerme de Bernard… tiene un año de contrato…

—Olvídalo, Kai. Ya te digo que ella no está muy convencida, y desde luego yo no voy a pasar porque tengas que despedir a nadie. Solo faltaría.

Kai suspiró y se fue hacia la ventana donde se quedó mirando fijamente a la calle con las manos en los bolsillos. Finalmente, dijo:

—Bueno, ya se me ocurrirá algo. Creo que sé lo que podemos hacer, aunque se lo tengo que comentar a Lawrence. A ver si le dices a Iria que se pase por aquí un día y lo hablamos.

—Pero… ¿no estás muy ocupado? Me has dicho que estás trabajando sobre un nuevo disco.

—Sí, ya me conoces —Kai estaba ahora más tranquilo—. Estoy preparando el que será nuestro nuevo álbum, y que sacaremos probablemente cuando acabe la gira. Es un trabajo bastante difícil, nada que ver con lo que he hecho antes, y me está llevando más tiempo de lo habitual.

—¿Que te está costando componer algo...? ¿A ti?

—Sí, bueno, es que son unas partituras que hice... cuando era un adolescente, en esta misma casa. Las dejé inacabadas, porque llegué a un callejón sin salida.

—Y las has retomado ahora, ¿no es así?

—Así es. Es algo… innovador, que en su día pensé que no tenía sentido, pero ahora creo que tiene mucho potencial. Al menos ahora sé que el callejón tiene salida, aunque todavía no la he encontrado.

—La encontrarás, Kai, estoy segura de ello. Pero… ¿has dicho que piensas seguir con tu nueva banda? Me dijiste que tu idea era volver a tu antiguo grupo tras sacar este primer disco, y regresar a Londres.

—Sí, ese era el plan inicial. Pero ellos han tardado más de lo normal en sacar su nuevo álbum y quizá se retrase todo. Al parecer les ha costado bastante esfuerzo componer unas cuantas canciones… o al menos eso es lo que me ha comentado Rose.

—Claro, no estás tú… y se les hace más cuesta arriba —le indicó con una sonrisa.

—Sí, puede ser… El caso es que no sé si volveré, ni cuándo. Quizás me tengáis por aquí ya para siempre, o quizás me vaya a Estados Unidos… La verdad es que no tengo ni idea.

—¿A Estados Unidos?

—Sí, todos los de mi grupo son de Chicago y lo lógico sería que, si esto perdurase, me vaya a vivir allí con ellos.

—Ya veo —musitó Flavia, y comenzó a pensar que, si Iria se fuera con él, la perdería de vista.

—Pero vamos, es un suponer, ¡eh! —irrumpió, viendo que la mujer se quedaba pensativa— Lo único que tengo claro es que dentro de poco iniciaremos la segunda parte de la gira y mientras tanto, tengo que aprovechar para al menos perfilar el próximo álbum.

—Pues, entonces, si estás tan ocupado con eso, no le diré a Iria que venga a molestarte.

—No, no es para tanto. Dile que se pase por aquí cuando desee. O si no, voy yo a vuestra casa.

El caso es que la muchacha se presentó pocos días después, y comenzó a frecuentar la casa con asiduidad. Kai le informó de que por las tardes solía estar menos inspirado para componer, y ella cambió las clases de piano vespertinas a la mañana para poder estar con él a esas horas. Le gustaba pasar los días con su admirado amigo, y los dos se deleitaban tocando juntos las canciones de Thertonball «al estilo de Iria».

Pero Rose se enteró de eso, y a pesar de que ya habían comenzado la gira de *Communications II* se intentaba pasar por allí cada vez que podía, aunque solo fuera en visitas fugaces de uno o dos días.

La aparición de Iria en la vida de Kai supuso una amenaza en toda regla para sus aspiraciones, y la distancia que sus respectivas ocupaciones imponían sobre los dos se le antojaba un obstáculo insalvable que solo podía augurar un desastre.

Desde que le conoció, nunca había tenido novia ni había estado con ninguna chica, sin contar naturalmente con las aficionadas que subían a su habitación durante las giras. Pero esos «amores» no suponían ningún peligro, comparados con la irrupción de Iria. También estaba el riesgo de las dos mujeres de su nuevo grupo, claro está, pero contra eso no podía hacer nada salvo rezar.

Por eso no quería que Kai formase una nueva banda y por eso le sugirió en su momento que hicieran un dúo mientras se solventaba el problema de Ruddy. Cuando él rechazó la idea, entonces le dijo que la incorporase como cantante allá donde fuera, pero para eso tenía que contar con Ayers, y este ya trajo a Janet para esa labor.

No podía soportar estar lejos de él, y no quería perderle de vista ni un momento. No tenerle a su lado era para ella una tortura absoluta y apenas le quedaban ya uñas que morderse.

El caso es que durante las visitas que Iria le hacía, Kai le enseñó muchos trucos de composición, y le aconsejó mejorar ciertas técnicas creativas que sin embargo cayeron en saco roto. Ella no tenía ingenio para crear casi nada, a pesar de que era una intérprete excepcional.

—Kai, ¿cómo haces para componer las canciones? ¿Cuál es tu secreto?

—No hay ningún secreto, Iria. Es la musa... ya sabes.

—¿La musa?

—Sí. A mí me suele visitar por las noches. A veces me despierto en medio de la noche y no me puedo dormir. Y entonces, aparece. O bien, por la mañana. De repente, ves como tienes una melodía o un ritmo en la cabeza, y se desarrolla sola. Si la dejas volar, te compone una canción completa en unos minutos.

—Venga, Kai, no me tomes el pelo…

—De verdad, Iria, es así. Por lo menos a mí se me ocurren así los bocetos. Luego te levantas por la mañana, enciendes el teclado o tomas la guitarra e interpretas la melodía que acabas de oír mientras estabas en la cama. Y entonces, ocurre la magia. Al oírla cómo es en realidad y no como suena en tu cabeza, se te ocurren las variaciones y los ritmos. Empiezan a volar por encima de ti las estrofas, los cambios de cadencia, los arpegios… solo tienes que agarrarlos y plasmarlos en el pentagrama.

Iria se relamía de envidia. ¿Por qué a ella no le visitaba aquella musa? Él siguió:

—Para mí, el problema viene por la tarde o a la noche siguiente, cuando se me ocurre una variación. Y entonces tengo el dilema de si incorporar esa variación en la misma canción o bien hacer otra canción diferente partiendo de ese esquema. Si las variaciones no son significativas acaban en la misma pieza, aunque a veces me han recriminado que hago temas demasiado largos. Lo sabes, ¿no?

—Sí, claro que lo sé, me has obligado a interpretarlas. En el mundo del rock no son nada normales las canciones de 18 minutos…

—Jajá, yo no te he obligado a nada, Iria, las has versionado tú porque has querido —le dijo Kai con sorna.

—Las he hecho con mucho gusto, de verdad, pero no sé dónde pones el límite.

—El límite me lo pone Adam. Es él quien me dice: «aquí deberíamos cortar» o bien, «a partir de aquí es otra canción». Él tiene mejor criterio que yo para esos asuntos.

A continuación, ella le preguntó, recordando lo que había dicho antes: —pero dime una cosa, ¿sigues usando pentagramas?

—Jajá, no, lo de los pentagramas es un decir. Eso son cosas del siglo pasado. O del anterior. Ahora los ordenadores hacen por ti todo ese trabajo. Hay muchos programas que te ayudan en la composición y después interpretan la melodía a través de un *soundfont*. Pero eso tú ya lo sabes, ¿no?

—Sí, ya lo sé. Yo uso la aplicación LMMS. ¿Cuál usas tú?

—Yo usé esa en su momento, y también otros programas más comerciales. Pero hace poco diseñé uno a mi gusto pues todos los demás tienen limitaciones o pasos superfluos que me hacen perder mucho tiempo. Además, he unido el software a un sintetizador especial para que no tengas que depender de otras máquinas. Te lo voy a enseñar.

A continuación, se fue hacia un armario y sacó un cachivache lleno de bobinas y transistores del que colgaban varios cables.

—Pero… ¿eso qué es? —se admiró ella.

—Pues, lo que te iba diciendo. Aquí conectas el cable que viene desde la guitarra o desde el teclado. ¿Ves? Y desde esta otra entrada, sacas el que va hacia el ordenador. Cuando tocas, las notas se convierten automáticamente en notación alfabética, o en solfeo, si pulsas este otro botón. El de aquí. ¿Lo ves? Y entonces abres el programa en la computadora y corriges lo que proceda. Lo que necesites, o si te has equivocado, ya sabes. Sin necesidad de volver a tocar otra vez toda la pieza. Es muy cómodo.

Iria se había quedado sin palabras. Como no decía nada, él siguió.

—La clave es el software, obviamente. Pero esta máquina —dijo, apuntando al cachivache— es la que simplifica los pasos y convierte las pulsaciones en sonidos que prácticamente ya están listos para comenzar la producción.

—¿Y de dónde has sacado eso? —preguntó, refiriéndose a aquel amasijo de cables y condensadores.

—De ninguna parte. Lo he construido yo mismo. En el mercado hay cosas similares, pero a mí no me gustan. Este es mucho mejor. Por cierto, a ver si hablo con tu padre y se lo comento. Me gustaría que la CDS construyera algo más presentable. Quiero decir, que no sea tan *rústico*, me refiero. Esto mismo, pero en una cajita plateada con indicadores led y esas cosas. Para que se pueda vender, vaya. Estoy seguro de que le iría muy bien a la empresa.

El tétrico valle

Estaba anocheciendo y el viento era frío. Nubarrones grises presagiaban una tormenta que no tardaría en descargar un importante aguacero sobre aquel valle lleno de árboles sin hojas ni apenas ramas. La tierra casi no tenía hierba y los pocos matojos que se destacaban aquí y allá eran pequeñas manchas de paja amarilla y reseca. Las marcas de la sequía recorrían el suelo en todas direcciones.

Kai estaba caminando sin rumbo por ese tétrico valle sin saber a dónde ir. La furia del viento golpeaba su pelo y empujaba hacia atrás su cabellera, de forma que ya no se apoyaba sobre los hombros ni sobre su nuca. Las nubes oscuras volaban veloces sobre su cabeza, pero no se atrevían a mojar aquella tierra que tanto necesitaba el preciado líquido.

El sol había desaparecido hacía tiempo sobre el horizonte, y por el Este ya se podían ver las primeras estrellas. Pequeños puntos de luz que apenas iluminaban un cielo de color azul oscuro. Una oscuridad que se cernía pesadamente sobre la bóveda del firmamento, y que amenazaba con cubrirlo todo rápidamente.

En todas direcciones se producían relámpagos que rompían las nubes y se clavaban en aquella tierra ignota que sufría con cada descarga flamígera.

Otra vez el dolor en el pecho y el escozor en la cara. Kai se tocó los labios y los pómulos hinchados y después contempló su mano manchada de sangre. Después se miró a la camisa… ¡y era blanca! Una camisa blanca manchada de sangre… Se la intentó quitar, pero le fue imposible. Intentó romper los botones tirando de ellos con fuerza, pero no pudo.

Entonces corrió. Corrió en dirección al Oeste, como queriendo alcanzar al sol que se había puesto hacía ya tiempo. Corrió y corrió deseando ser más rápido que la rotación del planeta, y poder atisbar así los últimos rayos que el astro rey todavía proyectaba sobre una tierra lejana.

Pero no lo consiguió. Al final, vencido por el cansancio se tumbó en aquella tierra dura y fría. Tumbado boca arriba y con los brazos en cruz, solo pudo contemplar el negro cielo casi vacío de estrellas que lo envolvía todo.

Y por fin llovió. Llovió y su cara y sus ropas se lavaron, pero la tierra seguía estando seca. El líquido elemento se escurría por entre las grietas del terreno sin que siquiera se formara barro.

Con su mano derecha tocó agua… ¿o sería sangre? Miró hacia allí, pero no vio nada. Era un pequeño charco que había conseguido escapar de las profundidades y se había formado en una pequeña concavidad del terreno. Lo consiguió distinguir al cabo de un rato, cuando la luna se acercó lo suficiente para iluminarlo.

¡Era agua! Agua cristalina y fría que se mantenía totalmente quieta una vez que el viento y la lluvia habían cesado por completo. Se incorporó e intentó mirarse la cara reflejada en aquel espejo improvisado. Y entonces ocurrió lo que más temía: la cara que vio en aquel pequeño charco no era la suya. Era la cara de su padre.

Entonces se incorporó de la cama, jadeando y respirando entrecortadamente mientras el corazón le latía a toda velocidad. Todo había sido un sueño. Otra más de aquellas horribles pesadillas.

Él estaba en su habitación, en su cama, en la misma cama que había tenido desde que abandonó la cuna, hacía ya tantos años. Y a su lado estaba Rose, que había oído los gritos y había acudido rápidamente. Allí estaba ella, acariciándole, besándole y susurrándole palabras de amor:

—Ya está, amor mío. Ya está. Ya pasó, Kai. No te preocupes más. Estoy aquí, a tu lado. Ya pasó…

—*Rose! Minha pequena Rose!* —le dijo él, en portugués.

Y a continuación, se dieron un abrazo mientras la muchacha le acariciaba la nuca y le decía:

—*Já está meu amor. Não te preocupe mais. Estou contigo. Venha, tente dormir, Kai. Já passou. Tente dormir* —dijo, mientras le recostaba de nuevo en la cama. Ella se metió con él y los dos se arroparon. Y sin dejar ni un momento de abrazarle ni de acariciarle, contempló como cada vez respiraba de forma más pausada, hasta que finalmente lo hizo de manera rítmica y totalmente acompasada. Por fin se había dormido, y ella también lo hizo, al cabo de un rato.

A la mañana siguiente, él se despertó primero y le dijo, ya en inglés:

—¿Qué haces aquí, *pelusilla*? ¡Otra vez te has colado! ¿Eh?

—¿Cómo estás, Kai?

—Pues, bien, *pelusilla*. ¿Has preparado ya el desayuno? Hoy creo que te toca a ti.

—No, todavía no —dijo ella, sin dejar de mirarle.

—Pues, venga, ya estás corriendo, que hoy tengo mucha hambre. Ayer apenas cené, y con el estómago vacío no puedo componer.

Rose se había escapado de Thertonball durante la gira que estaban dando por Europa del Este. El lunes por la mañana tomó un avión desde Chequia y se plantó en Lisboa por la tarde. El siguiente concierto sería en Budapest el sábado siguiente, y eso le permitiría estar tres días completos con Kai, antes de que él también se fuera a terminar la gira con su grupo.

Cuando le visitaba se quedaba en la habitación que había sido de Paola durante el tiempo que esta vivió en Carcavelos; una estancia que estaba al lado de la de Kai, y por eso pudo oír sus gritos y gemidos la noche anterior.

Cuando terminó de preparar las tostadas se dispuso a subir las escaleras para avisarle, por no darle un grito desde la cocina. Pero él ya bajaba. Se había terminado de duchar y llevaba puesto un suéter rojo además de un polo del mismo color. Sin embargo, su cara no era la misma cara bromista que había tenido nada más levantarse. Apenas dirigió la palabra en todo el desayuno.

—¿Qué te pasa, Kai?

—Esta noche he tenido una pesadilla, Rose —le dijo, con la cara compungida.

—Ya lo sé. Estaba allí contigo, ¿recuerdas?

Él no contestó, y siguió contándole:

—He tenido muchas pesadillas con mi padre. Con esa imagen de su cara, con la camisa manchada de sangre… Una sangre que también sería mía, pues me dejé los nudillos en sus pómulos y en la misma prenda blanca que llevaba, cuando le agarré para golpearle…

Entonces ella extendió su brazo izquierdo sobre su mano derecha y comenzó a acariciársela.

—Eso fue hace muchos años, Kai. Son cosas del pasado que deberías olvidar. Tu padre ha fallecido ya y…

—No puedo quitármelo de la cabeza, Rose. Pensé que lo había superado, pero no es así.

Él se quedó callado, y ella no sabía qué decirle. Tras unos segundos de silencio, le preguntó:

—Pero, hay una cosa que no entiendo, Kai. Tú solo le golpeaste con los puños, ¿no? Entonces, ¿Por qué tenía la camisa llena de sangre? ¿Acaso se cortó con algo, o…?

—No —le interrumpió—. Lo que pasó es que el primer o el segundo puñetazo que le di le rompió la nariz, y entonces tuvo una hemorragia nasal que no pudo contener porque yo le seguí golpeando hasta que mi madre nos separó.

Tras decir eso, tuvo un estremecimiento y se puso las dos manos sobre la cara para después apoyar los codos sobre la mesa. Inmediatamente, Rose se levantó de la silla y se dirigió hacia él para abrazarle con fuerza mientras apretaba su cabeza contra su pecho.

—No pienses más en ello, amor mío. No pienses más. No te lleva a ninguna parte, Kai.

—¿Tú sabes, Rose, por qué siempre llevo camisas de color rojo? —preguntó, sin haber prácticamente oído la frase de consuelo que le prodigó.

—Es tu color favorito, ¿no es así?

—No, no lo es. Mi color favorito siempre fue el amarillo. Por eso mi padre me compró un coche de ese color.

—¿Entonces?

—Pues, porque en una camisa roja no se ve la sangre. Por eso es —la muchacha hizo un gesto de no entender y él siguió:

—Lo que pasó esa noche en esta casa… en este mismo salón —dijo apuntando hacia su izquierda, a unos metros de la cocina en la que estaban— a mi madre le destrozó la vida, pero a mí también me afectó bastante… Al principio me despertaba por las noches tras soñar que tenía heridas en mi cara, a pesar de que él ni me tocó. Las heridas se las hice yo a él, ya sabes. Pero en esas pesadillas siempre llevaba puesta una camisa blanca manchada con mi propia sangre. Hasta que empecé a ponerme camisas rojas y entonces las pesadillas desaparecieron. Casi por completo, Rose. Es increíble… Alguna vez soñaba cosas parecidas, pero nunca llegaba a despertarme.

—Pero desde que murió mi padre —siguió—, las pesadillas volvieron. No muy a menudo, afortunadamente, pero volvieron. Y desde que estoy en esta casa las tengo con frecuencia…

—Pues, nos vamos de aquí, Kai. Volvemos a Southfields y regresamos a nuestra casa. Quiero decir, a tu casa. ¿Por qué tenemos que permanecer en este sitio?

Aquella era la misma Rose de siempre, con sus preocupaciones y su desmesurado interés por él. Ese comentario le hizo volver a la realidad y salir del círculo vicioso de pensamientos en el que se encontraba. Le hizo poner los pies en el suelo y recordar por qué había venido allí, y cuáles eran sus ocupaciones en ese momento. Se dio cuenta de que le estaba mostrando una imagen de sí mismo que no era la que él quería proyectar. Entonces cambió de talante. Ya no estaba tan melancólico:

—No, *pelusilla*. Tenemos que hacer lo que nos habíamos propuesto. Tú tienes que terminar la gira con el grupo, y yo con el mío. Nada de volverse a Londres.

—Pero, Kai, podemos hacer eso sin necesidad de estar en esta casa. —Él comenzó a mover la cabeza hacia los lados y ella siguió—: sí, ya sé en lo que quedamos con mi hermano. Que tú no aparecerías por allí por si había interferencias y todo eso. Pero *Comm. II* ya se ha grabado y nadie va a pensar que tú has tenido algo que ver… si vienes ahora. Es básicamente hacer lo mismo que haces aquí, pero desde Londres. Así no tendrás más esas oscuras pesadillas.

Él se levantó y no dijo nada. Se puso a mirar por la ventana de la cocina, en dirección al jardín. El día estaba algo revuelto y amenazaba lluvia, pero probablemente eso no sucedería hasta por la tarde. De momento el sol se dejaba ver entre las nubes y cuando lo hacía emitía un calor muy agradable. Al menos así fue el día anterior, y probablemente ese día también sería así. Le apetecía ir a pasear por la playa con Rose y hablar sobre ese posible regreso. Pero recordó que esa mañana había quedado con Filipe para discutir el asunto del nuevo sintetizador, y por la tarde con Iria para terminar de explicarle algunas cuestiones técnicas y comentarle otras cosas. Y al día siguiente, Rose ya se tendría que marchar. Entonces lo tuvo claro.

—Mira, *pelusilla*, no merece la pena. Dentro de poco me tengo que ir a Chicago. Tengo que preparar con Lawrence el esquema de los conciertos que nos faltan por hacer. Y durante la gira estaré poco o nada en Lisboa. No me puedo ir ahora, y menos por esa tontería. Todavía tengo asuntos que cerrar aquí.

—Pero, Kai…

—No puedo irme así como así, Rose, como si estuviera de visita, como te vas tú mañana —interrumpió. —He traído muchos equipos y otros que he comprado y que tendría que desmontar —afirmó, para terminar con un rotundo:

—No. Esto de las pesadillas es algo que tengo que superar yo solo. Ya se me pasará, igual que se me han pasado otras cosas.

—Como quieras. Pero quizás deberías plantearte ir a un psicólogo.

—Por ahí ya he pasado. Cuando estaba en la universidad conocí a una chica, Regina… —comenzó a decir, pero se calló. Aquella fue una antigua novia que tuvo antes de estar con Sharon, y no le apetecía hablar de ello con su compañera. Pero ya había comenzado, y tuvo que continuar—. Ella estaba estudiando psicología, en otra facultad. Pero nos conocimos en el campus. La verdad es que yo me abrí bastante a ella, pues era la única persona que he conocido en Inglaterra con quien podía seguir hablando en portugués.

—¿Era portuguesa? ¿O brasileña? —preguntó, con cautela.

—Era de Oporto. Se interesó mucho por mí, y me hizo un psicoanálisis completo —en ese punto se detuvo, para continuar unos segundos después—. Me dijo que yo había sufrido un trauma y que sufría «estrés postraumático», nada menos. Me dio toda una serie de pautas sobre cómo afrontarlo y la verdad es que me fue muy bien. La clave, según me dijo y aprendí, es enfrentarse a ello, y nunca huir. Porque si huyes, estarás corriendo, estarás huyendo durante toda tu vida.

—Por eso lo de la camisa roja…

—Sí, en parte sí. Es una manera de tenerlo delante, de naturalizarlo. Pero a mí me sirvió de mucho más. En ocasiones me acorralaban los sueños y me veía a mí mismo diciendo: «Pero ¿qué sangre? ¡Yo no veo ninguna sangre! ¿Cómo se puede ver algo rojo sobre un fondo del mismo color?» Y entonces me despertaba tranquilo, y me volvía a dormir enseguida. Es una tontería, pero me funciona.

—Pero tú duermes desnudo… de cintura para arriba.

—Sí, porque jamás he soñado con sangre sobre mi pecho. Por eso es. La sangre siempre estaba sobre la camisa blanca que vestía mi padre aquella noche. Es un recuerdo inquietante, pero ya pasó.

—Y, ¿no crees que deberías retomar aquellas sesiones? Quiero decir, con otro psicólogo.

—No, porque me volverían a decir lo que ya sé. Es cuestión simplemente de ponerlo en práctica… de nuevo. Ya lo vencí una vez y lo volveré a vencer otra. Nada más.

Entonces ella le abrazó y él le acarició la mejilla. Tras unos segundos se distanció algo y le preguntó:

—¿Y siempre es el mismo sueño, Kai?

—Sí, casi siempre. Con alguna variación, pero siempre la sangre de por medio… Es lo que tiene el insomnio. Mi sueño es ligero la mayor parte del tiempo, y ese es un ambiente muy propicio para las pesadillas.

—Pero no tienen por qué ser siempre pesadillas... ¿es que no tienes sueños bonitos?

—Sí, claro, ¡de todo tipo! A veces hasta sueño contigo, Rose.

—¿Ah sí? ¿Y qué sueñas? —preguntó con mucha intriga.

—Jajá, no es lo que te imaginas, *pelusilla*.

—¿Pues entonces qué es? Anda, dímelo…

—Algún día, algún día te lo contaré —le dijo, con evasivas. Porque lo cierto es que le había dicho la verdad, pero solo a medias. Muchas veces soñaba que hacía el amor con una aficionada despampanante de rostro indeterminado, que subía al escenario en medio de una actuación. Pero al terminar, o incluso antes, la mujer se transformaba invariablemente en Paola o en Rose y le chafaba la fiesta. Al principio era en su hermana, pero desde hacía ya muchos años era siempre su compañera. Y lo más inquietante era que ese tipo de sueños a menudo se producían antes de las pesadillas sangrientas.

Esto tenía su base en un hecho real que ocurrió tiempo atrás, donde el protagonista no fue él, sino Adam. Una chica se había saltado el control de seguridad y consiguió entrar en el escenario por detrás del mismo. Se personó en medio de una canción para agarrar al cantante y comenzar a besarle apasionadamente. Todo se quedó en una anécdota y los *roadies* consiguieron sacar a la muchacha sin que los demás parasen de tocar. Afortunadamente, todavía no estaba Louise en la banda, pues se hubiera sentido ciertamente incómoda. No era la primera vez que eso pasaba, y de hecho ocurrió otra vez en aquella discoteca de Tokio. Pero allí solo lo presenciaron unas cuantas personas, mientras que en aquel concierto lo hicieron decenas de miles.

La muchacha se quedó con la intriga y Kai volvió hacia la ventana, comenzando a mirar hacia la calle con las manos en los bolsillos. Su mirada era de nuevo taciturna, y parecía que volvía a entristecerse.

—No debí hacerlo, Rose. ¡No debí!

—¿El qué, amor mío?

—Golpear a mi padre. Fue una gran insensatez…

—Y, ¿por qué lo hiciste?

—No lo sé. Un impulso, un arrebato… Regina me dijo que fue por culpa de la tensión.

—La tensión...

—Sí, una salida desafortunada, como una vía de escape para salir de una situación de conmoción —ella le miró con gesto de no comprender y él siguió. —Imagínate… Te acaban de decir que tu padre engaña a tu madre con dos mujeres. Que tienes una hermana, sin saberlo. Y encima llegas a casa y te encuentras a tu madre gritando y llorando. ¿Qué hubieras hecho tú?

—No lo sé, Kai. Supongo que, nada.

—Claro. Ya sé que otro en mi lugar se hubiera quedado parado. Es lo mismo que me dijo tu hermano cuando se lo conté... —suspiró—. No debí de hacerlo, Rose, pero perdí el control. Perdí el control absolutamente.

—Es raro, porque tú… no eres violento. Recuerdo una vez en Melbourne... ¿Te acuerdas?

—Sí, creo que sé a qué te refieres.

—Algunos fans nos avasallaron, y tú te llevaste la peor parte. Querían tocarnos, llevarse alguna cosa nuestra… te rompieron la camisa y se llevaron algunos botones de tu casaca. Y tú no hiciste nada. Ruddy por mucho menos se pegó con algunos. ¿Te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Cosas parecidas nos han pasado otras veces.

—Pues, eso, tú no eres violento.

—Ya, pero lo que pasa es que no soporto las injusticias. Quizá no lo sea con lo que me hacen a mí…, pero no a los demás —se calló un instante y luego siguió—. Una vez en el colegio, había un compañero a quien acosaban, y nadie hacía nada. El chulo que le machacaba no paraba de meterse con él, y en una ocasión, cuando le iba a dar una colleja, le paré la mano y le asesté un puñetazo con tal fuerza que lo tumbé en el suelo. Desde entonces le dejó en paz. Incluso quiso ser amigo mío; algo que no consiguió, por cierto.

Ella consideró lo que acababa de decir y añadió:

—Ahora comprendo por qué le golpeaste a Ruddy.

—¿A Ruddy?

—Sí, cuando se metió conmigo. El día de la discusión por el plagio. No le pegaste porque te ofendiera a ti, sino por lo que me dijo a mí.

—Claro, fue una injusticia. Tú no tenías nada que ver con aquello, era una discusión entre él y yo, y no tenía ningún derecho a tratarte como lo hizo —se detuvo un momento para

después seguir—. Además, estaba el asunto del plagio, como tú bien dices. Yo no soporto las mentiras. Es lo que más detesto en el mundo, después de lo que pasó entre mis padres.

—Vamos, Kai, la gente miente habitualmente, y tú no te pegas con nadie por eso. Y lo que él me hizo a mí… tampoco fue para tanto. ¿O es que había algo más?

—¿El qué?

—Se metieron con tu novia, y saltaste. ¿O no?

—¿Con mi novia? ¿Qué novia? —sonrió. Ya estaba de mejor humor, y ella le agarró de la cintura. Se quedaron mirando durante unos instantes y le dijo:

—Oye… y… esa Regina... ¿Qué relación tuviste con esa chica…? Además de ser tu psicóloga.

Él se separó y comenzó a reírse de forma socarrona:

—¡Ah! Pues… estuve casado con ella. ¿No lo sabías? Y tuvimos varios hijos. Cinco, nada menos. Uno se llamó Adam, otro Arthur, otro William, aunque todos le llamábamos Bill, otro se llamó Ruddy… y claro, al quinto le pusimos mi propio nombre, lógicamente, y le llamamos Kai. ¿Nunca te lo había contado?

—Pues, no, no sabía nada —replicó, mirándole con sorna, para después decirle—: aunque pensándolo bien, creo que ahora lo recuerdo. Después de los cinco chicos, también tuvisteis dos niñas, ¿verdad? Una se llamaba Louise y otra Rose. ¿No es así?

Entrada con el pie izquierdo

—No te preocupes «prima», verás como lo haces muy bien. Hoy estás guapísima… —le dijo mientras le daba un beso en la mejilla. A continuación, Kai se fue hacia el escenario y comenzó a anunciarla.

Con aquel beso y con el piropo había entrado algo en calor, aunque seguía teniendo mucho frío. Demasiado.

La primavera en Madrid es equivalente al invierno en otros lugares, y ella no estaba acostumbrada a ese clima frío y seco. Se había vestido con un ceñido y elegante vestido color crema con lentejuelas brillantes que emitían destellos cuando los focos se posaban sobre ella. Las mangas eran acampanadas y acababan poco después de salir de los codos para que sus manos y sus largos dedos estuvieran libres y pudieran tocar las teclas con total comodidad. El escote era generoso y estaba cubierto parcialmente por una larga melena negra que resbalaba pesadamente por el cuello y por una cara cuidadosamente maquillada.

Pero era poco abrigo para el frío que hacía aquella noche en Madrid. Tenía que haber previsto esa circunstancia y ponerse algo más adecuado. O al menos, traerse una chaqueta que le hiciera más llevadera aquella espera.

Ella ya había actuado ante un público en Lisboa. Además de las exhibiciones de digitación que hacía periódicamente en la academia de su padre ante todos los alumnos, también había dado recitales de música clásica y había tocado con un cuarteto de cámara, con viola, contrabajo y violín. También había participado en un conjunto de música medieval donde tocaba el *clave* junto a otros músicos que tañían la vihuela y el laúd.

Pero el público nunca había pasado de unas decenas o como mucho, cientos de personas, y aquella noche en el auditorio del parque Tierno Galván de Madrid había decenas de miles.

Kai había hablado con Lawrence y le había comentado la posibilidad de incluir a Iria como artista invitada en los conciertos que iban a dar en Madrid y Lisboa durante la segunda parte de la gira del disco *KCR*. Como era de esperar, él no puso ninguna pega; es más, estaba ansioso por conocer a aquella esbelta belleza oriental que había conocido en Youtube cuando su socio se lo comentó.

Después del repertorio habitual, casi todas las bandas interpretan canciones de los grupos donde sus miembros han estado anteriormente, siempre y cuando tengan los derechos. Así en este caso, tras terminar las principales canciones del álbum KCR, el grupo solía tocar un par de temas de Ayers y dos o tres de Thertonball con las que acababa el recital.

El plan para aquella noche era finalizar el concierto con la versión "clásica" que Iria había preparado de «*Enlightenment*» y en la cual debía participar solamente ella junto a Lawrence y Kai. Después aparecería el grupo al completo e interpretarían «*Tournament*», donde ella sustituiría a Bernard, el tecladista, y asumiría el mando de los teclados. Para terminar, estaba prevista una improvisación de piano en la que Iria debería brillar con luz propia y dar el colofón final al concierto.

Pero los nervios que tenía aquella noche amenazaban con arruinar toda la actuación.

Cuando Kai la llamó por teléfono desde Chicago para anunciarle la buena noticia, ella no cabía en sí de la alegría. Estuvo practicando sin descanso desde entonces, e incluso en sueños tocaba con absoluta precisión todas las piezas. Pero según se fue acercando la fecha, los nervios comenzaron a atenazarla. La noche anterior al concierto había dormido muy poco

y además se había levantado revuelta. Después del almuerzo había vomitado toda la comida y su estómago se negó a aceptar cualquier bocado desde entonces. Pensó en tomarse un tranquilizante, pero decidió no hacerlo no fuera a ser que su atención se viera afectada e interpretase peor las canciones.

A pesar de que en los ensayos con el grupo lo había hecho perfectamente, según fueron pasando las horas quedó patente que aquella chica no estaba bien.

—Iria, si quieres lo dejamos y esperamos al concierto de Lisboa. Quizá allí estés más relajada y lo hagas mejor.

—De ninguna manera, Kai. He estado esperando mucho tiempo para esto y no voy a renunciar ahora —dijo ella, con determinación.

—Como quieras. Pero si te parece vamos a invertir el orden. En lugar de empezar con «*Enlightenment»,* podemos comenzar con la interpretación de «*Tournament*». Ahí estarás arropada por todo el grupo y si te bloquearas, o si te pasara cualquier cosa, Lawrence podría suplir la parte del teclado con su guitarra. No quedará igual, pero no se notará demasiado.

—Gracias, Kai, lo haremos como dices. Pero yo no voy a fallar —aseveró, con contundencia. Intentaba con esas palabras más que confortar a los demás, tranquilizarse a ella misma, pues a pesar de lo que estaba diciendo, en su interior se sentía totalmente vulnerable y no estaba nada segura de si iba a poder con ello sin que su corazón le explotara en el pecho.

Para colmo estaba el frío. Como no conocía las canciones de Ayers, había salido demasiado pronto del módulo que habían habilitado como camerino, y estaba deseando que terminasen para comenzar su actuación. No recordaba que Kai le había dicho que harían un descanso de cinco minutos antes de ese momento, y cuando eso ocurrió, los del grupo se asombraron de verla ya preparada en el *backstage.*

Janet se acercó a ella y se percató de su situación. Le frotó los brazos con sus manos y le dio un fuerte abrazo. Aquella mujer se dejaba la piel sobre el escenario y el calor de su cuerpo sudoroso la reconfortó. Después le volvió frotar los brazos y se separó de ella para volver al escenario:

—*Don't worry babe, you're gonna do it pretty well*. —le tranquilizó con una sonrisa que la calmó un tanto, y la dejaron sola detrás del escenario mientras Kai la anunciaba al público.

A diferencia del resto de los portugueses, Iria no entendía bien el español. Quizá fuera porque había pasado los primeros años de su vida en China, y se había perdido aquella parte de su evolución lingüística. Por eso no comprendía nada de lo que él le estaba diciendo a la inmensa multitud de gente que allí se congregaba.

Kai comenzó a presentarla diciendo toda clase de cumplidos sobre ella. En el público, muchos la conocían, pues eran seguidores de su canal en Youtube. Pero la mayoría nunca había oído hablar de Iria y por tanto él tuvo que extenderse un tanto. Cuando ella por fin oyó las palabras:

«*con todos vosotros… ¡la gran Iria Da silva! ¡Un fuerte aplauso, por favor!*

Entonces, supo que había llegado la hora de la verdad.

Salió del *backstage* y puso el pie derecho sobre el primer peldaño de la escalera que conducía al escenario. Pero había contado mal el número de los escalones y el primer pie que puso

realmente sobre el mismo fue el izquierdo… Como a todos los chinos, las supersticiones le acompañaron durante toda su vida.

No era desacertado el presagio, pues en cuanto pisó la tarima los focos la deslumbraron y el griterío de la multitud la desorientó y perdió ligeramente el equilibrio. Entonces recordó lo que le habían dicho antes de salir: «no mires a los focos». Demasiado tarde. Ya estaba deslumbrada.

En ese momento hizo lo único que podía hacer: cerrar los ojos y saludar, y esperar que pasara el tiempo necesario para que pudiera volver a ver. A duras penas se acercó al borde del escenario y comenzó a mover la mano hacia alguno de los seguidores de su canal que sin duda estarían entre el público, y que coreaban el nombre con el que ella titulaba su espacio en Youtube. Finalmente, fue recuperando la vista y se sentó frente a los teclados que Bernard había abandonado hacía solo unos minutos. La banqueta aún estaba caliente y sentir ese calor bajo sus muslos la reconfortó. Pero las manos le temblaban. Se preguntó si sería por el frío o por los nervios. «Probablemente por las dos cosas», pensó.

Entonces se hizo un silencio. Los del grupo estaban esperando su señal para comenzar a tocar. Respiró profundamente y puso las manos sobre un teclado al que todavía no podía ver del todo.

Esa era la señal y entonces Lawrence comenzó a tocar los primeros compases de «*Tournament».* Ella debía entrar en el quinto compás tras un redoble de Leslie y comenzar a tocar el órgano Hammond. Demasiado pronto. «¡Oh, Kai! ¿Por qué tuvo que entrar el órgano tan pronto, cuando compusiste la canción?», se lamentó, con angustia.

Así que cuando empezó ese compás, comenzó a tocar con los ojos cerrados. No podía confiar en sus pupilas y se la jugó. Pero como se sabía la canción perfectamente, la ejecutó como si los tuviera abiertos. No sabía si le temblaban o no las manos, pues ellas se movían solas, como si estuvieran desconectadas de sus brazos. Lo estaba haciendo de forma totalmente automática, como si fuera una máquina programada para ello, de tantas veces como lo había ensayado. Y lo estaba haciendo muy bien. Al llegar el solo de guitarra se tranquilizó mucho. Ya había pasado lo peor. Ahora quedaba casi un minuto hasta que volviera a intervenir. Entonces miró a Kai, que justo en ese momento también le miró a ella. Él le guiñó un ojo y eso le devolvió la serenidad casi por completo. En ese momento se descubrió a sí misma sin frío. ¿Cómo podía ser posible? Sin darse cuenta llegó la estrofa final y comenzó a tocar con los ojos abiertos, pero mirando al público y con total seguridad.

Terminó la canción y el público aplaudió con ganas. Se levantó y volvió a saludar, mientras Lawrence se deshizo de la guitarra eléctrica para tomar una acústica que tenía preparada en un lateral del escenario. Kai se fue hacia una mesa de mezclas y moduló el «*treble»* para que su bajo sonara más agudo. Ya estaban dispuestos a comenzar, y esta vez no esperaron ninguna señal. Ella estaba pletórica y comenzaron a sonar los primeros acordes de la versión de «*Enlightenment»* que ella había preparado. Siguiendo lo que había hecho en la canción anterior, y puesto que se le dio tan bien, comenzó a tocar ahora el piano con los mismos ojos cerrados, para abrirlos solo cuando miraba a sus dos compañeros. En ocasiones también miraba a Leslie, que, aunque esta vez no tocaba, la contemplaba con verdadera admiración. Cuando comenzó a sonar la voz desgarrada de Janet —eso no estaba previsto, pues aquella versión era solo instrumental—, Iria se sobresaltó. Pero cuando comprobó lo bien que quedaba la entonación melódica que estaba adoptando la cantante, adquirió confianza y se descubrió a sí misma disfrutando como nunca de la Música con M mayúscula. De sus ojos cerrados comenzaron a salir lágrimas de puro sentimiento y el público volvió a aplaudir

a rabiar, a pesar de que estaban en medio de la canción. Al finalizar la misma, la gente retomó los aplausos, esta vez con ganas. Ella volvió a levantarse a saludar, y sin dar tregua comenzó la improvisación que iba a ser la última interpretación de la noche.

Ya no quedaba ni rastro de aquellos molestos nervios y ahora su cara irradiaba una felicidad que nunca había conocido. Tras darse una pequeña pausa para ajustar algunas teclas, suspiró de nuevo profundamente y comenzó su momento estelar. Estaba previsto que la improvisación durase unos diez minutos, y consistiría en una interpretación libre de algunas piezas de Beethoven y Paganini, mezcladas aleatoriamente con otras que tenían que ser eso, improvisaciones.

Según fueron pasando los minutos, y ella fue tomando confianza, se fusionó de tal manera con aquel instrumento que era difícil distinguir donde empezaba este y acaba Iria. El público la ovacionaba sin cesar en cuanto se percibía una mínima pausa y tras más de quince minutos en los que sus dedos volaron sobre el teclado a toda velocidad, terminó la que había sido la mejor interpretación de su vida.

El público gritaba y aplaudía a rabiar, y tras el preceptivo saludo a la multitud se abrazó apasionadamente con Kai y le besó; después se abrazó igualmente con todos los demás, mientras ellos también aplaudían. Iria no paraba de llorar con un sentimiento que casi le impedía respirar, mientras los cinco componentes del grupo unidos a ella misma se agarraban unos a otros formando una fila y mirando al público a la vez que los focos se apagaban. El concierto, había terminado.

Una cena en Madrid

Cuando los focos se apagaron y el público comenzó a marcharse, sus padres y su hermano Manuel acudieron igualmente al escenario a felicitarla. Habían permanecido durante todo el concierto en la primera fila y no veían llegado el momento de subir y abrazarse con ella.

Los demás miembros del grupo estaban recogiendo los instrumentos y ella permanecía junto a Kai y a Leslie que le había traído unos pañuelos de papel desde su camerino.

—¡Hija mía! ¡Dame un abrazo!

—¡Mamá! ¿Qué te ha parecido?

Pero su madre no podía ni articular palabra, de lo emocionada que estaba. Se abrazó con su hija y comenzaron a llorar otra vez las dos juntas. Parecía mentira que aún quedaran lágrimas en aquella chica.

Su padre y su hermano se incorporaron a aquel abrazo y cuando ya se serenaron un poco, Filipe le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti, Iria…

—Gracias, papá, muchas gracias. Yo también estoy muy orgullosa de tener un padre como tú.

Kai no quería interrumpir aquella emocionante reunión familiar, pero no tuvo más remedio que hacerlo cuando su maestro se volvió hacia él y le interpeló:

—Y gracias a ti también, Kai. Por darle esta oportunidad.

—Nada que agradecer, «tío». Yo lo he hecho encantado. Además, me estaba diciendo Lawrence que es una pena que la gira termine en Lisboa. Que, si lo llega a saber, ella se une con nosotros mucho antes —entonces él se volvió hacia su guitarrista que le estaba diciendo algo con una gran sonrisa. Como los demás no le entendían muy bien, Kai se lo tradujo: —Nada, me está diciendo que de haber sabido que era tan buena, Iria se habría unido a nosotros desde el principio. ¡Nos hubiera hecho ganar mucho dinero!

Todos los Da Silva se rieron a carcajadas y el ambiente se relajó bastante. Iria flotaba sobre una nube en el que había sido el día más feliz de su vida.

Finalmente, bajaron hacia los camerinos y se vistieron con ropa más informal para después irse a cenar.

—¿Tú crees que encontraremos algo abierto a estas horas? —le preguntó Filipe.

—Desde luego que sí, «tío», Madrid no es Lisboa. Aquí la gente se acuesta muy tarde y todavía está todo abierto.

A continuación, tomaron un taxi que les condujo hacia el restaurante Paradís, donde días antes habían reservado una mesa para nueve personas. Allí se sorprendieron al ver que Iria devoraba todo lo que le ponían por delante y bromearon diciendo que se había estado reservando para la cena y por eso no quiso comer en todo el día.

Durante la velada hablaron de muchas cosas, y al final quedó claro que Iria no iba a permanecer durante mucho tiempo dando clases en la academia de su padre. Por mucho que le gustase la docencia, ahora se abría ante ella una oportunidad que no debía desaprovechar.

Lo pasaron muy bien y regresaron al hotel. El mismo hotel donde se alojaba el resto del grupo y que habían reservado por sorpresa para evitar las clásicas colas de aficionados esperándoles en las inmediaciones.

A la mañana siguiente, la familia Da Silva se despedía de ellos, aunque por poco tiempo. Enseguida tendrían el esperado concierto de Lisboa y allí se reencontrarían de nuevo para pasar una noche fabulosa.

Leslie y Kai los acompañaron a la puerta con las maletas, y estuvieron charlando unos minutos mientras venía el taxi. Cuando por fin llegó, Manuel y Kai comenzaron a cargar el equipaje mientras Flavia y Filipe se introducían en el vehículo. Leslie les contemplaba desde la puerta y entonces Iria se acercó a despedirse de ella. Las dos mujeres se agarraron de las manos, la americana le dijo algo al oído, ella asintió, y se abrazaron efusivamente.

En Lisboa terminaría la gira de presentación del álbum K.C.R. y se auguraba una actuación espectacular de Iria. Si lo había hecho tan bien en una ciudad tan fría y extraña, ¡qué no haría en su propia ciudad ante sus propios amigos!

Planes de futuro

—¿Decías algo, amor mío?

Rose había vuelto a Lisboa en otra de sus fugaces visitas para estar con su amado. No le gustó nada el estado en el que le dejó la última vez que estuvo por allí, y aquella vez Kai solo consiguió que se marchara tras ponerse firme con ella.

Y ahora ya no se reprimía en absoluto al prodigarle palabras como «amor mío», «vida mía» y otras por el estilo. Antes a él no le gustaba tanto, pero ya no protestaba. Igual pasaba con los abrazos. Tan solo seguía reticente a los besos, aunque Rose tenía la esperanza de que pronto conseguiría eso también, y quizás…

—Hablaba con él, Rose. Ya sabes.

—¿Con quién?

—Con mi padre, ¿con quién va a ser? ¿Acaso ves a alguien más en esta habitación?

—¡Ah! Pero… ¿tú le ves? —le preguntó, sobresaltada.

—No, no le veo. Pero le oigo.

—Venga, Kai, no me tomes el pelo. Estás de broma, ¿verdad?

—Jajá, *pelusilla*, no te preocupes, que no me llama para irme con él… —le soltó, tras levantarse de la silla. Estaba usando el ordenador para seguir con los trabajos de composición del nuevo material que preparaba, y aprovechó que Rose subía a su habitación para hacer un receso. Entonces la agarró de la mano y le dijo:

—Venga, vámonos a dar un paseo por la playa. Llevo ya varias horas con esto y me está empezando a doler la cabeza.

La mañana era magnífica y el sol comenzaba a apretar. La playa de Carcavelos es una de las más populares de Lisboa y a pesar de ser un día de diario, estaba llena de gente que quería anticiparse a un verano que, aunque todavía no había llegado, no tardaría en hacerlo.

Como si fueran una pareja de enamorados, los dos pasearon agarrados de la mano mientras el viento fresco de la mañana golpeaba sus caras cubiertas con gafas de sol. Después del paseo, se detuvieron a tomar un aperitivo en *Matateu,* que les sirvió de comida, para finalmente recalar en una de las rocas del fuerte de São Julião da Barra, donde se sentaron a ver golpear las olas sobre el pequeño acantilado.

—Pero ¿de verdad que hablas con él, Kai?

Él suspiró: —Al principio sentía su presencia detrás de mí, Rose.

—¿En serio?

—Justo en la pared donde tenía la cama. Es esa, la que está más próxima a su habitación, ya sabes. Pero me volvía y lógicamente no había nadie. Además, no era siempre. Solo algunas veces. Pero cuando ocurría no me podía concentrar. Tenía que bajar a la cocina o salir al jardín… Dejaba pasar un rato y luego subía y terminaba el trabajo.

—Te lo dije, Kai, teníamos que habernos marchado como te sugerí —le recriminó, con rabia.

—No, espera, escucha, escucha. Eso ya está solucionado.

—¿Ah sí?

—Sí —replicó con firmeza—. Lo primero que hice fue cambiar la posición del escritorio y de la cama. Para no tenerle a él detrás de mí, coloqué la mesa de los sintetizadores y la del ordenador en esa zona, con la silla justo pegada a la pared. Así no podría haber nadie detrás y no me podría sentir observado.

—Y… ¿funcionó? —preguntó con ansiedad.

—En parte sí. Pero pasé de tenerle detrás a tenerle delante —dijo, con una sonrisa que a Rose le dejó perpleja—. Pero no me importó demasiado, en serio. Es más, me ha ayudado mucho con este álbum, ¿sabes?

—Pero Kai... ¿Qué estás diciendo?

—Me ha ayudado mucho, Rose. Puse en práctica lo que hablamos. Nada de huir, sino por el contrario, afrontar el problema. Y la verdad es que me ha ido muy bien. Comencé a hablar con él, directamente, ¿sabes? Le digo: «¿qué te parecen estos arpegios? ¿Crees que quedan bien en esta parte de la canción, o quizás debería suprimirlos?» O bien le pregunto: «¿No te parece que esta perífrasis es demasiado simple?»

—¿Y él te contesta?

—¡Ya lo creo! Me ayuda mucho con las notas sincopadas. No son propias del rock, ya lo sabes, sobre todo las irregulares, pero me ha enseñado una forma de desarrollarlas que la verdad quedan muy bien y le dan una fuerza a la canción que me encanta.

—Te refieres a esa canción... ¿Cómo se llama? ¿*Four Jockeys*?

—Sí, esa misma. ¿Qué te pareció?

—Espectacular. La verdad.

—Pues, eso se lo debo a él. Me está inspirando esa temática apocalíptica. Los cuatro jinetes del apocalipsis… No me negarás que tiene fuerza, ¿eh? Igual con la canción que te enseñé después, *Red Sky.* Ese comienzo de bajo y de batería, con ese ritmo atronador, para bajar a continuación al sostenido, y luego entrar el órgano como si fuera un campo devastado…

—Desde luego —afirmó ella—. Y más con ese *riff* de guitarra que va apareciendo poco a poco…

—¿A qué sí? Pues conseguí sacarlo adelante gracias a él. En serio. La idea original era mía, claro. Fueron unos bocetos que encontré en mi habitación el año pasado. Debí componerlos… no sé… cuando tenía 17 o 18 años. Pero se quedaron en eso, en proyectos. No sabía cómo completarlos por el problema de las notas sincopadas. Cuando terminamos la primera parte de la gira me puse a ver si conseguía sacarlo, pero me quedé atascado. Como no podía llamar a tu hermano se lo comenté a Lawrence, pero él tampoco me supo orientar. Me aconsejó que renunciara a la síncopa, o que la hiciera regular. Pero yo no estaba dispuesto. Sabía que tenía que haber una solución... ya sabes cómo soy, cuando se me mete una idea en la cabeza…

—Sí, lo sé, lo sé muy bien. No hay quien te haga cambiar de opinión, en ciertas cosas…

—Pues, eso. Pero es lo que te digo, Rose, fue comenzar a hablar con él, y el nudo se deshizo casi como por arte de magia. ¿No es maravilloso?

—No sé si es maravilloso o no lo es, Kai, pero dime una cosa, tu padre no entendía de música, ¿verdad?

—No, lo suyo eran las máquinas. Debe ser que en el sitio donde está… ¡le han enseñado solfeo! —gritó, para a continuación soltar una carcajada. Rose le miraba perpleja. Su amado estaba como un cencerro, pero quizás por eso le empezó a querer todavía más que antes, si cabe.

—Estoy por decirle a Janet que vaya haciendo unas letras apropiadas para esto, Rose.

—¿A Janet? —dijo ella, esperando que se hubiera equivocado.

—Sí, las de nuestro disco anterior las hice yo, y creo que no fueron muy afortunadas. Lo mío no son los versos, ya lo sabes, y quizás debiera haber confiado esa labor a ella. Tiene un sentido lírico muy marcado y estoy seguro de que dará con unos poemas muy buenos para este álbum.

—Pero Kai, ¿no habíamos quedado en que ibas a volver con nosotros? ¿Qué hay de todos los planes que hicimos el año pasado?

Por unos instantes ella lo vio todo perdido. «El destierro» de su amado estaba ya terminando, pues la gira de su álbum había finalizado, a falta del cierre en Lisboa que se haría dentro de unos días. Y la gira de *Communications II*, tres cuartos de lo mismo. Rose veía su retorno al grupo al alcance de la mano y aquella afirmación de Kai le preocupó. Si ahora sacaba un nuevo álbum con su grupo, y más un álbum tan fabuloso como parecía ese, quizás ya no volviera nunca… a su lado.

—Ya lo sé, Rose, ya lo sé, pero la verdad, no sé si quiero volver. Con mi grupo estoy muy cómodo, la verdad. Al principio tenía algunos reparos con la calidad de la gente, pero ahora me he dado cuenta de lo buenos que son todos.

—Nosotros también somos buenos, Kai. Tan buenos como ellos, o más. Y además, somos tus amigos. Mi hermano puede hacer unas letras tan "líricas" como las que pueda hacer Janet. Nos deshacemos de Ruddy y de Dasley como habíamos planeado y si Lawrence se viene con nosotros, entonces…

—Es que no sé si Lawrence se vendría con nosotros ahora. También él está muy cómodo con el grupo, y además está su sobrina, Leslie. Él ya tiene una edad en la que no apetecen tanto las nuevas aventuras. Ha encontrado su sitio conmigo y con los demás, y no creo que le gustara formar unos "nuevos Thertonball" sin Ruddy. Le estarían continuamente comparando con él y se tendría que esforzar al máximo para intentar no salir mal parado. De hecho, ya le han comparado varios medios y no le ha gustado nada, francamente.

—Pues, buscamos otro guitarrista, Kai. Hay muchos, ya lo sabes. Tan buenos como Lawrence o como Ruddy. Es cuestión de levantar algunos teléfonos y estoy segura de que encontraremos a uno que te guste. O si no, tocas tú la guitarra y buscamos un bajista. Hay varias opciones.

—No sé, Rose. No sé… Lo tengo que pensar —dijo, tras quitarse un momento las gafas. Se le estaban empañando por la brisa marina y el fuerte viento que sentía a su espalda le hizo levantarse. —Deberíamos regresar ya. Estamos un poco lejos de casa y esos nubarrones nos van a poner a caldo como no nos demos prisa.

Kai no se equivocó y al poco de levantarse comenzó a llover. Al final, los dos llegaron a casa empapados. Los últimos metros los tuvieron que hacer a toda carrera, y encima Kai se

empeñó en echarle más agua a su compañera salpicándola al pasar por los charcos. Ella intentó hacerle lo mismo a él, y al final llegaron al porche de su casa sin parar de jadear por la carrera y por las carcajadas que se habían echado con motivo de aquellas salpicaduras.

Al entrar por la puerta se desató una fuerte corriente, fruto de alguna ventana abierta, y eso le hizo a Rose estremecerse. Enseguida Kai le puso una de las batas que había colgadas en la entrada y la abrazó fuerte contra sí mismo para que entrara en calor. Ella estaba encantada en esa posición y se dejó calentar durante un buen rato. Después se separó algo y le dijo:

—A pesar de lo que ocurrió, Kai, las cosas en el grupo ya no son como antes. Si te parece le puedo decir a mi hermano que venga por aquí un día y habléis del asunto. Le podrías comentar tus planes y, no sé, quizás…

—Me parece bien, *pelusilla*. Ya sabes que mi casa está siempre abierta para vosotros. Después del concierto de este sábado mis compañeros se marcharán, y en cuanto terminéis vosotros también, os podéis pasar por aquí y hablamos del porvenir. ¿Te parece?

Un disco fantástico

—Ostras, Kai, ¡esto es fantástico! ¿Cómo no lo habías sacado antes?

—Pues, no lo sé… se me había olvidado.

—Pero… ¡cómo se te puede olvidar…!

—Eran solo bocetos, Adam. No estaban desarrollados. Y en mis primeros años en Londres no pude encargarme de nada. Entre la carrera y el trabajo con Hunter… no tuve tiempo.

Los dos amigos se encontraban en la casa de Carcavelos junto a Rose y Louise. La gira de *Communications II* había terminado ya, y Thertonball afrontaba un período de transición donde se decidiría su futuro. El grupo estaba terminando de cubrir los pocos compromisos que les quedaban y sus componentes se enfrentaban a un período incierto.

Kai, por su parte, había terminado ya la gira con su grupo y los contratos de los músicos que les habían acompañado estaban a punto de expirar. Había terminado de componer el que sería su próximo álbum, pero la complejidad de ejecución que le daban las notas sincopadas le parecía un obstáculo que no sabía si su grupo estaba en condiciones de afrontar.

A pesar del «pacto» que habían hecho, le había estado mostrando a su excompañero los trabajos que había realizado a partir de las grabaciones que redescubrió en su habitación al volver a Lisboa y que habían desembocado en ese magnífico álbum. El otro se quedó impresionado.

Después de comer, las dos mujeres se marcharon a *la Baixa* a realizar algunas compras, y Adam y Kai se fueron a tomar algo al café Janis. El local seguía siendo el mismo que había sido años atrás, y como siempre, estaba lleno hasta la bandera y tuvieron que ubicarse en una mesita con dos taburetes que había en la terraza.

Al llegar a Lisboa, Kai se había cortado algo el pelo y había cambiado un tanto su aspecto. Con las gafas de sol era difícilmente reconocible. No era el caso de Adam, que seguía siendo el mismo. Su inconfundible melena rubia llamaba mucho la atención, y más cuando la gente se daba cuenta de a quién pertenecía. En más de una ocasión les reconocieron algunos de los viandantes que pasaban por allí, y no les quedó más remedio que firmar autógrafos.

—¿Tú crees que la gente de tu grupo será capaz de sacar esto adelante? —le preguntó Adam, en un momento en que parecieron dejarles en paz.

—Lo dudo mucho. Desde luego esa era mi intención, no te lo voy a negar. Pero creo que esta vez he ido demasiado lejos.

—Tus músicos no son malos, Kai.

—No, no lo son. Ya me he dado cuenta de ello. Leslie es una gran baterista y tiene mucha proyección; pero aun así no la veo capacitada para tocar esto. Quizás dentro de unos años, con más experiencia, puede que sí. Pero hoy por hoy, solo Bill es capaz de hacerlo, y pocos más. Y respecto a Lawrence, es un gran músico, y en este año nos hemos hecho muy buenos amigos. Pero no tiene la genialidad con la guitarra que tiene Ruddy, desde luego.

—Pues, de Ruddy te quería hablar. Yo creo que se va a separar de Carla Watts. Bueno, no lo creo. Estoy seguro.

—Por fin se ha dado cuenta…

—Pues, sí. Ya se veía venir. Esa mujer solo ha estado con él por el dinero. Y con el fracaso de *Comm. II* ha visto que sus planes se han frustrado. Creo que han tenido una buena bronca, y parece ser ella que se marcha a Estados Unidos con su hijo.

—Pues, le va a salir por un buen pico…

—No te quepa duda. Le va a sacar una buena pensión para el chico.

—Pues, sí.

—Y nosotros estamos desnortados sin ti, Kai. Tocamos algunos temas antiguos, ensayamos algo que se lo ocurre a alguien, Ruddy intenta componer algo… Estamos a la espera de que te decidas.

—¿Ruddy también está a la espera? —preguntó con curiosidad.

—Ruddy no está a la espera de nada. Su pasión compositora ya terminó… y fracasó. Ya sabes cómo es. Ahora está simplemente esperando que alguien tome las riendas y le diga qué es lo que tiene que tocar. Ya te digo que vuelve a ser el de antes. Quizá incluso mejor que antes. Ahora está muy suave, muy tranquilo, muy dócil… Ya casi no protesta por nada. El mazazo que le ha dado esa mujer le ha supuesto una cura de humildad que le ha transformado totalmente. El problema no es él.

—Entonces... ¿Cuál es el problema?

—El problema es Dasley. Tiene dificultades con el alcohol… y con las drogas. Es un estúpido. Un tipo errático, inconstante, malhumorado… ¡hasta Ruddy ya se está cansando de él! De verdad, Kai… ¡no sabes cómo te hemos echado de menos!

La presión social en el café Janis se hizo tan asfixiante que tuvieron que pedir la cuenta y largarse a un sitio más tranquilo. Se corrió la voz de que estaban allí y se formó un corrillo de gente que no paraba de estrecharles la mano, de intentar tocarles, de pedirles autógrafos…

Terminaron en un pequeño promontorio junto al mar que Kai conocía bien. Allí se sentaron en un banco junto al acantilado y de cara al océano, donde no les molestarían.

—Vuelve con nosotros, Kai. Echamos a Dasley y a Cornerstone como habíamos planeado y creo que podremos salvar a Ruddy esta vez. Ya te digo que no es el mismo. En el fondo no es mal tipo.

—Ya. Lo que pasa es que se deja influenciar muy fácilmente.

—Eso es. Y estoy seguro de que aceptará encantado que vuelvas. Yo creo que está arrepentido por lo que te hizo y está harto de Dasley. Muchas veces le compara contigo de forma despectiva por su forma de tocar… —Adam hizo un inciso y sentenció—: y es el único que yo conozco que puede sacar esos trabajos tuyos adelante. Una partitura tan compleja como esa, solo está al alcance de unos pocos.

—Y uno de ellos es él, desde luego. Pero me da una pereza horrible solo de pensar las pegas que me pondrá para interpretar algunas estrofas de *Four Jockeys.* Además, no tengo yo tan claro eso de que me aceptaría encantado. Acuérdate de lo que pasó con Helmut. Tras la pelea que tuvieron cuando se fue de Hazelnut, ya no le podía ver ni en puntura. Le tenía un odio… casi visceral.

—No es el mismo caso, Kai. Con Helmut se llevaba mal casi desde el principio. Además, el alemán hablaba mal de él hasta en público, incluso antes de que rompieran. Y tú en el fondo no le has hecho nada. Lo que pasó fue por su culpa, por copiarle un tema al otro… es de risa… tanto que le odiaba, pero no tuvo ningún reparo en pillarle algo suyo.

—Ya, puede que no sea el mismo caso, pero los puñetazos...

—Eso ya está olvidado, te lo digo yo. Y respecto a las pegas esas que dices, yo creo que no te pondrá ninguna. Ya te digo que está muy suave, y ciertamente yo no veo a otra persona que pueda hacer un punteo de guitarra como ese. Ni como ese ni como el de esa otra canción que me enseñaste, la del final.

Los dos amigos se callaron y se quedaron mirando al mar. La brisa de la tarde movía el pelo de Adam hacia todos lados mientras el sol se reflejaba en los cristales de sus gafas oscuras. Después de un rato, Kai le dijo:

—Está bien. Pero creo que no podremos deshacernos de Cornerstone.

—¿Por qué no?

—Si este trabajo es tan bueno como dices, necesitaremos sacarle el máximo partido. Me refiero, desde el punto de vista comercial. En *Comm. II* habéis bajado algunos enteros y quizá los promotores no se fíen. Y solo él tiene las influencias necesarias para convencerles de que no es así.

Un caballo de carreras

New Musical Express weekly magazine, July 15th, 2018.

Entrevistamos a Adam White, vocalista de Thertonball, con motivo del lanzamiento del último disco de la banda al que han denominado «*Apocalypse*».

—Adam, ¿qué ha supuesto para vosotros este álbum y el reencuentro con Kai Costa?

—Desde el punto de vista personal, para nosotros Apocalypse ha supuesto terminar con casi dos años de malos rollos, malas situaciones, malas sensaciones y por supuesto malas críticas. Desde el punto de vista profesional, ha sido una experiencia muy gratificante volver a trabajar con él. Aunque sus composiciones exigen dar lo mejor de cada uno, la verdad es que es una maravilla contemplar el resultado final. Yo calificaría a este álbum como el disco definitivo de Thertonball. Un imprescindible en cualquier discografía que se precie.

—Y respecto al reencuentro de Kai con Ruddy, ¿Qué tal ha ido? De todos es sabido que los dos tuvieron una agria discusión el año pasado y que esa fue la causa de su separación.

—Ruddy estaba pasando por algunas dificultades en su vida privada por aquella época. Él mismo ya lo ha reconocido repetidamente en esta misma revista. Pero aquello ya terminó y ahora han hecho las paces. Se han perdonado y han comenzado a trabajar juntos como si nada hubiera pasado. Yo diría que incluso mejor que antes. Sinceramente, fue muy gratificante volver a verlos reírse juntos en un restaurante, por ejemplo.

—Y, ¿desde el punto de vista profesional? Siempre se ha dicho que tenían muchas discrepancias respecto a la interpretación de determinados pasajes. ¿Cómo ha ido eso esta vez?

—Como digo, las cosas han sido totalmente diferentes en este álbum. Sí que es cierto que en el pasado tenían criterios interpretativos diferentes, aunque al final siempre llegaban a un acuerdo. La verdad es que este álbum contenía algunos pasajes en los que Ruddy se ha tenido que emplear a fondo, y eso en otra época hubiera sido una fuente de discusión importante. Pero como digo, ahora no ha habido ningún problema.

—Y respecto a las cuestiones legales, ¿se han solucionado?

—Sí, se han resuelto favorablemente. Cuando Kai decidió volver a la banda, yo promoví una renegociación de su participación en la propiedad del grupo, de forma que él tuviera una parte importante del mismo. Finalmente, conseguimos la aprobación de todos, incluso de Ruddy, y ahora los siete miembros de Thertonball somos socios. Es más, a raíz de eso, en este álbum podréis ver de qué manera Rose y Louise han incrementado significativamente su participación como vocalistas del grupo y eso me ha permitido a mí concentrarme más en la guitarra. Desde luego, esta mayor implicación de las chicas ha sido todo un acierto, como ya tendréis ocasión de comprobar.

—Ahora que hablas de las chicas, ¿volveremos a ver sobre el escenario a Iria Da Silva? Cuéntanos algo más sobre ella.

—Iria es una joven pianista, que es la hija de unos amigos de Kai. En la segunda parte de la gira de presentación de K.C.R. intervino tocando alguna de las canciones de Thertonball, aunque de un modo "clásico". Es decir, ella había adaptado "Tournament" o "Whirlpool" a instrumentos clásicos de una manera muy original que impresionó a Kai y entonces la invitó a

tocarlas con él durante los conciertos que dieron en Madrid y Lisboa. Fue una delicia que gustó mucho al público, además de contemplar a una gran profesional. Las improvisaciones que hizo en aquellas dos ciudades fueron realmente impresionantes.

—Y entonces, ¿aparecerá de nuevo en vuestra próxima gira?

—Sí, con toda seguridad. Es muy probable que se una a nosotros como artista invitada cuando pasemos por el sur de Europa. Seguramente improvise un mano a mano con Arthur, o toque alguna otra de las canciones del grupo. Según Kai, ¡se las sabe todas de memoria!

—Vamos, que como Arthur se descuide, esa chica le quita el puesto…

—¡Pues sí! Además de que es muy buena con las teclas, es un encanto de persona. Si algún día se decide a entrar en una banda, creo que no va a tener ningún problema.

—Entonces Adam, ¿cuándo podremos disfrutar de *Apocalypse*?

—Está previsto que salga al mercado dentro de dos semanas, aunque el preestreno para la prensa será una semana antes.

—Estaremos pendientes, desde luego. Y para terminar, una curiosidad. El nombre del grupo, «Thertonball», ¿de dónde viene?

—Pues, esa sí que es una historia curiosa. Es el nombre de un caballo de carreras.

—¿Un caballo de carreras?

—Sí. Eran los primeros tiempos, cuando Kai todavía no había llegado al grupo, un poco antes de arrancar. Estábamos discutiendo sobre cuál sería el nombre, mientras que Ruddy estaba leyendo el periódico. Yo creo que ni siquiera se había dado cuenta de lo que estábamos hablando. Estaba buscando los resultados de las apuestas, y particularmente los resultados de una carrera en la que él había apostado por un caballo que se llamaba «Speedy Ray». De repente exclamó, contrariado: «¡Thertonball!» Y entonces alguien dijo: «venga, Ruddy, ¿en serio pretendes que pongamos ese nombre al grupo?» Lo demás es historia…

—Os gustó el nombre, pues.

—Bueno, era un poco lo que había pasado cuando se formó el grupo. Aquel caballo que nadie esperaba que ganase, pero que fue el primero, en alusión a la propia historia de Ruddy con Hazelnut. También pensaban que él iba a fracasar cuando se separó de ellos, y fue todo lo contrario.

Puntillismo

Melody Maker magazine, July 30th, 2018. (Online Edition)

Volvemos a entrevistar a Richard Dasley, ex bajista de Thertonball.

—¿Cuál fue la razón de tu vuelta al grupo?

—Cuando Costa se marchó para sacar su álbum en solitario, nada me ligaba a Hazelnut y Ruddy me pidió volver a la banda. Estuve allí un año, y grabamos otro disco, Communications II.

—¿Qué tal fue tu relación con los miembros de la banda?

—Con Ruddy, buena. Siempre hemos sido muy amigos. Pero con el resto del grupo la relación fue muy fría. No me acogieron bien, a pesar de que habíamos sido compañeros tiempo atrás, en los tiempos de «Dark Matter». No sé qué es lo que tenían contra mí, sinceramente.

—¿Por eso te volviste a ir?

—En parte sí. Pero también porque Cornerstone insistió en que Costa debía regresar y además Ruddy no me apoyó lo suficiente.

—¿Qué opinas de Kai Costa? Quiero decir, como músico.

—Es un bajista de primera clase; no se puede negar. Y un gran compositor, también. Tiene una técnica muy particular de tocar el instrumento basada en el puntillismo, que por otra parte es bastante difícil de ejecutar.

—¿Qué es el puntillismo?

—En música, es una manera de dividir una nota en dos o más partes. De esa manera se obtienen unos pasajes sonoros más densos y contundentes, pues mientras que sin puntillismo la cuerda sigue vibrando, al pulsarla de nuevo ejecutando la misma nota se obtiene un efecto amplificador. Por supuesto, es una técnica que sirve para cualquier instrumento, aunque en mi opinión es en los de cuerda en donde se obtienen los mejores resultados.

«Por ejemplo, una melodía de tres tiempos que sea Do, Re, Fa, cada nota durando un tiempo. Con puntillismo la convertimos en Do, Do, Re, Re, Fa, Fa. El doble de notas, pero cada una dura la mitad y se producen en el mismo tiempo». Puede ser el doble, el triple, lo que sea.

«Como digo, hay que ser muy hábil para hacer eso, y cuando regresé al grupo me encontré con que ellos lo hacían. Bueno, a decir verdad, solo Ruddy y Costa lo hacían bien. Y los del grupo intentaron que mis estrofas de bajo contuvieran puntillismo, pero yo me negué».

El puntillismo de guitarra o de bajo se puede observar a lo largo de toda la discografía de Thertonball. Para ilustrar a nuestros lectores, nos hemos fijado en la última parte de la canción *The Big Clash*, donde se puede observar esta habilidad musical ejecutada a la vez tanto por Costa como por Norfolk, cada uno en su papel. Por gentileza de nuestros patrocinadores, se puede acceder a un extracto de la última parte de "*The Big Class*" pulsando aquí. La técnica mencionada se manifiesta especialmente en el punteo de guitarra y en el fondo de bajo que comienza a ejecutarse hacia la mitad de ese extracto.

https://archive.org/download/thertonball/TheRigelWars-TheBigClash-end.mp3

Ofertas rechazadas

—¿Qué te parece esta chica, Peter?

Kai había estado sopesando la forma de encajar a Iria en alguna parte, pues estaba claro que la muchacha no debía permanecer dando clases de piano a niños y adolescentes en la academia de su padre. A pesar de lo mucho que le gustaba la docencia, la chica ansiaba unirse a una banda de forma permanente.

Pero tanto en su grupo como en Thertonball, el puesto de tecladista ya estaba ocupado por personas muy competentes.

Precisamente en su grupo, tras su marcha, habían decidido buscar a un nuevo bajista y continuar. Y Bernard, el teclista, había sido y era un buen músico muy apreciado por todos.

Kai se encontraba en el despacho de Cornerstone, donde había acudido para ultimar los detalles de los conciertos que iba a dar Thertonball durante la gira de *Apocalypse*. Además, había aprovechado para mostrarle un vídeo de las impresionantes actuaciones de Iria en los conciertos de Madrid y Lisboa. A raíz de aquellos recitales, habían comenzado a llegarle ofertas para actuar en diferentes bandas, pero ninguna tenía el nivel requerido para su enorme talento.

Los videos que le estaba mostrando eran tomas parciales de las improvisaciones, donde solo se la veía a ella con el piano, sin descubrir a qué banda pertenecía. Pero no por ello consiguió engañar al viejo mánager.

—Es Iria Da Silva, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

El viejo sonrió y tras callar durante unos instantes le dijo:

—Kai, Kai. Parece mentira que no me conozcas… Yo no tendría la cartera de músicos que tengo —ni sería tan rico— se sinceró—, si no tuviera ojos y oídos en todas partes. Y más en los sitios donde van los músicos que están conmigo. Tengo a esa chica en seguimiento prácticamente desde el día de vuestra actuación en Madrid.

—Ya —Kai se dio cuenta de lo ingenuo que había sido, y tras unos momentos de pausa, le preguntó: —bien, y... ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? Pues que no he visto a nadie con tanta calidad y con esa edad. Ni siquiera Arthur. ¿De dónde la has sacado?

—¡Ah! Pero… ¿es que eso no lo sabes?

—Dímelo tú —le interpeló el viejo.

—Es la hija de unos vecinos. De casa de mis padres, en Lisboa —Kai no quiso darle detalles más personales por si pudiera parecer que su interés por ella venía de otra parte que no fuera estrictamente su calidad musical—. Yo apenas la conocía, ya sabes, me marché de allí hace tantos años… todavía era una niña y nunca llegué a tratar realmente con ella. Y como no volví a ir por allí… Para mí ha sido toda una sorpresa. Fue el año pasado, cuando regresé y me la encontré al ir a visitar a mis vecinos.

Todo lo que había dicho era técnicamente cierto, aunque lógicamente había algo más.

—Sí. Más o menos es lo que me han contado —respondió el mánager—. Pero dime, ¿qué piensas hacer con ella?

—¿A qué te refieres? —preguntó, con cautela.

—Pues, si tienes algún plan específico. Si la quieres encajar en alguna parte, o hacer algo en solitario con ella, no sé... Después de *Apocalypse*, me refiero. Has estado ausente durante un año, y sé que has conocido a gente nueva… en fin, ya me entiendes.

—No, Peter, no tengo ningún plan. Por eso quería que le buscaras algo. Le han salido algunas ofertas de bandas de poca monta, pero yo no quiero que ella empiece desde tan abajo. No lo necesita.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —aseveró. A continuación, se volvió hacia algunas carpetas que tenía sobre la mesa, y añadió:

—Pues, verás, ya he movido algunos hilos. No quería hacer nada definitivo hasta no hablar contigo. Te iba a llamar para comentártelo, pero te has adelantado. Esto no es lo normal, ya lo sabes. En mi profesión yo no me puedo andar con intermediarios, sino que tengo que ir directamente a por el artista, en este caso Iria. Pero por ser tú quién eres, por eso te pregunté antes por tus planes.

—No querías que me enfadara contigo, ¿eh?

—Pues, no, Kai, para qué te voy a engañar —el viejo se sinceró—. Te conozco y creo que no te habrías enfadado demasiado, pero no he querido arriesgarme. Ya lo pasamos todos bastante mal el año pasado y no quiero que esta vez se nos escape este reencuentro. Nos esperan días de verdadera gloria, si todo sale bien.

Kai sonrió y añadió: —bueno, y ¿qué tienes para Iria?

—Pues, verás, hay de todo. Pero todo de calidad, eh, ya sabes que yo no me junto con mediocres… Tengo algunas bandas en las que el tecladista se ha ido y están buscando un sustituto. En otras es posible que se vaya o le echen, aunque no sería de inmediato; habría que esperar.

El viejo comenzó a sacar los informes de todas las bandas, mientras continuaba, y siguió:

—También hay casos de grupos que están empezando. En fin, hay de todo, como ya te digo.

Kai se puso a leer las fichas de las bandas que el otro le ofrecía. Salvo unas pocas, casi todas las conocía. Y como también conocía a Iria, seleccionó algunas y rechazó otras. Intentó no descartar demasiadas, sobre todo si venían de grandes bandas, aunque no fueran del estilo en el que podría encajar mejor. No quería hacer un trabajo que solo le podía corresponder a ella.

—Está bien, Peter. Me quedo con estas y las comento con ella. Te mantendremos informado.

—Oye, Kai, —le interrumpió, mientras el otro se levantaba dispuesto a marcharse—. No me habré molestado para nada… ¿verdad?

—Tranquilo, Peter, no se irá con nadie que no seas tú. Yo respondo por ella. Tú preocúpate de conseguir esos contratos de los que hemos hablado. Especialmente el del *Odeon*. Quiero que toquemos allí el día que te he dicho.

—Dalos por hechos, Kai. ¡Dalos por hechos! Todos los conseguiré, no te preocupes, incluyendo ese. Es posible que esté ya reservado, pero el dueño me debe algunos favores. ¡Nos esperan días de gloria! ¡Ya lo verás!

Él se marchó satisfecho del despacho de Cornerstone. Había conseguido apuntalar una serie de actuaciones en los mejores recintos para mostrar al mundo el que era su mejor trabajo hasta la fecha. Se esperaba contar con promociones para tocar en las mejores ciudades y estadios a lo largo y ancho del planeta. Se auguraba una gira como ninguna otra anterior se había hecho. Por otra parte, también se traía bajo el brazo una serie de ofertas que le podrían ir muy bien al formidable talento de «su prima», y estaba ansioso por presentárselas.

Pero, sin embargo, se llevó una decepción cuando habló con Iria. No había vuelto a ir a Lisboa desde su reincorporación a Thertonball, pues la grabación del álbum absorbió todo su tiempo; pero mantenía una comunicación muy fluida con ella, y estaba deseando volver a verla.

Al principio de la conversación estaba muy ilusionada. Cuando él le dijo «*Hola Iria, creo que tengo algo para ti…*» ella pareció animarse mucho. Pero según le fue desgranando las ofertas, notó que decrecía ese aparente entusiasmo inicial. Le comentó el nombre de los grupos y la trayectoria de cada uno. Ella tomó nota de todos y le prometió buscar en Internet y en Youtube. La mayoría de las bandas no le sonaban de nada, y al final descartó la mayoría.

Las más prometedoras eran un grupo *country* que era muy popular en Estados Unidos, mientras que otra oferta provenía de un reputadísimo conjunto de jazz de primer nivel que se empeñó en hacerse con ella a toda costa tras ver su improvisación en el concierto de Madrid.

Pero a ella no le gustaba ni el *country* ni el *jazz* y rehusó las dos ofertas. Era muy exigente y tenía muy claro qué es lo que quería hacer, y con quién.

Apocalypse

Rolling Stone magazine biweekly edition July 21st, 2018.

Acaba de salir al mercado el último álbum de la mítica banda de rock británica Thertonball, y que ha supuesto el regreso del que ha sido su bajista y líder en los últimos años, Kai Costa.

Teníamos dudas sobre lo que podría ofrecer este disco, dado lo malo que fue el anterior, el infame *Communications II* y su predecesor, *Communications*, que ya nació mal, pues, aunque todavía era obra de Costa, estaba plagado de desafortunadas aportaciones del guitarrista Ruddy Norfolk que ensombrecieron la siempre metódica e inspirada labor del portugués.

Como recordarán nuestros lectores, el año pasado nos hicimos eco de la ruptura entre el que había sido su bajista y compositor, y el resto de la banda. Costa salió del grupo y formó un nuevo conjunto con Lawrence Ayers y otros tres intérpretes menos conocidos para sacar un disco que, aunque estaba constituido por buenas canciones, quizás sus miembros no estaban a la altura de su líder. Por otra parte, los músicos que sí que estaba a la altura —sus excompañeros de Thertonball—, se habían quedado sin su director de orquesta, y no fueron capaces de hacer un trabajo a la altura a su teórico nivel profesional.

Así las cosas, nos temíamos que esta reunión tuviera simplemente un motivo plutocrático, es decir, juntos ganan dinero, y separados lo pierden. Esto lo hemos visto ya en multitud de ocasiones, y los trabajos resultantes de tales reencuentros no solían tener el nivel de los anteriores. Sobre todo, en bandas desgastadas que vivían de los éxitos del pasado.

Sin embargo, *Apocalypse* no responde a ese paradigma. La vuelta de Costa ya presagiaba una vez más lo mejor de este gran músico, y la verdad es que no nos ha decepcionado: este es un álbum fabuloso que supera si cabe la calidad de los discos anteriores, y eso que el listón estaba ya muy alto.

Gran calidad en las composiciones, fantástica instrumentación, elaborados arreglos, espectacular rotundidad sonora, impresionantes solos de guitarra, poderosos riffs, y sublimes voces femeninas, hacen de este memorable disco un imprescindible en la colección de cualquier amante del rock con mayúsculas. Y no es para menos: una partitura endiabladamente compleja ha necesitado que los mejores músicos del panorama rockero mundial —los miembros de Thertonball—, hayan tenido que dar lo mejor de sí mismos para poder llevarla a cabo, interpretándola de forma magistral.

Otro punto a favor que nos gusta, y mucho, es que, a diferencia de sus trabajos anteriores, aquí la banda ha apostado firmemente por las mujeres. Unas voces que anteriormente solo aparecían en los coros, ahora ocupan un protagonismo sin igual: Louise White canta varias canciones en solitario, y otras a dúo con su marido, el vocalista Adam White; o bien turnándose con él en las estrofas. Por otra parte, Rose White interpreta dos canciones como vocal solista, en las que podemos apreciar sus increíbles dotes con los agudos en impresionantes y sublimes baladas que ponen un colofón de oro a un disco histórico.

Otro de los cambios ha sido la compañía discográfica. El álbum ha sido editado bajo la marca *Xanticore*, que ha sido constituida al finalizar

contrato con la anterior. También este aspecto ha sido un acierto, pues no echamos en falta ninguna de las características que definían a la anterior firma.

Ahora comienza una monumental y multitudinaria gira mundial en la que sin lugar a duda los estadios van a estar abarrotados. Todo va a ser poco para contemplar la reunificación de la mejor banda de rock de los últimos tiempos.

Ahora que ya casi nadie compra discos, este merece la pena adquirirlo, aunque solo sea para guardar en físico uno de los mejores discos de rock de la historia.

La gira

La gira de *Apocalypse* fue una enorme aventura comercial que supuso la constitución de una empresa real con sus oficinas, con sus contables, sus administrativos, sus directivos, etc. Se denominó TWWL, acrónimo de Thertonball World Wide Live. Cornerstone se empleó a fondo y consiguió levantar una campaña publicitaria de gran envergadura que despertó el interés de los principales organizadores y patrocinadores. El reencuentro de los dos principales protagonistas del grupo alcanzó una atención mediática sin precedentes, mientras que las estupendas críticas del álbum auguraban unos magníficos conciertos que nadie se quería perder. Las entradas se agotaban en cuanto se ponían a la venta, y muchos aficionados hacían cola en los puestos de distribución desde mucho antes de que se pusieran en circulación.

Para la venta on-line se dispusieron servidores informáticos dedicados, al comprobar que los tradicionales puntos de venta electrónica se colapsaban en cuanto que se abría la posibilidad de reservar.

La gira comenzó en el verano de 2018 y terminó a finales de 2019. Se visitaron más de cincuenta países alrededor del mundo y se dieron más de 120 conciertos.

Las estadísticas de aquella gira fueron descomunales. La banda estaba acompañada por un mastodóntico equipo humano, técnico y de sonido para garantizar el correcto funcionamiento de los 300 focos que se usaban en cada show, el millón y medio de vatios de luz y sonido, y los más de cien kilómetros de cables. Una cantidad enorme de material que transportaban de ciudad a ciudad 20 camiones de producción y 31 «steel trucks», que eran convoyes en los que se llevaba la estructura y los materiales más pesados.

Cada camión estaba denominado con el nombre de uno de los artistas, y en él se transportaban los equipos necesarios para dar cobertura visual y de sonido al músico en cuestión. Por ejemplo, existía el camión «Kai 1», el «Kai 2», el «Rud 1», «Rud 2», etcétera. Al llegar a cada destino, un ejército de técnicos se encargaba de sacar el material de cada furgón y montarlo y encajarlo todo como si fuera un puzle de miles y miles de piezas en tiempo récord.

Las dimensiones del escenario ya daban una idea de lo colosal del espectáculo: 80 metros de largo, 25 de profundidad y 38 de alto. En los laterales y rodeando al escenario, se ubicaban tres mega pantallas de vídeo que fuentes de la gira calificaban como «larger than life», y que mostraban diversas retrospectivas de cada uno de los músicos. Además, lógicamente, del propio fondo del escenario, que ya era una gran pantalla que reproducía en grandes dimensiones todo lo que se veía sobre el mismo.

Más de 180 personas formaban parte del equipo humano de la TWWL, algo así como una familia que llevaba desde mediados de 2018 sin separarse y que recorrería miles de kilómetros unidos por el rock. Y eso sin contar a los administrativos y a los ejecutivos que se quedaron en Londres. En total, cinco autobuses se encargaban de transportar al equipo, y a eso había que sumar a los promotores y a los técnicos locales que en cada destino también se involucraban en el montaje de los escenarios.

Se contrató a tanta gente, que los miembros del grupo le prohibieron a Kai inspeccionar ni uno solo de los elementos y de las estructuras que se disponían en cada concierto. «Ya tenemos gente que se ocupa de eso. Tú preocúpate solo de tocar y de divertirte», le dijeron.

Y esta vez obedeció y no se preocupó de nada. Ya estaba Rose para vigilar que no lo hiciera, por si le entraban tentaciones. Ella no quería que le volviera a pasar lo que lo ocurrió en Nueva York, en aquel accidente. Pero no hizo falta, entre otras cosas, porque los profesionales que se contrataron fueron los mejores. Aun así, Kai intimó mucho con los jefes técnicos encargados del mantenimiento de los equipos. Sin llegar a meterse en sus asuntos, le gustaba estar al tanto de las últimas innovaciones en materia de sonido y a veces los acompañaba en los montajes. Se hizo tan amigo de algunos que en ocasiones prefería su compañía a la de los miembros del grupo, y se iba con ellos de juerga tras la finalización de los conciertos, para desesperación de Rose.

Y es que una gira tan larga dio para mucho. Por ejemplo, para la incorporación de otros músicos. Aquellos fueron unos fantásticos conciertos en los que participaron multitud de artistas invitados.

La propia Iria fue la principal estrella de aquellas incorporaciones, y estuvo gran parte de la gira con ellos. A Arthur no le importó en absoluto que le sustituyera en algunas canciones. Es más, la excesiva complejidad de *Apocalypse* le obligó a tener que retorcerse al máximo, y él, que era el mayor de todos los del grupo, ya no tenía los reflejos de antaño.

Le vino de perlas la ayuda de aquella joven, y se dispuso de dos conjuntos de teclados en lados opuestos del escenario, donde cada uno interpretaba su parte. Normalmente, Arthur se ocupaba del órgano y la chica del piano. Quedaron para el recuerdo las memorables improvisaciones en ese instrumento que aquella chica oriental ejecutaba en las noches estrelladas de verano, y que el viento se encargaba de transportar a kilómetros de distancia. Por no hablar de los formidables dúos que hizo con Ruddy: ¡Jugaban a ver quién era capaz de tocar un mayor número de notas por segundo! Se disponían cada uno en una de las mega pantallas que había a cada lado del escenario, y como si fuera un partido de tenis, los aficionados presenciaban en la izquierda cómo Ruddy interpretaba una pieza de tres o cuatro segundos mientras su púa volaba rápidamente sobre las cuerdas. A continuación, Iria tocaba la misma pieza en la pantalla derecha mientras el público intentaba distinguir sus dedos veloces entre aquel conjunto de franjas blancas y negras que eran las teclas. Se hicieron muy populares aquellos duelos de velocidad, sobre todo cuando los hacían con una variación de *Tournament*, que era una pieza que la portuguesa se conocía muy bien. La gente entraba en delirio al presenciar semejante espectáculo.

Otro artista invitado fue el propio Filipe. Cuando Iria estaba sobre el escenario, el público les pedía que interpretaran alguna de las versiones «clásicas» que la chica había preparado, y muchas de ellas incluían un violín que Filipe tocaba en sus vídeos, aunque sin que se le viera la cara. Pero este se negaba a participar en los directos y fue el propio Kai quien tuvo que asumir esa función. Pero al final le convencieron y participó, aunque no fue con el violín, sino con la flauta travesera. Eso sí, el hombre se negaba a desplazarse y solo actuó en los conciertos que se dieron en Lisboa y Madrid.

También se invitó a muchos compañeros de Adam, Bill y Arthur que se conocían de su paso por el BIMM y el Royal College. A Kai le hubiera encantado invitar también a sus abuelos, Marcelino y Celia, de no ser porque, ya mayores, habían fallecido hacía algunos años.

Por lo demás, se incrementó mucho la participación vocal de Louise y Rose. Además de las propias piezas que Kai había compuesto exclusivamente para ellas en aquel disco, durante la gira también intervinieron como solistas en muchas de las canciones de álbumes anteriores que tradicionalmente había cantado Adam en solitario. Ahora las chicas ya no estaban detrás de ellos en un claroscuro, sino que estaban delante y adquiriendo un protagonismo

sin igual. Por esa razón, Rose se dejó crecer el pelo y hacia el final de la gira ya lucía una melena rubia bastante bonita.

Como siempre, Kai se limitaba a crear la parte musical, y no interfería en las letras de las canciones, que habitualmente eran creadas por Adam. Pero ahora, Rose era cantante en solitario de dos de ellas, las últimas con las que cerraba el álbum, así que fue ella quien escribió esas letras. La primera iba en consonancia con el tono apocalíptico del álbum, pero la segunda se tituló precisamente, "amor no correspondido". Era una balada desgarradora, increíblemente lírica, en las que la cantante solía llorar con profusión cuando la interpretaba.

Y eso, cómo no, arrancaba la admiración en el público. Este se entusiasmaba viendo en las mega pantallas cómo Rose llevaba hasta el límite de sus agudos la parte final de esa canción, en el momento en que imploraba a Dios que su amado —a quien no nombraba—, le correspondiera.

A pesar de lo mucho que duró la gira, la gran cantidad de conciertos hizo que las actuaciones fueran muy apretadas, y solo encajar las fechas y los lugares supuso todo un quebradero de cabeza en las oficinas de la TWWL. Los contratos que negoció Cornerstone incluían toda una miríada de recitales y compromisos, y a veces se tenían que dar hasta dos conciertos en un mismo fin de semana y en diferentes ciudades, sobre todo en verano. Los días de entre semana, que generalmente no eran elegibles, esta vez sí que lo fueron y era rara la semana que no tenían que dar uno o dos.

Esa frenética actividad solo se permitió un descanso, que fue en las navidades del año 2018. A pesar de ser fechas vacacionales que se podían haber aprovechado para obtener fuertes recaudaciones, los miembros del grupo se plantaron y exigieron darse un respiro para ver a sus familias y reponer fuerzas. Las necesitaron para entrar en el año 2019 con la energía necesaria para acometer sin interrupción la vorágine de actuaciones y shows que todavía les faltaban por cumplir, y que los aupó al olimpo de los más consagrados dioses del rock.

Sharon

—¿Qué es lo que estás mirando tanto, Kai? —preguntó Rose, con curiosidad.

—Esa mujer… —dijo él, sin dejar de mirar hacia su izquierda—. Creo que es… Sí, ha engordado y se ha cortado el pelo… pero es ella.

—Pero ¿quién?

—Sharon.

—¿Sharon? ¿Qué Sharon? —le preguntó, mientras su mente descartaba opciones a toda velocidad. Con ese nombre conocía a una *roadie* de la TWWL que los había acompañado en la gira, pero en teoría estaba de vacaciones en Manchester con su familia. Otra Sharon era una amiga suya del colegio, pero obviamente él no la podía conocer. Entonces lo tuvo claro. —No será... ¿tu antigua novia? —preguntó con ansiedad. Su intuición femenina no le traicionó.

—En efecto. Creo que me ha visto también a mí. ¿Lo ves? Viene para acá... la mujer del vestido azul… la que lleva a una niña de la mano.

Aquel receso de la gira permitió a los músicos y al personal regresar a sus casas por Navidad. Un paréntesis corto, pues el día seis de enero ya tenían programado un concierto en el Wizink Center de Madrid. Solo tenía capacidad para 15.000 espectadores, pero dada la amplia repercusión mediática del álbum, se habían contratado conciertos por todas partes, y en invierno se preferían los espacios cubiertos. Sobre todo, en una ciudad tan fría como Madrid. Los estadios de futbol solo estaban disponibles en verano, cuando terminaba la liga, y el estadio Santiago Bernabéu, con capacidad para 80.000 espectadores, era la primera opción. Pero no cuadraba con otras fechas en otros países de Europa y al final se decidió hacerlo así.

En nochebuena, Rose y Kai iban a cenar con Adam y Louise, con sus padres, y también con Cecilia. Pero antes de eso, por la mañana habían quedado con Paola. Su matrimonio con Vittorio Marengo le había dado una niña que ya tenía seis años y que se llamaba Vittoria. También tenían un niño, más pequeño, que se llamaba Paolo. Kai le había comprado a la chica una preciosa bicicleta de color fucsia como regalo de Navidad, y habían ido a su casa a llevársela y pasar el día con ellos.

La familia vivía en una exclusiva urbanización para millonarios en las afueras de Londres, a la que no se podía acceder más que por invitación y presentando un documento de identidad en la entrada.

Paola les informó que su marido no iba a poder acompañarlos en la comida, pues estaba de viaje en Italia y había perdido el vuelo que le debía llevar a Londres a tal efecto. El siguiente estaba programado al mediodía y, afortunadamente, llegaría a tiempo para la cena, que se iba a celebrar con unos amigos.

Al llegar a su casa les abrió un mayordomo perfectamente etiquetado que les recibió y les trató como si fuesen los mismísimos Duques de Edimburgo. La casa era un perfecto ejemplo de las viviendas que se veían en las revistas de decoración más exclusivas, donde no había un solo objeto de más ni de menos, y todos ellos se disponían en los lugares precisos y a la distancia exacta. No había un solo detalle dejado al azar, y todo tenía un aspecto impoluto y aséptico.

Durante la comida lo pasaron muy bien. Kai no paraba de bromear con su hermana echándole en cara lo «pija» que se había vuelto. La camaradería que tenían entre los dos y las

bromas que se estaban continuamente gastando así lo atestiguaba. A Rose siempre le había parecido una mujer encantadora, aunque sí que era cierto que desde que se había casado con aquel italiano se había vuelto un poco *estirada*. A pesar de que ella se había puesto sus mejores galas para aquella visita, no dejó de recibir por ello los amables consejos de la anfitriona en el sentido de que tenía que mejorar su vestuario. Pero siguiendo la misma dinámica bromista, le dijo: «*Claro, Paola, si yo me pondría alguno de tus diseños, pero no fabricáis ropa de mi talla, y sinceramente la ropa infantil no es apropiada para un concierto de rock».* Los tres se rieron a carcajadas, aunque Rose no tanto. Nada más decir eso, se arrepintió de haberlo dicho. Pero estaban tan a gusto en esa comida que se le escapó. Ella era la primera que se reía de su aspecto, pero solo en la intimidad de su familia; nunca delante de Kai. Y no toleraba en modo alguno que nadie le recordara a él que ella parecía una mujer a medias. Aunque se consoló pensando que en el fondo no había dicho nada que él no supiera. Tenía muy claro que si alguna vez le conquistaba no iba a ser por su aspecto físico.

Entonces Paola se comprometió a enviarle a una de sus modistas para que le tomara medidas con el objeto de hacerle un diseño apropiado. Y la verdad es que fue todo un acierto, pues consiguió hacerle una serie de trajes y vestidos a medida de estilo rockero entre los que se incluía uno de piel de serpiente bastante espectacular.

En aquella conversación sobre atuendos, no solo opinó sobre Rose. También le recriminó a Kai que durante la gira hubiera preferido usar aquella vulgar camiseta roja de tirantes que se ponía últimamente, en lugar de la elegante casaca que siempre le había gustado tanto. A lo que él respondió: *«Lo hago para fastidiarte, Paola. Es más, he estado a punto de ponérmela para venir a verte, pero Rose me advirtió que quizás el guardia de la entrada no me hubiera dejado entrar. Y no era plan que Vittoria se quedara sin su bici…»* Todos se rieron, incluso la niña, y él siguió: *«Aunque a decir verdad es probable que siga tus consejos y me ponga alguno de tus diseños. Así quizás conseguiría que mis seguidores vinieran a los conciertos con flores, en lugar de latas de cerveza»*. De nuevo carcajadas de los tres y un pellizco en la mejilla de su hermana, para que esta volviera a ser la de siempre y se bajará del pedestal. Pero no lo consiguió. Una vez abandonado el campo de batalla del vestuario, comenzó a recordarle la barbaridad que había hecho en su casa al convertir el salón en un estudio de grabación. Pero entonces, él le dijo: «*No te preocupes Paola que en cuanto que termine la gira lo voy a volver a dejar como estaba. Eso sí, me tendré que venir a ensayar a tu casa, y no sé si a tus vecinos les gustará mucho la idea*». Más carcajadas y risas generalizadas, para terminar una comida en la que los tres lo pasaron muy bien.

El caso es que esa mañana en Londres hacía un tiempo fantástico. El día estaba soleado y la temperatura parecía primaveral; eso incitó a muchos vecinos a bajarse al extenso parque que tenía la urbanización en el centro de la misma.

La idea era salir con los niños después de comer, disfrutar un rato al aire libre, y estrenar la bicicleta. Pero finalmente, Paola prefirió dejar al niño en casa con la niñera, pues estaba algo pachucho. Además, la chica tampoco quiso sacar su flamante bici "por si se ensuciaba de barro", pues el terreno estaba húmedo por las lluvias caídas en los días anteriores. Al parecer la niña había salido tan exquisita y refinada como los padres.

Pero cuando llegaron a la zona de juegos infantiles, Vittoria descubrió que sus amiguitas sí que se habían traído sus bicis, y entonces insistió a la madre para que se la trajera a ella también. Paola dejó a la niña con ellos y justo acababa de marcharse hacia la casa para traerla, cuando divisaron a Sharon.

Según se fue acercando al banco en el que estaban sentados los tres, Rose escaneó con sus ojos todos los detalles de aquella mujer.

Llevaba puesto un ancho vestido azul de diseño, aunque algo informal, adecuado para estar en el parque con una niña. Era una mujer alta, cerca de metro ochenta, probablemente. «Kai y ella tenían que haber hecho muy buena pareja, los dos tan altos…», pensó Rose. Pelo oscuro, pecho abundante y caderas marcadas, que seguramente se habían ensanchado más a raíz de uno o más partos. La niña que llevaba de la mano también vestía ropas caras pero informales, adecuadas para un parque infantil. Debería tener entre tres y cinco años.

Cuando llegó al banco en el que estaban sentados, Rose y él se levantaron y saludaron a la recién llegada.

—Hola Kai. Estás igual que siempre… Te reconocí en cuanto que te vi, con tu camisa roja…

—Hola Sharon —dijo él, dándole un beso en la mejilla que ella le ofrecía, ante la estupefacción de Rose. —Tú también estás igual.

—Mientes. Ya quisiera yo estar igual que antes. Pero bueno, es lo que tiene cumplir años y tener partos. ¿Qué haces por aquí?

—Hemos venido a visitar a mi hermana.

—No sabía que tenías una hermana. ¿No eras hijo único?

—Bueno, es una larga historia, pero sí, es Paola. Paola Costa. Quizás la conozcas. Vive en una de las casas que están cerca del lago.

—¿Paola Costa? ¿La propietaria de Costa Marengo?

—Sí, la misma.

—Vaya, No sabía que vivía aquí, ni que fuera hermana tuya… Aunque por el apellido me lo podía haber imaginado —la mujer se quedó pensando un momento y añadió—: Además, qué casualidad… Precisamente Justin me ha regalado un vestido de esa marca para estas navidades.

—¿Justin? ¿Estás con él?

—Sí. Es mi marido. En cuanto tú desapareciste no tardó en darme caza —dijo con una sonrisa.

—No me extraña —afirmó él, también con cara risueña—. Siempre estuvo colado por ti… pero yo me adelanté, jajá. Y entonces… ¿vives aquí con él?

—Sí, él es el director del hospital de Bromley. Ahora trabajamos allí los dos. ¿Tú sigues viviendo por allí?

—No. Ahora vivo en Southfields… Perdona. No os he presentado —se interrumpió, advirtiendo que su amiga estaba contemplando todo como una estatua de piedra—. Bueno, ella es Rose, y esta pequeña es Vittoria —continuó, presentando a sus acompañantes—. Chicas, os presento a Sharon.

La niña dijo «hola, señora», y a continuación Rose estrechó la mano a la mujer.

—¿Son tus hijas? —preguntó Sharon.

—¿Mis hijas? —sonrió con una mueca, mientras que Rose la miraba con cara de circunstancia—. No, la pequeña es mi sobrina, la hija de Paola. Y ella es mi compañera…

—Soy su novia —interrumpió Rose, mientras le agarraba a él por la cintura. Se disponía a defender su territorio como un ave protege a sus polluelos del depredador.

—¿Tu novia, Kai? ¿No es muy joven? —cuestionó, sin dejar de mirar a Rose.

Él iba a decir algo, pero de nuevo la otra se adelantó:

—Ya tengo 28 años, Sharon. Aunque no lo parezca —espetó, apretando los dientes.

—¡Ah! Perdona… ¡pues te conservas muy bien!

—Muchas gracias —respondió, de forma seca.

Kai presenció la conversación entre las dos mujeres sin poder reaccionar, y entonces Sharon siguió con la presentación de sus hijos y ya se reservó lo que iba a decir.

—Pues, esta pequeña es Karen, ya ves lo revoltosa que es. El mayor es Justin, ese de allí, el chico de la camisola verde que está jugando al futbol —señaló, mirando a una cancha cercana—. Y también está Carol, que debe andar por ahí… Sí, allí está, con ese grupo de chicas. Y a Justin, mi marido, ya le conoces. Está en su despacho del hospital. Te puedes imaginar que es un hombre muy ocupado, con el cargo que tiene…

—Sí, ya me imagino.

—Bueno, y ¿tú qué tal? ¿Sigues trabajando en aquella tienda de instrumentos musicales?

—No… Ahora toco el bajo, en un grupo de música…

—¿Sigues con los Scarecrows? Pero, ¿no tocabas allí la guitarra? ¿O eran los teclados?

—Bueno, en realidad eran las dos cosas. Pero aquello terminó. Terminó casi a la vez que lo nuestro... Después me fui con Thertonball. ¿Conoces el grupo?

—Me suena… —dijo ella, pensando. Tras unos instantes preguntó—: ¿No fue ese el grupo que dio ese concierto tan multitudinario en Donington Park, este verano?

—Sí, ese es mi grupo, ahora.

—Vaya, Kai, o sea que… ¡eres una estrella del rock! Me enteré de eso porque lo dijeron en las noticias, creo que se batió el récord de asistencia a ese lugar. ¿No fue así?

—Sí, más de cien mil espectadores.

En ese momento, la chiquilla se escapó y la madre no tuvo más remedio que irse tras ella. La mujer hizo un gesto de disculparse, y cuando ya estuvo un poco lejos, Kai le dijo a Rose:

—Oye, ¿desde cuándo eres tú mi novia?

—Desde siempre, Kai, desde siempre. Tú eres el único que todavía no lo sabe.

Él no dijo nada, pero sonrió y le desbarató algo el pelo. Ya no estaba de punta como en el pasado, y le despeinó ligeramente la melenita que llevaba ahora. Ella también sonrió, abrazándole a continuación.

—Y, ¿por qué dejaste a esta chica, Kai?

—Hace ya muchos años de eso.

—Sí, pero ¿cuál fue la causa? —se atrevió a preguntar. Suponía que le daría alguna evasiva, como hacía siempre que hablaban de cosas "del corazón", pero esta vez no fue así.

—Éramos incompatibles. No le gustaba la música, y tenía otras aficiones que yo tampoco compartía, como el montañismo, por ejemplo. —Kai hizo una pausa y siguió—: Creo que ella estaba enamorada de mí, y cuando la dejé se quedó bastante afectada. —Entonces miró a su compañera, que le seguía con mucha atención—. La verdad, no se lo merecía, pues era, es, una buena chica. Pero yo también era algo inmaduro, en ese aspecto—. Terminó de decir aquello y suspiró—. Me porté muy mal con ella, Rose. No sabes lo que me alegro de que haya rehecho su vida.

—¿Tú también te enamoraste?

—No. Solo estaba con ella porque me atraía físicamente. O al menos eso creo.

En ese momento llegó Paola con la bicicleta, y la niña se montó en ella mientras su madre la vigilaba. Entonces Kai cambió rápidamente de tema y le dijo a su hermana:

—Por cierto, ¿ves a aquella mujer de azul que va persiguiendo a una niña?

—Sí, ¿qué le pasa? —respondió Paola.

—Pues, es clienta tuya. ¿La conoces?

—No la conozco de nada —aseveró, tras echar un vistazo fugaz a la mujer—. En esta urbanización casi no nos conocemos, pues todos tenemos nuestras ocupaciones y apenas salimos por aquí. Pero te puedo asegurar que ese vestido tan horrible que lleva no es mío —respondió con rotundidad, tras mirar de nuevo.

—Pues, yo te puedo asegurar que su marido le ha regalado un vestido de vuestra marca que probablemente se va a poner esta noche. Y que conste que no le he visto hacerlo.

—¡Pero Kai! ¿Tú como sabes eso? —La hermana le contemplaba con los brazos en jarra mientras exhibía una amplia sonrisa.

—Jajá, porque esa chica fue mi novia, y además conozco a su marido.

Paola seguía sin comprender y entonces Rose le dijo:

—Ha estado aquí, con nosotros, Paola. Llegó cuando te acababas de marchar. Kai le ha dicho quién eres y entonces nos ha confesado lo del vestido.

—¡Pues qué curioso! La próxima vez que venga me fijaré más en ella. Vamos, mientras le dure a Vittoria la pasión ciclista… porque me temo que a esta chica se cansa muy pronto de los juguetes.

En ese momento la niña se chocó con otra bici, y la madre fue enseguida a recogerla. Pero la tarde estaba ya cayendo y el sol comenzaba a ocultarse por el horizonte. Aquel espejismo de buen tiempo estaba terminando y tras un fuerte viento que se levantó poco después, la gente comenzó a irse del parque. Sharon no volvió a estar con ellos, sino que se quedó hablando con otras madres mientras vigilaba estrechamente a su retoño. Al salir del parque, les dirigió una mirada y les dijo adiós con la mano izquierda, mientras que con la derecha sujetaba a la niña, que al parecer no quería irse de allí. Kai la devolvió el saludo de la misma manera, y entonces ella le lanzó un beso con la mano.

Aquella noche, aquellas dos mujeres no durmieron bien. Rose no se esperaba ni por asomo conocer aquel día a la mujer con quien Kai había compartido algo de su vida antes de

conocerle a ella. Sabía que se llamaba Sharon, e incluso había visto una foto suya entre los papeles que él se había llevado a Southfields. La fotografía había aparecido allí por casualidad, traspapelada entre otras cosas. Era una foto tomada desde lejos, por alguien que quiso hacer una retrospectiva de aquellos excursionistas montañeros entre los que se encontraban los dos. No se le apreciaba bien la cara, y solo supo que era ella al ser la única chica morena que había en todo aquel grupo de ingleses. Y desde luego, era mucho más delgada que como estaba ahora.

También se extrañó mucho de la confesión "íntima" que le hizo Kai. Aquello no era normal. Aunque Rose era su amiga, y a una amiga se le cuentan esas cosas, con ella jamás lo había hecho. ¿Por qué ahora? ¿Estaría dejando de verla como una niña, y ahora la consideraba digna de esas confidencias? ¿Tendría algo que ver Iria con eso? Sus pensamientos comenzaban a volar disparados, como siempre, y los cortó antes de que llegaran demasiado lejos. Lo que sí era cierto es que esa mujer no tenía pinta de volver a estar con él, ni él de quererlo. Al menos eso sí era positivo.

En el caso de Sharon, a ella no se le había ocurrido mirar en las redes sociales o en Internet acerca de cuál había sido el devenir futuro de Kai, una vez que dejó de estar a su lado. Era algo que todo el mundo hacía, aunque solo fuera por curiosidad. La típica frase «¿Qué habrá sido de…?», era algo que a ella no le preocupaba. Lo pasó mal tras su ruptura, y no deseaba recordar momentos amargos, que por otra parte, estaban ya más que superados. Pero al verle esa tarde, no pudo dejar de hacerlo.

Al llegar a casa tuvo que ocuparse de los tres niños, pues estaba sola y su marido llegaría solo para la cena. Aunque la criada ya había preparado la comida de esa noche antes de marcharse, todavía tenía que arreglar algunas cosas y sus padres y los de Justin estarían al llegar. Fue después de cenar, mientras su suegra se dedicaba a recitar aquellas insulsas poesías, cuando echó mano de la tableta y se dispuso a buscar información sobre su antiguo amor.

Entonces se quedó impresionada, de todo lo que encontró. No solo los videos de sus actuaciones en Youtube, sino la cantidad de material biográfico y de todo tipo que encontró en páginas web de toda índole. No sabía por dónde empezar y se dirigió a la Wikipedia, que era uno de los resultados que aparecían en primer lugar. Le hubiera gustado leer la página completa, pero debía prestar alguna atención a su suegra, a sus padres y a sus hijos, que estaban continuamente demandando su atención. Así que se dirigió a la búsqueda de imágenes, por ser algo más directo que lo anterior. Allí descubrió retrospectivas de Kai y de Thertonball con todo lujo de detalles. Desde fotos de los conciertos, fotos promocionales, imágenes casuales tomadas por la calle… Y sí, efectivamente, aquella rubita aniñada era su novia. Las poses en las que se la veía junto a él no dejaban lugar a dudas. ¿Qué habría visto en ella?, se preguntó.

También el buscador le ofreció imágenes de Paola, por aquello de compartir el apellido. Y sí, no era una broma que le había gastado él esa tarde. Aquella elegante mujer con el pelo largo y rizado era Paola Costa, la famosa diseñadora. La misma mujer que había visto junto a Kai intentando conseguir que su niña se montara en una bicicleta.

Ya la conocía de vista, de haber estado en ese mismo parque en alguna otra ocasión. Siempre le llamó la atención cómo esa mujer podía ir vestida casi como si fuera a una cena de gala, cuando en realidad estaban en un parque infantil… Pero no sospechaba que fuera la célebre modista, ni muchísimo menos que fuera la hermana de su antiguo novio. Cuando aquella mujer saltó a la fama le llamó la atención el apellido, naturalmente, pero "Costa" es un

sobrenombre muy común en Portugal. Tener alguna relación con Kai… era improbable. Y lo descartó del todo cuando se enteró de que aquella diseñadora era brasileña.

Después de la cena, se acostó tarde, y el exceso de comida y de vino le comenzó a pasar factura. Empezó a recordar su romance con Kai y el tiempo que pasó junto a él. *«¿Por qué nunca me habló de su hermana? Llegué a conocerlo bastante bien, o al menos eso creía…» «Los músicos son gente rara, y los rockeros los que más…»*, comenzó a decirse.

No dejaba de dar vueltas en la cama sin dejar de pensar en Kai. En la plenitud de su madurez estaba casi más atractivo que cuando ella lo conoció. Recordó que a menudo él se despertaba en medio de la noche, tocándose la cara y el pecho, como si tuviera heridas. Ella se sobresaltaba, pero enseguida la tranquilizaba: «son pesadillas, Sharon, nada más. Anda, duérmete, que mañana vas a tener un día muy duro en el hospital…»

Recordó las caricias que él le hacía, los besos que le daba… hasta que una lágrima comenzó a correr por su mejilla mientras pensaba que tenía que haber compartido más sus aficiones, y quizá no la hubiera abandonado. Aunque él podía haber cambiado con el tiempo, lógicamente.

Desde luego, aquella rubia menuda estaba en las antípodas de lo que ella creía que eran sus preferencias sexuales. *«Monilla de cara, pero nada más. Sí. Quizás haya cambiado y ya no sea el mismo de antes»*, pensó.

Entonces su marido se revolvió a su lado en la cama, le puso un brazo sobre el pecho y le dijo:

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué lloras?

—Por nada, Justin, por nada. Recuerdos del pasado, nada más. Anda, abrázame fuerte y hazme el amor.

Un par de locos

—Oh, vamos, Rose, no tuvo por qué ser ella, ni tuvo por qué ser su habitación.

—Que era su habitación, estoy casi segura. A pesar de que la mía está un poco lejos, cuando me asomé lo tuve clarísimo. Aquella chica oriental había salido de su habitación.

—¡Oriental! Estamos en Corea, Rose, aquí todas las chicas son iguales que Iria… ¿No sería una aficionada que se había quedado con él?

—No, Louise. De eso estoy segura. No le he perdido de vista ni un instante desde que llegamos a Seúl. No ha quedado con nadie. Además, hace ya mucho tiempo que no sube nadie a sus habitaciones, que yo sepa. Aunque puedo estar equivocada, claro. Alguna se me puede haber escapado. Y eso también me preocupa.

—¿Qué te preocupa? ¿Qué no te hayas dado cuenta? ¿Que estés perdiendo reflejos? —Louise ya se tomaba a guasa las paranoias de su cuñada y no se sonrojaba tanto como antes.

—No, tonta. Me preocupa que no suba nadie a su habitación. Y eso que tiene oportunidades, como siempre.

—¿Ahora te preocupa eso? De verdad, Rose, cada vez estás peor. En serio.

—Pero Louise, ¿no comprendes que eso puede ser porque está con ella? Cuando llegamos a los hoteles después de los conciertos, él sale de su habitación y se va. Yo me muero de ganas de seguirle y ver dónde acude, pero me da miedo que me pille… Aun así, te confieso que alguna vez lo he hecho —en ese momento se dio cuenta del riesgo que corría diciéndole eso a su cuñada—. Oye, Louise, esto no se lo dirás a mi hermano, ¿verdad? Si llegara a sus oídos…

—Tranquila Rose, secreto de confesión. Bueno, le has seguido y… ¿dónde va?

—Sale del hotel.

—O sea, que no va a su habitación. Quiero decir, a la de Iria.

—No lo sé. Solo le he seguido un par de veces. Puede que en esas ocasiones haya quedado con los técnicos, como hace últimamente. También he pensado que, puede ser que se satisfaga por ahí cuando se va de juerga con ellos.

Louise dejó escapar una risita. A pesar de que ya estaba curada de espantos con todo lo que le contaba su cuñada, no pudo evitar sonrojarse en esta ocasión.

Cuando se produjo la reunificación del grupo y Kai regresó a Southfields, Rose se alegró sobremanera de recibirle de nuevo "sano y salvo" de cualquier relación. Ella volvió a irse a vivir con él, y le vigiló si cabe más de cerca. Pero cuando Iria se unió a la gira de *Apocalypse*, todos los temores afloraron de nuevo.

Por si fuera poco, estaba el asunto de las juergas con los técnicos. Al principio ella se unía a aquellas fiestas, pero pronto se dio cuenta de que no era bienvenida. No por Kai, quien nunca puso reparos en que le acompañara, sino por los demás. Bebían y se emborrachaban y comenzaban a hacer estupideces e incluso se metían con ella. Alguna vez él estuvo a punto de pelearse con alguno para defenderla, y entonces comprendió que debía dejar de irse con ellos.

—Bueno, Rose, nadie tiene más confianza con él, que tú. ¿Por qué no le preguntas de una vez, y así sales de dudas? Si es cierto que está con Iria, te lo dirá. ¿No es así? Tú eres su mejor amiga…

—No, Louise, él me cuenta todo tipo de cosas, es verdad, pero no sobre esos asuntos. Si le pregunto directamente sobre ese tema, estoy segura de que me dirá cualquier tontería. Por ese camino no puedo ir. No me queda más remedio que guiarme por indicios, y los que tengo no son nada alentadores, la verdad.

—Pero Rose, ¿no me dijiste que te confesó todo aquello referente a su exnovia? Lo que había sentido por ella, las causas de su ruptura… Todo eso es íntimo, y te lo contó…

—Eso fue casualidad, Louise. Y sí, yo creía que había cambiado, pero no era así. Al día siguiente intenté indagar más sobre aquella relación y volvió a ser el de antes.

—¿Y qué le preguntaste?

—Pues, por ejemplo, yo quería saber por qué nada más verle, lo primero que hizo ella fue ofrecerle la mejilla para que él le diera un beso.

—¿Que le dio un beso nada más verla? ¿A su ex? Oh, Rose, eso sí que es grave…

—Pues, igual me lo pareció a mí al principio, aunque luego me di cuenta de que no había nada entre ellos y me quedé tranquila. Pero aun así no se me iba de la cabeza y por eso se lo pregunté.

—Y se escabulló, me imagino, ¿verdad?

—Pues, claro. Me dijo que seguía teniendo una relación con ella, que dos de sus hijos eran suyos, en fin, tonterías, ya sabes.

—Eso es mentira, ¿no?

—Sí, claro que lo es. Por eso te digo que no puedo atacarle por ese lado. Pero bueno, menos mal que al final me enteré de lo del beso.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—Se lo comenté a Cecilia. Me dijo que en Portugal es normal que un hombre y una mujer se saluden con un beso cuando les presentan o cuando se ven. Igual que nosotros estrechamos la mano. Y eso lo hacen, aunque sean desconocidos —Louise enarcó las cejas y ella siguió— Es más, en España creo que hasta se dan dos besos. Uno en cada mejilla.

—Caray, chica. Me dejas de piedra. Entiendo que Sharon, aunque sea inglesa, tomó esa costumbre de él… ¿no es así?

—Sí, eso creo yo. No volví a pensar en eso desde entonces. Pero no sé, Louise es todo muy raro —dijo, tras callar unos segundos—. Vosotros no os dais cuenta, pero él ha cambiado. Aparentemente es el mismo de siempre, pero yo lo conozco bien. Desde que habla con su padre es otra persona y…

—¿Qué habla con su padre? ¡Pero qué me estás contando! ¿Su padre no había muerto?

Otra vez Rose la bocazas había entrado en acción. Nada más decir eso le entró un golpe de calor y se arrepintió de haberlo dicho:

—No, Louise, ¡Olvídalo! ¡Yo no te he dicho nada! ¡Se me ha escapado! Eso no lo sabe nadie. ¡Ni siquiera su madre…!

—De acuerdo, Rose, de acuerdo. Tranquilízate, mujer, ¡no pasa nada! —le dijo, tras constatar el estado de agitación en el que se encontraba—. Tranquilízate…

—¡Júramelo, Louise! ¡Júramelo! Júrame que no se lo dirás a nadie, ni siquiera a mi hermano. ¡Por favor!

—Te lo juro, Rose, te lo juro. Tranquilízate… —le aseguró mientras le acariciaba el brazo con cariño—. Pero ahora cuéntame eso con más detalle. ¿Cómo es eso de que habla con su padre?

Rose suspiró y miró hacia la ventana. El *transfer* les estaba llevando por las calles de Seúl en dirección al Estadio Olímpico donde se iba a desarrollar el concierto con una asistencia esperada de cerca de 70.000 personas. Ella deseó con toda su alma que se aplazara ese evento pues la verdad es que no estaba en condiciones de cantar. Volvió a pensar sobre lo que le acababa de decir a su cuñada, y se sintió muy culpable por haber traicionado a Kai. Aunque él no le había prohibido que se lo contara a nadie, ciertamente era una cosa muy íntima que no tenía que haber soltado. Tras unos segundos se tranquilizó un poco y le dijo:

—Él tiene una especie de trauma con su padre, Louise. Ya sabes todo lo que pasó cuando se descubrió aquel engaño, las razones por las que él y su madre se vinieron a Londres…

—Sí, lo sé.

—Bueno, pues eso nunca se ha resuelto. Es más, cuando murió João, las cosas fueron a peor. Y encima, cuando llegó a Lisboa hace dos años, pues se recrudecieron.

—No sabía nada —le dijo ella, con tristeza.

—¿De verdad que no se lo vas a decir a nadie, Louise?

—De verdad, mujer. De verdad. Ya sabes que no soy nada chismosa. ¿O es que no me conoces?

—Gracias —siguió ella, más tranquila—. Bueno, pues el caso es que mientras estuvo allí, en Lisboa —y creo que no ha vuelto a ocurrir, pues sino, me lo habría contado—, me dijo que su padre le ayudó a componer el disco que estamos cantando.

—¿Cómo dices? —le preguntó, estupefacta.

—A ver —intentó tranquilizarla, al ver la cara que estaba poniendo—, probablemente su padre no le diría nada. Todo se lo imaginaba en su mente, y las preguntas que le hacía se las respondería él mismo.

—¿*Probablemente*, Rose? Querrás decir, *seguramente*, ¿no?

—Sí, claro, seguramente. Supongo que él puso en práctica una estrategia psicológica para intentar hacer una especie de «huida hacia adelante» y así contrarrestar la obsesión que tiene. Es una táctica que le enseñó una amiga suya que era psicóloga, hace muchos años.

Las dos mujeres callaron, mientras Rose volvía a mirar por la ventana. Louise se había quedado de piedra con lo que acababa de oír. «*¡Vaya par de locos!»,* pensó. «*Estos dos acaban juntos con toda seguridad… son tal para cual*», se dijo. «*Rose obsesionada con él y él obsesionado con su padre…».* Porque desde luego las maquinaciones que ella se hacía con sus posibles o imaginarias «novias» eran para escribir toda una novela.

La vio como miraba por la ventana, con esa cara triste, compungida, que parecía haber perdido toda esperanza. Sus ojos colorados, a punto de soltar unas lágrimas que le estropearían

el maquillaje y deslucirían una actuación que se prometía muy buena. Su traje de piel de serpiente le sentaba de maravilla, pero debía acompañarlo con una expresión jovial, agresiva, propia del mundo del rock. Una imagen que desde luego no era la que tenía en ese momento.

Entonces recordó un pequeño acontecimiento que tuvo lugar hacía muy poco y que posiblemente le podría consolar en sus pensamientos respecto a Iria:

—Mira Rose, ahora me estoy acordando de una cosa que dijo Kai el mes pasado, cuando estuvimos en San Francisco. Él vino a recoger a Adam a nuestra habitación porque esa mañana tenían cita con un organizador, para discutir algo sobre el concierto de esa tarde. Tenía cara de no haber pegado ojo en toda la noche y tu hermano se lo notó —Rose hizo ademán de decir algo, pero ella se anticipó—: no, no es lo que piensas, verás. Nos dijo que había llegado muy tarde al hotel y que no se podía dormir por el dolor de cabeza que tenía.

—Habría estado con los técnicos y habría bebido de más…

—Sí, seguro. Bueno, el caso es que Adam le preguntó si no se había tomado nada para combatir aquel dolor, y nos dijo que sí, que al poco de acostarse tuvo que llamar a Recepción para solicitar un analgésico, y que en unos minutos se lo subieron.

—Vale, y... ¿Qué me quieres decir con eso?

—Pues, ya está, Rose, a quien viste ayer salir de su habitación era alguien que le había traído una pastilla… ¿Por qué no? Tú misma dices que no sabes cuando entró. Podría ser justo en ese momento y solo estuvo el tiempo necesario para dejarle el analgésico. En este hotel los empleados no llevan uniforme…

—No sé, Louise, puede ser lo que tú dices… Es cierto que yo no llegué a verla bien. Enseguida dobló la esquina del pasillo y desapareció. Desde luego era igual de delgada y tenía el mismo pelo que Iria. Cuando oyó el ruido que hice al abrir mi puerta para verla, se giró y me pareció que era ella. Pero sí, puede ser que todas las orientales se parezcan… al menos desde el punto de vista occidental, lógicamente.

—Claro, mujer, seguro que es eso. Además, para confirmarlo se lo puedes preguntar a él. No es un asunto íntimo precisamente, y seguro que te dice la verdad.

—Sí, así lo haré —le dijo, tras pensar un momento. Pero no te creas que por eso me quedo tranquila.

—¿Ah no?

—Ella le quiere, Louise. Se muere por estar con él. ¿Es que no te das cuenta? Si todavía no está con él, es que lo está deseando. ¿Viste el video de su debut en Madrid? ¿Viste el beso que le dio a Kai? ¿Por qué no les dio el mismo beso a los demás?

—Con los demás no tenía la misma confianza.

—Vale, pero, si has visto el vídeo, ahí se ve claramente que él no le rechazó el beso ni muchísimo menos. Se lo aceptó gustoso e incluso se inclinó para que ella le pudiera besar a gusto. Todo lo contrario a lo que hizo conmigo cuando yo debuté…

—No, Rose, yo recuerdo ese día, pues fue también el de mi debut. Al final del concierto todos los miembros del grupo, incluso Ruddy, nos felicitaron y nos abrazaron y…

—Los únicos besos que hubo ese día fueron los que mi hermano te dio a ti. Nada más. Lo recuerdo perfectamente. Tú ya tuviste bastante con eso y no reparaste en nada más, pero ya te digo que fue así.

—Pero, ¿acaso tú intentaste besarle? ¿Te rechazó?

Ella apartó la mirada y fijó los ojos en el suelo por un momento, como si estuviera rememorando aquella escena. Finalmente, dijo:

—No lo intenté… por miedo a que me rechazase, supongo. Me contenté con el abrazo que me dio.

—Pues, eso que te faltó a ti fue no le faltó a Iria en Madrid, y él la correspondió. Eso es todo.

—Vale, puede ser, pero, dices que con los demás no tenía confianza y que por eso solo le besó a Kai. Pero ¿y ahora, con nosotros? Todos llevamos ya un tiempo juntos, y yo solo veo que a quien sigue abrazando, ¡y hasta besando!, es a Kai. Solo a Kai. Y lo peor es que él la corresponde, Louise. Va con ella a todas partes, se sienta con ella en el avión…

—No siempre, Rose, lo de ayer fue casualidad. Normalmente vais los tres juntos en el asiento triple, pero ayer en el vuelo desde Tokio solo había plaza para dos, y…

—Claro, para dos, y entonces ¿por qué la eligió a ella en lugar de a mí? Yo siempre he sido su compañera allá donde va… hasta que ella llegó.

—Tampoco es para tanto… en realidad estábamos los cinco juntos. Ellos dos atrás y nosotros tres delante. ¡Estábamos juntos! —Louise reflexionó unos instantes y luego siguió—: Lo que te pasa es que tienes celos, Rose. Simple y llanamente: celos. Y yo creo que infundados. Porque, ¿tienes algo sólido a lo que agarrarte? Aparte de lo que les ves que hacen en público, me refiero. ¿Algo que se hayan dicho? Yo no entiendo ni palabra de lo que dicen cuando hablan entre ellos, pero tú sabes portugués… ¿No has oído nada? Ayer mismamente, se reían mucho en el avión, y me di cuenta de que tú estabas muy pendiente.

—No hablaron de nada «interesante», creo. Comentaron cosas de los vecinos de casa de sus padres, y él le contó anécdotas de unas barbacoas en el jardín, o algo así. Tampoco te creas que yo me entero de mucho.

—Vale, Rose, no tenemos nada sólido. Pero, aun así, pongámonos en lo peor. Supongamos que están juntos. ¿Por qué iban a mantenerlo en secreto? ¿Qué ganan con ello?

—No, claro, no tiene ningún sentido que mantengan en secreto una relación, si es que existe. Por eso yo me inclino a pensar que todavía no se han liado. Y, ¿por qué no lo hace? Pues por lo mismo que no lo hacía conmigo, supongo. No se decide, tiene miedo al compromiso, ya sabes. Pero igual que yo pensaba que un día se entregaría a mí, es posible que ella piense lo mismo, y al final sea ella quien se lo lleve.

—Hablas en pasado, Rose. ¿Es que has perdido ya la esperanza?

—No, no la he perdido. Nunca podría perderla mientras siga con vida y mientras no vea claramente que él ya está con otra. Pero cada vez lo veo más lejano, Louise. Ya llevamos muchos años así, y no veo ningún avance. Y ahora con lo de Iria…

La pobre Rose comenzó a llorar, y su cuñada no sabía cómo responderla. El *transfer* que les llevaba hacia el estadio estaba ya llegando y pronto se tendrían que reunir con los demás. No habían podido ir todos a la vez por un asunto de capacidad de los vehículos, y a diferencia de otras ocasiones en las que Rose y Kai siempre iban juntos, últimamente era Iria quien le

acompañaba. Pero esta vez no había sido ella, sino Ruddy, quien se quedó con él para ultimar unos detalles sobre una pieza que este debía interpretar. Eso le hizo recordar a Louise un detalle que vio durante el último concierto:

—No creo que Iria esté tan colada por él como tú dices. Se conocen desde pequeños y tienen confianza. Eso es todo; aunque hayan estado tanto tiempo sin tratarse. Es más, yo creo que a ella le interesa Ruddy. Solo hay que ver la complicidad que tienen entre los dos en el escenario.

—¿Ruddy? Vamos, Louise, por favor… —interrumpió la otra, entre los sollozos—. Eso es solo en el escenario… Además, si ella ya se lleva bastantes años con Kai, con Ruddy se lleva muchos más… Esos duelos de velocidad que hacen quedan muy vistosos, y sí, se sonríen el uno al otro, pero yo creo que ahí termina todo.

—Yo creo que no, Rose, yo creo que hay algo más, aunque no sabría decirte qué. Venga mujer, anímate —la intentó confortar, tras comprobar que las lágrimas corrían por sus mejillas—. Ya estamos llegando y te lo van a notar.

—Gracias Louise, no sé qué haría sin ti, de verdad —se secó las lágrimas con el pañuelo que le daba su cuñada y a continuación se dieron un abrazo—. Tienes razón, no quiero que me lo noten. Sobre todo, él. Si algún día consigo que me ame, no quiero que sea por pena.

Torniscones

—¿Do, Re, Mi, Fa, Re, Si?

—No. Tiene que ser Do, Re, Mi, La, Do, Si —corrigió Kai—. Si lo hacemos como tú dices, entonces se imprime un golpe sonoro a la canción que no queda nada bien con la cuarta estrofa que viene a continuación.

—De acuerdo —dijo Ruddy, tras pensar un momento—. Pero entonces, ¿por qué no invertimos el orden de las estrofas? Es decir, colocamos la cuarta en lugar de la tercera, para que no ocurra eso.

—No puede ser. Te recuerdo que la tercera acaba en un *bemol,* y si lo hacemos de esa manera, le dejamos a Arthur con el culo al aire cuando él entre en la quinta estrofa.

—Vale, Pero ¿no podríamos suprimir ese bemol?

—Podríamos; pero entonces tendríamos que introducir una estrofa más, una octava más aguda, para culminar esa sección.

—Y, ¿por qué no lo hacemos?

—Pues, porque esa canción ya está durando demasiado, y recuerda que nos comprometimos con Peter a que el álbum no podría sobrepasar los sesenta minutos.

—Ya veo; y ya llevamos casi sesenta y cinco…

—Eso es.

—Ideaste el bemol como una solución elegante para acortarla.

—Así es.

—De acuerdo, me has convencido. Si seguimos añadiendo modificaciones, este recopilatorio va a parecer más un nuevo álbum que una reedición de los anteriores.

—Pues, sí.

Rose estaba oyendo la conversación que se traían los dos, desde el quicio de la puerta medio abierta de la habitación de Kai. Todavía seguían con la disquisición melódica que ya se inició antes del concierto. Ya estaban de vuelta en el hotel, y como a la ida, lo habían hecho en *transfers* diferentes y no habían tenido aún ocasión de hablarse. Los vio, no obstante, a los dos entrar en la habitación de él, mientras ella se dirigía hacia la suya.

Cuando entró en la que le habían asignado, se quitó los zapatos de plataformas y comenzó a quitarse igualmente la chaquetilla de piel de serpiente que había lucido durante el concierto y que hacía juego con unos pantalones del mismo material y color. Pero no dejaba de pensar en la conversación que había tenido con Louise unas horas antes. Tenía que averiguar lo que había pasado la noche anterior. Así que desistió de quitarse aquella prenda, se puso unas zapatillas y salió a hablar con Kai.

Nada más entrar en la habitación, él y Ruddy dejaron la conversación que se traían y este le dijo:

—Hola, Rose.

—Hola, Ruddy.

—Oye, has estado fantástica esta noche, eh. ¡Tienes tantos registros como tu hermano!

—Gracias, Ruddy.

—No, en serio, nunca te había visto cantar con esa fuerza… con esa garra, con esa rabia…

La muchacha sonrió ligeramente, pero no dijo nada. Kai permanecía callado y entonces el guitarrista comprendió que estaba allí de más.

—*Ejem*, bueno, yo me voy. Supongo que querréis estar solos, para hacer «vuestras cosas».

A continuación, Ruddy salió de la estancia y cerró la puerta. Tras un par de segundos se oyó abrir la cerradura electrónica de la puerta de enfrente, y Rose pensó: «¡ah!... yo creía que él no estaba en esta planta... ¿Quizás Iria salió de su habitación y no de la de Kai?»

—¿Qué querías, *pelusilla*? ¿A qué has venido? —la voz de él le hizo interrumpir sus pensamientos.

—¿A qué he venido? Pues a hacer «nuestras cosas», ¿o es que no lo has oído?

—Con que esas tenemos, ¿eh? ¡De acuerdo! ¡Bájate los pantalones!

Kai apenas había terminado de decir aquellas palabras cuando Rose ya se había desabrochado el botón y la cremallera resbalaba por sí sola. Entonces él la sujetó de la cintura y le propinó un fuerte pellizco en el trasero, a lo que ella respondió con un grito de dolor, seguido de una sonora carcajada, mientras intentaba hacerle a él lo mismo. Pero Kai hizo una finta y con su mano izquierda le enganchó la otra nalga y le dio otro pellizco si cabe más fuerte. Entonces ella se soltó de él y sin parar de reír comenzó a huir por la habitación mientras el otro la perseguía.

—¡No te escaparás, pequeña! —dijo, mientras ella rodeaba la cama una y otra vez, y pasaban corriendo por encima de ella. Varias veces tuvo que subirse los pantalones que se le caían hasta las rodillas continuamente. En uno de aquellos rodeos, él la enganchó de la muñeca y le dio un fuerte mordisco que ella respondió con una bofetada en su mejilla derecha.

—¡Te vas a enterar! ¡No huyas, malvada!

Ella siguió corriendo, esta vez alrededor de una butaca, mientras él intentaba cazarla sin conseguirlo. El juego era siempre el mismo desde que ella era una adolescente, y su hermano y él jugaban a acorralarla y llenarla de pellizcos. Una especie de pilla-pilla donde acababa con el culo colorado. Solo que esta vez no estaba Adam, y Kai la acorraló contra la cómoda, y entonces ella no tuvo escapatoria y le «molió» el trasero a torniscones. Unos pellizcos si cabe más dolorosos, pues su piel de serpiente ya estaba por los tobillos y fueron directamente contra su propia piel, en la parte que no cubría el tanga.

Entonces ella le empujó con fuerza y finalmente cayeron los dos sobre la cama, sin parar de reírse a carcajada limpia. El escándalo debió ser monumental, y más a esas horas de la noche, pues a los pocos segundos se oyó «pum, pum, pum». El huésped de la habitación de al lado debía estar harto de aquellas correrías.

Los dos se miraron con complicidad, pero la risa les dio si cabe más fuerte. Intentaron no reírse, pero el esfuerzo de contenerse les hacía tener incluso más ganas de hacerlo. Después de un buen rato de risas sordas, finalmente se serenaron un poco, y después de otro rato más, ella le dijo, ya más tranquila:

—Oye Kai….

—Dime, *pelusilla.*

—¿No sales esta noche con tus amigotes?

—No, *pelusilla.*

—¿Y eso?

—Ya salí ayer con ellos. Además, mañana tenemos que madrugar mucho. El vuelo para Singapur sale temprano, y si me voy, no voy a poder dormir nada —le dijo mientras se levantaba de la cama en dirección a la cómoda. Abrió el cajón de la misma y sacó un blíster de pastillas que a Rose le pareció que tenía el logotipo del hotel. Sacó una y se la tomó tras beber un poco de agua.

—Pues, a eso venía, a recordártelo —le respondió ella.

—No se me había olvidado, *pelusilla.* Además, ya me estoy cansando de ir con esos tipos. Me llevan a unos antros de mala muerte donde se bebe *garrafón*, ya sabes. Ayer me acosté con un dolor de cabeza que todavía me dura, y eso que ya han pasado más de veinticuatro horas… Si quieres saber dónde estoy cuando me voy con ellos, solo tienes que preguntar cuál es el tugurio más sucio de la ciudad, y allí seguro que me encontrarás.

Ella le miró complacida y se tranquilizó sobremanera al oír aquellas palabras. Después de guardar las pastillas y cerrar el cajón, él le dijo:

—Bueno, ¡qué! ¿Te vas a ir tú sola a tu habitación, o te tengo que sacar de aquí a pellizcos?

—Me temo que de esta cama no me va a mover nadie, como no sea por la fuerza —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Está bien… ¡tú lo has querido!

En ese momento se abalanzó sobre ella, la agarró de la cintura y se la subió a los hombros como si fuera un saco de patatas, para a continuación dirigirse hacia la puerta. Por el camino, mientras la sujetaba las piernas por detrás de las rodillas con la mano izquierda, con la derecha le volvía a moler el culo y los muslos a pellizcos. Ella tampoco se estaba quieta y le pellizcaba allá donde podía, sin parar de reírse ni dejar de patalear. Sin soltarla de su hombro izquierdo, abrió la puerta de la habitación y la dejó plantada en el suelo del pasillo, allí, medio desnuda. Después de darla una sonora palmada en el trasero, le dijo finalmente:

—¡Ale! ¡A la cama! ¡Que mañana hay que madrugar! —Y a continuación cerró la puerta.

Ella se incorporó como pudo, se subió los pantalones y volvió a la carga:

—¡Kai! ¡Ábreme! Por favor… ¡Kai! —le pidió, mientras se tocaba el minúsculo bolsillo trasero del pantalón.

—¡Pero Rose!… ¿Es que no has tenido suficiente? ¿Todavía quieres más? De verdad, chica, ¡eres insaciable! —le dijo a través de la puerta, sin abrirla.

—Es que… se me ha debido caer la tarjeta en tu habitación… No la encuentro en el bolsillo donde la traía, y no voy a poder entrar en la mía… Anda, déjame pasar… —le imploró, mientras el vecino de al lado y el propio Ruddy la contemplaban allí plantada.

Kai se dio la vuelta y echó un vistazo. Efectivamente, la tarjeta magnética estaba sobre la cama. Se le debió caer durante la refriega. Entonces la recogió y se dirigió hacia la puerta, que continuaba cerrada, para a continuación deslizarla por debajo de la misma, sin decir ni

palabra. Ella la recogió y se dirigió hacia su habitación, mientras el guitarrista la despedía con una sonrisa pícara tras guiñarla un ojo.

Mientras marchaba por el pasillo, se preguntó por qué estaría Kai de tan buen humor, a pesar de los desplantes que parecía hacerla últimamente. A pesar del aparente dolor de cabeza que se supone que tenía… ¿Sería por lo dócil que estaba Ruddy? Aquella escena que presenció al entrar, hubiera sido algo impensable solo unos meses antes. El guitarrista no se hubiera conformado tan pronto, ni muchísimo menos.

Sea como fuere, había pasado unos momentos de ensueño, los mejores desde que apareció Iria en sus vidas, y se preguntó cuándo volvería a ocurrir lo mismo. Se miró a la muñeca y allí pudo contemplar todavía las marcas de los dientes de Kai, y las besó como si fuera su boca. A pesar de que su trasero le dolía y le escocía a partes iguales, los escasos minutos que había pasado junto a él, fueron los más felices que había tenido desde hacía mucho tiempo.

Muy exigente

—Oye, pelusilla… perdóname por lo de antes.

Ella se sobresaltó cuando él le puso las dos manos sobre los hombros. A pesar de que había llegado a casa media hora antes, todavía seguía llorando, aunque ya no tanto como al principio.

Estaba de espaldas a la puerta, sentada sobre una butaca baja que había en el cuarto de estar, frente a la ventana. Había oído la puerta de la entrada abrirse y después el caminar pesado de Kai subiendo las escaleras hacia el piso de arriba. Por supuesto, no se volvió para saludarlo ni tampoco lo hizo cuando él la tocó.

Al ver que la chica no reaccionaba, se dio la vuelta y abrió uno de los cajones de la cómoda para guardar algunas cosas que llevaba en el bolsillo.

Todo había comenzado unas horas antes, cuando se habían reunido para terminar de grabar aquel disco recopilatorio. En un inciso de la gira, cuando volvieron a pasar por Europa, aprovecharon la estancia en Londres para usar su estudio habitual y finalizar aquellas grabaciones. La idea había sido de Peter Cornerstone, y consistía en introducir algunas modificaciones en las canciones clásicas del grupo, pues las actuaciones en directo ya las contemplaban al menos en alguna medida.

Sin embargo, el compositor no se sentía satisfecho con la manera en que sus músicos interpretaban la partitura, y se dijeron algunas palabras de más. De hecho, todavía resonaban en los oídos de la cantante las recriminaciones que Kai había hecho a su hermano y a ella misma: *«¡No, no, no! ¡Así no es! ¿Es que no sois capaces de dar una a derechas?* —exclamó—. *Lawrence lo habría hecho mucho mejor que tú* —le dijo a Adam—*. Si no fuera porque alguien tiene que tocar el bajo, lo haría yo.*

Rose había dado todo lo que podía de sí misma y sus compañeros también, y sin embargo, él parecía no darse por satisfecho. La parte de Ruddy había quedado muy bien, como no solía ser menos, y la de Arthur también. Lo habían grabado ya, y ambos se habían marchado, quedando el resto esperando a que «el jefe» se contentara con lo que hacían, cosa que no parecía ocurrir, a pesar de que todos ellos, y sobre todo Rose, habían estado «casi» perfectos.

Así las cosas, la muchacha ya no pudo aguantar más y se marchó muy ofuscada, dando por buena la última grabación realizada. Ya habían comenzado a saltar las lágrimas cuando cerró la puerta del estudio, y estas habían seguido brotando después, en una mezcla de coraje, disgusto, impotencia y ofuscación.

Por el rabillo del ojo, sin volverse, vio que finalmente se fue hacia la cocina, y pensó en seguirle. Sin embargo, permaneció en la butaca mirando hacia la calle. Al cabo de unos minutos regresó y se volvió a situar detrás de ella.

Rose sentía la necesidad imperiosa de volverse y abrazarle, pero su amor propio se lo impedía. Pasaron unos segundos en los que ella podía oír su respiración sin dejar de mirar al frente, aunque realmente no estaba mirando hacia nada en concreto. Hubiera dado cualquier cosa para ver su cara en ese momento, pero no se volvió.

Pasados unos instantes, él le pasó el dorso de su mano derecha por el cuello, justo detrás de la oreja, apartando ligeramente los mechones rubios para poder contactar mejor con su piel.

Y entonces se hizo el milagro. La chica ya no pudo contenerse más y se giró dando un brinco para abrazarlo con todas sus fuerzas.

—¡Kai, amor mío! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Eh? ¿Por qué nos has tratado de esa manera?

—Bueno, ya me he disculpado con tu hermano y…

—Sí, ya, y ahora lo estás haciendo conmigo —se soltó.

—De verdad, he sido un poco injusto con los dos, y también con Bill. Quizás haya sido demasiado exigente.

—Es que no entiendo por qué tenemos que usar esa escala. Yo creo que como estaba al principio era mucho mejor.

—Sí, puede ser. Lo vamos a dejar como está. No tiene por qué hacerse siempre todo como yo diga.

—Siempre sueles tener razón. Pero esta vez no, Kai. Reconócelo.

—Lo reconozco —se giró, llevándose una mano a la nuca y estirándose pesadamente con un gesto de dolor.

—Has vuelto a pasar una mala noche, ¿verdad, amor mío? —le volvió a agarrar, rodeándole por la cintura e intentando alcanzar sus labios.

—Bueno, pelusilla, no te emociones tanto —hizo ademán de soltarse—. En cuanto te dan una mano… te tomas el brazo entero. Y sí, otra noche… de pesadillas.

—Pero ¿por qué? ¿No estabas ya mejor?

—Estaba, tú lo has dicho. Pero bueno, son rachas. Ya se me pasará.

—¿Otra vez con tu padre?

Él asintió.

—Y ahora… ¿qué es lo que quiere?

—No lo sé. Ya no me dice nada. Se limita a estar ahí, mirando, paseándose de un lado a otro.

—Pues deberías ignorarle, Kai. Ya te lo he dicho otras veces.

—Lo sé. Pero es más fácil decirlo que hacerlo.

Ella pareció hacer un gesto de asentimiento, y comenzó a esbozar una ligera sonrisa de afecto.

—Tienes que perdonarme, Rose.

—Perdonado. Ahora dame un beso —le ofreció un carrillo, y él se inclinó para besarlo, cuando, como suponía, ella enseguida giró la cara para que el beso fuera en los labios. Pero él ya se esperaba esa reacción, bastante habitual, y no cayó en la trampa. Aun así, Rose volvió a intentarlo y esta vez él no se apartó, pero sí que interpuso su mano entre las dos bocas, de forma que el beso cayó en el dorso de esta.

Y entonces empezaron a jugar otra vez. Él la pellizcó en un costado y ella emitió un grito intentando a continuación pellizcarle a él, cosa que no pudo hacer pues este salió corriendo de la habitación con ella detrás.

Se persiguieron durante un buen rato sin parar de reír, siendo ella, como siempre, quién se llevó más pellizcos. Al final, exhaustos, se recostaron de nuevo en el sofá, y cuando recuperaron el resuello, ella dijo:

—Bueno, todavía me debes un beso —ofreció su mejilla, acercándosela a él. Kai dudó de sus intenciones, pero finalmente le dio el beso requerido, esta vez sin trampas. Después se levantó, la tomó de la mano y le dijo:

—Anda, vámonos a dar un paseo. Necesito que me dé un poco el aire.

Amor no correspondido

El escenario está sumido en la más profunda oscuridad. Todavía resuenan los ecos de la última batalla sonora acaecida en ese mismo lugar, cuando los cuatro jinetes del apocalipsis arrasaron el mundo, por segunda vez. Los murmullos de las decenas de miles de espectadores se elevan sobre la explanada de Donington Park, y se silencian cuando, de repente, un foco ilumina a una figura que permanece sentada. Es el guitarrista, Ruddy Norfolk, quien comienza a extraer de su instrumento un conjunto de delicados acordes.

La multitud enseguida reconoce la canción y grita enfervorizada, hasta el momento en que otro foco hace resaltar la figura de una mujer, un poco más allá. Está de pie junto a un micrófono y permanece con los ojos cerrados. Su cabello dorado resplandece en forma de destellos que se esparcen en todas direcciones, acentuados por la luz ultravioleta que parece recubrir a los dos músicos. En el momento en que los acordes suben una tonalidad, y dos, y tres, hasta que chillan rompiendo el aire circundante, el sonido se detiene y ella comienza a cantar, todavía sin abrir los ojos: *"love, unrequited love..."*

Amor, amor no correspondido.
¿Hasta cuándo podré soportarlo?
¿Hasta cuándo aguantaré en esta carne mortal?
¿Cuánto resistiré sin perecer?

Me derrito cuando le veo, cuando me mira, cuando me sonríe,
y llego al éxtasis cuando me toca...
para después morir torturada de dolor
cuando se va con otra.

La agonía me consume, mis fuerzas flaquean,
y siento que mi juventud se marchita.
Mi alma suspira por sus besos, sus abrazos,
esperando por fin derramarme en sus labios,
consumida de amor.

¡Oh, Dios mío!
¿Cuánto podré resistir en la cordura?
¿Podré seguir viviendo?
¿Podré seguir adelante,
sin hacer una locura?

En ese momento, una suave atmósfera de teclado se une a la guitarra, y la cantante, por fin, abre los ojos y mira al infinito, para volver a cerrarlos instantes después. Dos lágrimas resbalan por sus mejillas, cayendo sobre la mano temblorosa que sujeta el micrófono.

Amor, amor no correspondido.
¿Hasta cuándo podré soportarlo?
¿Hasta cuándo aguantaré en esta carne mortal?
¿Cuánto resistiré sin perecer?

¡Oh, Dios mío!
No permitas que saboree la muerte,
sin antes saborear sus labios.

No permitas que me ausente,
sin llegar a conocer su amor.

Como el eco que vaga sin destino,
me pierdo entre las sombras de su huida.
Él es sueño en la piel nunca rendida,
promesa que se quiebra en mi camino.

Ahora se repite la primera parte, mientras el teclado y la guitarra intercambian sus papeles y melodías. El foco pasa a estar alternativamente sobre los dos músicos en suaves transiciones, sin dejar de iluminar a la solista ni un solo instante.

A continuación, la canción adquiere más intensidad, incorporando elementos más pesados. El bajo y la batería ahondan en el dramatismo, y el público enmudece contemplando el dolor de la cantante.

Mi corazón desgarrado te anhela febrilmente...
Y tú me rechazas.
Mi alma se eleva, mi corazón se dispara, mi boca suspira la tuya...
y tú me rechazas.

¿Cuánto permaneceré sin enloquecer?

La oscuridad se cierne sobre mí,
y la paz me abandona.
Siento que pronto moriré…

¡Oh, Dios mío!
No permitas que pruebe la hiel de la muerte,
sin antes probar la miel de sus labios.
Pon fin a mi agonía, ¡oh, Dios mío!

En ese momento, un grito desgarrado parece salir de lo más profundo de su alma, mientras la guitarra chilla reflejando el dolor. El público escucha atentamente mientras el teclado se prepara para acelerar sus acordes, a la vez que el bajo sube su intensidad y se suma a una batería que redobla, anunciando el final.

Hazme tuya,
¡aunque solo sea una vez!
Y todo el dolor habrá merecido la pena.

Hazme tuya,
¡por un breve instante!
y completamente feliz, abrazaré la muerte.

La guitarra exclama su último grito y entonces la música se detiene. La cantante abre los ojos intentando apartarse las lágrimas con el dorso de la mano, mientras el público y el resto de los músicos se ponen de pie y aplauden a rabiar sin dejar de mirarla.

"*Thank you. Thank you, very much*". Ella agradece los elogios y los aplausos, mientras Louise se funde con su compañera en un tierno abrazo. El concierto, ha terminado.

Acabaron exhaustos

El invierno del año 2019 presenció el final de la gira más multitudinaria que se había visto desde que se inventó el rock. Las portadas de todos los medios de comunicación, y no solo de los especializados, comentaban las enormes cifras de asistencia a los conciertos, que sumadas todas juntas arrojaban guarismos de varios millones de personas.

Las principales canciones de *Apocalypse* sonaban sin parar en todas las radios comerciales, y los videos promocionales de las mismas contaban con millones de reproducciones en Youtube y en las principales plataformas de reproducción en *streaming.* La balada *"Amor no correspondido"* ya era considerada por muchos como la mejor canción de amor de la historia, y la voz de su cantante intentaba ser imitada en los más variopintos concursos televisivos.

Todos los discos anteriores fueron remasterizados y puestos de nuevo a la venta y se incluyeron *bonus track* en cada uno de ellos con las versiones "clásicas" que preparó y grabó Iria para aquellas ediciones. Además de los recopilatorios, también se volvieron a grabar videos promocionales de los mismos, donde la propia pianista aparecía en numerosas ocasiones junto al resto de los miembros de la banda.

También se publicó un disco «triple» que incluía diverso material procedente de todos los conciertos que se dieron. El disco #1 era el disco original de *Apocalypse* grabado en el estudio; el disco #2 era un recopilatorio de las mejores actuaciones de la gira; y el disco #3 contenía un compendio de documentales, entrevistas y biografías de los distintos miembros de la banda. También se actualizó la portada del álbum. A diferencia de los dos discos anteriores que mostraban respectivamente las figuras de Kai y de Ruddy, *Apocalypse* ilustraba una fotografía de todo el grupo con un fondo propio de la temática del álbum. Pero para el triple disco se actualizó la foto y ahora mostraba una imagen más reciente de los siete miembros, que incluía a Kai y a Rose esta vez con el pelo largo, pues ya les había crecido desde que se publicó a mediados del año anterior.

Lo más *cool* del momento para cualquier músico era interpretar alguna de las canciones del grupo, y toda banda de rock que se preciara no podía dejar de incluir en su repertorio sus propias versiones de *"The Four Jockeys"* o *"Red Sky".* Previo consentimiento lógicamente del autor de las mismas, o sea de Kai y de los autores de las letras, cuyos ingresos por *royalties* aumentaron de forma exponencial. Sobre todo, a partir de que los acordes del comienzo de esta última canción se hicieran tan populares que sonaban por todas partes. Desde anuncios publicitarios de automóviles, hasta himnos de equipos de futbol, pasando por documentales sobre batallas históricas o narraciones de sucesos grandiosos.

El dinero comenzó a entrar a chorros en las ya repletas arcas de Peter Cornerstone, pero también en las de todos los miembros de la banda, pues ya eran titulares del grupo en mayor o menor porcentaje. El astuto mánager quería a sus dos estrellas en el grupo y se salió con la suya. Cuando ocurrió la trifulca, sabía que, si optaba por Kai, el guitarrista no volvería jamás, mientras que si lo hacía por Ruddy, Kai terminaría regresando tarde o temprano, como así fue.

Entre grabaciones, giras y conciertos, en total fue casi año y medio de intensa actividad en los que los miembros de la banda se divirtieron como nunca, pero también se cansaron como jamás lo habían hecho. Los siete componentes de Thertonball acabaron francamente extenuados, y para celebrar que la gira había terminado, organizaron una fiesta de disfraces por todo lo alto que se celebró a comienzos de 2020.

La fiesta tuvo lugar en Londres, en un gran caserón preparado para ese tipo de eventos, y en el que los miembros de la banda ya habían estado alguna vez en el pasado. En la planta de arriba, el local disponía de algunas habitaciones en las que los invitados VIP podían quedarse a pasar la noche si así lo deseaban.

Se invitó a toda la gente que había tenido relación con el grupo durante la gira: los artistas invitados, todos los empleados de la TWWL, más los empleados de Cornerstone y todos los miembros de los equipos técnicos habituales que habían acompañado a la banda durante ese tiempo.

Se compraron trajes de lo más variados, para que cada cual eligiera el que más le gustase. En la sala central del inmenso pabellón se dispuso una gran pista de baile donde los invitados podrían bailar todo tipo de piezas, desde clásicas a modernas. Varias barras con gran variedad de bebidas se dispusieron en el fondo de cada sala, y cuando comenzó el evento la gente se paseaba por ellas charlando, bebiendo, bailando y riendo sin parar.

La fiesta de disfraces

En cuanto le vio entrar en la fiesta supo de inmediato que era él. El disfraz no había conseguido engañarla, y no le perdió de vista en toda la velada. Durante el baile, observó cómo bailaba con una pelirroja —Caperucita—, con una morena —Blancanieves— y también con una rubia menuda que puso mucho interés en él —Rapunzel—.

Ella por su parte hizo lo propio con El Zorro, con Ivanhoe, y con Robin Hood.

Eran ya altas horas de la madrugada y creyó llegado el momento apropiado para acercarse a aquel general prusiano. En aquel instante, él estaba charlando animadamente con Ivanhoe, mientras sostenía una bebida en su mano izquierda. «Probablemente será *ginger ale*», se dijo.

Sin pensárselo dos veces, se acercó, le agarró de la mano y se lo llevó a la pista de baile. Él apenas tuvo tiempo de dejar la bebida sobre una de las mesas altas que franqueaban la sala.

Tras finalizar la canción que estaba sonando en ese momento, comenzó una pieza muy sugerente que ella aprovechó para insinuarse claramente a él. Estaba claro que aquella esbelta hada madrina enmascarada con su larga melena oscura, lisa y brillante, buscaba algo que a esas horas de la madrugada él no estaba dispuesto a negarle.

Y efectivamente, el general agarró aquella mano cubierta con finos guantes de seda blanca y se llevó a la mujer que los poseía hacia las escaleras que comunicaban con la planta de arriba.

Mientras subían, al alejarse de la sala de baile, el ruido de la música disminuyó y él le susurró algo al oído.

Ella le hizo señas indicando que no podía hablar. Que estaba afónica de tanto gritar en la fiesta, pues la música estaba a todo volumen. Y parecía que era verdad. Su voz apenas era un susurro renqueante.

Cuando llegaron ante la puerta de su habitación, él sacó la tarjeta de un bolsillo y la depositó sobre el lector de bandas magnéticas. Se oyó un «clic» y él empujó la puerta. El hada madrina entró primero y a continuación el general prusiano. Él cerró la puerta y se volvió a oír el mismo «clic» que había sonado anteriormente.

Sin mediar preámbulo alguno, él le desabrochó el vestido y se lo quitó. Ella se dio la vuelta e hizo lo propio con el sujetador.

Entonces se dio cuenta. Allí no había pechos; tan solo dos pezones erguidos sobre un torso blanco ligeramente sonrosado.

—¡Rose! ¡Mira que lo sospeché! —dijo con furia, mientras le quitaba la máscara. ¿Por qué me haces esto? ¡Siempre estás con lo mismo! Ya me estoy empezando a cansar de tus escenitas, ¿sabes?

Ciertamente, el disfraz había conseguido engañar al caballero. Unos altísimos tacones ocultos por un largo vestido ajustado que se arrastraba por el suelo, un sujetador con mucho relleno, una peluca negra, y una máscara que le cubría casi toda la cara.

—¿Acaso esperabas que fuera «tu prima», Kai?

—¡Ah! Con que puedes hablar, ¿eh? —respondió, sin querer contestar la pregunta.

—Soy cantante profesional, ¿recuerdas? Si tuviera que quedarme afónica cada vez que chillo un poquito, no podría ni hacer dos coros seguidos —le espetó con mucha sorna.

—Anda, vístete y bajemos con los demás —él se acercó a recoger el vestido, pero ella se interpuso en su camino.

—Esta vez no te vas a salir con la tuya, Kai.

Ella avanzó hacia su posición, y él retrocedió.

—Vamos, *pelusilla,* deja de hacerte la interesante…

—Pero, ¿por qué, Kai? ¿Por qué? —Rose comenzó a asediarle, sin detenerse y con un cierto aire de enfado—. ¿Por qué tenemos que seguir así? Yo soy la misma chica que hace un momento ha entrado por esa puerta y con la que te ibas a acostar. ¿Por qué no lo haces? ¿Eh? ¿Por qué? ¿Por qué no terminas lo que has venido a hacer?

—Ya lo sabes. Eres la hermana de mi mejor amigo, y si me acuesto contigo nos tendríamos que casar. ¿Es que no lo entiendes? Vosotros sois así… me refiero… tu familia…

—Vamos, Kai… búscate una excusa mejor.

—¿Acaso no es cierto? Tu hermano me pregunta de vez en cuando si estamos juntos, porque tiene curiosidad, igual que la tienen tus padres. Yo le digo que no, pues es la verdad, aunque les parece muy raro que los dos vivamos solos en la misma casa y no tengamos una relación. Pero bueno, él me conoce y sabe que yo no miento —Rose le miraba con una expresión fija, sin inmutarse. Kai siguió: —Y yo no me puedo acostar contigo como si lo hiciera con alguna de las chicas que hay en la fiesta de ahí abajo, y seguir como si nada hubiera ocurrido.

—¿Por qué no?

—Pues, porque no, Rose.

Ella hizo un ligero gesto de no contentarse con esa explicación, y él añadió:

—Porque, si después lo hiciera con otras, ¿eh? ¿Qué pensaría de mí tu hermano? ¿Tú crees que le gustaría conocer que yo te he utilizado de esa manera?

—¿Utilizarme?

—¡Pues claro! Eso es lo que pensará. ¿Qué quieres que le diga cuando me pregunte si tú y yo hemos tenido algo? A mí no me gusta mentir y menos en cuestiones de ese tipo; tengo muy malos recuerdos familiares de esa índole, precisamente.

Ella seguía desnuda y continuaba avanzando hacia él, y él seguía retrocediendo. Ya estaban próximos a la pared.

—Pues, nos casamos, Kai. ¿Cuál es el problema?

—¿Cuál es el…? Pues que entonces ya no podría estar con ninguna otra chica… ¿entiendes?

—¿Por qué? A mí no me importa… solo te pido que estés conmigo… alguna vez —le susurró, con los ojos llenos de deseo—. Yo no se lo diré a mi hermano, y él no tiene por qué enterarse de que estás con otras.

—De verdad, *pelusilla*, que nunca he conocido a nadie como tú. No dices más que tonterías. Además, no solo es por tu hermano. Eso que dices, yo no lo haré jamás. Es precisamente lo que mi padre le hizo a mi madre.

Pero ella seguía acercándose hasta que por fin llegaron a la pared y ya no se pudo mover. En ese momento le abrazó con fuerza y le estrechó contra sí, mientras clavaba su mirada en la suya. Para su sorpresa, él no hizo nada para desprenderse de ella, y entonces supo que ya se lo había ganado. Entonces se dio cuenta de que por fin era suyo.

Él se había defendido con las palabras, esperando que con eso fuera suficiente, como lo había sido las otras veces. Pero Rose esta vez no estaba dispuesta a retroceder, como había hecho en esas ocasiones. Por el contrario, continuó mirándole fijamente y apretándose contra él, si cabe con más fuerza.

En ese momento, Kai recordó lo mucho que ella había hecho por él. El tiempo que pasaron juntos en el hospital cuando ocurrió lo del accidente. Lo reconfortante que era saber que ella siempre estaba allí, junto a él, cuando el dolor le despertaba en medio de la noche. Lo vigilante que estaba con las enfermeras para que le trajeran los analgésicos. Lo pendiente que estaba siempre de él y la compañía que siempre le dio, estando a su lado en los momentos más duros; la disposición que tenía para obedecerle en todo, y por supuesto, el gran amor que le profesaba. Es más, ella le había sido exquisitamente fiel durante toda su vida, a pesar de que entre ellos no había nada.

Y en ese momento, al recordar lo último que le había dicho, al recordar lo mal que se portó João con su madre, fue cuando se dio cuenta de que él estaba haciendo lo mismo con aquella muchacha que en el fondo siempre había sido de alguna manera su mujer. Sí. En el fondo estaba haciendo lo mismo que él.

Entonces, sintió asco de sí mismo, y se dio cuenta del amor incondicional que ella le tenía. Un amor al que había estado ciego durante toda su vida.

Había tomado buena nota de la reprimenda que le echó su madre cuando se enteró de que había dejado a Sharon. «No se puede jugar con los sentimientos de la gente», le había dicho en aquella ocasión, el mismo día en que hizo la prueba para entrar en el grupo. Desde que abandonó a aquella doctora, había evitado comprometerse con nadie por miedo a parecerse a su padre, y decidido a hacerlo solo con quien fuera el amor de su vida. No se había dado cuenta de que el amor de su vida había estado delante él, prácticamente desde entonces.

Volvió a fijarse en ella y la miró con ojos de ternura, y se dio cuenta de que su *pelusilla* ya no era aquella quinceañera que conoció en casa de los padres de Adam hacía ya tanto tiempo. Que habían pasado muchos años desde entonces, y aunque su apariencia era casi la misma, aquella mujer que le tenía contra la pared, que le abrazaba y que se apretaba contra él, era eso, una mujer. Toda una mujer.

Por fin se había dado cuenta. Por fin se le había caído la venda de los ojos y ahora lo veía con total claridad. Su «pelusilla» tuvo que arrinconarle de aquella manera para que él viera que no tenía otra salida más que amarla. Amarla, y dejar de huir de ella. Porque en el fondo, Kai había sido igual que su padre. Y desde ese mismo fondo, siempre había sabido que Rose era «su mujer», y no solo porque ella lo deseaba, sino porque él también lo quería así. El nivel de cariño y de afectividad que sentía al estar con ella, hacía tiempo que ya no era el de unos simples amigos. Por el contrario, era igual o incluso superior al que tenían muchas parejas reales. Todo el mundo se daba cuenta de ello, menos él. La única diferencia con respecto a João era que él no la tocaba, y con eso se creía libre para poder estar con otras mujeres. ¡Qué equivocado estaba!

—Te quiero, Kai. Eres todo para mí, amor mío. No me rechaces… otra vez —le suplicó, agarrándole de la nuca, y con su boca a escasos centímetros de la suya. Los altos tacones seguían haciendo su función.

La agarró entonces de la cintura y clavó su mirada en aquellos ojos azules embelesados que le atravesaban, y que estaban implorando un deseo que quería ser satisfecho a toda costa. Y entonces él sucumbió. Todas las dudas se disiparon en un instante y la besó febrilmente. Ella le abrazó con fuerza y se colgó de él rodeándole con sus piernas tras deshacerse de los zapatos. Kai la sujetó, y sin dejar de besarla de forma apasionada la llevó junto a la cama, donde la hizo suya por primera vez.

La pareja por fin se había unido, y ya nada ni nadie podía separarles, excepto…

Afán protector

Ivanhoe se extrañó de que el hada madrina y el general prusiano tardaran tanto en bajar. Él suponía que en unos minutos estarían de vuelta, como había ocurrido otras veces en ocasiones similares.

Cuando Adam bailó con el hada, enseguida descubrió su identidad, y se extrañó de que el general prusiano no se hubiera dado cuenta. ¿Sería porque los hermanos tienen una sensibilidad especial, y se conocen, aunque estén disfrazados? Recordó que Kai le contó una vez que, de alguna manera él sabía que Paola era su hermana, y por eso no dudó de ella cuando le contó aquella historia tan inverosímil.

Durante aquel baile, Rose le había pedido a su hermano que no revelara su identidad, y este no la defraudó.

El zorro le había hecho beber un poco durante la fiesta, y cuando esta terminó, Adam y Louise se quedaron a pasar la noche en una de las habitaciones que les habían asignado en la planta de arriba. Su intención inicial era no hacer noche y volver a su casa, pero no se atrevió a tomar el coche por si les paraban en un control de alcoholemia, y su mujer tampoco podía conducir porque se había dejado la licencia de conducción en casa.

A pesar de que estaban muy cansados, no durmieron bien aquella noche por los efectos del alcohol en el caso de Adam, y por los vómitos que tenía Louise desde hacía ya algunos días. Por si fuera poco, la juerga que se traían los huéspedes de la habitación de al lado era de tal magnitud, que estuvieron a punto de levantarse para ir a llamarles la atención… hasta que se dieron cuenta de quienes eran.

—Pero, Louise… se van a enterar todos los invitados de lo que se traen entre manos… A mí me da un poco de vergüenza, la verdad. Al fin y al cabo, es mi hermana…

—Y qué te crees, ¿qué a mí no me da? —dijo ella, que no paraba de ruborizarse con todo lo que se oía a través de la pared—. Esta es su noche, Adam. ¿Tú sabes cuánto tiempo lleva ella deseando esto?

—Ya, pero…

—¿Es que no recuerdas la letra de esa canción?

—Vamos, Louise, es solo una canción.

—Es una canción que iba en serio. Además, por mucho escándalo que estén armando, ni tú ni yo somos nadie para decirles nada. Por mucho que sea tu hermana. Ya son mayorcitos los dos. ¿No te parece?

Adam siguió el consejo de su mujer y se abstuvo de intervenir. Él nunca había hecho de "hermano protector", pues la diferencia de edad con su hermana les hizo siempre habitar en mundos diferentes. Hasta que sus mundos coincidieron en Thertonball y entonces Kai asumió esa función. Él era el verdadero guardián de Rose, en todos los sentidos.

Recordó entonces la famosa pelea con Ruddy, donde en realidad fue Rose quien catalizó que los dos llegaran a los puños. En esa ocasión fue también Kai, y no él, quien defendió a su hermana, como siempre había hecho. Por eso la situación que se estaba desarrollando en la habitación de al lado era totalmente nueva para él, y por eso estaba algo descolocado.

—Louise, muchas veces pienso que debí ser yo quien metiera a Ruddy en vereda aquel día, el famoso día de la pelea, ya sabes. Él se metió con Rose, y yo no debí consentir eso.

—Se te adelantó Kai.

—Por eso te digo, tenía que haberme adelantado yo. Soy su hermano y Kai no era nada de ella, ni siquiera su novio.

—Bueno, eso de que no era su novio… —replicó—. No lo sería formalmente, pero todos hemos sabido siempre que entre estos dos había algo más que una simple amistad.

—Pero ellos nunca han hecho nada que…, quiero decir, hasta ahora.

—Es igual, Adam. Ella siempre ha estado enamorada de él, y él también la quería, a su manera. Y si no, piensa por un momento. ¿Crees que, si Ruddy se hubiera metido conmigo y no con Rose, Kai hubiera saltado así como lo hizo, para defenderme?

—No lo sé. Supongo que no. Pero ahí quien hubiera saltado como un resorte hubiera sido yo.

—¿Lo ves? ¿No te das cuenta? Kai es también amigo mío y estoy segura de que me aprecia. Pero Rose siempre ha sido para él algo más, algo diferente a una simple amiga. Además, ¿qué te crees? ¿Crees que si hubieras sido tú quien pegara a Ruddy hubiéramos evitado que Kai se marchara? Eso tenía que acabar así tarde o temprano, mientras estuviera esa mujer de por medio, Carla Watts.

—Eso, desde luego.

—Sinceramente —siguió ella—, el hecho de que él no se haya liado con ella hasta ahora es algo que nunca he entendido. Acuérdate de cuando cenamos todos juntos en ese restaurante del Soho. Nos intoxicamos con aquel pescado y Rose estuvo varios días ingresada en el hospital. ¿Recuerdas quién estuvo con ella en la clínica?

—Estuvo Kai, sí, pero es que viven juntos, y como él no comió el pescado, estuvo en condiciones de llevarla.

—No solo la llevó. Acuérdate. No se separó de ella ni de día ni de noche. Ni tú ni yo pudimos ir, claro, pues estábamos en las mismas condiciones, aunque no nos llegó a afectar tanto. Pero tus padres, a pesar de que sí fueron, no se llegaron a quedar casi nada, comparado con él.

—Tampoco es que fuera necesario que se quedara por la noche. Porque Rose no estaba tan mal. Kai se quedó, porque quiso… También ella se quedó con él en Nueva York.

—Claro, pero lo de ella ya lo sabíamos todos desde siempre. Lo de él no estaba tan claro, aunque había señales más que evidentes. Y no creo que él se quedara con ella esa vez para devolverle el favor. Un amigo visita a otro amigo enfermo, puede incluso pasar el día… pero no se queda por la noche, si no es necesario. Se quedó porque quiso, claro, tú lo has dicho. Porque la quiere. Siempre la ha querido mucho, de alguna manera.

—Ya…

—Es que es para creérselo —siguió Louise, tras un instante de silencio—. Nosotros sabíamos con seguridad que no estaban liados, pero no era de extrañar que la gente no se lo creyera. A él le faltaba algo para decidirse, algo que no sabemos qué es. Pero fuera lo que fuese,

ella ya lo tiene, y no creo que se le escape. Ya era hora de que por fin terminasen juntos… de verdad.

Efectivamente, Louise había dado en el clavo y había definido la situación de Kai a la perfección. Él quería a Rose casi como cualquier esposo puede querer a su esposa. Pero sabía que si «completaba» su relación con ella ya tendría las puertas cerradas a su promiscuidad. Aunque hacía ya tiempo que no frecuentaba a otras mujeres, sin embargo, no quería atarse las manos de forma definitiva. Ese era el salto que no quería dar. En el fondo era el mismo caso que João, pues su padre quería a Cecilia, pero también quería a las otras mujeres con las que estaba. Y cuando en su mente se produjo la comparación, entonces se rindió. Él no quería engañarla, pero el problema era que se estaba engañando a sí mismo. La comparación con su padre terminó por fin con aquella farsa, la farsa de fingir que no la quería, cuando en realidad era todo lo contrario.

Finalmente, Adam y Louise terminaron aquella conversación, e intentaron de nuevo dormir. La mujer tenía razón, y aquel afán protector que le había entrado a su marido aquella noche se le pasó enseguida. Porque, a decir verdad, parecía por lo que se oía a través de la pared que quien necesitaba alguna ayuda era Kai, y no Rose. Se ve que la chica tenía tantas ganas de hacerse con él, que en cuanto que le echó el guante quiso «exprimirle» al máximo, no fuera a ser que se le escapara de nuevo.

El caso es que Adam terminó durmiéndose, aunque el falso sopor del alcohol le hizo tener un sueño bastante ligero. Louise por su parte solo lo hizo a ratos, cuando la fogosidad de sus vecinos de habitación parecía que aminoraba.

Al final se durmieron tanto unos como otros, un poco antes del amanecer. Pero en cuanto que se hizo de día, Kai se despertó y le dijo a su novia —ahora sin comillas—:

—¿Qué le vamos a decir a tu hermano de esto, *pelusilla*? Espero que se haya marchado a su casa como me dijo, porque como se haya quedado por aquí… espero que no esté en la habitación de al lado, precisamente. Ya te podías haber contenido un poco…

—¿Qué le vamos a decir? ¡Pues qué va a ser! ¡So rufián! ¡Que me has deshonrado! Y entonces no te va a quedar más remedio que casarte conmigo… ¡so golfo! ¡Más que golfo! Mi padre va a venir a por ti con una escopeta… ¡y te va a llevar encañonado hasta el altar! —le soltó, entre carcajadas.

Nada más decir eso, se reanudó la juerga. Se comenzaron a morder el uno al otro, y los pellizcos y los torniscones comenzaron a sucederse de forma ininterrumpida, mientras los dos se perseguían por el interior de la habitación sin parar de reír.

Adam y Louise se despertaron con los gritos y las risas, y se miraron el uno al otro enarcando las cejas. Mientras tanto, las carcajadas dieron paso a los besos sonoros y después a los susurros, para finalizar con unos gemidos que volvieron a ruborizar a la timorata Louise.

Al final, tanto unos como otros marcharon a desayunar y coincidieron en las escaleras que bajaban hacia el comedor.

Cuando las dos parejas se vieron, la cara de Rose lo decía todo, y no les hizo falta ni preguntarles. Su cuñada la miró con cara de complicidad y ella solo asintió sin dejar de sonreír, mientras Kai andaba un poco despistado. Fue entonces cuando Adam le dijo:

—Hola *cuñado*, ¡vaya ojeras que tienes hoy! La chica que te has subido a la habitación ha debido dejarte seco… —le soltó, mientras Louise se volvía a poner colorada.

—¿Pero tú como sabes…?

—Estábamos en la habitación de al lado, Kai… Anda, vámonos a desayunar porque me parece que necesitas un buen reconstituyente… —concluyó, para después soltarle una sonora palmada en la espalda.

En la nube

Pocos días después de la fiesta, y tras «reponer fuerzas», la pareja de tortolitos se dirigió a la parroquia de toda la vida de la familia White para concertar la fecha de la boda.

Allí les recibió el padre Henry, el mismo que había bautizado y dado la primera comunión a Rose, e incluso a Adam, muchos años atrás:

—Hola, Kai. Tenía muchas ganas de conocerte personalmente. El ángel de nuestro coro siempre me habló de ti, y ya te conozco como si fueras uno de los nuestros —le saludó, tras estrecharle la mano y darle un fuerte abrazo. El mismo abrazo afectuoso que le dio a su feligresa, con derramamiento de lágrimas incluido.

Concertaron la fecha para «cuanto antes», y «cuanto antes» resultó ser un sábado por la mañana, tres semanas después.

Tres semanas de romance, pasión y desenfreno en la que los novios gozaron de una luna de miel anticipada, aunque sin salir prácticamente de su casa de Southfields.

El amor «subyacente» que Kai había tenido siempre por Rose explotó de manera gloriosa, y se volcó completamente con ella. Se lamentó de los años perdidos, y como si quisiera compensar tanta rebeldía, se entregó en cuerpo y alma a su *pelusilla,* quien ejerció sobre él una influencia total y completa.

Aunque ya gobernaba su vida en casi todos los aspectos menos en uno, a partir de entonces ella fue la «la jefa» absoluta de su existir, e impuso su voluntad en todas las facetas de la convivencia, desde la sexualidad hasta, por ejemplo, la forma de vestir. Una dominación a la que él se entregó con gusto, y nunca mejor dicho. Sobre todo, porque sabía que en el fondo ella no era así. Pero Rose llevaba días viviendo «en una nube», y no quería estropearle la fiesta. Quería compensarla por todos los medios, ante la que había sido una vida de desplantes y rechazos de los que ahora se arrepentía sobremanera.

No entendía cómo no se había dado cuenta antes. Es más, cuando hizo el amor con ella por primera vez, al igual que las veces siguientes, sintió lo que era el amor de verdad, un amor que iba más allá del placer físico, y que sin embargo lo acentuaba y lo sentía de manera intensa. Un placer que no había sentido con ninguna otra mujer, a pesar de haber estado con otras más hermosas. Amor con "A" mayúscula, amor verdadero. Un sentimiento de pertenencia, de posesión, de reencuentro, una sensación como la que tuvo el hijo pródigo cuando volvió a su casa después de haber buscado sin éxito la comodidad en casas ajenas. Una especie de comunión mística entre dos almas destinadas a compenetrarse desde que Dios planificó la creación del mundo, y que por fin se habían unido, cumpliendo los designios de su Creador.

Cuando por fin se liberó de aquellas barreras que se había impuesto él mismo y se abrió al amor, se dio cuenta de que estaba tan enamorado por ella que se olvidó de iniciar la composición del siguiente álbum. Un álbum del que ya tenía algunas ideas, y que había pensado comenzar a construir tras finalizar la gira. De hecho, durante esas semanas apenas tocó un instrumento ni conectó el ordenador en el que componía. No tuvo tiempo material para hacerlo, pues Rose acaparaba toda su existencia.

Tan solo abandonaron las «tareas amorosas» para organizar el viaje de novios que tendría comienzo al lunes siguiente de la boda, y que, como no podía ser de otra manera, tendría por destino las islas Kai.

También encargaron un póster gigante de los dos, un mural donde se le veía a él en primer plano mientras ella le abrazaba por detrás. Era una de las fotos promocionales que guardaba el equipo de marketing de la TWWL, y que ella ya había colocado meses atrás de forma más reducida, en la que era su habitación dentro de aquella casa. Ahora ese mural presidía el cabecero de la cama de Kai, que ahora también era la de Rose.

También se tuvieron que separar una tarde, en la que ella visitó el taller de alta costura de Paola con objeto de que esta le tomara medidas y le diseñara un exclusivo traje de novia. Un diseño y confección que se tuvo que ejecutar en tiempo récord, dada la inminencia de la boda. Como era preceptivo, el novio no podía ver el traje de la novia antes de la ceremonia, y eso le hizo a Kai añorarla por primera vez en su vida. Ya se había acostumbrado de tal manera a tenerla cerca, que las horas que la tuvo lejos le parecieron días y no sabía casi ni qué hacer con su vida. Intentó tocar algo con la guitarra, pero no se concentraba, y al final tuvo que dejarlo y se pasó el rato viendo algunos videos de las actuaciones de la gira.

Rose estaba viviendo un sueño del que temía despertarse, y por eso dormía poco. Aparte lógicamente de la excitación y de los nervios que tenía ya de por sí.

—Déjame en paz, *pelusilla*. Es muy tarde y tengo ganas de dormir. Y tú también deberías hacerlo.

—No quiero, Kai. Tengo miedo de que me duerma y que cuando me despierte por la mañana descubra que todo ha sido un sueño. Que me descubra durmiendo en la habitación de al lado, y que cuando te vaya a besar, tú me rechaces.

—No, *pelusilla*, eso ya no va a pasar más. Siempre me dejaré besar por ti, y también me dejaré hacer lo que tú quieras.

—¿Me lo prometes, Kai? ¿Me prometes que me vas a querer siempre?

—Sí, *pelusilla*, te lo prometo —le dijo él, segundos antes de quedarse dormido.

Pero a ella le costaba dormirse, y cuando lo hacía se despertaba cada poco con el temor de haberlo perdido, o de que todo hubiera sido un sueño. Por eso, cuando le veía durmiendo a su lado, se tranquilizaba y se volvía dormir. Pero, aun así, en cuanto él se despertaba por la mañana, le comenzaba a demandar besos y abrazos.

—Pero Rose, me acabo de despertar…

—¡Bésame, Kai! ¡Bésame con fuerza! Solo así sabré que lo que estamos viviendo no ha sido un sueño y que yo no me he colado en tu cama como hacía antes.

Él accedía a sus deseos, la besaba con pasión y hacían el amor, y solo entonces a ella se le pasaba el miedo.

—Dime que me quieres, Kai.

—Te quiero, *pelusilla*, te quiero mucho.

—¿Me quieres con toda tu alma?

—Sí, *pelusilla*, con toda mi alma.

—Pero Kai, ¿por qué siempre tengo que ser yo quien te saque las palabras? ¿Por qué a los hombres os cuesta tanto decir esas cosas?

—¡Ah! ¿Y qué otros hombres conoces tú que no digan *esas cosas*?

—Bueno… es lo que me dice Louise de mi hermano… y en fin, es lo que se cuenta…

—¡Ya! Seguro que eso te ha pasado con alguno de tus fans… ¡A saber lo que haces tú en las habitaciones cuando estamos de gira! —le insinuó con mucha sorna.

—Pero… ¡serás malo! ¡Lo que hago es precisamente vigilarte a ti! ¡So canalla! ¡Que me has puesto los cuernos con mujeres de todas las razas!

—¿Yo? ¡Tú sueñas, *pelusilla*! Lo que yo hago es rezar… y como mucho ensayar las canciones que vamos a tocar al día siguiente. Vamos, lo mismo que hace tu hermano.

—¡Mentiroso! ¡So mentiroso! —le gritó, y entonces ella se abalanzó sobre él y comenzó a morderle, y él hizo lo mismo. Y luego siguieron las carreras, los pellizcos… Y como estaban en una casa tan grande, jugaban al escondite, a disfrazarse, a intercambiarse la ropa... Se habían fabricado caretas recortando los pósters de ellos mismos y de sus compañeros y hacían parodias de escenas que habían vivido con Arthur, con Ruddy, con Bill, con Louise y con su hermano. Se imitaban incluso a ellos mismos, algo que a él le hacía mucha gracia, aunque a ella no tanto. Sobre todo, cuando Kai, tras imitar a Louise, se quitaba los rellenos que había usado para similar los pechos de la cuñada y se ponía de cuclillas para parecer más bajito. Rose se enfadaba y comenzaba a pellizcarle y a morderle, y otra vez empezaban las carreras y las risas, y así se pasaban todo el día. Se reían de todo y de todos, y como si fueran dos niños pequeños se pasaban el día jugando… y haciendo el amor.

Una vida de ensueño, de amor, de risas, de pasión, de ternura y de ilusión a la que solo le faltaba la boda. Una boda que, aunque iba a contar con un número reducido de invitados, iba a ser el día más feliz de sus vidas. Y para ello se comenzaron a preparar desde unos días antes de la celebración.

Kai nunca había sido una persona especialmente religiosa. Nacido en un país católico y de padres cristianos, había sido bautizado y había hecho la comunión como cualquier otro chico de su edad; pero como casi todos ellos, en la juventud se alejó de las prácticas religiosas. Todo lo contrario a la familia White, quienes sí que eran fervorosos cristianos. Sobre todo, Adam, y desde luego Rose, aunque en menor medida.

Así las cosas, el jueves anterior a la boda, los dos se confesaron con el padre Henry, asistieron a misa y comulgaron. Después se prometieron guardar castidad durante dos días con objeto de «reservarse» para la noche de bodas. Una castidad que ella llevó muy mal, no solo por la castidad en sí, sino por el hecho de tener que volver a dormir en camas separadas. Aun así, y por no alejarse de él, siguió durmiendo en Southfields la noche del viernes al sábado y no en la casa de sus padres, que era donde le aguardaba su flamante vestido de novia.

Una noche en la que apenas pegó ojo, de tan nerviosa que estaba. Por fin veía cumplidos sus deseos; por fin había conseguido al que siempre fue su gran amor; por fin tenía a quien iluminó su vida desde los quince años, y quien ya le había hecho ser la persona más feliz que había sobre la faz de la tierra.

Zapatos de charol

La ceremonia comenzó en una iglesia prácticamente vacía. Acababa de estallar la pandemia del Covid-19 y se generalizaban los confinamientos y las restricciones de aforo en todo el planeta. Tan solo asistieron los novios, los padrinos —que fueron Adam y Louise—, dos testigos que fueron Billy y Arthur, los padres de Rose y también Cecilia y Paola. Pero eso no fue obstáculo para que la felicidad de aquella chiquilla fuera completa.

Kai y Louise habían llegado los primeros y se encontraban en la sacristía hablando con el padre Henry. Este le habló de los desvelos que Rose siempre había tenido por Kai, de cómo comenzó en el coro, de las veces que se llenaba la iglesia solo por oírle cantar a ella…

Cuando llegó la hora, el cura los llevó a la nave principal de la iglesia, donde se iba a celebrar la misa. Ya solo faltaba que llegara la novia.

Y tras una corta espera, por fin llegó. Había que ver la inmensa cara de felicidad que exhibía cuando entró en la iglesia agarrada del brazo del su hermano. Su media melena rubia dorada como el sol, había sido recogida formando trenzas que se sujetaban a un tocado, al cual se habían ajustado guirnaldas de colores combinadas con rosas blancas y rojas. Un vestido de encaje blanco de corte *imperio* le marcaba la figura justo por debajo del pecho, con una cola *catedral* de cerca de dos metros de largo desde la parte baja de la cintura. Unos zapatos de tacón blancos con hebilla dorada y unos finos guantes de seda blanca completaban la indumentaria que llevaba en el que fue el día más feliz de su vida.

En el altar le esperaba su amado, que aguardaba su llegada al lado de Louise. Esta llevaba un ceñido vestido verde de raso que dejaba entrever algo del hijo que ya llevaba en su interior.

Kai hubiera preferido llevar el típico traje de novio con levita y chaqué, pero ella le exigió que se pusiera el clásico «uniforme» que había llevado siempre en las actuaciones en directo y que se componía básicamente de un pantalón oscuro y una casaca roja con dos filas de botones dorados paralelos separados un palmo. Él había insistido en lo primero, sobre todo porque Rose le dijo: «¡estás guapísimo!», el año anterior, con motivo de un concierto navideño que dio la Royal Philharmonic Orchestra en Londres. Fue un recital para niños, donde se interpretaron piezas clásicas del repertorio infantil, entre las que se incluyó la *suite* de los *Nymonroids*, la famosa pieza de animación que había compuesto Kai años atrás. Ese día, él mismo actuó tocando el piano en aquel tema, y se vistió, como mandan los cánones, con un precioso traje blanco y negro con chaleco, levita y chaqué.

Pero no hubo manera de repetirlo. Ella insistió en que llevara el atuendo típico de los conciertos, aunque él consiguió, no obstante, que, en lugar de las botas, esta vez luciera unos brillantes zapatos de charol negro.

Tras la ceremonia, la pareja de recién casados y sus acompañantes se fueron a celebrar tan feliz acontecimiento a la casa de los padrinos en el West End. Allí se rieron, bebieron, cantaron, bailaron y se divirtieron con todos los invitados hasta bien entrada la noche.

El tiempo perdido

Pero esa misma noche comenzó la tos, y el lunes por la mañana Kai la tuvo que llevar al hospital, de lo mal que estaba. La pequeña Rose no dejaba de toser, y tuvo que recurrir al inhalador que le había acompañado durante toda su vida cuando era pequeña. Pero aquello no era asma, precisamente, aunque los vómitos y la tos le recordaban mucho a aquellos momentos de su infancia.

En el hospital le pusieron la respiración asistida y permaneció en un estado de semiinconsciencia durante una semana. Una semana de dolor, de angustia, de pena y de sufrimiento para todos los que solo unos cuantos días antes habían estado gozando de los dones de la vida.

Una vida que Rose se había pasado luchando por conseguir un sueño y ahora que lo había conseguido, sus fuerzas le abandonaban. Su maltrecho cuerpo hizo todo lo que pudo para librarse del virus, pero parecía que el empuje que siempre le había acompañado para todo, ahora ya no le respondiera al haber conseguido por fin su objetivo vital.

Kai se pasó todo el tiempo en el hospital, sin moverse de allí ni de día ni de noche. Eran los primeros momentos de la Pandemia y aún no se habían prohibido las visitas de los familiares, aunque los médicos tenían instrucciones precisas de aislar a los pacientes Covid. En las salas de espera normalmente solo se permitía la presencia de una persona por paciente y eso hizo que Adam y Louise, Cecilia y sus suegros, apenas pudieran verle para confortarle más que en contadas ocasiones. Tan solo podían comunicarse con él por teléfono, o por la noche, cuando la vigilancia era más laxa.

En una de esas ocasiones vinieron a verle Adam y Louise. Era la última hora de la tarde y le habían traído ropa limpia para que pudiera cambiarse. El hombre se negaba a dejar el hospital siquiera para darse una ducha.

—Es muy difícil hablar con los médicos —les dijo Kai—. Están totalmente desbordados y no tienen tiempo ni de hablar con nosotros. Ayer salieron a informar a esta mujer —dijo, apuntando a una señora con ojeras que tenía a su derecha—, pues tiene a su padre ingresado por lo mismo. Pero no pudieron hacerlo porque se había ido un momento al baño. Yo les dije que aguardaran un poco, que no tardaría en venir o que me lo dijeran a mí, pero no me hicieron caso. No pueden informar a nadie que no sea un familiar, por la política de protección de datos, y al final se fueron. No le han podido decir nada hasta esta mañana, y aun así no han estado con ella ni medio minuto.

—¿Y tú sabes algo? —preguntó Adam—. ¿Has podido verlos hoy?

—No sé nada desde antes de ayer. Pregunto a los enfermeros que son más accesibles, pero me dicen que sigue igual. He conocido a una enfermera… bueno, en realidad me ha reconocido ella a mí. Ella y su novio son fans del grupo. Se llama Elisa; es española y trabaja en el turno de noche. Gracias a ella he podido averiguar algo… pero poco. El médico responsable de Rose, el doctor Hamilton, suele tener el turno de mañana y ella apenas lo conoce. Y tampoco tiene acceso a los informes sobre su estado.

—Y... ¿Qué es lo que te ha dicho esa enfermera? —preguntó Louise.

—Ya te digo que sabe poco. Me dice que está dormida, que se despierta de vez en cuando… está permanentemente conectada a un respirador, y no me pueden decir nada más. Tanto a ella como a los otros enfermeros les asedio a preguntas, claro, pero me remiten a los

médicos. Y los médicos no aparecen, Louise. ¡No sabes lo desesperante que es todo! —dijo, para después derrumbarse en el incómodo banco de plástico en el que vivía desde hacía varios días, y comenzar a llorar con las manos sobre la cara.

—Vamos, Kai, no llores —le dijo Adam, que se sentó a su lado—. Rose es joven, verás como sale de esta.

Y en ese momento se abrió la puerta de la unidad de cuidados intensivos, y un señor con bata blanca, doble mascarilla y una pantalla de protección, se asomó y miró a los que estaban en los bancos. Todos los familiares miraron a la figura con ansiedad y el médico dijo:

—El familiar de Rose Costa… ¿por favor?

Kai se levantó como un resorte y a grandes zancadas recorrió los escasos metros que le separaban del médico. Adam y Louise le siguieron, pero se quedaron a una distancia prudencial.

—Soy yo, doctor. ¿Cómo se encuentra Rose?

—¿Y usted es? —preguntó, de forma seca.

—Soy su marido. Kai Costa.

—Encantado. Yo soy el doctor Hamilton, el médico responsable de su esposa.

—¿El doctor Hamilton?

—Si —replicó—. Suelo tener el turno de mañana, pero mis compañeros están tan desbordados que estoy doblando turnos. Bueno, no puedo perder mucho tiempo… —siguió el doctor—. No le voy a engañar, su mujer está grave. Tiene neumonía bilateral y sus pulmones están completamente inundados de fluidos. La infección progresa rápidamente y ya le está empezando a afectar a algunos órganos vitales. La estamos intentando contener con antibióticos, pero…

Kai se puso la mano sobre la boca y no pudo evitar volver a llorar. A pesar de todo, se contuvo, pues no quería que se le escapara el médico. Tenía un montón de preguntas que hacerle y no sabía ni por dónde empezar. Al verle en ese estado, el doctor suavizó algo su actitud y comenzó a leer unos informes que traía. Tras subrayar algunos datos con un bolígrafo le dijo:

—¿Sabía que su esposa está embarazada?

—¿Embarazada? ¿Pero cómo…?

—Probablemente no lo sepa ni ella. Está de muy pocas semanas, desde luego; quizá dos o tres solamente, pero la hormona ya se detecta. El test de embarazo es uno de los análisis que le hemos tenido que realizar, porque necesitamos conocer ese dato.

Kai se quedó mirando al médico sin saber qué decir, y comenzó a respirar de forma agitada.

—Es un dato importante para valorar el tipo de tratamiento que necesita. Aunque me temo que en su caso ya es irrelevante.

—¿Irrelevante? Pero doctor, dígame… ¿Hay alguna esperanza? —preguntó, de forma desesperada.

—La hay, aunque es remota. Es una enfermedad nueva que no conocemos muy bien. Pero los pacientes que han llegado a la situación en la que se encuentra su mujer… —el médico

se interrumpió al ver la expresión de absoluta devastación que mostraba aquel hombre que tenía delante de sí. Lo siento mucho, de verdad —concluyó, para volver hacia la unidad de cuidados intensivos.

Entonces Kai se echó a llorar de forma desconsolada, mientras su cuñado le intentaba confortar. Pero él también necesitaba consuelo, y solo las palabras de Louise les consiguieron aliviar algo a los dos.

El consuelo y la compañía duraron poco, pues un vigilante les detectó y les recriminó que estuvieran allí.

—Lo siento, caballeros. Solo se permite un familiar por paciente. Dos de ustedes deben abandonar el hospital.

—Me quedo yo, Kai —dijo Adam—. Tú, vete a casa. Necesitas descansar. Como sigas así vas a enfermar tú también. No puedes seguir manteniéndote con los sándwiches de la máquina esa…

—No —le dijo con determinación—. Solo saldré de aquí con Rose… o no saldré.

—Pero, Kai… —intentó decir Louise.

—¡No! —gritó.

—Por favor, caballeros. Tienen que abandonar el hospital —volvió a decir el vigilante, mientras Kai se derrumbaba sobre el banco de plástico.

—Vámonos, Adam —le dijo su mujer—. Kai, mañana por la mañana te llamaremos. Por favor, ten el móvil conectado.

Pero el otro no contestó. No paraba de llorar mientras el vigilante se aseguraba de que sus cuñados abandonaban el hospital. Antes de verle por última vez, Louise le dirigió una mirada desde la distancia y solo pudo ver cómo la mujer de las ojeras le acariciaba la espalda en un gesto de cariño.

A partir de ahí, Kai entró en una espiral descendente donde se abandonó completamente. No podía comer, ni siquiera dormir, y su estado de salud era francamente preocupante. Permanecía clavado en aquel banco de plástico con los ojos fijos en la puerta de la UCI, y solo parecía reaccionar cuando esta se abría.

La última conversación con el doctor Hamilton le había destrozado, y entonces comenzó a hacerse a la idea de que la perdía. En su mente comenzó a recordar los últimos quince años, los años en que había conocido a Rose. Recordó todas las veces que ella se había ofrecido a él, y todas las veces que él la había rechazado. Todas las veces que ella le había dicho «*te amo»,* y todas las veces que él la había ignorado. Lo comenzó a recordar una y otra vez, y una y otra vez se echaba a llorar sintiendo una gran culpabilidad.

Recordó lo que ella le había dicho hacía solo unos días: «*bésame, Kai, para que así pueda saber que esto no es un sueño».* Pero ahora él estaba viviendo una pesadilla y rogó a Dios encarecidamente para que alguien le despertara de la misma. Pero Dios no respondía y Rose se le escapaba. Se decía que los enfermos de Covid apenas sufrían, pero él estaba sufriendo horriblemente. Parecía como si Dios le quisiera castigar por haberla ignorado durante tantos años. Por haber preferido el placer pasajero que le daban otras mujeres, en lugar del amor verdadero que Rose le ofrecía. Como si le quisieran devolver el sufrimiento que ella sintió al verse rechazada por él una y otra vez.

Sopesó si el dolor tan profundo que sentía era por la posibilidad de perderla, o por esa última razón. Por haberla hecho feliz desde hacía solo unos días, cuando lo podría haber hecho desde muchos años atrás. Al final llegó a la conclusión de que era por las dos cosas y eso le atormentó todavía más.

Para colmo, se acordó de su padre, quien se vio en una situación similar. Por su promiscuidad, João había perdido a su mujer y a su hijo. Y de alguna manera eso mismo le estaba pasando ahora también a él: también Kai estaba perdiendo a su mujer y a su hijo, el hijo que se estaba gestando en el interior de su amada. Algo que quizás podría haber evitado si la promiscuidad, ahora la suya, no le hubiera dominado. Si hubiera hecho caso antes a la llamada del amor y no a la del deseo.

Desde luego, él no tenía la culpa de lo que le estaba pasando a Rose. Él no habría podido evitar que su mujer se contagiara, pero de haber estado antes con ella, quizás ahora tendría un hijo suyo y no se quedaría solo. Tendría un recuerdo de su amada que le ayudaría a sobrellevar su pérdida. Quizás sería la niña que ella siempre quiso tener, y que ahora moriría junto a su madre.

Ese pensamiento le terminó de destrozar, y otra vez se puso a llorar amargamente, sin consuelo alguno. Ya se veía totalmente solo sin ella, con el corazón destrozado, ante una soledad horrible, ante una sensación de desesperación y de negrura que pensó que no podría soportar.

Inmerso en ese pensamiento, una idea que rechazaba de plano pero que se abría paso en su mente sin su permiso, se contempló a sí mismo habiendo perdido a la mujer de su vida. Y entonces, ¿de qué le servía ahora haberse acostado con tantas otras? ¿De qué le servía ahora todo eso, cuando había perdido a la única que realmente merecía la pena? ¿Acaso no hubiera sido mejor admitir esa realidad en su momento, y así haberla podido gozar durante más tiempo? Tuvo una sensación de haber malgastado su vida, de haberla tirado directamente por el retrete, y entonces rogó a Dios que no se la llevara. Al menos, no todavía. Un grito desgarrado salió de su alma, suplicando que se la dejaran un poco más para arreglar todo eso; que le dieran al menos la oportunidad de enmendar tantos errores del pasado en el tiempo que le quedara de vida. Sí. A eso se dedicaría en cuerpo y alma, sin pensar ni hacer otra cosa. Lo abandonaría todo, incluso la música, con tal de aprovechar cada minuto, cada segundo, para estar con ella, para sentirla, para gozarla, para saborearla y disfrutarla como tenía que haber hecho desde hacía tanto tiempo.

El ying y el yang

Los últimos días de su vida, Rose había estado viviendo un sueño, y en un sueño se encontraba también ahora. Desde que entró en el hospital había alternado los estados de consciencia y había pasado del sueño a la realidad y de la realidad al sueño. Los días se sucedían sin solución de continuidad: se dormía y se despertaba sin saber si era de día o de noche, mientras que personas vestidas de blanco iban y venían por una estancia cuyas paredes eran blancas, mientras una luz blanca iluminaba la sala donde estaba.

El color blanco había presidido toda su vida. Ella se llamaba White; el color de su piel era ciertamente blanco, y ahora lo eran también sus pulmones. «*Tiene los pulmones completamente blancos*», le había oído decir al doctor Hamilton.

Precisamente el color que más odiaba su marido…

Pero ellos dos eran como el ying y el yang. Dos mitades indisolubles que son una misma cosa. Una parte blanca y otra parte, roja. Así lo había querido el destino… así lo había querido Dios.

Los sueños y los delirios se sucedieron frenéticamente durante aquellos días, y ella recordó todos los momentos de su vida: los buenos y los malos.

Recordó a Susan y a Laurie, sus compañeras del instituto. Recordó todos los insultos y las burlas que le hacían. Recordó cómo una mañana la acorralaron en los servicios y le pegaron, y cómo después se levantaron las camisetas y le pusieron los pechos en la cara:

—¡Míralos bien, Rossie! ¡Esto es lo que tú no tienes! —le escupió Laurie—. ¡Esto es lo que tú no tienes! ¡Ningún chico se fijará en ti!

—¡Y lo que ya nunca tendrás! —le repitió Susan—. Como tampoco tendrás novio… ¡jamás! —se reían, mientras aquellas dos víboras salían corriendo y la dejaban tirada llorando en el suelo. Aquel mismo día por la tarde, antes de los ensayos del coro, se había confesado con el padre Henry.

—Padre… ¿es pecado odiar?

El cura la miró con ternura y le dijo:

—Sí que lo es, Rose. Los cristianos no podemos hacerlo. El Maestro nos lo ha prohibido.

—Pero padre, ¡yo no puedo soportar que me insulten! ¡No puedo soportar que se burlen! ¿Qué puedo hacer, padre?

—Rezar, hija mía, tienes que rezar…

—Ya rezo, padre, pero Jesús no me escucha…

—Yo rezaré por ti, Rose. ¡Yo rezaré por ti! ¡Verás cómo entre los dos lo conseguimos! Solo te pido que tengas fe…

El padre Henry tenía fama de ser un santo. Su madre le había dicho que sus oraciones habían curado a más de una persona a quienes los médicos habían desahuciado. Pero ella no se lo creía mucho… hasta que unos días después apareció Kai en su vida y entonces encontró una razón para vivir. Entonces se olvidó de todas las tonterías que pensaba acerca de entrar en un convento, y desde ese momento solo vivió para él.

Recordó como un tiempo después estaba paseando con su hermano y con su amado por los pasillos de un centro comercial. Ella estaba en medio de aquellas dos torres y entre los dos la llevaban agarrada de la mano. Entonces a Adam le entró una llamada, y este la soltó para atender el teléfono. Pero Kai no se dio cuenta y él no la soltó de la suya. Y en ese momento aparecieron Susan y Laurie, quienes salían de una tienda. Ella se abrazó a Kai y él la acarició el pelo y la estrechó contra sí... ¡Había que ver la cara de las dos chicas! Pasmadas se habían quedado al verle a ella, a la tonta e insulsa Rose White, con semejante chico… ¡No daban crédito a lo que estaban viendo!... Y desde ese momento las dejó de odiar.

El padre Henry tenía razón y solo había que tener fe. Y paciencia, desde luego, que fue lo que después le aconsejó, una y otra vez. Y como siempre, él tenía razón.

Pero aquella enfermedad la estaba poniendo a prueba otra vez. La enfermera que la atendía se parecía a Sharon, aunque más delgada. La había oído hablar en español con un celador y en su mente confusa la había asociado con la ex de su marido. Pero entonces recordó que Sharon trabajaba en el hospital de Bromley, y ella estaba en el hospital de Southfields. ¿Podría ser que la hubieran trasladado? ¿Qué hacía esa mujer atendiéndole a ella? ¿Acaso era la mujer de Kai y ella era solo su amiga? Los delirios se sucedían de forma ininterrumpida y solo cuando le preguntó su nombre se quedó tranquila: *«me llamo Elisa»*, le dijo aquella mujer, y entonces supo que todo eran ilusiones de su mente, y no la realidad. *«¿Dónde está Kai?»* le había preguntado, y a continuación ella le dijo: *«Está ahí afuera, Rose. Si todo va bien, esta noche podrás verle»*, le prometió.

Pero su maltrecho cuerpo no estaba dispuesto a esperar tanto, y le dejó de responder. Las máquinas dieron la voz de alarma y tres figuras vestidas de blanco acudieron junto a su cama y comenzaron a decir cosas que ella no pudo entender.

Porque Rose ya no estaba en esa habitación. Todo lo contemplaba desde el techo, desde una posición elevada donde podía ver su esquelético cuerpo tendido sobre la cama y con un tubo de oxígeno que le suministraba un aire que ya no necesitaba.

Entonces el hospital desapareció y se encontró flotando en el aire, en medio de una inmensidad luminosa que la deslumbró, mientras una esfera de luz blanca la recibía y se fundía con ella. La esfera siguió ascendiendo con Rose en su interior, hasta que llegaron a un lugar donde la luz se hizo algo más tenue para que ella pudiera ver mejor. Se encontraba en el paraíso, sin lugar a duda, pero ella no estaba a gusto. Su otra mitad, su yang se había quedado allí abajo y no pudo soportarlo. Quería verle antes de entrar allí… ¡tenía que despedirse! Y en ese momento profirió un agudo grito de dolor, y entonces oyó claramente:

—¡Menos mal! Gracias, Elisa, por habernos llamado… un segundo más y la hubiéramos perdido.

Con sus dedos tocó la cama y abrió los ojos. El doctor Hamilton y Elisa estaban a su lado, y también otro enfermero que no reconoció. Suspiró y entonces volvió a rezar para que Dios le permitiera verle, aunque fuera por última vez. Y Él, de nuevo, no la defraudó.

Las islas paradisíacas

—Vamos, Kai, no llores más —le dijo la mujer de las ojeras—. Tu esposa es joven, verás como salís de esta. No está todo perdido… Venga hombre, anímate.

Pero él no contestó. Siguió llorando de forma desconsolada, mientras los remordimientos le consumían. Finalmente, ella le dijo: —Voy a ir a sacar un sándwich de la máquina ¿Quieres que te traiga algo a ti también? Es para aprovechar el viaje, ya sabes.

—Muchas gracias, Sheila. No tengo apetito —musitó entre sollozos.

—No has probado bocado desde ayer… ¿De verdad que no quieres nada?

Él hizo caso omiso y volvió a mirar hacia la entrada de la unidad de cuidados intensivos. Esperando que de una manera u otra se produjera el milagro. Que Rose saliera por esa puerta, aunque fuera en una silla de ruedas. Eso mismo había ocurrido otras veces con los familiares de otros compañeros del asiento en el que vivía, y que ya se habían marchado.

Permanecía inmóvil contemplando aquella puerta con los ojos enrojecidos y la mirada perdida. Hasta que, por fin, una noche, Elisa se acercó a él y le dijo:

—Acaba de despertarse, Kai. No debería hacer esto, pero… ¡me dais una pena los dos! Entra… ¡deprisa!

Él se apresuró, y sin dudar un instante siguió a la enfermera por los pasillos del pabellón de la UCI y entró en una de las habitaciones. Allí estaba su *pelusilla,* despierta y consciente, y cuando le vio entrar le prodigó una generosa sonrisa. Una sonrisa que fue bruscamente cortada por un fuerte ataque de tos.

Él se arrodilló junto a la cama y comenzó a besarle la pequeña mano que estaba cubierta por un grueso esparadrapo que le sujetaba las vías que la mantenían con vida.

Ella se intentó incorporar, pero le fue imposible. Estaba tremendamente cansada y agotada y las pocas fuerzas que le quedaban solo servían para mover los músculos necesarios para que sus pulmones intentaran toser.

Había pasado poco más de una semana desde el día en que la trajo allí, y aquel saco de huesos que ahora se llamaba Rose Costa agonizaba en la cama de un hospital con su único y gran amor a su lado agarrándole de la mano.

—No hemos podido ir a las islas Kai… —se quejó él, con los ojos inundados de lágrimas.

—Te equivocas, amor mío. Yo ya he estado allí. ¡Yo ya he estado allí! Estuve aquella noche en la fiesta de disfraces. ¿Lo recuerdas? Tú eres mi isla, amor mío. ¡Tú eres mi isla! Eres todo lo que siempre he querido tener, y ya me lo has dado —consiguió decir, antes de que otro ataque de tos convirtiera su voz en un susurro trémulo.

Él la agarró más fuerte y comenzó a llorar intensamente. En ese momento entró el médico y exclamó:

—No podemos esperar más. Tiene bajísima la saturación. La tenemos que dormir e intubar sin más demora —ordenó, dirigiéndose a la enfermera—. No deberías haberle dejado entrar…

Kai sacó un pañuelo de papel y comenzó a secarse las lágrimas. A continuación, miró al doctor, se incorporó y se dispuso a dejar espacio para que procedieran a hacer lo que acaban de decir.

—¿Puedo quedarme con ella, cuando lo hagan?

—No, caballero. De hecho, no tendría que estar aquí. Debe marcharse ya, por favor.

Kai volvió a mirarla. A pesar de su mal estado, ella tenía un semblante tranquilo y se diría que hasta feliz.

Entonces recordó la famosa canción: "*Hazme tuya, ¡por un breve instante! y completamente feliz, abrazaré la muerte".* Pareciera que le estuvieran cobrando el precio que ella misma fijó por conseguirle…

Una punzada de angustia lo devoró por dentro, y negó con la cabeza, resistiéndose a lo inevitable.

Ella no dejaba de mirarle, ni siquiera cuando le daban los ataques de tos. El médico comenzaba a impacientarse y no le quedó más remedio que disponerse a abandonar la habitación.

—Cuando te recuperes, *pelusilla*, volveremos allí. Volveremos a estar en las islas Kai. ¡Volveremos allí! —exclamó su amado, entre sollozos.

Rose consiguió incorporarse ligeramente y se aclaró la voz lo justo para poder decir:

—¡No te quepa duda, amor mío! ¡No te quepa duda! Y yo estaré contigo… ¡siempre!

Solo diez personas

—«*Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor. Quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive en mí y cree en mí, no morirá eternamente. Venid en su ayuda, santos de Dios; salid a su encuentro, ángeles del Señor. Recibid su alma, y presentadla ante el Altísimo. Cristo que te llamó, te reciba y los ángeles te conduzcan al regazo de Abraham. Concede señor a tu hija Rose el descanso eterno, y brille para ella la luz de la salvación».*

A continuación, el sacerdote procedió a echar agua bendita sobre la urna que contenía las cenizas. Después alzó los brazos, y se dispuso a hacer el responsorio final:

—«*Oh Dios, que concedes el perdón y quieres la salvación de todos los hombres: te rogamos que, por la intercesión de la santísima Virgen María y de todos los santos, concedas la bienaventuranza eterna a tu hija Rose, a quien llamaste de este mundo a tu presencia. No la abandones en las manos del Enemigo ni te olvides de ella; antes bien, recíbela con tus santos ángeles para que pueda gozar eternamente de las alegrías del Cielo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén».*

El protocolo Covid exigía la incineración inmediata de los fallecidos, y al día siguiente de su muerte se produjo el entierro de las cenizas. Kai no se separó ni un momento de sus restos, y la comitiva fúnebre que él encabezaba se dirigió desde el hospital al cementerio católico de St. Patricks, donde el mismo cura que les casó dos semanas antes presidía ahora su funeral.

Las mismas restricciones de aforo que limitaban el acceso a las bodas regía para los funerales: diez personas. Las mismas personas que dos semanas atrás asistieron a una boda, asistían ahora a unas exequias.

Aquella mañana de marzo se levantó fría y lluviosa, gris y plomiza, triste e infortunada. Solo se oía el viento que traía algunas rachas de lluvia, mientras el sacerdote pronunciaba las oraciones. También se oían algunas toses que provenían de algunos de los asistentes. Principalmente las de Arthur y las de Kai.

Tras finalizar el responsorio, el padre Henry, que a duras penas pudo contener las lágrimas, estrechó la mano de Kai, de Adam, de Louise y de los padres de Rose. Después, hicieron lo mismo Arthur y Bill, mientras que Paola y Cecilia les dieron un fuerte abrazo a todos, pero especialmente a Kai.

Pero él ya no estaba allí. A quien dieron un abrazo y besaron fue a un cascarón vacío, pues él se había quedado en aquella habitación donde habló con su amada por última vez. Le habían arrancado la mitad de su cuerpo, y la otra mitad no tenía fuerzas para continuar en este mundo.

Aquella figura impasible y demacrada mantenía los ojos fijos sobre la lápida que contenía los restos mortales de los antepasados de la familia White, y que ahora se había abierto momentáneamente para contener también los de Rose.

La lluvia comenzó a arreciar con fuerza y todos se fueron yendo, menos aquella estatua viviente que era el viudo. Su otra mitad estaba dentro de esa lápida, y la otra mitad deseaba irse con ella.

—Vámonos, Kai. Louise no se encuentra bien y la tengo que llevar a casa —dijo su cuñado.

—Iros vosotros. Yo me quedo.

—No te quedas —ordenó su madre—. Ya hemos perdido a Rose, y no queremos perderte a ti también. Adam no se va a mover de aquí sin ti. Hazlo siquiera por Louise.

Él miró a la mujer de su amigo y ella asintió. Los vómitos por el embarazo no la dejaban en paz y estaba incómoda. La determinación de Adam era firme, y entonces accedió a marcharse.

Una vez fuera, el matrimonio se dirigió hacia el West End mientras que Cecilia y Kai tomaron un taxi. Ella quería quedarse con su hijo, pero él insistió en ir hacia su casa de Southfields.

Tanto Adam como su madre eran reacios a dejarle allí solo, después de todo lo que había sufrido durante aquellos días. Se encontraba en un estado físico y anímico bastante lamentable, y finalmente accedió a pasar solo aquella noche y recoger algunas cosas tras lo cual se marcharía con Cecilia, o bien esta se quedaría con él.

Lo que no imaginaban es que esa sería la última vez que él habitaría en aquella casa. Los días transcurridos sin apenas comer ni dormir y el estado de desesperación en el que se encontraba, le pasaron factura y en cuanto entró en su habitación, que ahora era también la de Rose, se derrumbó. No pudo soportar acordarse de su amada al contemplar la inmensa fotografía de los dos juntos que presidía el cabecero de la cama donde habían dormido juntos los últimos días.

Como le había ocurrido tres años atrás cuando entró en la casa de sus padres en Lisboa, le comenzaron a temblar las piernas, y un ataque de ansiedad le hizo desmayarse y caerse al suelo. Allí permaneció inconsciente durante varias horas, hasta que su madre acudió en su rescate.

Cecilia estaba francamente preocupada por dejarle allí solo, y en cuanto que pudo le llamó. Pero como no le atendía el teléfono, llamó a Adam por si sabía algo y entonces los dos acudieron a su casa temiendo encontrarse con cualquier cosa. Cuando llegaron le hallaron delirando en el suelo de la habitación y con una fiebre altísima. Entonces le llevaron de inmediato al mismo hospital que habían abandonado la mañana del día anterior.

Allí confirmaron la infección por Covid y mandaron a sus dos acompañantes a casa, pues ya se había activado el protocolo de aislamiento al que sometieron a todos los infectados y que prohibía la mera presencia de familiares en el hospital.

Aquella familia no había terminado de salir de un horrible trance cuando ahora se enfrentaba a otro. Y con el agravante de que ahora no tenían a nadie en la sala de espera para que pudiera informarles, aunque solo fuera para decirles que no había ninguna novedad.

Cecilia no paraba de llamar por teléfono, pero la centralita estaba colapsada. La pandemia se estaba cobrando millones de víctimas en todo el mundo, sobre todo en aquellos momentos iniciales. Cuando por fin le atendían el teléfono era solo para decirle: *«no se preocupe, señora. Si no les han llamado es que no hay nada de lo que informar».* Pero eso no era suficiente para una madre que temía por la vida de su hijo.

Intentó contactar con Elisa, la enfermera española que Kai había conocido días atrás, pero le costó mucho trabajo hacerlo. Cuando lo consiguió, tan solo pudo enterarse de que su hijo no estaba en la UCI, la sección en la que ella trabajaba. Eso la tranquilizó desde luego, pero seguía sin saber nada y la espera le consumía.

Durante tres semanas, solo consiguió hablar con los médicos en dos ocasiones. La primera fue a los pocos días de ingresar y le dijeron que, aunque Kai tenía neumonía, los pulmones no estaban muy afectados. La segunda fue cuando ya habían transcurrido dos semanas, y

entonces la noticia fue: *«su hijo está superando la enfermedad. El virus no se ha ensañado demasiado con él, pero necesita reposo».*

Por fin, al cabo de tres semanas, llamaron a Cecilia para que vinieran a recogerle. Según le dijeron, su hijo no se encontraba en condiciones de funcionar por sí mismo.

Eso le sobresaltó. Intentó indagar más por el teléfono, pero el doctor ya había colgado cuando quiso recabar más información. Entonces avisó a Adam para que acudieran juntos al hospital, donde en teoría les iban a decir qué es lo que estaba pasando.

Cuando llegaron, tuvieron que decir sus nombres en Recepción, y solo les dejaron pasar tras comprobar que Kai estaba en la lista de las altas del día. Aun así, se tuvieron que vestir con un equipo de protección individual, y ponerse guantes y mascarillas. A continuación, los llevaron a una sala de espera, donde había otras personas en circunstancias similares.

El hospital era un caos absoluto. Ya lo era cuando estuvieron allí tres semanas atrás, pero ahora la situación era todavía peor. Los médicos, los enfermeros, los celadores… todos estaban totalmente desbordados y las carreras de unos y otros se sucedían sin parar.

Por fin, al cabo de un rato, un celador les llamó para que le acompañasen. Los llevó a un pabellón repleto de enfermos que, afortunadamente, no era la UCI. Allí el celador avisó a un médico que estaba atendiendo a uno de los pacientes y este se dirigió hacia Adam y Cecilia. Tras presentarse, les condujo hacia uno de los boxes, donde se encontraba Kai.

—La infección está superada —les dijo—, pero el problema es que este hombre no tiene ganas de vivir —soltó el doctor, tras una breve introducción protocolaria. Kai permanecía sentado en una silla de ruedas, con las manos juntas sobre el regazo y con la cabeza bajada mirando al suelo. Llevaba puesto el pijama del hospital, al cual le faltaban algunos botones y le estaba algo pequeño. El flequillo le tapaba la cara y no se la podían ver bien.

—Le estamos dando una fuerte medicación con ansiolíticos —siguió el médico—, y gracias a eso puede dormir un poco. Pero en cuanto se despierta comienza a gritar y a delirar, y en ocasiones hemos tenido que atarle los brazos para que no se autolesione. Se arranca las vías, se intenta quitar la camisa, se golpea la cara… No sé qué obsesión tiene con el pecho y con el rostro —les dijo.

Tanto Adam como Cecilia se quedaron mudos, sin saber que decir. Solo habló ella, musitando:

—Claro, le han puesto un pijama de color blanco… hubiera sido mejor que le dejaran desnudo.

El médico no pareció oír ese comentario y siguió:

—Nos cuesta mucho que pruebe bocado y por eso hemos tenido que ponerle el suero intravenoso. Eso le ha salvado la vida, desde luego. Pero me temo que no le podemos tener aquí durante más tiempo.

En ese momento Kai se incorporó un poco y los miró. Una mirada ausente, vacía, como si ellos fueran transparentes y estuviera mirando a alguien que había detrás. Apenas lo reconocieron. La cara y las manos huesudas, la barba crecida, el pelo sobre la cara…

—No le hemos podido afeitar ni duchar desde hace algunos días. Lo siento mucho, pero no tenemos personal suficiente… Esta maldita enfermedad… nos está poniendo a todos a prueba —dijo el médico, refiriéndose a la Covid.

Pero Cecilia apenas le oyó, pues en cuanto que su hijo levantó la vista se abalanzó sobre él y comenzó a llenarle de besos. Pero Kai no parecía inmutarse y seguía totalmente absorto.

—Son los tranquilizantes, señora. Son drogas bastante fuertes y le producen un efecto amnésico. Cuando se le pase un poco la reconocerá, no se preocupe. Pero como le digo, me temo que se lo tienen que llevar a casa.

Ella venía con la idea de llevárselo, desde luego. Tres semanas sin poder verle ni hablar con él le habían hecho sufrir mucho y no deseaba más que tenerle consigo. Pero al verlo en ese estado le dijo al médico:

—Pero doctor, ¿No puede quedarse aquí en el hospital? Me refiero, ¿hasta que mejore? Yo no puedo hacerme cargo de él en estas condiciones…

—No puede ser, señora. El hospital está hasta los topes de casos de Covid y necesitamos camas libres de inmediato. Su hijo puede permanecer con usted y dejar una cama libre. Tan solo tiene que preocuparse de administrarle la medicación que le vamos a prescribir sin dejarse una sola toma, y quizás vaya mejorando poco a poco. Esta mañana le hemos dado algo sólido de comer y parece que lo ha admitido. Estoy seguro de que, con usted, en su casa, seguirá en esa línea. Pero por si acaso, le van a dar unas ampollas de *ciproheptadina*, que es un estimulante del apetito. Verán como mejora. Y ahora, si me lo permiten, no puedo dedicarles más tiempo. Llevo dos días sin dormir y sin irme a mi casa, y todavía me quedan un montón de pacientes por atender.

El médico se marchó apresuradamente tras dejarles las recetas y los dos se quedaron allí, con Kai.

—Se viene conmigo, Cecilia. Tú no vas a poder con él.

—No, Adam. Tú tienes que atender a Louise. Está llevando muy mal el embarazo y te necesita. Ahora yo estoy totalmente libre, pues la agencia de viajes ha cerrado, como te puedes imaginar. Las autoridades han clausurado todos los negocios no esenciales. Venga, ayúdame a llevarlo a mi casa y una vez allí, yo le atenderé. Si alguna vez te necesito para algo, te llamo.

—Como quieras. Pero por favor, llámame y mantenme informado.

—Descuida. Venga, ayúdame a levantarlo. Vamos a quitarle este dichoso pijama blanco y le vamos a vestir. Su ropa debe estar en la taquilla.

Entre los dos le levantaron de la silla de ruedas y le recostaron sobre la cama. Le quitaron el pijama y le vistieron con su ropa, y pareció recomponerse un poco cuando le pusieron su camisa roja. Pero aun así seguía totalmente ausente. Cuando le calzaron los zapatos intentaron ponerle de pie y para su sorpresa se sostenía por sí mismo. Entonces fue cuando pareció volver un poco en sí.

—Venga, vamos a ver si puede andar por sí solo —dijo Cecilia—. ¡Mira! Ahora parece que te quiere decir algo…

—Hola Adam... ¿Qué estáis haciendo aquí? —les dijo con voz entrecortada.

—Vamos a llevarte a casa, Kai.

—¿A casa? ¿A qué casa?

—Conmigo, hijo —intervino Cecilia—. A nuestra casa, en Bromley. Venga sujétate a Adam. Muy bien, venga, sigue así, despacio. Puedes andar muy bien. Así, despacio.

Entre los dos le consiguieron llevar al coche de Adam, que estaba aparcado en las inmediaciones. Pero cuando estaba a punto de entrar, se detuvo y se soltó de los dos. Entonces les dijo:

—¿Y Rose? ¿Dónde está Rose? ¿Está en casa de tus padres? —preguntó, mirando a su cuñado. Cecilia y él se miraron, temiéndose lo peor.

—No, Kai, no está allí —le respondió Adam.

—Entonces, ¿dónde está?

—Pues, pues… —el hombre no sabía qué responder.

—Venga Kai, entra en el coche —le dijo su madre—. Cuando lleguemos a casa te encontrarás mejor. Así, muy bien, despacio. Cuidado con la cabeza. Muy bien. Así…

La tarde era fría y lluviosa, y cuando salieron del hospital ya era de noche. Adam condujo el coche desde allí hasta la casa de Cecilia en Bromley, mientras los tres lloraban. Aunque solo uno de ellos lo hacía de forma manifiesta.

—No quiero estar solo, mamá —musitó entre sollozos, dirigiéndose a su madre en español, la lengua en la que siempre se habían comunicado.

—No lo estás, hijo mío. Estás conmigo, como siempre. Siempre estarás conmigo, Kai. ¿Alguna vez te he fallado yo?

—No, mamá, nunca. Nunca me has fallado —le dijo, mientras lloraba. Después comenzó a balbucear otras palabras subiendo la voz.

—¿Qué está diciendo, Cecilia? ¿Tú entiendes algo? —le preguntó Adam, mientras conducía. Kai y su madre estaban juntos en el asiento de atrás y él intentaba mirarlos por el retrovisor.

—Está hablando en portugués, Adam. Se acuerda de Rose…

—¡*Rose! ¡Minha pequena Rose! ¡Por quê, Deus meu! ¡Por quê!*

Introversión

El mismo virus que se había llevado por delante al gran amor de su vida intentó hacerlo también con Kai, aunque no lo consiguió a pesar de las muchas ganas que él tenía de irse con ella.

Su madre consiguió sacarlo adelante a duras penas, pero ya no era ni la sombra de lo que fue. Sobrevivía gracias a los ansiolíticos y a los antidepresivos, y cuando no estaba durmiendo se mostraba ensimismado y con expresión melancólica. En los ratos de lucidez llegaba a parecer el hombre de antes, aunque solo fuera para tomar la guitarra o el piano y tocar algunas de sus canciones favoritas. Que siempre eran aquellas en las que de alguna u otra manera había participado Rose. Pero componer… eso suponía un esfuerzo mental que al principio le parecía inalcanzable. Sin embargo, según fue pasando el tiempo se le fue haciendo más fácil, y poco a poco la labor de composición fue la que le devolvió algo de cordura. Pero no la suficiente. El dolor y el sufrimiento por la pérdida de su esposa seguía siendo igual, y como si estuviera en un bucle continuo, no había día en que no llorara o que no se acordara de ella.

La introversión que desarrolló cuando era niño se volvió a manifestar ahora de forma acusada, y Kai se convirtió en una especie de ermitaño solitario que casi no hablaba con nadie que no fuera su madre y solo de las cosas más básicas. De hecho, cuando alguien le recordaba los cientos y cientos de conciertos que dio, la cantidad de países que visitó, la multitud de gente que había conocido en los últimos quince años… se maravillaba de que él hubiera sido capaz de hacer eso. Él, que solo quería ser ingeniero de sonido para dedicarse a la producción musical y pasarse la vida en un estudio… Precisamente lo que estaba haciendo ahora, o casi. Después de los primeros años en los que era prácticamente un muerto viviente, a partir de 2023 comenzó a retomar de forma activa la composición de canciones, y se entretenía por las noches escribiendo melodías y baladas dedicadas a Rose. Siempre era mejor eso que pasárselas en vela dando vueltas en la cama y huyendo de sus recuerdos y de sus pesadillas.

Su existencia ya no fue la misma que había sido, ni mucho menos, y Kai se convirtió en el hombre introvertido que siempre fue. Su paso por Thertonball fue meramente un paréntesis en su vida, una fase más de su azarosa existencia. Fueron quince años en los que había dejado de ser él para convertirse, sin buscarlo, en una estrella del rock. En el líder de una de las más grandes y exitosas bandas que habían existido.

Pero ahora todo eso había acabado, y las cosas habían vuelto a su ser natural. Mirando con retrospectiva, le había ocurrido algo parecido a lo que le sucedió a Syd Barrett, el líder de otra gran banda, el líder de Pink Floyd: este también abandonó su grupo por problemas mentales cuando estaba en la cima de su popularidad. La diferencia estaba en que, a aquel fueron las drogas quien le hicieron enfermar, mientras que, en el caso de Kai, fue el amor el responsable de su locura.

Padre

No obstante, los deseos de reunirse con Rose se vieron cumplidos apenas cinco años después de perderla a ella. El virus le dejó los pulmones maltrechos, y por si fuera poco le afectó en demasía a la zona donde sufrió aquel accidente en Nueva York.

A pesar de que sobrevivió al Covid-19, no pudo hacer lo mismo con otro coronavirus que se presentó después de una forma más letal, aunque menos extendida. La virulencia con la que se manifestó hizo mella en un cuerpo al que la salud había abandonado desde el año 2020.

En su lecho de muerte, el músico herido de amor agonizaba como cinco años atrás lo había hecho su esposa, en la cama de un hospital y en completa soledad.

Destrozado por el dolor anímico y ahora también el físico, el gran Kai Costa fallecía a pesar de los cuidados que la doctora Sharon prodigó sobre el que había sido el gran amor de su juventud.

No había vuelto a verla desde aquel día en el parque, y aquella fue la última vez que lo hizo.

—¡Perdóname, Sharon! Me porté muy mal contigo…

Ella no dijo nada, pero le sonrió, y con su mano envuelta en un guante de látex le acarició la mejilla antes de incorporarle la respiración asistida. Introdujo una serie de parámetros en la máquina y abandonó la estancia, no sin antes dirigirle una última mirada de cariño.

Entonces se quedó solo. Miró hacia las luces del techo, y sus ojos se fueron cerrando mientras la vida se le escapaba. Ya solo había negrura y tristeza, amargura y desazón, angustia y desesperación… y dolor. Mucho dolor. Se vio a sí mismo flotando en una negrura inmensa, totalmente inmóvil, inmerso en un silencio sepulcral.

—¡Rose! —gritó, de forma desesperada. Y entonces la negrura se transformó en luz y volvió a aparecer en la cama del hospital. Era de noche, y solo la tenue luz azul de las luces de emergencia iluminaban su habitación.

Pero inmediatamente después, un rayo de fuego perforó su pecho y tras prorrumpir un agudo grito de dolor, comenzó a sumergirse en un abismo tenebroso. Su maltrecho cuerpo cayó en una sima, en una inmensa concavidad donde se hizo el silencio más absoluto.

Ya no le dolía nada, pero las sombras de la oscuridad comenzaban a cernirse sobre él. Entonces lo vio. Un pequeño punto de luz se atisbaba en el horizonte, de forma muy tenue. Intentó levantarse, pero no pudo. Su cuerpo destrozado por la enfermedad era incapaz de andar y de moverse hacia aquella luz que permanecía inmóvil, como a la espera de recibirle. Lo intentó una vez más, pero era inútil. Parecía estar condenado eternamente a aquella inmovilidad paralizante mientras la luz se le escapaba…

Kai lloró y lloró, recordando su vida, sus excesos, y el rencor que guardó hacia su padre y que ahora le pesaba como una losa y le impedía desplazarse. Sí, era eso lo que le impedía moverse. Quería ir hacia la luz, pero no podía.

En el supremo momento de la muerte, de nada le sirvieron los aplausos, los honores, la popularidad, el éxito, los reconocimientos, las alabanzas hacia el gran músico que fue. Todos los números uno conseguidos a lo largo de su trayectoria musical se quedaron allí, en el polvo. En el zenit de su vida fue examinado de amor... y suspendió. No por el amor hacia su esposa, que, aunque tarde, lo dio todo. Además, los cinco años de locura que padeció tras su

fallecimiento le sirvieron de expiación por todas sus culpas. Fue sin embargo el amor hacia su padre, o mejor dicho, la falta de este, lo que le hacía permanecer en la oscuridad. El rencor que todavía conservaba pesaba como una losa y le impedía subir hacia la luz.

De repente, y como por arte de magia, se vio transportado a otro lugar. Una tierra oscura y fría donde una tenue luz cenital iluminaba débilmente un firmamento azul y negro. Estaba de pie, y ahora sí podía trasladarse. Comenzó a caminar, sin rumbo, pisando un suelo como de tierra herida por la sequía.

Paulatinamente la luz se fue haciendo algo más intensa y ahora podía ver hasta el horizonte, de donde surgía un tenue resplandor. Se fue en aquella dirección y tras un rato sus piernas le comenzaron a doler y su cara comenzó a sangrar. Se tocó los pómulos y las mejillas. Las tenía hinchadas y con heridas abiertas que mancharon sus manos con un líquido oscuro y denso. Pero no era sangre, sino hiel amarga y fría.

Se quiso limpiar las manos en su ropa, pero descubrió algo que le aterrorizó: su camisa no era roja, sino blanca, y lo que era peor, estaba llena de sangre. Sintió una convulsión y entonces se detuvo. El dolor en su pecho destrozado por el virus se hizo más intenso, y se reclinó como para tumbarse en el suelo. Pero antes de llegar a hacerlo, alguien le sujetó del brazo por detrás de él.

—Hijo mío…

Aquel era João, con la camisa llena de sangre, y la cara repleta de cicatrices. Le estaba sujetando del mismo modo y llevaba puesta la misma ropa que aquella funesta mañana en la que se vieron por última vez. En la que su hijo se soltó bruscamente y no quiso recoger el dinero que su padre le ofrecía con la otra mano.

—¡Padre!

Esta vez no le ofrecía nada, sino la mano abierta. Una mano fría y temblorosa cubierta de sangre que no quiso mirar demasiado, pues la suya estaba cubierta de hiel.

La cara de su padre imploraba perdón. Suplicaba piedad y misericordia, pues llevaba siglos encerrado en aquel lugar tras purgar ya todos sus pecados. Pues Cecilia ya le había perdonado, y solo faltaba él.

Entonces, Kai se conmovió infinitamente y le abrazó con fuerza. Le abrazó y le besó todas y cada una de aquellas heridas, y según se las besaba comenzaban a desaparecer hasta que al final no quedó ninguna.

Padre e hijo se fundieron en un abrazo cariñoso, amable, sincero, conmovedor… se acariciaron el uno al otro y entonces… Y entonces João desapareció. Kai se volvió y miró por todos lados, pero ya no estaba. Miró entonces hacia el resplandor que había en el horizonte, y allí lo vio. En el último segundo antes de desaparecer, le vio, con la cara resplandeciente y en un estado juvenil como el que tenía en las fotografías en las que estaba con él cuando era pequeño. João le sonrió y le dijo adiós con la mano, antes de desaparecer en el interior del resplandor.

—¡Padre!

El cielo se oscureció de nuevo y Kai comenzó a llorar. Se había quedado solo y el pecho le dolía como nunca lo había hecho. Cayó al suelo y se quedó llorando de rodillas. Las lágrimas empapaban aquella tierra seca y gris, y se perdían bajo las grietas mientras un viento frío le golpeaba la cara.

Se tumbó boca arriba sobre aquel suelo ingrato y entonces volvió a ver el punto de luz. Pero de nuevo, seguía sin poder moverse. El dolor era tan intenso que ya no podía ni ponerse de pie.

Sin dejar de llorar, recordó ahora a su madre, a su grupo, a Rose… Y entonces el punto de luz se hizo cada vez más grande, hasta que por fin se acercó lo suficiente como para verlo de cerca.

Una esfera resplandeciente de luz cegadora iluminaba su cara y la pudo contemplar reflejada en aquel cristal blanco como la nieve. Ya no tenía cicatrices ni su mano estaba manchada. Tampoco lo estaba la camisa, que seguía siendo blanca, pero ya no le importaba. Extendió esa misma mano para intentar tocar la esfera, pero le era imposible. Cuanto más lo deseaba, la esfera más se alejaba… hasta que por fin se obró el milagro.

Sin saber cómo, una pequeña figura humana salió de la esfera y se dirigió hacia él flotando por el aire. Sus ojos apenas podían distinguirla hasta que por fin se acercó lo suficiente y la pudo contemplar con todo detalle. Era su *pelusilla*, vestida de hada madrina, y con la misma sonrisa que exhibía cuando volvieron a casa tras terminar aquella fiesta de disfraces.

Kai seguía llorando, pero esta vez de alegría. Mientras el punto de luz se volvía a alejar, aquella *florecilla* se acercó y le agarró de la mano. Le levantó del suelo, y como en los cuentos de hadas, se alejó volando con él en sus brazos hacia aquel círculo luminoso que les esperaba más arriba, y en el que desaparecieron los dos.

Poesías líricas

Melody Maker magazine, July 16th, 2025. (Online Edition)

Durante este mes hemos asistido a la publicación póstuma de una extensa colección de las llamadas «poesías líricas» que el gran Kai Costa se dedicó a componer tras la muerte de su esposa.

Como todos nuestros lectores saben, el líder de Thertonball abandonó el grupo en 2020 tras producirse el fatídico desenlace. Con la desaparición de dos de sus miembros más carismáticos, la banda inició un declive que la llevó casi a desaparecer justo cuando estaba en la cima de su popularidad con su último álbum *Apocalypse* ocupando todos los números uno en las principales listas de éxitos.

Según fuentes de la familia, comenzando por su cuñado, el también miembro del grupo y vocalista principal Adam White, Costa sufrió una enfermedad mental, un bajón anímico de tal magnitud, que le privó de las fuerzas necesarias para seguir haciendo rock o giras o conciertos, pues todo aquello le recordaba indefectiblemente a su malograda esposa.

Por el contrario, se dedicó a escribir «poesía lírica» dedicada a su amada, que tratándose de él no podía estar hecha sino en lenguaje musical. Se trata de una magna obra publicada por el sello discográfico *Xanticore* y donde podemos apreciar sus grandes e inigualables dotes de creatividad, musicalidad y armonía. Pero no esperen nuestros lectores encontrar bajos eléctricos, guitarras distorsionadas o baterías contundentes. No. Esta vez solo se han usado instrumentos clásicos como son el piano, la guitarra acústica o el violín. Y por supuesto, todos ellos han sido interpretados por el propio Kai Costa.

Han sido un conjunto de baladas compuestas al estilo de *Finale*, la gran conclusión del inmenso álbum «The Rigel Wars», y en la que todavía se pueden apreciar algunos de los coros masculinos y femeninos que caracterizaron los últimos discos de la banda.

Se puede acceder a una versión digital de *Finale*, pulsando aquí. Igualmente, y por gentileza de nuestros patrocinadores, hemos puesto a disposición de nuestros lectores algunas de las poesías líricas mencionadas, pulsando aquí.

https://archive.org/download/thertonball/TheRigelWars-Finale.mp3

https://archive.org/download/thertonball/KaiCosta-MyTrueLove.mp3

https://archive.org/download/thertonball/KaiCosta-LittlePrincess.mp3

https://archive.org/download/thertonball/KaiCosta-LittleFlower-extended.mp3

https://archive.org/download/thertonball/KaiCosta-SoftLittleThing.mp3

https://archive.org/download/thertonball/KaiCosta-Nostalgia.mp3

EPÍLOGO

Aniversario

Hoy hace exactamente veinte años que perdí a mi hermana, y también hace exactamente quince que perdí a mi mejor amigo. Casualmente, los dos eligieron el mismo día para reencontrarse…

Aunque, a decir verdad, a Kai le perdí casi en el mismo momento en que la perdí a ella. Ese año terrible publiqué un artículo en este mismo blog que titulé «Un hombre huyendo de su pasado». Allí describí de alguna manera el terrible estado en el que se encontraba durante aquellos primeros meses de 2020. Él no había terminado de vencer el trauma de su padre cuando le sobrevino otro aún más duro, y no pudo soportarlo. El dolor y los remordimientos le hicieron enloquecer, y se refugió en casa de su madre, la única persona de su familia que nunca perdió.

El virus nos contagió a todos los que asistimos a aquella boda, con diferente suerte. Louise y yo fuimos de los afortunados, aunque estuvimos a punto de perder también a Arthur.

Fue un año muy duro aquel 2020. Los conciertos suspendidos, los confinamientos, mi hermana muerta, mi mejor amigo destrozado, prácticamente muerto en vida… Solo al final de aquel año tan nefasto pude tener algún consuelo, y fue que, a pesar del terrible golpe que nos propinó, Dios me compensó adecuadamente: mi hija Rose nació en el otoño, y mi hijo Kai, dos años después.

Esta mañana he pasado por el hogar que compartieron brevemente aquellas dos almas, y he vuelto a contemplar el mismo ceremonial que se repite todos los años en la misma fecha. A pesar de que hace ya tanto tiempo, todavía hay decenas de aficionados de todas las edades que se reúnen frente a esa verja y depositan ramos de flores y velas encendidas.

El virus me arrebató a dos de las personas que yo más quería, pero jamás me arrebatará nadie el recuerdo de haber estado junto a ellos. De haber estado a su lado cantando y tocando con ellos en las noches estrelladas de verano ante más de 100.000 espectadores. Como ocurrió en aquel concierto de 2018 en Donington Park, el mejor de nuestra vida.

Ellos ya no están aquí, pero me quedan sus recuerdos. Muchos se agolpan en mi mente en un día como hoy, y me hacen revivir aquellos momentos mágicos. Los momentos que pasé junto a aquellos dos locos.

Dos locos y dos ciegos. Esos eran Rose y Kai. Porque solo la locura puede explicar que una mujer estuviera persiguiendo a un hombre durante tanto tiempo sin tregua ni descanso. Locura de amor, claro está, pero locura, al fin y al cabo. Una locura que se exacerbó en los últimos años de manera muy acusada, y que la llevó a ver relaciones donde no existían. Porque entre Iria y Kai, el único sentimiento que había era el de admiración. La admiración que sentían el uno por el otro. ¡Nada más! No había ni podía haber otra cosa. Pero ella estaba ciega y no lo veía. La misma ceguera que él tenía para no ver a Rose como lo que realmente era: una mujer maravillosa. No era su tipo, claro está. Su tipo de mujer era otro, más similar a su hermana.

Pero a pesar de su estatura y de su constitución, Rose no era mal parecida. Como miembro de Thertonball, tenía su propio club de fans que aglutinaba a una legión de seguidores que imitaban su corte de pelo y su forma de vestir. Al igual que a los demás, no le faltaron nunca admiradores que la esperaban a la puerta de los hoteles. Pero ella estaba ciega a todo eso, y el único hombre a quién veía era a Kai. En su vida no había otro hombre más que él, y él no

la veía. No la veía a pesar de que la tenía delante de sus ojos todos los días, y todos los días le daba muestras de amor.

Porque la belleza de una persona no está en el exterior sino en el interior, que es de donde nace el amor verdadero: del corazón. Cuando a él se le abrieron los ojos y por fin lo descubrió, ya era demasiado tarde y por eso se volvió loco. Apenas pudo rozar el amor con la punta de sus dedos, y se le escapó de nuevo.

Se le escapó el amor de su vida, y también se le escapó la hija que ella llevaba dentro. ¿Y por qué sé que era una niña? Nadie puede saberlo a ciencia cierta. Pero yo tengo un pálpito. La Fe nos enseña que Dios insufla el alma en las personas en el mismo momento de su concepción. Y mi sobrina ya tenía dos o tres semanas de vida en el interior de mi hermana.

Hace muchos años mi hija tuvo un sueño. Alguien, una persona muy, muy pequeñita llena de luz, le dijo una cosa que solo yo sabía. A la mañana siguiente ella me lo relató, y cuando yo le pregunté, *¿quién te ha dicho eso?* Me contestó: *mi prima Melanie.* Curiosamente, el mismo nombre que Rose pensaba ponerle algún día a una futura hija….

Podréis pensar que solo fue una fantasía infantil, una casualidad. Puede ser. Pero yo sé que ahí arriba hay tres seres de luz que velan por mi vida y por la de mi familia, nos ayudan a soportar la pérdida de su compañía, y nos esperan para que un día nos reunamos con ellos en la felicidad eterna.

Después de la muerte de Kai, Cecilia me entregó algunas de sus cosas personales con el encargo de que yo las guardara. Entre ellas estaba el ordenador portátil de mi amigo. ¿O debería decir «mi cuñado»? La verdad es que estuvieron tan poco tiempo casados, que nunca me acostumbré a llamarle así, aunque todo el mundo le nombra de esa manera respecto a mí. Es lo correcto, ya lo sé, pero a mí me gusta más llamarle «mi amigo» ¿O acaso por ser mi cuñado no deja de ser mi amigo? Bueno, el caso es que cuando él nos dejó para reunirse con Rose, su madre me entregó el portátil diciéndome estas palabras: «es para ti; Kai me pidió que te lo entregase. Me dijo que tú sabrías qué hacer con él».

Recuerdo como si fuera hoy aquel día en que me dispuse a explorar su contenido. Lo primero que me encontré fue la petición de una contraseña. Pero eso era fácil: «ROSE1990». Mi gran sorpresa vino cuando después hallé una carpeta con el nombre de «poesías», donde estaban las copias máster de cientos, sí, de cientos de baladas y composiciones de toda índole… Yo sabía que él pasaba el tiempo tocando el piano y la guitarra; ¡pero nunca imaginé que fuera a llegar a tanto! Y más en el estado de tristeza y melancolía en el que se encontraba, y que, según él, le impedía pensar con claridad. Aquellas pastillas le hacían pasarse la mayor parte del tiempo medio dormido…

Aunque, a decir verdad, yo sospechaba algo desde hacía tiempo.

Las únicas salidas que hacía eran prácticamente cuando yo le llevaba al cementerio de St. Patricks, donde estaban enterradas sus cenizas. Le tenía que llevar yo, porque la medicación que tomaba le impedía conducir. Allí se pasaba horas y horas llorando, hasta que cerraban y le tenía que obligar a marcharnos. Hablaba con ella como si estuviera viva, como si aún vivieran juntos en su casa de Southfields, cuando en realidad él ya se había ido a vivir con su madre a Bromley. En aquel triste lugar le oí decir un día: «*esta mañana he estado escribiendo una canción para ti, Rose. Se llama Little Princess y dura casi veinte minutos. Cuando se entere tu hermano se va a enfadar. Ya sabes que no le gusta que haga canciones tan largas...»* ¡Como si yo supiera algo! Y a continuación le describía cómo eran cada uno de los compases y las estrofas, todas y cada una de las notas que la componían. En más de una

ocasión estuve tentado de tomar notas, de escribir aquellas melancólicas melodías, porque pensaba que eran delirios que no existían en ninguna parte. De hecho, él no me decía nada cuando yo le preguntaba por ello. Y al final resultó que me las encontré todas en aquel ordenador.

El caso es que fuimos sacando poco a poco a la luz todas aquellas piezas, y con el dinero recaudado con su publicación contribuimos a fundar la Asociación de Familiares de Víctimas de la Covid (AFVC). Nosotros no fuimos los únicos que lo pasamos mal, ni mucho menos. Ese dinero sirvió para aliviar las necesidades de muchas familias que se encontraban en serias dificultades de toda índole.

Y respecto al devenir del grupo… esa es una historia digna de contarse en otro momento, aunque no me puedo resistir a dar unas pinceladas.

El caso es que la enfermedad no solo había acabado con mi hermana y con mi mejor amigo, sino que también estuvo a punto de hacerlo con nuestro querido Arthur. A pesar de que llegó a superarla, las secuelas que le dejó le llevaron a padecer un *ictus* del que nunca llegó a recuperarse del todo. Su brazo derecho se quedó paralizado y cuando se dio por derrotado al virus y se permitieron de nuevo los conciertos, nos encontramos con que habíamos perdido a tres de nuestros componentes.

Mi idea era disolver el grupo, pero el propio Arthur nos animó a continuar y dedicar los fondos recaudados a ayudar a las familias de nuestra asociación. Y como no podía ser de otra manera, Iria se incorporó con nosotros de forma definitiva.

Y como bajista… pues fue de nuevo Richard Dasley, que como siempre, aparece y desaparece. Yo en principio era muy reacio, pero Arthur nos convenció. Coincidió con él en el hospital, y casualmente en el mismo pabellón, pues también fue afectado por el virus. El hombre estuvo a punto de morir y se salvó de milagro, después de estar más de tres meses intubado con respiración asistida. Pero cuando lo hizo era una persona nueva, en todos los sentidos. Abandonó sus vicios y con la ayuda de Ruddy se transformó totalmente. ¡Hasta el punto de que se pasó al puntillismo como lo hacía Kai!

También nuestro guitarrista siguió en la misma línea tranquila de no protestar demasiado, que ya adoptó cuando Kai volvió al grupo. Aunque con el paso de los años se ha vuelto un viejo cascarrabias que solo Iria sabe controlar. Yo creo que entre estos dos ha habido o hay algo, aunque ellos no lo quieren reconocer. No sé por qué a este hombre le influyen tanto las mujeres con carácter… y nuestra tecladista lo es. ¡Vaya que si lo es! ¡Nos tiene a todos más firmes que una vela!

Aun así, no os puedo negar que el grupo ya no era lo que había sido, a pesar de lo mucho que le gustaban al público aquellas mezclas de rock y música clásica que solo Iria sabía hacer. En aquellos días, solo ella tiraba de nosotros y nos animaba a continuar.

Al principio nos limitábamos a tocar las canciones antiguas, pues cada vez que sacábamos algo nuevo, la crítica era demoledora con nosotros. Por supuesto, antes de hacerlo se lo comenté a Kai, pues me daba reparo interpretar sus temas si no estaba él. «*Me es indiferente, Adam. Podéis hacer con ellos lo que queráis. Si necesitáis que os firme algo, no voy a poner ningún reparo*». Pero yo no quise que me firmara nada, a pesar de que Ruddy me insistió. Confiaba plenamente en mi amigo, que, aunque todavía entre nosotros, ya habitaba en una dimensión superior.

Las cosas cambiaron cuando descubrí sus «poesías». Entre Iria y yo conseguimos adaptar algunas de las piezas susceptibles de convertirse en canciones de rock, y gracias a eso el

grupo experimentó un resurgimiento. Por supuesto, siempre reconocimos su autoría; porque cuando murió el hombre nació el mito, y la banda se mantiene hoy como un grupo «de culto» hacia la personalidad y el genio musical de quién fue nuestro líder, y quién aún hoy sigue dirigiendo de alguna manera nuestras vidas desde el más allá.

Quienes sí heredaron plenamente el «estilo Kai» fueron los *Costayers*. Ya sabéis, el grupo que formó Kai con Lawrence Ayers. Al final usaron el nombre que sus dos fundadores habían propuesto inicialmente, y la verdad es que fue todo un acierto.

Mientras la gira de *Apocalypse* arrasaba el planeta, ellos se buscaron otro bajista que resultó ser… otra chica. Una admiradora de Kai, ¡que también usaba el puntillismo!

Se llegó a poner muy de moda esa difícil técnica, a pesar de que solo estaba al alcance de unos pocos. Y eso a pesar de que nuestro último disco no se prodigaba mucho en ese estilo, pues Kai en un principio había orientado *Apocalypse* para ser tocado en su grupo. Pero incluso así, ese disco sobrepasó con mucho el nivel exigible a una banda que estaba empezando, principalmente por su especial complejidad sonora.

El caso es que, como digo, había surgido toda una legión de músicos que intentaban imitar esa forma de tocar en sus propias bandas. Lorraine, la nueva bajista de *Costayers* era uno de ellos, y durante el año 2019 continuaron la gira de KCR, con el permiso de Kai. Pero en 2020 el Covid se cobró otra víctima en el viejo Lawrence, y se quedaron desamparados.

También estuvieron a punto de disolverse, pues al no estar ninguno de los dos socios fundadores, la banda ya no tenía razón para existir. Pero el empuje de Janet, que se reveló como toda una líder nata, les animó a continuar. Contrataron a otro guitarrista puntillista —otra chica—, y entre todos consiguieron sacar adelante un magnífico proyecto musical.

Todavía recuerdo una crítica que les hicieron en la revista Rolling Stone. Allí les seguían comparando con nosotros, como ya hicieron cuando confrontaron el disco *KCR* con *Communications II:*

«A pesar del empuje y la vitalidad que Iria Da Silva ha dado a Thertonball en los últimos años, nos reafirmamos en lo que siempre hemos dicho: The Costayers siguen siendo más fieles al «estilo Kai» y tienen mayor calidad musical que el propio grupo original de su fundador».

Y la verdad es que no les faltaba razón. Habían tenido un buen maestro y sus enseñanzas calaron ampliamente en aquellas chicas, que tuvieron un desarrollo espectacular. La creatividad y el talento combinados de Janet, Lorraine y Leslie nos superaba y nos supera con mucho en todos los sentidos. Todavía no comprendo cómo Iria sigue tirando de estas viejas glorias en las que nos hemos convertido Bill, Ruddy, Dasley, Louise y yo. Bueno, y también Arthur, que, aunque ya no toca con nosotros, ahora es nuestro mánager.

En fin, no puedo seguir escribiendo por mucho más tiempo, pues esta noche tenemos un concierto y todavía Louise y yo nos tenemos que preparar. Tenemos que darnos prisa para no llegar tarde, pues Iria es muy exigente y nos echa la bronca por todo. La verdad, no sé cómo nos aguanta…

Y es que el concierto de esta noche es muy especial. Hoy va a ser un día de fuertes emociones para todos nosotros, pues nuestra hija Rose… ¡debuta como baterista en los *Costayers*! O mejor dicho en *las Costayers*, pues hace ya muchos años que su tecladista Bernard se retiró y desde entonces solo hay chicas en la banda. Va a sustituir nada menos que a la gran Leslie Ayers, que también se retira. En un día tan señalado, el grupo ha venido a Londres para el debut de nuestra hija, y vamos a tocar juntas las dos bandas.

Se me saltan las lágrimas y me cuesta continuar. A la misma edad en que la otra gran Rose debutó con nosotros hace ahora veinte años, mi pequeña Rose —que por cierto no es tan pequeña como aquella—, debuta con el grupo de sus sueños para hacer un concierto de homenaje a sus queridos tíos. Ella no pudo conocer a Rose, pero sí pudo compartir algunos momentos con su tío, quien siempre la quiso mucho. Veía en ella a la hija que perdió. De hecho, las visitas que le hacíamos con los niños eran las que más le reconfortaban.

Recuerdo una vez que pasé por su casa a visitarle, tras dejar a los chicos en el colegio. Su madre me dijo que estaba durmiendo, y me quedé charlando con Cecilia en el salón. Pero al poco rato oímos música en el piso de arriba. Entonces subimos, y antes de entrar descubrimos que estaba hablando con alguien en voz alta mientras la música de órgano no paraba de sonar. Miré a su madre sin saber qué hacer, pero ella me animó a entrar.

Entonces le contemplé, usando el teclado que tenía junto a la ventana, mientras miraba hacia la calle y hablaba con alguien en portugués. Un personaje imaginario, sin duda.

—Hola, Kai.

—Hola, Adam —me dijo, sin volverse. Dejó la conversación que se traía y me preguntó:

—¿Has traído a Rose?

—No, Kai, la he dejado en el colegio.

—Vaya… —se lamentó, y siguió tocando aquella canción.

—Oye, ¿con quién hablabas? —le pregunté, a continuación.

—Con Edelberg.

—¿Edelberg? ¿Quién es Edelberg?

—Es tu trastatarabuela —me dijo, sin dejar de tocar ni de mirar por la ventana.

—Mi trasta... ¿Qué? —Otra más de sus locuras, pensé—. Bueno, y ¿de qué hablabas?

—Me estaba contando una cosa de Dasley… que no te puedo revelar.

Cecilia y yo nos miramos y le dejamos tranquilo, pues se veía que tenía ganas de retomar aquella conversación «secreta».

Pero a mí me picó la curiosidad, y entonces pregunté a mis padres si conocían a la que sería una de sus tatarabuelas. Pero como esperaba, ellos no tenían ni idea de que alguna de ellas se llamara así. Pero yo seguí indagando. Me fui a Birmingham, la localidad de donde ellos proceden, y allí consulté el Registro Civil y el de bautizos. Después de pasarme toda la mañana entre papeles —Pues, no estaba informatizado—, al final descubrí que por parte de mi madre había existido una rama de emigrantes daneses que llegaron a Inglaterra en el siglo XIX, y aunque no logré encontrar el nombre de ninguno, sí confirmé después que "Edelberg" es un nombre danés…

¿Entendéis ahora por qué decía que mi amigo habitaba en una dimensión superior?

En fin, no quiero irme sin antes adelantaros la otra sorpresa que habrá en el concierto de esta noche. El otro día estuvo por aquí Manuel, el hermano de Iria. Mi hijo Kai cumplía 18 años y le regaló una edición especial del famoso «modelo Kai» de bajo eléctrico. ¡Había que ver la cara de satisfacción del chaval! Aunque ahora los modelos que venden son más modernos, han fabricado una tirada limitada de aquel mítico instrumento que solo se vende

bajo reserva, para conmemorar el 15 aniversario del fallecimiento de quien le dio su nombre.

La foto que nos hicimos todos juntos es la que preside ahora mi escritorio. Para la ocasión se puso una casaca roja con dos filas de botones dorados paralelos, y tomó el bajo a la manera de como Kai lo hacía. Él ya tiene mi misma altura, que es casi la del Kai original; y si no fuera porque es rubio como yo, me parecería estar viendo ahora mismo a mi gran amigo junto a mí.

Bueno, pues el caso es que esta noche, hacia el final del concierto, nos espera a todos una gran sorpresa: está previsto que Kai aparezca junto a los Costayers con su flamante bajo CDS tocando la canción «*The Castaway*» que apareció en el álbum KCR. ¡Va a ser un momento muy emocionante!

Porque además de ser un gran bajista, es también un gran compositor. Está mal que yo lo diga, que soy su padre, pero es así, y no lo puedo ocultar.

El viejo Dasley siempre dice que se quiere retirar, aunque no acaba de hacerlo todavía. Kai ya hizo una aparición con nosotros el año pasado como artista invitado, y en cuanto que este pesado se vaya —ya no debe de quedarle mucho—, le sustituirá liderándonos a todos. Con el permiso de Iria, naturalmente, que ya dijo que está deseando verle entre nosotros.

Aunque, a decir verdad, mi deseo es que vuele por sí mismo y se rodee de otros buenos músicos más jóvenes con los que comparta sueños, amores y alegrías. No sé por qué tengo la impresión de que mi amigo vela desde el cielo sobre su sobrino, de una forma muy especial…

¡Ay! Otra vez las lágrimas… ¡Y me las tengo que reservar para el concierto de esta noche!

Todas las canciones cuyos enlaces aparecen a lo largo de la novela se pueden oír y descargar en:

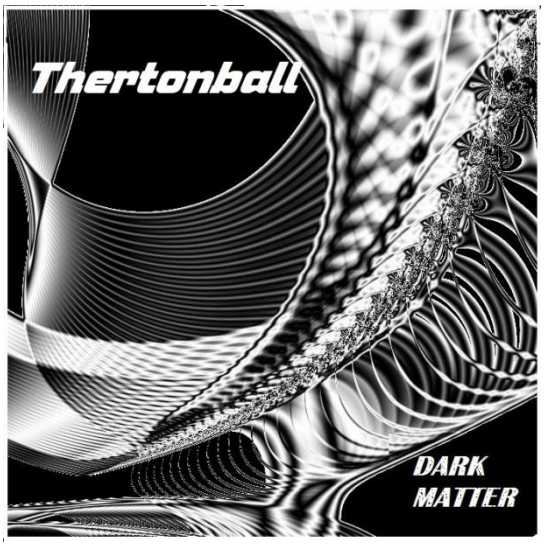
https://archive.org/details/thertonball

Puedes obtener más novelas de JG Millán en la siguiente dirección:

https://sites.google.com/view/jg-millan

Igualmente, existe una secuela de "Amor Incondicional" que se titula "La fuerza del amor". Puedes descargarla en el mismo sitio donde has obtenido esta, o en el vínculo que se ofrece. Los personajes que el lector ya conoce aparecen también en otros libros de JG Millán, concretamente en "Pasión Extrema" y en "Asesinato en el Grand Hotel". Las cuatro novelas forman la llamada "Saga de Thertonball", donde se ofrecen detalles adicionales que profundizan en los hechos aquí narrados.

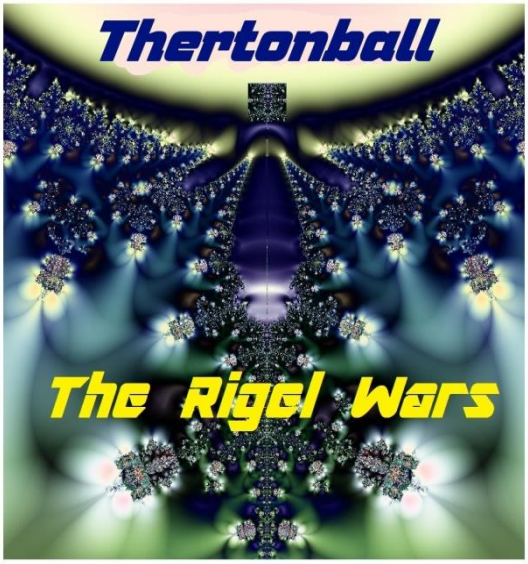
Puedes contactar con el autor escribiendo un correo electrónico a: xanticore@live.com

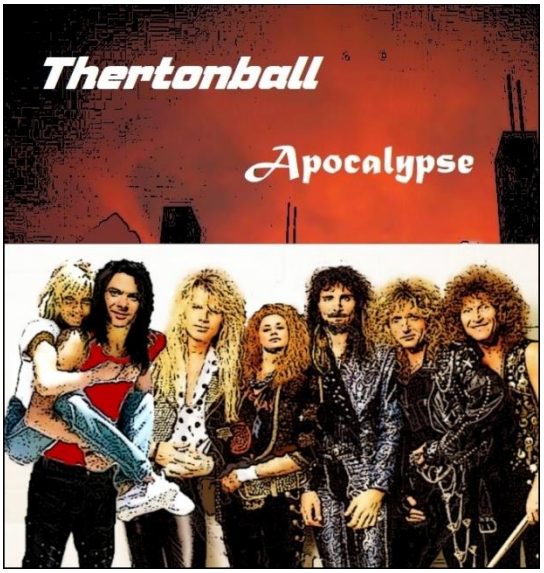

Thertonball
DARK
MATTER

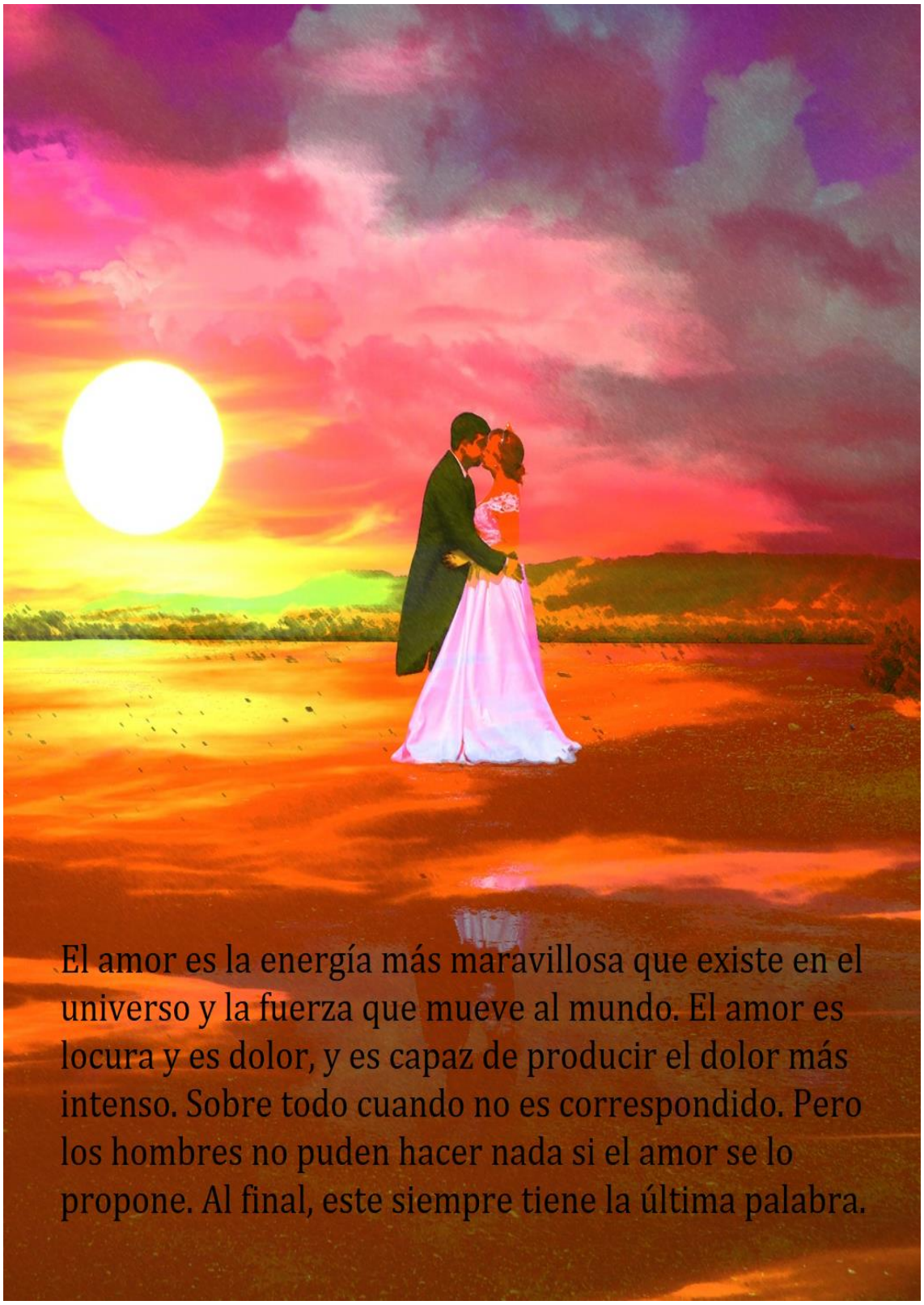
Thertonball
CARNIVAL

Thertonball
THE WHIRLPOOL

Thertonball
TOURNAMENT


Thertonball
The Rigel Wars


Thertonball
Apocalypse


El amor es la energía más maravillosa que existe en el universo y la fuerza que mueve al mundo. El amor es locura y es dolor, y es capaz de producir el dolor más intenso. Sobre todo cuando no es correspondido. Pero los hombres no puden hacer nada si el amor se lo propone. Al final, este siempre tiene la última palabra.